



ECCLASIA
DE
HISTORIA
ROMANA

OMO I

DG207

.L5

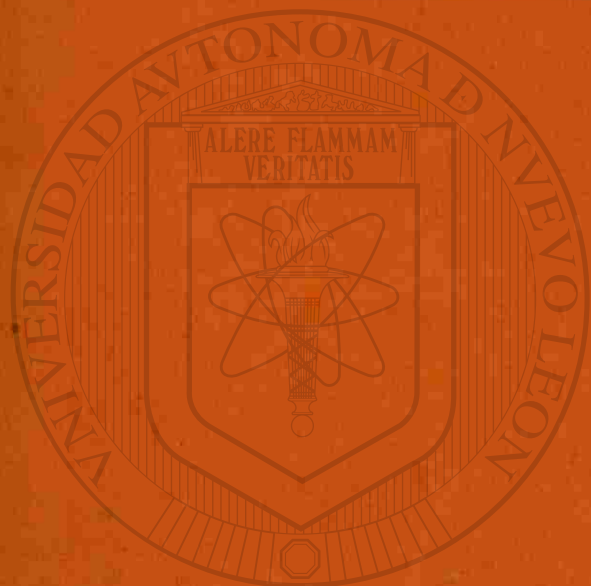
N3

v.3

R.C.



1080012314



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TITO LIVIO

DÉCADAS DE LA HISTORIA ROMANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXV



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXV

DÉCADAS

DE LA

HISTORIA ROMANA

POR

TITO LIVIO

TRADUCIDAS DEL LATIN AL CASTELLANO

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

CANÓNICO DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

UANI

TOMO III



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO HISTÓRICO
FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.[^]

calle del Arsenal, núm. 11

1888

1888

15
18
13



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

156303

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, Ferrás, 15.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

Defección de los latinos y campanios.—Muerte del pretor latino Anio.—El cónsul T. Manlio manda decapitar á su hijo.—Sacrificio de P. Decio.—Sumisión de los latinos.—Regreso de T. Manlio a Roma.—Condenación de la vestal Minucia.—Derrota de los ausonios.—Toma de Calés y establecimiento de una colonia.—Enviase otra colonia á Fregelas.—Señoras romanas envenenadoras.—Ley contra el envenenamiento.—Sublevación de los privernatos.—Rendición de los paleopolitanos.—Triunfo de Q. Publilio.—Derechos de los acreedores.—Ocasión de la reforma de estos derechos.—Dictadura de L. Papirio Cursor.—Victoria de Q. Fabio.—Cuestiones con el dictador Papirio.—Diferentes triunfos de los romanos contra los samnitas.

Estaban ya desempeñando el cargo los nuevos cónsules C. Plaucio por segunda vez y L. Emilio Mamercino, cuando los habitantes de Secia y de Norba vinieron á anunciar á Roma la defección de los privernatos y á quejarse de los desastres de que habían sido víctimas. Difundese también la noticia de que el ejército de los volscos, con los anziatos al frente, se ha situado cerca de Satricum. Esta doble guerra tocó en suerte á Plaucio,

quien dirigiéndose primeramente á Peiverna trabó en seguida el combate. Sin grande esfuerzo fue derrotado el enemigo; tomada la ciudad y devuelta, en seguida á los peivernatos, á condición de que quedaría en ella fuerte guarnición. Despojóseles de dos terceras partes de su territorio; y desde allí, el ejército victorioso se dirigió á Satriia contra los anziatos, trabándose allí por ambas partes lucha terrible con espantosa carnicería. Una tempestad que sobrevino en el momento preciso en que la esperanza del éxito era incierta aún, separó á los combatientes; los romanos, sin debilitarse en nada por un combate cuyo resultado era tan dudoso, se preparaban para comenzar otra vez al día siguiente; pero los volscos, habiendo contado los hombres que dejaban en el campo de batalla, no se encontraron con valor para ensayar de nuevo sus fuerzas; de noche, como vencidos, precipitadamente y en desorden, abandonando sus heridos y una parte de sus bagajes, huyeron á Anzio. Encontróse gran cantidad de armas entre los cadáveres enemigos y hasta en el campamento; el cónsul dijo que hacía homenaje de ellas á Lua Madre (1) y después se dedicó á talar el territorio enemigo hasta la orilla del mar. El otro cónsul, Emilio, que había entrado en el Samnio, no encontró en ninguna parte para resistirle ni campamento ni las legiones de los samnitas; y ya paseaba el hierro y la antorcha por sus campos, cuando llegaron á pedir la paz legados samnitas. Enviados por el cónsul al Senado, obtuvieron permiso para hablar, y deponiendo entonces su natural altivez, suplicaron al Senado les concediese la paz para ellos y el derecho de hacer la guerra á los sidicinos; pe-

(1) Entre las dicinidades que se imploraban en las antiguas rogativas públicas, según el rito romano, menciona Aulo Gelio á *Lita Saturni*. Los romanos derivaban este nombre de *luere*, expiar.

tiencia tanto más justa, cuanto que en la prosperidad y no en la desgracia, como los campanios, solicitaron la amistad del pueblo romano; que era contra los sidicinos, sus enemigos de todo tiempo y jamás amigos del pueblo romano, contra los que querían empuñar las armas; que este pueblo, por otra parte, no había solicitado, como los samnitas, su amistad durante la paz, ni como los campanios, su auxilio en la guerra; que además no estaba bajo la protección ni bajo el dominio de Roma.

Habiendo sometido el pretor T. Emilio á la deliberación del Senado la petición de los samnitas, y habiendo opinado los padres que era necesario renovar el tratado, el pretor contestó á los samnitas: «Que no ha dependido del pueblo romano que su alianza con ellos no fuese duradera; nada, sin embargo, se opone, puesto que están cansados de la guerra, que ellos solos han provocado, á que se restablezcan entre los dos pueblos relaciones de buena amistad. En cuanto á lo que se refiere á los sidicinos, no hay obstáculo para que el pueblo samnita sea libre en ejecutar su derecho de paz y de guerra.» Una vez concluido el tratado, y ellos de regreso en su país, el ejército romano lo evacuó en seguida, después de recibir un año de sueldo y tres meses de víveres, condición que había impuesto el cónsul por la tregua convenida hasta el regreso de los legados. Entonces los samnitas, con las mismas tropas que habían opuesto al ejército romano, marcharon contra los sidicinos, esperando apoderarse en seguida de su ciudad. Los sidicinos, por su parte, trataron primeramente de entregarse á los romanos; pero como los senadores rechazaron aquel ofrecimiento demasiado tardío y arrancado por la necesidad, se entregaron á los latinos, quienes espontáneamente habían empuñado ya las armas. Los campanios mismos, recordando más el ultraje de

los samnitas que el socorro de los romanos, se asociaron también á esta guerra. De todos estos pueblos romanos se formó un solo é inmenso ejército, que bajo la dirección de un latino invadió el Samnio, causando allí más daño con sus devastaciones que con los combates que libró; y aunque vencedores en todos los encuentros los latinos, por no tener que combatir sin cesar, se retiraron voluntariamente. Esta circunstancia dió tiempo á los samnitas para enviar legados á Roma, quienes se presentaron al Senado quejándose de sufrir lo mismo siendo aliados que enemigos de Roma. Después, con la mayor humildad, ruegan á los romanos «se contenten con haberles arrancado su victoria sobre los campanios y los sicilinos, y que no les dejen vencer por los enemigos más cobardes. Si los latinos y los campanios están bajo el dominio de los romanos, en virtud de su soberanía puede Roma prohibirles el territorio samnita; y si no reconocen esta soberanía, contenerlos al menos con la fuerza de las armas.» Estas quejas solamente obtuvieron vaga respuesta, porque les repugnaba confesar que los latinos no estaban ya bajo la autoridad de Roma, y podía temerse que las reconvenções los indispusiesen para siempre. «En cuanto á los campanios, su posición es muy diferente, puesto que no por tratado, sino por cesión, están bajo el patronato de Roma. Así, pues, los campanios, quieran ó no, permanecerán quietos; pero nada hay en el tratado con los latinos que los prohiba guerrear con quienes les plazca.»

Esta contestación, que dejaba inciertos á los samnitas acerca del partido que iba á tomar Roma, asustó y concluyó por alejar á los campanios; pero los latinos, como si los romanos renunciásen á todo derecho sobre ellos, se hicieron más altivos. Así, pues, bajo pretexto de preparativos de guerra contra los samnitas, celebraron frecuentes asambleas; y en todas sus deliberacio-

nes, los jefes se concertaron para añadir secretamente sus proyectos de guerra contra Roma. Hasta los mismos campanios estaban en estas deliberaciones contra sus libertadores. Pero á pesar de su cuidado por ocultarle todo, y aunque querian, antes de provocar á Roma, deshacerse de los samnitas, que los amenazarían por la espalda, algunos latinos, unidos á los romanos por lazos particulares de hospitalidad y amistad, dejaron escapar indicios de aquella conjuración. Los cónsules recibieron orden de abdicar antes de tiempo, porque era el medio de nombrar otros más pronto, para soportar el peso de tan importante guerra. Pero se oponía una exigencia religiosa á que reuniesen los comicios aquellos cuya autoridad se encontraría por este hecho demasiado restringida. Entonces comenzó un interregno, habiéndose nombrado inter-reyes, M. Valerio y M. Fabio; en seguida se nombró cónsules á T. Manlio Torcuato por tercera vez y á P. Decio Mus. Esto fué el año en que Alejandro, rey de Epiro (1), abordó á Italia con su flota, según parece cierto; y si al principio hubiese conseguido bastante éxito, sin duda habría llevado su expedición hasta Roma. También fué esta la época de las hazañas del Grande Alejandro, de aquel príncipe hijo de la hermana (2) del primero que, en otra parte del mundo, joven aún y nunca vencido, sucumbió en una enfermedad al capricho de la fortuna. Por lo demás, aunque los romanos no dudásen ya de la defección de sus aliados y de los pueblos latinos, fingieron ocuparse de los samnitas

(1) Esta fecha de Tito Livio no concuerda con la Historia Griega. El año 335 en que entra Tito Livio es anterior hasta á la muerte de Filipo de Macedonia. No se conoce ninguna expedición de Alejandro á Italia anterior á la del año 334. Aunque es posible que el rey de Epiro hiciese alguna tentativa que omitan los historiadores griegos.

(2) El rey de Epiro era hermano de Olímpias.

y no de ellos, llamando á Roma á diez jefes latinos para manifestarlos su propósito. Había entonces en el Lazio dos pretores; L. Annio Setino y L. Numisio Cireayense, ámbos colonos romanos, y que además de Signin y Veitres, colonias romanas también, habían arrastrado á los volscos á la guerra. Resolvi6se llamarlos en particular, pero ni el uno ni el otro pudieron engañarse acerca del objeto del llamamiento. Así, pues, estos dos pretores rennieron antes de su marcha el consejo común para informarle de la orden que les llevaba á Roma, y sujetar á deliberación la respuesta que habían de dar á lo que suponían habían de preguntarles.

No opinando todos de igual manera, dijo Annio: «Aun que yo mismo he sometido á discusión la respuesta que he de dar, estoy sin embargo convencido de que es mucho más importante para nosotros ocuparnos de lo que hemos de hacer que de lo que hemos de decir. Una vez adoptada una resolución, fácil será acomodar las palabras á las cosas. Porque si todavía hoy, aliados en la apariencia, podemos soportar no ser realmente más que esclavos, ¿por qué vacilar en hacer traición á los sidicinos, en someternos á la voluntad, no solamente de los romanos, sino también de los samnitas, en contestar á Roma que á la menor indicación suya depondremos las armas? Pero si pesa en vosotros el recuerdo de la libertad perdida; si existe un tratado; si en una alianza hay igualdad de derechos; si somos consanguíneos de los romanos, lo cual ocasionaba antes nuestra vergüenza y hoy debe formar nuestra gloria; si este ejército social es de tal manera para ellos que duplican sus fuerzas reuniéndolo al suyo, y que sus c6nsules, para emprender ó terminar sus guerras, no quieren separarse de él, ¿por qué no es todo igual entre nosotros? ¿Por qué no se nombra uno de los c6nsules entre los latinos? Donde se participa de la fuerza, debe participarse del poder;

Y no es ciertamente pretender demasiado, auxiliado consentinos que Roma sea la capital del Lazio. Sin embargo, estas pretensiones podrán parecer excesivas; gracias á nuestra larga paciencia. Si alguna vez habéis deseado ocasión de asociaros al imperio y de reconquistar la libertad, ahora se os presenta, traída por vuestro valor y por la bondad de los dioses. Habéis puesto á prueba la paciencia de los romanos al negarles nuestros soldados; ¿quién dudaba que no estallase entonces su enojo quando destruíamos una costumbre de más de doseientos años? (1) Sin embargo, soportaron la afrenta. En nuestro propio nombre hemos hecho la guerra á los pelignos; y esos amos, que antes llegaban hasta no permitirnos defender por nosotros mismos nuestras fronteras, no se opusieron á ello. Los sidicinos se han colocado bajo nuestra protección; los campanios los han dejado para venir á nosotros; nuestro ejército se prepara para marchar contra los samnitas, unidos con ellos por un tratado; lo saben y ni siquiera han salido de su ciudad. ¿De qué procede tanta moderación sino del conocimiento que tienen de nuestras fuerzas y de las suyas? Tengo datos ciertos de que en su contestación á las quejas de los samnitas contra nosotros, el Senado no ha temido dejar ver que Roma no pretendia ya tener á los latinos bajo su dominio. Entrad, pues, en posesión de lo que tácitamente os conceden. Si el temor os impide hablar, aquí me tenéis; yo mismo, delante del pueblo romano, delante del Senado y hasta de ese Jupiter, que habita en su Capitolio, me obligo á decirles que si quieren tenernos por aliados y amigos, es necesario que en adelante reciban de nosotros uno de los c6nsules y una parte del Senado. A estas palabras de

(1) Desde los tiempos de Servio Tulio y de Tarquinio el Superbio.

Annio, que no solamente daba un consejo atrevido, sino que prometía obrar, oyóse universal grito de aprobación, encargándole hacer y decir todo cuanto le inspirara el interés general del nombre latino y su conciencia.

Cuando llegaron los legados á Roma les recibió el Senado en el Capitolio. Allí, el cónsul T. Manlio, autorizado por el Senado, entró en discusión con ellos, para comprometerles á no hacer la guerra á los samnitas ligados á Roma por un tratado. Entonces Annio, como vencedor y dueño del Capitolio por derecho de conquista, y no como legado bajo la salvaguardia del derecho de gentes, se expresó así: «Manlio y vosotros, padres conscriptos, ya era tiempo de que no obraseis con nosotros como amos, cuando veis al Lacio tan poderoso por sus armas y soldados, gracias á la bondad de los dioses, á sus victorias sobre los samnitas, á su alianza con los sidicinos y los campanios, á la reciente unión de los volscoos y también á la preferencia que nos han dado sobre vosotros vuestras antiguas colonias. Pero como por vosotros mismos no podéis poner término á vuestro insaciable deseo de reinar, aunque por la fuerza de las armas podemos asegurar la libertad del Lacio, venimos por consideración á los lazos de sangre que nos unen á proponeros la paz en condiciones iguales para los dos pueblos, puesto que los dioses inmortales han querido hacernos iguales en fuerzas. En adelante se elegirá un cónsul en Roma y otro en el Lacio; el Senado se formará por partes iguales de una y otra nación; no habrá más que un solo pueblo, una sola república, y con objeto de que la sede del imperio sea la misma, que tampoco haya más que un nombre para todo; pero como en esto una de las dos partes ha de ceder necesariamente á la otra, en interés de todos, vuestra ciudad será preferentemente la patria común y

todos llevaremos el nombre de romanos. Quiso la casualidad que en aquella época pudiese oponer Roma á Annio un hombre igualmente impetuoso, el cónsul T. Manlio, quien no pudiendo contener la cólera, declaró en seguida: «Que si los padres conscriptos cometiesen la locura de recibir la ley de un hombre de Secia, vendría al Senado armado con una espada, y mataría con su propia mano á todo latino que encontrase en la curia.» Y volviéndose en seguida hacia la estatua de Júpiter: «Oye estas blasfemias, ¡oh Júpiter! ¡Oídlas vosotros también, Derecho y Justicia! ¡Extranjeros por cónsules, extranjeros por senadores! ¡Y en tu templo inaugurado, oh Júpiter, tú debes presenciario! ¡Tú mismo cautivo, tu mismo oprimido! ¿Son estos los tratados de Tulo, rey de Roma, con los albanos, vuestros ascendientes, oh latinos? ¿Son estos los que más adelante ajustó con vosotros L. Tarquino? ¿No recordáis ya la batalla del lago Regilo? ¿Y vuestras antiguas derrotas y nuestros antiguos beneficios, todo lo habéis olvidado?»

Muestras de la indignación de los senadores siguieron al discurso del cónsul. Refiérese que durante las reiteradas súplicas de los cónsules que invocaban los dioses testigos de los tratados, Annio pronunció palabras despreciativas para la divinidad del Júpiter romano. Pero lo cierto es que en su cólera, y habiéndose lanzado bruscamente fuera del vestibulo del templo, cayó sobre las gradas, se hirió gravemente en la cabeza y rodó hasta abajo con tal violencia que quedó aturdido. Según los historiadores, expiró en el acto; pero como no están todos conformes en este punto, nada afirmo, como tampoco acerca de aquel formidable trueno seguido de tempestad en el instante de la apelación á los dioses contra la violación de los tratados. Todo esto puede ser verdadero; pero también pue-

de ser una flección imaginada para expresar con mayor viveza el enojo de los dioses. Torcuato, enviado por el Senado para despedir á los legados, al ver á Annio tendido en el suelo, exclamó bastante alto para que lo oyese el pueblo y los senadores: «Bien está! ¡Esta guerra es justa, los dioses mismos la quieren! ¡Hay un dios en el cielo! Si, tu existes, oh Júpiter! No en vano te proclamamos padre de los dioses y de los hombres en esta mansión consagrada á tu culto! ¿Por qué tardáis, oh romanos, por qué tardáis, padres conscriptos, en tomar las armas, cuando los dioses marchan delante de vosotros? Así os entregaré las legiones latinas como el legado que veis tendido á vuestros pies.» El pueblo aplaudió este lenguaje del cónsul; y tan excitados se encontraban los ánimos, que menos por el respeto al derecho de gentes que el de los magistrados encargados por el cónsul de acompañar á los legados á su partida, les protegió de la cólera y arrebató de la multitud. El Senado dió también su consentimiento para la guerra; y los cónsules, con dos ejércitos que acababan de levantar, emprendieron la marcha por el territorio de los marsos y de los pelignos, reuniéronse al ejército de los samnitas, y establecieron su campamento delante de Capua, donde se habían reunido ya los latinos y sus aliados. Dícese que allí tuvieron los dos cónsules, mientras dormían, la misma visión: aparecióseles un hombre más corpulento de lo natural, de exterior imponente y majestuoso, que les dijo: «Un general por un lado y por el otro un ejército se deben á los dioses Manes y á la madre Tierra; el general de una de las dos naciones; el general que sacrifique las legiones enemigas y él mismo se sacrifique después, dará la victoria á su pueblo y su partido.» Los cónsules se comunicaron respectivamente su visión nocturna, y para aplacar la cólera de los dioses decidieron sacrificar víctimas, á fin de

que si las entrañas daban presagios conformes á lo que habían visto en sueños, esto á los dioses cónsules cumpliría el fallo del destino. Las contestaciones de los arúspices concordaron con las secretas impresiones religiosas que embargaban sus ánimos. Convocaron, pues, á los legados y á los tribunos, les expusieron francamente el fallo de los dioses, y para que la muerte voluntaria de uno de los cónsules no infundiese temor en el ejército durante el combate, convinieron en que en el lado en que el ejército romano comenzara á ceder, el cónsul se sacrificaría por el pueblo romano y los caballeros. Hallóse también de disciplina en el consejo (1): si en alguna guerra había sido necesaria la mayor severidad en el mando y que se devolviese á la disciplina militar su antiguo rigor, era en la presente. Hacia indispensable esta precaución el temor del enemigo que iban á combatir, eran los latinos, cuyo lenguaje, costumbres, armas, instituciones, especialmente las militares, tan conformes estaban con las de los romanos; del soldado á soldado, de centuriones á centuriones, de tribunos á tribunos la semejanza era completa; eran compañeros, colegas que se habían encontrado juntos en las mismas guarniciones, frecuentemente en los mismos manipulos. Así, pues, para evitar equivocaciones en los soldados, los cónsules prohibieron terminantemente en un edicto que se atacase al enemigo fuera de las filas.

La casualidad hizo que entre los prefectos de la caballería enviados para practicar reconocimientos en todos sentidos se encontrase T. Manlio, hijo del cónsul, que con sus soldados rebasó el campamento de los enemigos, de tal suerte, que se encontró á menos de tiro de

(1) Cuantas veces se creyeron en peligro los romanos ó quisieron reparar alguna pérdida, su primer cuidado fue volver con la disciplina militar.

fecha de la primera guardia, compuesta de jinetes tusculanos y mandada por Gemino Mecio, distinguido entre los suyos por su nacimiento y su valor. En cuanto éste vió á los jinetes romanos y reconoció á su frente al hijo del cónsul (porque todos se conocían, especialmente las personas ilustres), exclamó: «¿Acaso venis los romanos con una turma sola á hacer la guerra á los latinos y sus aliados? ¿Qué van á hacer entretanto vuestros cónsules y vuestros dos ejércitos consulares? «Vendrán en cuanto convenga, contestó Manlio, y con ellos vendrá también Júpiter, testigo de los tratados que habéis violado, y él es el más fuerte y poderoso. Si en el lago Regilo combatimos hasta saciaros, aquí procuraremos quitaros el deseo de medirnos con nosotros.» Al oír esto, avanzando un poco Gemino el caballo delante de los suyos, dijo: «Quieres tú, mientras llega la hora en que vuestros ejércitos despliegan tan grandes esfuerzos, medirte conmigo, para que por el resultado de nuestro combate pueda comprenderse desde este momento cuán superior es el caballero latino al romano?». Conmovióse profundamente el carácter altivo del joven, y fuese por ira, por vergüenza de rehusar el combate, ó bien por fuerza invencible del destino, olvidó la autoridad de su padre y los edictos del cónsul, precipitándose ciegamente á un combate en el que importaba poco fuese vencedor ó vencido. Los demás jinetes se alinearon como para presenciar el espectáculo, y en el espacio que quedó libre los dos campeones lanzaron sus caballos uno contra otro, atacándose lanza en mano. La de Manlio resbaló sobre el casco de su adversario, y la de Mecio rozó el cuello del caballo de Manlio. Entonces hicieron dar media vuelta á los caballos, y Manlio el primero se alzó para descargar el segundo golpe clavando la lanza entre las orejas al caballo de su enemigo; al sentirse herido el animal se en-

cabrió, sacudiendo violentamente la cabeza, y derribó al jinete; y en el momento en que éste, apoyándose en la lanza y el escudo, se levanta de su fuerte caída, Manlio le clava la suya en la garganta, le atraviesa los costados y le clava en el suelo. Recoge en seguida los despojos del enemigo, vuelve á los suyos, y con ellos profundamente regocijados, entra en el campamento, dirigiéndose en seguida á la tienda de su padre, sin pensar en lo que había hecho, ni en lo que podía resultar; sin reflexionar siquiera si merecía alabanza ó castigo. «Con objeto de demostrar á todos, padre mío, dijo, que pertenezco á tu sangre, te traigo los despojos de un caballero que me ha retado y á quien he dado la muerte.» En cuanto el cónsul hubo escuchado á su hijo, apartando de él los ojos, mandó tocar la boeina para reunir el ejército; y en cuanto la asamblea fué bastante numerosa, dijo: «Puesto que tú, sin respetar la autoridad consular y la majestad paterna, contra nuestra prohibición y fuera de las filas has combatido con un enemigo; puesto que, en cuanto de ti ha dependido, has infringido la disciplina militar, que hasta hoy ha sido la salvaguardia de Roma, y me has puesto en la necesidad de perder el recuerdo de la república ó de mí mismo y de los míos, soportemos la pena de nuestro delito, antes que hacer expiar con mayores daños nuestras faltas á la república. El ejemplo que vamos á dar es muy triste para nosotros, pero saludable para la juventud venidera. Verdad es que mi natural cariño á mis hijos, y también esta primera prueba de tu valor, cegado por vana imagen de gloria, me hablan en favor tuyo; pero como tu muerte va á sancionar las órdenes consulares, ó tu impunidad á abrogarlas para siempre, creo que no rehusarás, por poca sangre mía que tengas, restablecer con tu suplicio la disciplina militar, destruida por tu falta. Avanza lictor, átales al poste.»

Esta terrible orden consternó al ejército; cada uno creyó ver al hacha levantada sobre su cabeza, y más por temor que por falta de compasión permanecieron inmóviles. Pero cuando después de algunos momentos de sombrío silencio, la vista de aquella cabeza que caía, de aquella sangre que brotaba, arrancó á la multitud de su estupor, dió libre curso á sus quejas y dolorosos gritos, no omitiendo lamentos ni imprecaciones. Cubrieron el cadáver del joven con los despojos del enemigo que mató, y con todo el aparato que podía permitir una solemnidad militar lo quemaron en una pira fuera de las empalizadas. La sentencia de Manlio no debe ser horrorosa para su siglo solamente, sino que debe dejar triste recuerdo en la posteridad.

La enormidad de este castigo hizo al soldado más obediente; además de que las guardias, las rondas de día y de noche, todo el servicio militar, en fin, se hizo con mayor atención y vigilancia, también en la última batalla, cuando bajaron á la llanura, aquella severidad fue igualmente útil. Por lo demás, aquel combate tuvo toda la apariencia de una guerra civil: tanto, exceptuando en el valor, se parecían los latinos á los romanos. Estos se servían antes de los escudos; más adelante, y después del establecimiento del sueldo, la rodela reemplazó al escudo; antes también se formaban en falanges como los macedonios; después formaron sus tropas por manipulos (1); dividiéndolos después en varias compañías (*ordines*), teniendo cada una sesenta soldados, dos centuriones y un vexilario. Dispuestos en batalla ocupaban la primera fila los hastatos, formando quince manipulos, separados entre sí por corto intervalo; el manipulo tenía veinte hombres de tropas li-

(1) De tal manera que quedaban claros entre los manipulos y no era columna cerrada.

geras, y el resto armado con rodela; los ligeros llevaban solamente lanza y dardo. Esta línea de batalla la formaba la flor de la juventud más aguerrida. Después venían los hombres de edad más robusta, dividiéndolos en igual número de manipulos, llamados príncipes, llevando todos escudo largo y distinguiéndose por la belleza de sus armas; estos treinta manipulos formaban un solo cuerpo y se llamaban antepilanos porque bajo las enseñas formaban delante de los otros quince cuerpos. Cada cuerpo de éstos estaba dividido en tres partes, llamándose cada una de ellas primipila; tenía tres banderas y cada una reunía ciento ochenta y seis hombres. Bajo la primera bandera marchaban los triarios, veteranos de valor probado; bajo la segunda los rorarios, de menos edad y cuyas hazañas no eran tan numerosas, y bajo la tercera los accensos, cuerpo que inspiraba poca confianza, por cuya razón se dejaba en las últimas filas. Formado el ejército en este orden, los hastatos comenzaban el combate; si éstos no podían desordenar al enemigo, retirábanse paso á paso en medio de los príncipes, que se abrían para recibirlos; entonces hacían frente los príncipes y seguían los hastatos, los triarios quedaban inmóviles bajo sus banderas, doblada la pierna izquierda, apoyado el escudo en el hombro, fija en el suelo la lanza, con la punta hacia arriba, y en esta posición presentábanse como ejército resguardado por una empalizada. Si los príncipes no triunfaban tampoco en el ataque, retrocedían de frente poco á poco hacia los triarios, de aquí el conocido proverbio: «Esto toca á los triarios», que se dice en los grandes peligros. Levántanse entonces los triarios, abren sus filas para recibir á los príncipes y hastatos y las cierran en seguida como para cortar todo paso; y formando de esta manera una sola masa muy compacta, que constituía la última esperanza, caían sobre el

enemigo; este momento era terrible para él, porque cuando creía no tener más enemigos que perseguir, veía surgir de pronto un ejército nuevo y considerablemente aumentado. Casi siempre se levantaban cuatro legiones de cinco mil infantes y trescientos jinetes cada una. Añadíanse igual número de tropas, suministradas por los latinos, que ahora eran enemigos de los romanos y habían dispuesto su ejército en el mismo orden de batalla; así, pues, los triarios sabían que tenían que medirse con los triarios, los hastatos con los hastatos, los principes con los principes y hasta los centuriones con los centuriones, si no se confundían las filas en el combate. Entre los triarios de uno y otro bando, había dos principilarios, el uno romano, que era más robusto de cuerpo, y además muy valeroso y diestro; el otro latino, de prodigiosa fuerza y el primer guerrero del ejército, muy conocidos el uno del otro, porque sus compañías (*ordines*) habían marchado siempre á la par. El romano, que desconfiaba de sus fuerzas, había obtenido de los cónsules en Roma permiso para elegir un subcenturión que le defendiese del adversario que le estaba destinado. Este joven, oponiéndose en la pelea al centurión latino, consiguió sobre él la victoria. La batalla se dió casi al pie del monte Vesubio, en el camino que llevaba á Vesperis.

Los cónsules romanos, antes de formar el ejército en batalla, hicieron un sacrificio. Dícese que el aruspice mostró á Decio que en la parte que consultaba (1) la cabeza del hígado aparecía mutilada; por lo demás, añadía, la víctima era agradable á los dioses y el sacrificio de Manlio había tenido éxito: «Entonces todo ya

(1) La parte del hígado cuyas señales se referían á él y á los suyos, opuesta á la *parte hostil*; separábanse las dos partes por una línea imaginaria llamada *fissum*; dándose también por extensión el nombre de *fissa* á las partes separadas por la línea.

bien puesto que mi colega ha hecho un sacrificio agradable á los dioses.» Una vez formadas las tropas, como antes se ha dicho, marcharon al combate. Manlio mandaba el ala derecha y Decio la izquierda. Al principio, por ambas partes se peleó con igual ardor é iguales fuerzas; pero muy pronto, no pudiendo en el ala izquierda sostener el choque de los latinos, los hastatos romanos se replegaron sobre los principes. En aquel momento de desorden, el cónsul Decio llamó á gritos á M. Valerio: «Necesitamos el auxilio de los dioses. ¡Adelante, pontífice máximo del pueblo romano! Dictame las palabras que debo pronunciar al sacrificarme por las legiones.» El pontífice le mandó tomar la toga pretexta, y con la cabeza velada, una mano levantada debajo de la toga hasta la barba, de pie sobre un dardo tendido en el suelo, pronunciar estas palabras: «Jano, Júpiter, Marte, padre de los romanos; Quincio, Belona, Lares, dioses novensiles, dioses indigetos, dioses que tenéis en vuestras manos nuestra suerte y la de los enemigos; y á vosotros también, dioses Manes, yo os conjuro y os suplico, os pido gracia y confío en ella, para que dispenseis al pueblo romano de los caballeros la merced de darle fuerza y victoria, y enviéis á los enemigos del pueblo romano de los caballeros el terror, el espanto y la muerte. Como ya he declarado por mis palabras, me sacrificio por la república de los caballeros, por el ejército, las legiones, los auxiliares del pueblo romano de los caballeros, y ofrezco conmigo á los dioses Manes y á la Tierra las legiones y los auxiliares de los enemigos.» Pronunciadas estas palabras, envió sus lictores á Manlio para que le dijese que se sacrificaba por el ejército; y él, ceñido el cinturón gabino, lanzase completamente armado sobre su caballo y se precipita en medio de los enemigos. Entonces pareció á los dos ejércitos mayor que la forma humana, cual enviado del cielo, encargado de aplacar el

chozo de los dioses, libertar á su patria de los males y llevarlos sobre los enemigos. Así, pues, pasando con él al ejército latino el terror y el espanto, desordenaron primeramente las enseñas y en seguida se propagó la confusión por todas las filas. Cosa evidente fue para todos que por donde le llevaba su caballo, el enemigo quedaba sobrecogido de terror cual si le hiriese un astro maligno. En el momento en que cayó traspasado de dardos, las cohortes latinas fueron puestas claramente en derrota, y en su fuga ofrecieron á lo lejos el espectáculo de la desolación. Al mismo tiempo los romanos, libre el espíritu de todo terror religioso, lanzándose como á la primera señal del combate, comenzaron de nuevo la lucha, porque habiendo acudido los romanos á las filas de los antepilanos, aumentaron las fuerzas de los hastatos y de los principes. Los mismos triarios, con la rodilla izquierda en el suelo, no esperaban para levantarse más que una señal del cónsul.

Durante la batalla, como en algunos puntos llevaban la ventaja los latinos por la superioridad del número, el cónsul Manlio, á la noticia del sacrificio de su colega, después de rendir, como mandaban las leyes divinas y humanas, justo tributo de lágrimas y de elogios á un fin tan memorable, se preguntó si no sería aquel el momento de mandar levantar á los triarios; pero pensando en seguida que mejor sería reservar para el momento decisivo aquella fuerza fresca aún y completa, mandó avanzar los accensos de la última fila á la primera. A este movimiento, los latinos avanzan sus triarios, creyendo que el enemigo acababa de hacer otro tanto; éstos, después de fatigarse durante algún tiempo en encarnizado combate, después de romper ó embótar sus lanzas, consiguen hacer retroceder al enemigo; crecense entonces dueños del combate, y cuando llegan á la última línea grita de pronto el cónsul á los tria-

rios: Levantaos ahora fuertes contra cañados; pensad en vuestra patria, en vuestros padres, en vuestras madres, en vuestras esposas y en vuestros hijos, en el cónsul que para daros la victoria acaba de entregarse á la muerte. Los triarios se levantan en seguida animosos y resplandecientes con el brillo de sus armas. Esta repentina aparición de un ejército nuevo, aumentado con los antepilanos recibidos en sus filas y el grito que lanza, contribuye á poner en desorden las primeras filas de los latinos. Pinchanlos en el rostro con las lanzas; destrozán las primeras filas, la flor del ejército enemigo; avanzan casi incólumes entre los manípulos, casi desarmados; penetran en los grupos y hacen tal estrago, que apenas dejan en pie la cuarta parte de los enemigos. Los samnitas, que estaban á lo lejos formados en batalla al pie de la montaña, contribuyeron también á difundir el terror entre los latinos. En último caso, entre todos los ciudadanos y aliados, la primera y principal parte de gloria perteneció á los cónsules; el uno atrajo sobre sí todas las amenazas y todas las venganzas de los dioses superiores é inferiores; el otro mostró en esta batalla tanto valor y prudencia, que todos los escritores romanos ó latinos que han transmitido á la posteridad su recuerdo, convienen en que en cualquier parte que hubiese mandado Manlio, habria conseguido infaliblemente la victoria. Los latinos se retiraron después de su derrota á Minturnas. Tomóse el campamento á continuación del combate, haciéndose en él considerable número de prisioneros, especialmente campanios. Aquel día no pudo encontrarse el cadáver de Decio por haber sorprendido la noche á los que lo buscaban; encontrásele á la mañana siguiente debajo de un montón de cadáveres enemigos, acribillado de dardos. Su colega le hizo funerales dignos de su muerte. Parece me deber añadir que el cónsul, el dictador ó el pretor, cuando no

tan las legiones enemigas, no está obligado por ello á sacrificarse él mismo, pudiendo designar libremente cualquier otro ciudadano, con tal que pertenezca á una legión romana. Si el hombre votado perece, considérase el sacrificio completamente consumado; si sobrevive, entonces se sepulta en tierra su efigie, de siete pies de alta, y se sacrifica una víctima expiatoria. El magistrado romano no puede atravesar, sin cometer crimen, el lugar donde está enterrada la efigie; pero si quiere sacrificarse él mismo, como hizo Decio, y no muere, el que así se ha sacrificado, no podrá realizar puramente ningún sacrificio público ni privado. Si quiere sacrificar sus armas á Vulcano ó á cualquier otro dios con una víctima u otra ofrenda, podrá hacerlo. El dardo que el cónsul ha tenido bajo sus pies durante el ruego, no debe caer nunca en poder del enemigo; si cae, se ofrecen á Marte suovetoriles (1) expiatorias.

Aunque ha desaparecido la memoria de nuestras costumbres civiles y religiosas, por la preferencia otorgada á los nuevos usos extranjeros sobre nuestras antiguas instituciones patrias, no he creído inútil consignar estos detalles en los mismos términos en que han sido transmitidos y enunciados. Solamente cuando la batalla estaba ya ganada se vieron los romanos sostenidos por los samnitas, que habían esperado el éxito del combate; al menos así opinan algunos escritores. Por otra parte, Lavinio, que quería socorrer á los latinos, perdió el tiempo en deliberaciones, y los latinos estaban ya derrotados cuando apenas se habían puesto en camino los socorros. Acababan de salir de las murallas las primeras enseñas de una parte de las tropas, cuando llegó la noticia de la derrota de los latinos, y en seguida re-

(1) Sacrificio en que se inmolaba un cerdo, una oveja y un toro, según el antiguo rito romano.

trocieron volviendo á la ciudad; lo que hizo decir á su pretor, llamado Milonio, que haría pagar muy caros á los romanos los pocos pasos que acababa de dar. Los latinos que habían escapado del combate y estaban dispersos por muchos caminos, se reunieron en un solo cuerpo y se retiraron á la ciudad de Vesúvia. Allí, en sus consejos, su general Numisio aseguraba que los desastres de la guerra eran comunes á los dos bandos; en uno y otro ejército había habido igual matanza y ruina; los romanos no tenían de la victoria más que el nombre, y en lo demás experimentaban igual suerte que los vencidos; los pretorios de los dos cónsules estaban de luto, el uno por la muerte de un hijo sacrificado por su padre, el otro por la de un cónsul que se ha sacrificado voluntariamente; su ejército mismo destrozado; exterminados sus hastatos y sus príncipes; delante y detrás de las enseñas, por todas partes matanza, y solamente habían restablecido el combate al final los triarios. Los latinos han sufrido sin duda mucho también; pero para recibir refuerzo se encuentran más cerca del Lacio ó de los volscos que los romanos de Roma. Así, pues, si se cree conveniente, marchará con toda premura á hacer un llamamiento á la juventud volsea y latina y volverá muy pronto á Capua con un ejército, para caer sobre los romanos que en manera alguna esperan un combate y á quienes aterrará este imprevisto ataque. Réparóse por todo el Lacio y la confederación volsea falsos relatos de la batalla; y como los que no habían asistido al combate les prestaban inconsiderada fe, formóse en seguida un ejército, levantado apresuradamente y de todas partes. El cónsul Torcuato marchó á su encuentro y le alcanzó cerca de Trifana, entre Sinuesa y Minturno. Sin tomar siquiera tiempo para acampar, arrojaron por una y otra parte los bagajes en montón, corrieron al ataque, y aquel combate terminó la guerra. El

desastre de los latinos fué tan terrible que, viéndolo el cónsul, llevar su ejército victorioso al pillaje de sus campos, todos se sometieron, haciendo lo mismo los campanios. Los latinos y Capua sufrieron por castigo la pérdida de parte de su territorio. Las tierras del Lacio, comprendiendo en ellas una parte del territorio de los privernatos, y las de Falerno, que habían pertenecido á los campanios, hasta el río Volturno, fueron distribuidas al pueblo de Roma: dándose por lote dos yugadas del Lacio, con un complemento de tres cuartos de yugada de terreno privernato, ó bien tres yugadas de terreno de Falerno, es decir, una cuarta parte más por razón de la distancia. Exceptuóse de la pena impuesta á los latinos, los laurentinos y los caballeros de Capua que no tomaron parte en la defección. Hizose renovar el tratado de los laurentinos, y desde entonces todavía se renueva todos los años seis días después de las ferias latinas. Dióse el derecho de ciudadanía á los caballeros campanios, y para conservar el recuerdo consignóse esta distinción en una plancha de bronce, que se colocó en el templo de Cástor en Roma; impúsose además á los campanios la obligación de pagar anualmente cada uno de ellos (eran mil seiscientos) un tributo de cuatrocientos cincuenta dineros (1).

Terminada de esta manera la guerra y aplicadas las penas y recompensas según los merecimientos de cada uno, regresó á Roma T. Manlio. Es cosa averiguada que ancianos solamente salieron á recibirlo; entonces y durante toda su vida le aborreció la juventud. Los ancianos hicieron incursiones por las tierras de Ostia, de Ardea y de Solona. El cónsul Manlio, enfermo y no pu-

(1) El dinero de plata no existía aún, puesto que no se comenzó á acuñar moneda de esta clase en Roma hasta el año 299 antes de J. C. Creer algunos que se trata aquí de la dracma exigida por el pueblo romano á los latinos.

diendo dirigir hasta su término esta guerra, nombró dictador á L. Papirio Crasso; que casualmente era privernto. Tomó éste por jefe de los caballeros á L. Papirio Cursor. El dictador no hizo nada notable entre los aliados, limitándose á permanecer acampado durante algunos meses en el territorio de Anzio. A este año tan memorable por victorias sobre tantos pueblos poderosos, por la gloriosa muerte de un cónsul y por la cruel sentencia con que el otro ilustró su memoria, sucedieron los cónsules T. Emilio Mamercino y L. Publilio Filo, á quienes no ofrecieron las circunstancias iguales ocasiones de distinguirse, y que se ocuparon mucho más de sus intereses y de su partido en la república que en la patria misma. Irritados los latinos por la pérdida de parte de su territorio, habían vuelto á empuñar las armas, siendo derrotados en las llanuras de Fencetum y despojados de su campamento. Mientras Publilio, bajo cuyas órdenes y auspicios se dió el combate, recibía la sumisión de los pueblos latinos, cuya juventud había sido destrozada en aquel combate, Emilio dirigía el ejército contra Pedum, defendida por los tiburtinos, los prenestinos y los veliternos, habiendo recibido también socorros de Lanuvio y de Anzio. Los romanos vencieron sin duda en todos los combates, pero nada habían hecho aún en cuanto á la ciudad de Pedum y el campamento anejo, cuando el cónsul dejó de pronto la guerra sin terminar, habiéndose enterado de que habían concedido el triunfo á su colega, y marchando á Roma para solicitar el triunfo antes de haber vencido. Indignados ante aquella petición, los senadores se lo niegan hasta la toma ó rendición de Pedum. Desde entonces rompió Emilio con el Senado, é hizo además de su consulado una manera de tribunado sedicioso. En efecto, mientras fué cónsul, no cesó de desacreditar al Senado ante el pueblo, sin la más pequeña

oposición por parte de su colega, que era plebeyo. Apoyaba sus acusaciones en la repartición de terrenos del Lacio y de Falerno, hecha al pueblo con tanta parsimonia. Cuando deseoso el Senado de poner término á la autoridad de los cónsules, les mandó nombrar dictador para combatir á los latinos sublevados, Emilio, que en aquel momento tenía los háces, nombró dictador á su colega, quien eligió para jefe de los caballeros á Emilio Bruto. Esta dictadura fué popular por sus arengas, acusadoras contra los patricios y por la promulgación de tres leyes favorables al pueblo y contrarias á la nobleza. Por la primera quedaban sujetos á los plebiscitos todos los ciudadanos romanos; por la segunda, las leyes presentadas á los comicios por centurias, antes de la votación, debía ratificarlas el Senado; por la tercera, uno de los censores se elegiria del pueblo, que ya habia conseguido nombrar dos cónsules plebeyos. En este año experimentó Roma en su interior por parte de los cónsules y del dictador más desastres, que engrandecimiento en el exterior por sus victorias y triunfos militares; así opinaba el Senado.

Al año siguiente, bajo el consulado de L. Furio Camilo y C. Menio, para mortificar á Emilio, cónsul del año anterior y hacer más amarga la reprobación de su conducta por el abandono de su expedición, declaró el Senado en plena asamblea que era necesario por fuerza de armas y de hombres y por todos los medios apoderarse y arrasar á Pedum. Obligados los nuevos cónsules á ocuparse ante todo de este asunto, se pusieron en marcha. El Lacio se encontraba en situación de no poder soportar la guerra ni la paz; faltábale recursos para la guerra, y el disgusto al verse arrebatada una parte de su territorio le hacia despreciar la paz. Creyóse deber adoptar un término medio, el de encerrarse en las ciudades, temiendo que los antiguos suministrasen

á los romanos pretexto para declarar la guerra. Convinióse además que, á la noticia del sitio de alguna plaza, de todas partes acudirían todos los pueblos en socorro de los sitiados. Sin embargo, los habitantes de Pedum apenas recibieron socorro, y esto de algunos pueblos solamente. Los tiburtinos y los prenestinos, que estaban en las inmediaciones, llegaron hasta Pedum; á los aricinos, lanuvienses y los veliternos, en el momento en que se unían con los volsco de Anzio, les sorprendió Menio y les derrotó cerca del río Astura. Camilo dió batalla cerca de Pedum á los tiburtinos, cuyo ejército era muy fuerte; la lucha fué más tenaz; pero el resultado igualmente ventajoso. Una brusca salida de los habitantes produjo confusión en medio del combate. Camilo mandó contra ellos una parte del ejército, los rechazó hasta las murallas, y el mismo día, después de derrotarlos á ellos y á sus auxiliares, escaló y se apoderó de la ciudad. Los dos cónsules, con nuevo y más poderoso esfuerzo de valor, decidieron pasar de la toma de una ciudad á la conquista del Lacio; pasearon por todas partes su ejército victorioso, y no se detuvieron hasta haber tomado por asalto y forzado las ciudades á rendirse sucesivamente y subyugado todo el Lacio. Después de dejar guarniciones en las ciudades conquistadas, regresaron á Roma, donde por unánime consentimiento se les habia otorgado el triunfo. A este honor se añadió otro muy raro en aquel tiempo, el de la estatua ecuestre erigida á cada uno de ellos en el Foro. Antes de convocar los comicios consulares del año siguiente, Camilo hizo una proposición en el Senado acerca de los pueblos latinos, hablando de esta manera: «Padres conscriptos, todo lo que en el Lacio habia de tratarse por la guerra y las armas, gracias á la bondad de los dioses y al valor de los hombres, está terminado; los ejércitos enemigos han quedado destruidos en Pe-

adum y un Astura. Todas las plazas latinas, lo mismo que Anzio, de los volscos, han sido tomadas á viva fuerza ó obligadas á rendirse, y las ocupan vuestros soldados. Solamente os queda que atender á que los pueblos latinos no tengan medios para sublevarse y mantenerles en perpetuo estado de tranquilidad. De tal manera os han otorgado el poder los dioses inmortales, que de vosotros dependerá en lo sucesivo que el Laeio exista ó no exista. Por lo que atañe á los latinos, podéis aseguraros paz eterna, bien por la severidad, bien por la clemencia. ¿Queréis obrar cruelmente con pueblos sometidos y vencidos? Podéis destruir todo el Laeio, y convertir en vasto desierto un país del que recibisteis aquel hermoso ejército social, que aprovechasteis en tan importantes y tan gloriosas guerras. ¿Queréis, imitando á nuestros mayores, aumentar el poder de Roma admitiendo á los vencidos en el número de vuestros conciudadanos? Hermosa es la ocasión de engrandeceros cubriéndolos de gloria; porque el imperio más asegurado es aquel en que es grata la obediencia. Pero se necesita decidir pronto, cualquiera que sea el partido que os plazca adoptar. Están esperando veinte pueblos; suspensos entre la esperanza y el temor. Libertaos cuanto antes de la inquietud que os ocasionan, y mientras la expectación les mantiene en el estupor, herid vivamente sus ánimos con el castigo ó el beneficio. Misión nuestra era someter á vuestra deliberación estas cosas, á vosotros toca decidir lo que puede ser mejor para vosotros y para la república.»

Los principales del Senado aprobaron las palabras del cónsul acerca de aquel asunto; pero como no era igual la causa de todos los pueblos, creyeron que podría apreciarse el mérito de cada uno si se hacía una información separada de cada pueblo. Hubo, pues, informe y decisión especial para cada uno. A los habitantes de

Lanuvio se concedió el derecho de ciudadanía (1) y se les devolvió el uso de sus festividades religiosas; á condición, sin embargo, de que el templo y el bosque sagrado de Juno Sospita (2) serian comunes entre los municipios lanuvienses y el pueblo romano. Aricia, Numentum y Pedum recibieron con igual título que Lanuvio el derecho de ciudadanía. Túsculum conservó este derecho que tenía ya; no se dirigió contra el pueblo la acusación de sublevación, cayendo solamente sobre algunos jefes. Los veliternos, antiguos ciudadanos romanos, en atención á sus numerosas sublevaciones, fueron tratados con más rigor; derribáronse sus murallas; trajéronse sus senadores y se les obligó á habitar al otro lado del Tiber; á todo el que se sorprendiese del lado acá, se le castigaria con la clarigación (3) de una multa de mil ases, y hasta el completo pago de la cantidad quedaria preso por aquel que le hubiese sorprendido. A las tierras de los senadores enviaron nuevos colonos que se reunieron á los antiguos, y Velitres recibió su anterior población. Anzio recibió también una colonia nueva, concediéndose permiso á los anziatos para inscribirse, si querían, en el número de los colonos; retiráronles sus naves, prohibióse el acceso al mar al pueblo de Anzio, y se le dió el derecho de ciudadanía. Los tiburtinos y los prenestinos quedaron privados de una parte de su territorio en castigo, no solamente de su complicidad en la revuelta común de todos

(1) Los privilegios de estos municipios no eran iguales, unos gozaban del derecho de ciudadanía y de sufragio; otros tenían el primero sin el segundo, como por ejemplo, los habitantes de Esera.

(2) Sin duda fué más adelante cuando se construyó en Roma un templo en honor de esta divinidad, al lado del de Cibele.

(3) Palabra muy obscura, que parece significar que la deuda se consideraba como la de cosa robada. *Res rapta, clare repetere*, dice Plinio.

los latinos, sino por haber en otro tiempo, por disgusto del dominio romano, unido sus armas con las de los agrestes galos. A las demás ciudades latinas se les prohibieron los matrimonios, relaciones y reuniones entre sí. A los campanios, en consideración á que sus caballeros se negaron á secundar la revuelta de los latinos, y á los fundanos y formianos por haber consentido en todo tiempo libre y seguro paso por sus tierras, se les recompensó con el derecho de ciudadanía sin el de sufragio. Cumas y Suesula obtuvieron el mismo derecho y la misma condición que Capua. Llevóse á Roma una parte de las naves de Anzio y se quemaron las demás; con sus espalones se adornó la tribuna de las arengas, levantada en el Foro, llevando desde entonces este templo (1) el nombre de Rostros.

Bajo el consulado de C. Sulpicio Longo y de P. Elio Peto, cuando el poder de Roma y á la vez la gratitud de los pueblos conquistada por los beneficios consolidaba la paz, se promovió una guerra contra los sidicinos y los aruncos. Estos no se habían movido desde que recibió su sumisión el consul T. Manlio; título era éste para reclamar el auxilio de los romanos. Pero antes de que los cónsules sacaran el ejército de la ciudad por que el Senado había dado orden de defender á los aruncos, llegó la noticia de que asustados éstos, habían abandonado su ciudad, refugiándose con sus mujeres y sus hijos en Suesa, donde se habían fortificado y que por esta razón se llama hoy Aurunca; añadiase que los sidicinos habían destruído sus antiguas murallas. Irritado entonces el Senado contra los cónsules cuya lentitud había entregado á los aliados, les mandó nombrar un dictador, siéndolo C. Claudio Regilense, que eligió

(1) Sabido es que se daba este nombre á todo lugar consagrado por los augures.

para jefe de los caballeros á C. Claudio Hortator. Pero surgió una dificultad religiosa para esta dictadura, y en cuanto declararon los augures que el nombramiento parecía vicioso, abdicaron el dictador y el jefe de los caballeros. En este año, la vestal Minucia, sospechosa ya á causa de sus trajes demasiado mundanos, fué acusada ante los pontífices por la declaración de un esclavo, ordenándosele por un decreto que renunciase á sus funciones y á que no diese libertad á ningún esclavo (1); después se celebró el juicio y fué enterrada viva cerca de la puerta Colina, á la derecha del camino pavimentado, en el campo del Crimen (*Scelerato*), creo que llamado así por el de la vestal. Aquel mismo año Q. Publilio Filo fué nombrado pretor, el primero entre los plebeyos, á pesar del cónsul Sulpicio, que se negaba á reconocer este nombramiento. El Senado, que no había podido cerrar al pueblo el acceso á las primeras dignidades, le disputó menos la pretura.

El siguiente año, bajo el consulado de L. Papirio Crasso y de K. Duilio, fué notable por la novedad, más que por la importancia, de una guerra con los ausones. Este pueblo habitaba la ciudad de Cales (2) y había unido sus armas con las de sus vecinos los sidicinos. Un solo combate, poco memorable además, dispersó el ejército de los dos pueblos; la proximidad de sus ciudades, además de tentarlos para huir más pronto, dió seguridad á su fuga. Sin embargo, el Senado no quiso quedar así con los sidicinos, porque con demasiada frecuencia habían empuñado las armas ellos mismos, ó habían ayudado á tomarlas, ó ocasionado la guerra. Así fué, que empleó todos sus esfuerzos en hacer nombrar

(1) Prohibiósele manumitir á ningún esclavo, para poder sujetarles al tormento, cosa que hubiese hecho imposible la manumisión.

(2) En la Campania.

cónsul por cuarta vez al mejor general de su tiempo, M. Valerio Corvo. Diósele por colega á M. Atilio Régulo; y para prevenir todo error del acaso, consiguíose de los cónsules que sin la prueba del sorteo se encargaría Corvo del mando. Recibió de los cónsules anteriores el ejército victorioso; dirigióse á Cales, foco de la guerra; puso en fuga al primer grito y al primer choque á sus enemigos, temblorosos aún con el recuerdo de su primera derrota, y decidió el ataque de la ciudad. Tal era el ardor de los soldados, que querían aplicar en el momento las escalas á la muralla, pretendiendo que triunfarian; pero Corvo, comprendiendo la dificultad, quiso realizar la empresa antes á costa de las fuerzas que de la sangre de sus soldados. Hizo, pues, elevar terraplenes y mantecetes y acercar las torres á las murallas; pero una circunstancia afortunada le dispensó de usarlas. Un prisionero romano, llamado Marco Fabio, en un día de fiesta y gracias á la falta de vigilancia, había róto sus cadenas, y por medio de una cuerda atada á una almena se había deslizado hasta el pie de la muralla donde trabajaban los romanos. Este fué quien decidió al general á atacar á un enemigo dormido en el vino y los festines, y no se necesitó más esfuerzo para apoderarse de los ausones y su ciudad que para vencerlos en batalla campal. El botín fué inmenso. En Cales quedó una guarnición y las legiones regresaron á Roma. El cónsul, por un senatus-consulta, obtuvo el triunfo; y para que Atilio pudiese conseguir gloria también, recibieron los cónsules orden de llevar juntos el ejército contra los sidicinos. Antes de partir, y en virtud de un senatus-consulta, nombraron dictador para la celebración de los comicios á L. Emilio Mamercino, quien tomó por jefe de los caballeros á Q. Publilio Filo. En estos comicios que celebró el dictador, fueron elegidos cónsules T. Veturio y Sp. Postumio. Aunque no había terminado

completamente la guerra con los sidicinos, con objeto de adelantarse con un beneficio á los deseos del pueblo, propusieron al Senado el envío de una colonia á Cales; disponiéndose por un senatus-consulta que se inscribirían dos mil quinientos hombres para aquella ciudad, y creándose á K. Duilio, T. Quincio y M. Fabio triunviros para el establecimiento de la colonia y repartición de tierras.

Los nuevos cónsules, después de recibir de los antiguos el mando del ejército, entraron por territorio enemigo y llegaron talándolo hasta las murallas de la ciudad. Allí estaba reunido formidable ejército; no teniendo los sidicinos otra esperanza, parecían decididos á una lucha encarnizada, y corría el rumor de que se removía el Samnium para tomar parte en la guerra. Los cónsules, por orden del Senado, nombraron dictador á P. Cornelio Rufo, quien eligió para jefe de los caballeros á M. Antonio. Sobrevinieron dificultades religiosas con motivo de estos nombramientos, que parecieron viciosos, y abdicaron. Como se declaró una peste, creyóse que todos los auspicios estaban contaminados con el mismo vicio y se recurrió al interregno. Hasta el quinto inter-rey, que lo era M. Valerio Corvo, no fué posible crear cónsules á A. Cornelio por segunda vez y á Cn. Domicio. Todo estaba tranquilo, pero ligero rumor de guerra con los galos, teniéndose por bastante grave para declarar la república en peligro, juzgóse conveniente nombrar un dictador, siéndolo M. Papirio Crasso, y P. Valerio Publicola jefe de los caballeros. Mientras estos magistrados aceleraban las levadas con más actividad que se había empleado en las guerras con los vecinos, los exploradores enviados vinieron diciendo que todo estaba tranquilo entre los galos. Más de un año hacía ya que se sospechaban por parte del Samnium proyectos é intenciones hostiles;

por cuya razón el ejército romano no abandonó el territorio de los sidicinos. Pero la guerra de Alejandro de Epiro atrajo á los samnitas á Lucania; estos dos pueblos reunieron sus tropas contra el rey que había bajado hasta cerca de Pastum y le dieron batalla. Alejandro, vencedor en el combate, hizo la paz con los romanos, ignorándose hasta qué punto hubiese guardado fidelidad de ser en lo sucesivo igualmente afortunado. Aquel mismo año se hizo el censo, en el que se comprendieron los nuevos ciudadanos; y por ellos se añadieron las tribus Mecia y Scapeia; esta adición la hicieron los censores, en funciones entonces, Q. Publilio Filo y Sp. Postumio. Por una ley del pretor L. Papirio, que les concedió el derecho de ciudadanía sin el de sufragio, los acerranos fueron hechos romanos. Estos fueron los acontecimientos civiles y militares de este año.

Desastroso fué el año siguiente por la dureza del cielo ó por la perfidia de los hombres. Eran cónsules entonces M. Claudio Marcelo y C. Valerio. El sobrenombre de uno de los cónsules varía en los anales, encontrándose el de Flaco y el de Potito; en último caso, la variación es poco importante. Preferiría (porque los testimonios no están de acuerdo) que se hubiesen engañado al atribuir al veneno la mortandad de este año, tan tristemente célebre por la epidemia que reinó. Sin embargo, para no contradecir el testimonio de ningún autor, voy á narrar el asunto tal como se refiere. Como los principales ciudadanos de Roma sucumbían de enfermedades iguales y casi todos con los mismos síntomas, presentose una esclava á Q. Fabio Máximo, edil curul, y le ofreció revelar la causa de aquella calamidad pública si le prometía que su revelación no le reportaría daño. Fabio enteró en seguida del caso á los cónsules, que dieron cuenta al Senado, y todo el orden consintió en dar completa seguridad á la esclava. Entonces

descubrió que la desolación de la ciudad se debía á la perfidia de las mujeres; que señoras romanas preparaban aquellos venenos, y que si querían seguirla en el acto, pronto tendrían la prueba. Siguiéronla y sorprendieron algunas mujeres cociendo drogas, encontrándose venenos cuidadosamente ocultos. Llevose todo al Foro, y el viator condujo cerca de veinte matronas en cuyas casas se había encontrado. Dos de ellas, Cornelia y Sergia, pertenecientes á familias patricias, pretendieron que eran medicinas saludables; la esclava lo negó y se las mandó beber para convencerlas de impostura. Piden algunos momentos para ponerse de acuerdo; separase el pueblo, y á la vista de todos conferencian con las demás; éstas tampoco se niegan á la prueba; todas beben, y todas parecen víctimas de su propia perfidia. Sus cómplices presas denuncian en seguida á considerable número de matronas, siendo condenadas cerca de ciento setenta. Hasta aquel día jamás se había hablado en Roma de envenenamientos. Considerose el caso como prodigio, viéndose en ello mentes extraviadas más que criminales. Así, pues, como las tradiciones decían que en otras épocas, cuando la retirada del pueblo, un dictador clavó el clavo, y que esta ceremonia expiatoria atrajo á la razón los ánimos extraviados por la discordia, creyose que se debía nombrar un dictador para clavar el clavo. Este dictador fué Cn. Quincio, quien nombró á L. Valerio jefe de los caballeros. Clavado el clavo, abdicaron.

Nombróse cónsules á L. Papirio Crasso por segunda vez y á Plaucio Venno. Al comenzar este año llegaron á Roma legados de los volseos, fabrateranos (1) y de la Lucania, pidiendo colocarse bajo la protección del pue-

(1) Según Plinio este pueblo habitaba en las inmediaciones de Falerno, y los volseos se llamaban así porque no usaban

blo romano, prometiendo, si los defendían contra los samnitas, obediencia y fidelidad á la dominación romana. El Senado envió legados á los samnitas para invitarlos á abstenerse de toda hostilidad contra el territorio de aquellos dos pueblos. Dióse oídos á estos legados, no tanto porque desearan la paz los samnitas como porque no estaban preparados para la guerra. Aquel mismo año se trabó guerra con los privernatos, que tenían por aliados á los fundanos y hasta á un fundanio por jefe. Era éste Vitruvio Vaeco, varón muy célebre, no solamente en su país, sino que también en Roma, donde tenía en el Palatino una casa en el terreno que después se llamó Prados de Vaeco (*Vacciprata*) cuando se derribó la casa y se confiscó el terreno. Contra este enemigo, cuyas devastaciones se extendían á lo lejos por los territorios de Sacia, Norba y Cora, marchó L. Papirio, tomando posición á corta distancia de su campamento. No tuvo Vitruvio la firmeza ni la prudencia de mantenerse detrás de sus fortificaciones ante un enemigo de superiores fuerzas, ni valor para marchar á combatir lejos del campamento. Cerca de la puerta desplegó su ejército, que apenas pudo desenvolverse allí, y cuyas miradas antes buscaban á la espalda por donde huir, que delante por donde atacar al enemigo; en seguida, sin discreción como sin osadía, trabó el combate. Verdad es, sin embargo, que si su derrota fué pronta y segura, pudo cómodamente, por la corta distancia y fácil acceso á su campamento, preservar á sus soldados de la matanza; en la pelea apenas cayeron algunos, y muy pocos en la derrota, en el momento en que la multitud penetraba precipitadamente en el campamento. Al acercarse la noche, el enemigo se refugió en desorden en Priverno, con objeto de encontrar abrigo más seguro detrás de sus murallas que de las empalizadas del campamento. El otro cónsul, Plaucio, tala-

ba á lo lejos el territorio de Priverno, y cargado de hietin, llevó su ejército á las tierras de Fundi. A su llegada á las fronteras, salió á recibirle el Senado de esta ciudad: «No vienen á suplicarle por Vitruvio y sus partidarios, sino por el pueblo de Fundi, cuya inocencia en lo concerniente á esta guerra ha reconocido el mismo Vitruvio, puesto que en su fuga se ha refugiado en Priverno y no en Fundi, su patria. En Priverno, pues, hay que buscar y perseguir á los enemigos del pueblo romano, que á la vez han abandonado el partido de Roma y el de Fundi, siendo igualmente ingratos para una y otra patria. Los fundanos quieren la paz; sus sentimientos son completamente romanos, y conservan el recuerdo del derecho de ciudadanía con que se les ha honrado. Ruegan al cónsul libre á un pueblo inocente de los horrores de la guerra; sus tierras, su ciudad, sus propias personas, las de sus mujeres y de sus hijos están y estarán siempre en poder del pueblo romano.» El cónsul, después de felicitar á los fundanos, escribió á Roma que Fundi había permanecido fiel, y en seguida se dirigió á Priverno. Según Clodio, el cónsul, antes de partir, se apoderó de los jefes de la sedición, enviando á Roma cargados de cadenas cerca de trescientos cincuenta conjurados; pero el Senado no quiso aceptar el acto de sumisión, persuadido de que el pueblo de Fundi había querido reparar su falta á expensas de pobres y oscuros ciudadanos.

Mientras los dos ejércitos consulares sitiaban á Priverno, llamaron á Roma para celebrar los comicios á uno de los cónsules. En este año se construyeron en el circo las cárceles (1). No estaban libres aún de los cuidados de la guerra privernata cuando circuló el rumor de una invasión gala, rumor terrible, que siempre alar-

(1) Caballerizas. El otro cónsul, Plaucio, tala-

mó al Senado. En el acto los nuevos consules L. Emilio Mamercino y C. Plaucio, el día mismo de las kalendas de Julio, en que entraron en funciones, recibieron orden de arreglar entre sí sus atribuciones, y Mamerino, á quien tocó la guerra contra los galos, de levantar un ejército sin conceder ninguna esención; dícese que fueron alistados los artesanos y obreros sedentarios, gentes muy poco á propósito para el servicio de las armas. Reunióse en Vejas un ejército considerable para marchar desde allí al encuentro de los galos; pero no se le permitió alejarse por temor de no encontrar al enemigo, si se dirigía á Roma por otro camino. Algunos días después, cuando quedaron bien seguros de que todo estaba en calma, las fuerzas destinadas contra los galos se volvieron contra Priverno. Aquí se encuentran dos versiones: unos aseguran que la ciudad fué tomada y que Vitruvio cayó vivo en poder de los romanos; otros, que los sitiados, sin esperar el asalto, acudieron, con el caduceo en la mano, á someterse al consúl, entregando á Vitruvio. Consultado el Senado acerca de Vitruvio y los privernatos, mandó al consúl Plaucio arrasar las murallas de la ciudad, dejar en ella fuerte guarnición y regresar para recibir el triunfo. Decidió además que Vitruvio permanecería preso hasta la vuelta del consúl, y en seguida se le azotaría con varas y se le daría la muerte: que su casa, situada en el Palatino, sería demolida y consagrados sus bienes á Semo Sanco (1). De la cantidad que se obtuvo de la venta se mandó construir bolas de bronce, que se colocaron en el santuario de Sanco, del lado del templo de Quirino. En cuanto al Senado privernato, decidióse que los senadores que habían permanecido en Priverno desde la

(1) Era esta una antigua divinidad italiana, tan relacionada con Sanco, el Hércules italiano, que muy pronto se le confundió con él y con Fidio.

sublevación contra los romanos, habitarían al otro lado del Tiber, en iguales condiciones que los veliternos. Arregladas así las cosas, hasta el triunfo de Plaucio no se habló de los privernatos; después de su triunfo, una vez muertos Vitruvio y sus cómplices, opinó el consúl que el suplicio de los culpables había satisfecho la vindicta pública, y que era oportuno volver sobre el asunto de los privernatos. «Puesto que los autores de la sublevación, dijo, han recibido de los dioses inmortales y de vosotros mismos el justo castigo de su crimen, ¿cuáles son vuestras intenciones, padres conscriptos, relativamente á aquella multitud inocente? Por mi parte, aunque estoy más obligado á preguntar la opinión de los demás que á dar la mía, cuando considero que los privernatos son vecinos de los samnitas, con los que tenemos hoy una paz bastante insegura, no quisiera que quedase entre ellos y nosotros ningún motivo de resentimiento.»

La cuestión en sí misma era difícil de resolver, aconsejando cada uno, según su carácter, ó demasiada severidad ó demasiada dulzura; y las incertidumbres aumentaron por el hecho de un legado privernato que pensó más en la condición en que había nacido que en el estado desgraciado en que se encontraba. Habiéndole preguntado un partidario de la severidad «¿qué castigo merecían, según él, los privernatos?—El que merecen, contestó, los hombres que se creen dignos de la libertad.» La altivez de esta contestación irritó más á los que ya eran contrarios á los privernatos; observó el consúl, y con objeto de provocar por medio de una pregunta benévola, contestación más suave, le dijo: «Y si os perdonásemos todo castigo, ¿qué paz podríamos esperar de vosotros?—Si nos la otorgáis ventajosa, será duradera y segura; si nos es desventajosa, durará poco.» Entonces exclaman que los privernatos amena-

zan abiertamente; que con tales palabras se excita á la sublevación á los pueblos sometidos. La mejor parte del Senado interpreta con más suavidad la contestación. «Las palabras que acaban de oirse son propias de un hombre valeroso y libre. ¿Puede creerse que un pueblo, un hombre quiera permanecer en un estado insostenible más tiempo del que le imponga la necesidad? La paz es segura desde el momento en que se ajusta voluntariamente, pero allí donde se ve la esclavitud no puede esperarse fidelidad.» A estas ideas quiso atraer los ánimos el cónsul, dirigiéndose de tiempo en tiempo á los consulares que emitían primeramente su parecer, diciéndoles bastante alto, para que le oyese el mayor número: «Después de todo, puesto que solamente piensan en la libertad, son muy dignos de ser romanos.» Así, pues, la causa de los privernatos se ganó en el Senado, y por orden de los senadores se propuso al pueblo concederles el derecho de ciudadanía. Aquel mismo año se enviaron á Anxur trescientos colonos, recibiendo cada uno dos yugadas de tierra.

En el siguiente año nada notable ocurrió en el ejército ni en la ciudad, siendo cónsules P. Plaucio Próculo y P. Cornelio Scápula. Envióse una colonia á Fregelas, cuyo territorio había pertenecido á los sidicinos y después á los volscos, y se hizo una distribución al pueblo de la carne de las víctimas por M. Flayio en los funerales de su madre. Dijóse entonces que so pretexto de honrar á su madre, pagaba una deuda al pueblo que le había absuelto de una acusación que le dirigieron los ediles por violación de una señora romana. Esta distribución, hecha en agradecimiento del primer favor, le valió ser elegido, aunque ausente, tribuno del pueblo, con preferencia á los que se presentaron. Palépolis estaba á corta distancia del sitio donde ahora se encuentra Nápoles, habitando estas dos ciudades un mismo

pueblo originario de Cumas. Los cumanos tienen su origen de Calcis en Eubea. Con auxilio de la flota que les había traído de su país se habían hecho poderosos en las costas marítimas que habitaban. Primeramente habían abordado á las islas Enaria y Pitécusa; después tuvieron el atrevimiento de establecerse en el continente. Esta ciudad, contando con las fuerzas y con la alianza de los samnitas, que hacían traición á Roma, contando quizás también con la peste, que, según se decía, acababa de invadir la ciudad romana, había realizado numerosas hostilidades contra los romanos establecidos en los territorios de Capua y de Falerno. L. Cornelio Léntulo y Q. Publilio Filo eran entonces cónsules por segunda vez; los faciales, enviados para pedir explicación de aquellas hostilidades, trajeron arrogante respuesta de aquel pueblo griego, más valeroso en palabras que en acciones; y á propuesta del Senado el pueblo decretó se hiciese la guerra á los paleopolitanos. Publilio tomó á su cargo combatir á los griegos, y Cornelio, con el otro ejército, oponerse á los samnitas, en caso de movimiento de éstos. Y como corría el rumor de que estos últimos, acechando el instante de la defeción de los campanios, debían llevar su campamento hacia este lado, Cornelio juzgó conveniente establecerse allí. Como los cónsules, cada cual por su parte, confiaban muy poco en conservar la paz con los samnitas, lo advirtieron al Senado.

Publio le enteró de que dos mil nolanos y cuatro mil samnitas, más por imposición de los nolanos que por voluntad de los griegos, habían sido recibidos en Palépolis. Cornelio, por su parte, participó que los magistrados samnitas habían ordenado levadas que todo el Samnio estaba levantado, y que era evidente trataban de sublevar las ciudades vecinas Priverno, Fundano y Formiano. Para atender á esto decidióse enviar legados

á los sámitas antes de declarar la guerra, recibíendose insolente respuesta. Acusában á los romanos de las primeras ofensas y procuraban justificarse de las que les imputaban. «La nación no ha dado consejos ni socorros á los griegos; no ha tratado de sublevar á Fundano y Formiano, porque no sentiría en lo más mínimo atenerse á sus propias fuerzas si se quiere la guerra. Por lo demás, la nación de los sámitas ve con disgusto que Fregelas, tomada por ella á los volscos y destruída, haya sido reedificada por el pueblo romano y que haya impuesto al territorio samnita una colonia que los colonos llaman todavía Fregelas. En esto hay ultraje é injuria, cuyo autor les debe reparación; y á falta de esta, ellos sabrán hacer justicia.» Un legado romano quería acudir á aliados y amigos comunes. «¿Á qué tantos rodeos? le replicaron. Nuestras disensiones, ¿oh romanos! no pueden terminar ni por discursos de legados ni por mediación de árbitros; las llanuras de la Campania, donde tendremos que combatir, las armas, los comunes destinos de la guerra decidirán. Que entre Capua y Suesula se encuentren nuestros campamentos, que allí se decida si el samnita ó el romano ha de mandar en Italia.» Los legados romanos contestaron que irían, no donde les llamase el enemigo, sino donde les llevasen sus jefes. Publilio, que se había apoderado ya de una posición ventajosa entre Palépolis y Nápoles, había interceptado las comunicaciones entre estas dos ciudades, que hasta entonces se habían socorrido mutuamente en todas sus necesidades. Por esta razón, como se acercaba el día de los comicios, y el llamamiento de Publilio en el momento en que tan de cerca amenazaba las murallas enemigas no era conveniente para la república, pusieron de acuerdo con los tribunos para proponer al pueblo dejar á Publilio Filo, al terminar su consulado, el mando en puesto de cónsul hasta que ter-

minase la guerra con los griegos! Por su parte La Cónnelio había entrado ya en el Samnio, y como tampoco se quería detenerle en sus operaciones, se le escribió para que nombrase dictador para los comicios. Nombró á M. Claudio Marcelo, quien eligió para jefe de los caballeros á Sp. Postumio. Sin embargo, el dictador no reunió los comicios porque surgieron dificultades acerca de la validez de su elección, y consultados los augures, contestaron que parecía viciosa la elección del dictador. Arguyendo los tribunos en contra de esta decisión, la hicieron sospechosa y la desacreditaron. «No es un defecto fácil de conocer, decían, puesto que el cónsul se levanta á media noche y nombra al dictador en el mayor silencio. El cónsul, además, no ha escrito sobre este asunto á nadie, ni magistrado ni simple particular; no existe un mortal que diga haber visto ú oído algo que pueda viciar el auspicio, y los augures desde Roma no han podido adivinar un vicio ocurrido en medio del campamento, donde se encuentra el cónsul; ¿Quién no ve que á los ojos de los augures el vicio consiste en que el dictador es plebeyo?» A pesar de estos argumentos y de otros que propusieron los tribunos, pasóse á un interregno. Por una ú otra causa se aplazaron los comicios, y al fin el decimocuarto interrey, L. Emilio, creó cónsules á C. Petelio y L. Papirio Milgilano ó Cursor, según encuentro en otros anales.

Dícese que en este mismo año tuvo lugar la fundación de Alejandria en Egipto y la muerte de Alejandro, rey de Epiro, asesinado por un lucano desterrado, acontecimiento que confirmó el oráculo de Júpiter de Dodona. Cuando los tarentinos le llamaron á Italia, el oráculo le contestó: «qué se guardase de la onda Aquerusiana y de la ciudad de Pandosia, porque allí se encontraba el término de su destino.» Alejandro pasó con mayor apresuramiento á Italia, á fin de alejarse todo lo po-

sible de la ciudad de Pandosia, en el Epiro, y del río Aquerón, que desde la Melosida corre á las lagunas infernales y se pierde en el golfo de Tesprocia. Pero, como casi siempre, al huir del destino se le sale al encuentro, este rey, después de deshacer frecuentemente las legiones brucias y lucanas, arrebatado la colonia de Heraclea á los tarentinos, Consencia y Siponto á los lucanos, Terina á los brucios, y en seguida otras ciudades á los mesapianos y lucanos; después de enviar al Epiro trescientas familias ilustres como rehenes, marchó á ocupar cerca de Pandosia, ciudad vecina de las fronteras de la Lucania y del Brucio, tres alturas situadas á corta distancia una de otra, desde donde hacía incursiones sobre todos los puntos del territorio enemigo. En derredor suyo tenía cerca de doscientos desterrados lucanos, con cuya fidelidad contaba, pero cuyo carácter versátil, como el de casi todos los hombres de su nación, cambiaba con la fortuna. Lluvias continuas, inundando toda la campiña, habían interrumpido las comunicaciones entre los tres cuerpos de ejército que no podían socorrerse; los dos cuerpos en que no se encontraba el rey quedan súbitamente sorprendidos por brusco ataque del enemigo, que les destruyó, y se dirigió contra el del mismo rey para atacarle con todas sus fuerzas. Los desterrados lucanos envían entonces mensajeros á sus compatriotas, y por precio del llamamiento les ofrecen entregarles al rey muerto ó vivo. Este, entretanto, con gente escogida y con valeroso araque de audacia se abre paso entre los enemigos y mata por su mano al jefe de los lucanos que venía hacia él; después, reuniendo su ejército disperso y fugitivo, llegó á un río donde las recientes ruinas de un puente arrastrado por la violencia de las aguas le señalaban su camino. Mientras sus soldados le cruzan por inseguro vado, un soldado, extenuado por el temor y el

cansancio, exclama, execrando el abominable nombre de aquel río: «Con razon te han llamado Aqueronte.» El rey oye aquellas palabras, que le recuerdan en el acto su destino; detiéndose y vacila en pasar. Entonces Sotino, uno de sus jóvenes servidores, le pregunta qué puede detenerle en aquel gran peligro, y le advierte que los lucanos acechan la ocasión de sorprenderle. Volviéndose el rey, vióles á lo lejos venir en grupo hacia él; entonces desenvainó la espada y lanzó el caballo en medio de las aguas. Ya había pasado el vado y salía del río, cuando un dardo, lanzado desde lejos por un desterrado lucano, le traspasó de parte á parte; cayó, y su cadáver, en el que continuaba clavado el dardo, lo arrastró la corriente hasta los puestos enemigos, y allí hicieron en aquel cuerpo espantosa mutilación. Cortáronle en dos partes; enviaron una mitad á Consencia, y conservada la otra para que sirviese de burla, lanzábanla desde lejos piedras y dardos, cuando una mujer, en medio de aquella multitud entregada á los arrebatos de una rabia y crueldad verdaderamente increíbles en hombres, suplica que se detengan y exclama llorando: «Que su esposo y sus hijos son prisioneros del enemigo, y que espera rescatar su familia con aquel cadáver real, á pesar de encontrarse mutilado.» Así cesaron aquellos feroces extravíos, y lo que quedó de aquellos miembros desgarrados aquella misma mujer lo enterró en Consencia; las osamentas se enviaron al enemigo á Metaponte, y desde allí las llevaron á Epiro, á su esposa Cleopatra y á su hermana Olimpia, de las que una era madre y otra hermana de Alejandro el Grande. Este fué el fin de Alejandro, rey de Epiro; aunque la fortuna le impidió medirse con los romanos, como guerreó en Italia, bastante es lo que acaba de decirse.

En este mismo año se celebró en Roma un lectisterno, el quinto después de la fundación de la ciudad, tam-

bién para aplacar los mismos dioses. En seguida nuevos consules, después de haber enviado, por orden del pueblo, á declarar la guerra á los samnitas; hicieron para sostenerla, preparativos mucho más importantes que para la expedición contra los griegos, añadiendo otros refuerzos completamente nuevos, que de ninguna manera esperaban entonces. Los lucanos y apulios, pueblos con los que hasta entonces no había tenido Roma ningún género de relaciones, vinieron á pedir su alianza, prometiendo hombres y armas para la guerra, concluyéndose un tratado y aceptándose su amistad. En esta misma época prosperaban las cosas en el Samnio; tres plazas habían caído en poder de los romanos, Alifia, Califa y Rufrio, y á la llegada de los consules se saqueó el territorio en toda su extensión. Cuando comenzaba tan felizmente esta guerra, tocaba á su término la que se hacía á los griegos, que continuaban sitiados. En efecto, el enemigo, cuyas comunicaciones estaban interceptadas y divididas sus fuerzas, tenía que soportar dentro de sus murallas calamidades más espantosas que las que temía en el exterior: prisioneros, por decirlo así, de sus defensores, tenía que soportar los ultrajes hechos á sus esposas y hasta á sus mismos hijos y todas las miserias de las ciudades conquistadas. Así fué que, cuando corrió el rumor de que venían de Tarento y de Samnio nuevos refuerzos, considerando que tenía ya dentro de sus murallas más samnitas de los que hubiese querido, deseó vivamente la llegada de los tarentinos, esperando que éstos, griegos también y en una ciudad griega, la protegerían tanto contra los nolanos y samnitas, como contra los romanos, sus enemigos. Al fin la capitulación pareció el mal más soportable. Carilao y Nimfio, los varones más notables de la ciudad, después de ponerse de acuerdo, se dividieron los cargos para llevar á término la empresa: el uno de-

bia presentarse como desertor al general romano; el otro permanecería en la plaza con objeto de tenerla dispuesta para la ejecución del proyecto. Carilao fué el que se presentó á Publilio Filo: «Por el bien, el interés y la felicidad de los paleopolitanos y del pueblo romano, se ha decidido á entregar la plaza. ¿Podrá decirse que por este hecho vende ó salva su patria? Esto depende de la fe romana. Para él nada exige ni pide; pero para su país pide, antes que exigir que, si la empresa triunfa, se digne considerar el pueblo romano que se ha necesitado más abnegación y valor para volver á su amistad que locura é imprudencia para separarse del deber.» El general celebró su conducta y le confió tres mil soldados para apoderarse de la parte de la ciudad donde se habían establecido los samnitas. Este cuerpo se puso á las órdenes del tribuno militar L. Quincio.

Nimfio, entretanto, empleando la astucia con el pretor de los samnitas, le había decidido, diciéndole que todo el ejército romano estaba alrededor de Palépolis y de Samnio, á permitirle que marchase con una flota á invadir el territorio de Roma y devastar no solamente la marina, sino que también los campos vecinos de la ciudad misma. Sin embargo, decía, para esta sorpresa se necesitaba partir de noche, y era indispensable, sin pérdida de momento, poner á flote las naves. Con objeto de acelerar la partida, todo el ejército de los samnitas, menos la guardia necesaria para el servicio de la ciudad, fué enviado á la playa. Allí, mientras Nimfio en medio de la obscuridad y de aquella multitud que se estorba á sí misma, todo lo confunde de intento con órdenes contradictorias, ganando tiempo, Carilao, de acuerdo con sus amigos, penetra en la plaza, cubre con soldados romanos las alturas, y les manda lanzar el grito de alarma; advertidos los griegos por sus jefes, permanecen tranquilos. Los nolanos marchan hacia el

otro extremo de la ciudad y huyen por el camino que conduce á Nola. En cuanto á los samnitas, que se encontraban fuera de la plaza, tanto como les pareció fácil la fuga en el primer momento, tanto la encontraron vergonzosa cuanto estuvieron á cubierto del peligro. Sin armas, sin bagajes, habiendolo dejado todo en poder del enemigo, convertidos en objeto de burla para los extranjeros y para sus propios compatriotas, despojados y careciendo de todo, regresaron á su país. No ignoro otra opinión que atribuye á los samnitas la rendición de aquella plaza; pero además de que este relato se apoya en autoridades que merecen más confianza, el tratado de Nápoles (que más adelante vino á ser el centro de los negocios griegos) hace más verosímil la opinión de que volvieron por voluntad propia á la amistad de los romanos. Concedióse el triunfo á Publio, por la opinión bastante fundada de que el sitio había obligado al enemigo á la rendición. Este varón fué el primero que obtuvo dos honores singulares; la prórroga del mando, que no se había concedido á nadie antes de él, y el triunfo después del consulado.

Otra guerra estalló con los griegos de la otra ribera. Los tarentinos, que habían mantenido por algún tiempo á Palépolis, con vana esperanza de socorro, á la noticia de que los romanos se habían apoderado de la ciudad, se irritaron contra los palepolitanos, como si les hubiesen hecho traición y no ellos á los otros. Su cólera y odio contra los romanos se trocó en rabia, sobre todo cuando supieron que los lucanos y los apulios (porque estos dos tratados se concluyeron en este mismo año) se habían puesto bajo la protección del pueblo romano. «Han llegado casi hasta nosotros, repitan, y muy pronto nos veremos en el caso de tener á los romanos por enemigos ó por dueños. Verdad es que la suerte de su país depende de la guerra con los samnitas

y del resultado que tenga, este es el mismo pueblo que resiste y no es tampoco bastante fuerte después de la defección de los lucanos; hay, pues, que impulsar al lucano á que rompa la alianza romana; todavía puede hacerse si se saben emplear artificios para producir discordias. Habiendo prevalecido estas razones en los ánimos ansiosos de novedades, se recurrió al dinero para atraer jóvenes lucanos, más notables en su país que dignos de estima; éstos se azotaron mutuamente con varas y se presentaron despojados de sus vestidos en la asamblea de sus conciudadanos, donde dijeron que por haberse atrevido á entrar en el campamento romano, el cónsul había mandado azotarles y había estado cerca de decapitarles. Tan espantoso tratamiento antes parecía obra de violencia que estratagemas; así, pues, la multitud sublevada constreñía con sus gritos á los magistrados para que convocasen el Senado. Rodeando la asamblea, piden unos la guerra con Roma; otros corren á llamar á las armas á los habitantes de los campos. Los más prudentes se dejan arrastrar también por aquel tumultuoso movimiento, y se decide la renovación del tratado de alianza con los samnitas, partiendo legados con este encargo. Como la resolución era tan repentina, pareció tanto más sospechosa, cuanto menos fundada en razón; los samnitas exigieron rehenes y que recibiesen guarnición en las plazas fuertes; y los lucanos, ciegos por la ira, nada negaron. Poco después se descubrió la impostura cuando vieron retirarse á Tarento á los autores de aquellas falsas acusaciones; pero habiendo perdido la libertad de disponer de sí mismos, sólo quedaba inútil arrepentimiento.

En este año el pueblo romano recibió en cierta manera una libertad nueva con la abolición de la servidumbre por deudas; este cambio en el derecho se debió á la infame pasión y tremenda crueldad de un usurero. Ha-

mado L. Papiño (1). Este retenía en su casa á C. Publilio que se había entregado para rescatar las deudas de su padre. La edad y belleza del joven, que debían excitar su compasión, sólo sirvieron para inflamar su inclinación al vicio y al libertinaje más odioso. Considerando aquella flor de juventud como aumento de su crédito, trató primeramente de seducirle con obsecanas palabras; y después, como Publilio, despreciándole no daba oídos á sus impúdicas instancias, trató de asustarle con amenazas, poniéndole constantemente delante de los ojos su espantosa miseria: al fin, viendo que piensa más en su condición de hombre libre que en su situación presente, le hace desnudar y azotar con varas. Lacerado el joven por los golpes, consiguió escapar por la ciudad, que llena con sus quejas contra la infamia y crueldad del usurero; la multitud, que se había engrosado, compadecida por su juventud, indignada por el ultraje, animada también por la consideración de lo que le aguarda, tanto á ella como á sus hijos, marcha al Foro y desde allí se dirige precipitadamente hacia la curia. Obligados los cónsules por aquel tumulto imprevisto, habiendo convocado el Senado, á medida que los senadores entraban el pueblo se arrojaba á sus pies, mostrándoles el lacerado cuerpo del joven. Por el atentado y violencia de un solo hombre, aquel día quedó roto uno de los lazos más fuertes de la fe pública. Los cónsules recibieron orden de proponer al pueblo que en adelante ningún ciudadano podría, sino por pena merecida y esperando el suplicio, quedar sujeto con cadenas ó grillos; de la deuda debían responder los bienes y no el cuerpo del deudor. Por esta razón pusieron en libertad á todos los detenidos por deudas y se

(1) Según Varrón, no quedaban libres todos, sino solamente aquellos que juraban tener con qué pagar; de lo que resulta que los insolventes quedaban sujetos como antes.

tomaron disposiciones para que en adelante ningún deudor pudiese ser reducido á prisión.

En este mismo año, cuando la guerra con los samnitas, la inesperada defección de los lucanos y la complicidad de los tarentinos en esta defección inquietaban bastante á los senadores, supose que el pueblo vestino debía unirse también á los samnitas. Esta noticia más bien fué vago objeto de conversaciones en la ciudad que materia real de discusión pública; pero al año siguiente, el cónsul L. Furio Camilo, elegido por segunda vez, y Junio Bruto Sceva no encontraron asunto más importante ni más perentorio que proponer al Senado, y aunque la cosa era nueva, tanto preocupó al Senado que temió igualmente tratarla que descuidarla; porque por una parte, la impunidad de los vestinos aumentaría la audacia y la insolencia, y por otra, su castigo por la guerra infundiría temor y cólera en los pueblos inmediatos. Y todos ellos eran tan fuertes en la guerra como los samnitas, los marsos, peligninos, marrucinos, teniéndoles á todos por enemigos si se atacaba á los vestinos. Sin embargo, prevaleció esta última opinión, que parecía inspirada más por el valor que por la prudencia; pero el éxito demostró que la fortuna ayuda á los fuertes. Según la decisión del Senado, el pueblo decretó la guerra contra los vestinos; encargóse Bruto de la expedición y Camilo de la del Samnio. A cada uno de estos países se dirigió un ejército, y el cuidado de defender sus fronteras impidió al enemigo reunir sus fuerzas. Por lo demás, el cónsul L. Furio, á quien había tocado la tarea más pesada, habiendo caído gravemente enfermo, se encontró por esta razón alejado del teatro de la guerra: habiendo recibido orden para nombrar dictador que continuase la expedición, y nombró al guerrero más ilustre de aquella época, L. Papiño Cursor, quien eligió á Q. Fabio Máximo para jefe de

los caballeros: pareja famosa por sus hazanas durante su magistratura, más aún que por las desavenencias que les impulsaron á las últimas hostilidades. El otro cónsul hizo contra los vestinos una guerra en cierta manera múltiple, pero siempre con fortuna: taló los campos, saqueó e incendió las casas y las cosechas de los enemigos; de esta manera le atrajo á pesar suyo al combate, y en una sola batalla destruyó tan completamente sus fuerzas, aunque no sin pérdida de hombres, que los vestinos, no sólo huyeron á su campamento, sino que no creyéndose seguros detrás de sus empalizadas y fosos, se dispersaron en las ciudades fortificadas cuya posición y murallas podían defenderles. Al fin se propuso también tomar aquellas ciudades por asalto, primero Cutina, que gracias al ardor y á la ira de los soldados romanos, de los que casi ninguno había resultado ileso del combate, tomó escalándola, y después Cinglia. El botín de estas dos ciudades se abandonó á los soldados, á quienes no habían podido detener puertas ni murallas enemigas.

Con inciertos auspicios se partió para Samnium; circunstancia desgraciada que se volvió, no contra la guerra, que fué afortunada, sino contra los generales, divididos por odios y animosidades. En efecto, el dictador Papirio, en el momento de regresar á Roma por aviso del pulario (1) para tomar los auspicios, habiéndole dado orden al jefe de los caballeros de mantenerse en su posición, y durante su ausencia no trabar combate

(1) Sábese por Servio que esta costumbre de regresar á Roma para renovar los auspicios, dejó de observarse rigurosamente, cuando extendiendo la república sus conquistas, llevó sus armas fuera de Italia. Entonces para evitar los inconvenientes que podrían resultar de la ausencia demasiado larga del general, elegiase cerca del campamento, en territorio conquistado, un paraje que se declaraba romano, y donde el jefe del ejército tomaba nuevos auspicios.

alguno con el enemigo, Fabio, después de la marcha del dictador, se enteró por sus exploradores, que el enemigo lo tenía todo tan descuidado como si no hubiese un solo romano en el Samnium. Entonces aquel joven de valeroso corazón, sea indignado porque todo parecía descansar sobre el dictador, sea arrastrado por la ocasión de hacer algo notable, dispone y prepara su ejército, haciéndole marchar sobre el Imbrinio (así se llama aquel paraje) y da la batalla á los samnitas; batalla en que no se cometió ni la falta más pequeña y que ni el mismo dictador habría dirigido mejor: el general no faltó al soldado ni el soldado al general. Los jinetes, por consejo de Cominio, tribuno militar, después de intentar en vano durante algún tiempo y en diferentes veces romper las líneas enemigas, quitaron la brida á los caballos, y excitándolos con los acicates, los lanzaron con tal fuerza, que nada pudo resistirles, y llevaron á lo lejos, entre las armas y los hombres, el desastre y la muerte. Los peones se lanzaron detrás de los jinetes, precipitándose con sus enseñas entre las desordenadas filas. Dicese que perecieron veinte mil enemigos en la batalla. Algunos autores pretenden que, durante la ausencia del dictador, se combatió dos veces con el enemigo y que se consiguieron dos triunfos. En los escritores más antiguos no se encuentra más que esta batalla, y algunos anales no la mencionan. El jefe de los caballeros, que recogió numerosos despojos de aquella gran derrota, hizo reunir en inmenso montón y quemar las armas cogidas al enemigo, bien porque las ofreciese á alguna divinidad, sea que quisiera, si hemos de creer al historiador Fabio, impedir al dictador que recogiese el fruto de su propia gloria é inscribir su nombre debajo de aquellos trofeos, ó llevar aquellos despojos en su triunfo. La carta que con motivo de esta victoria escribió al Senado y no al dictador, demuestra además que

no le admitía á compartir su gloria. Verdad es también que el dictador, á la noticia de aquella victoria, lejos de regocijarse como los otros, mostró cólera y pesar. Despidió en seguida al Senado, salió bruscamente de la Curia, y por todas partes anduvo repitiendo que, más que las legiones samnitas, la majestad dictatorial y la disciplina militar resultarían vencidas y destruidas por el jefe de los caballeros, si quedaba impune su desprecio á la autoridad. Henchido de cólera partió para el campamento, y aunque caminaba á largas jornadas, no pudo adelantarse al rumor de su llegada. De la ciudad habían acudido para anunciar que llegaba el dictador ansioso de castigar y que casi no hablaba más que para celebrar la acción de T. Manlio.

Convocando en seguida Fabio una asamblea, ruega á los soldados que empleen aquel valor con que han defendido la república contra sus enemigos más encarnizados, en protegerle á él, bajo cuya dirección y auspicios (1) han vencido, contra la implacable crueldad del dictador. Viene, cegado por la envidia, irritado contra el valor y la fortuna de otro, furioso porque durante su ausencia ha sido bien servida la república: si pudiese cambiar la fortuna, hubiese preferido la victoria de los samnitas á la de los romanos. Habla de su autoridad despreciada, como si no hubiese prohibido combatir con el mismo ánimo que se aflige porque se ha combatido; por envidia, pues, quería encadenar el valor de los demás, arrancar las armas á sus soldados impacientes para que no pudiesen combatir en su ausencia; hoy no está furioso é indignado sino porque sin L. Papirio, los soldados han hecho uso de las armas y de sus brazos, porque Q. Fabio se ha creído jefe de los caballe-

(1) Esta última palabra no puede tomarse á la letra, porque los auspicios solamente pertenecían al dictador y de ninguna manera al jefe de los caballeros.

ros y no un accenso del dictador. ¿Qué habría hecho si por uno de esos casos, por una de esas casualidades comunes á todos en la guerra, se hubiese sufrido un descalabro; cuando viendo al enemigo vencido y bien servida la república, que mejor no podía estarlo por el dictador, ese jefe único amenaza con la muerte al jefe de los caballeros? Y no es que esté más enojado con el jefe de los caballeros que con los tribunos militares, con los centuriones, con los soldados; si pudiese se ensañaría con todos; pero como le es imposible se ensaña con uno solo. La envidia, por otra parte, lo mismo que la llama, ataca á todo lo que es grande; los odios se dirigen contra la cabeza, contra el jefe de la expedición; si el dictador puede hacer desaparecer á la vez al hombre con su gloria, entonces dominará como vencedor sobre un ejército cautivo, y todo lo que haya podido hacer contra el jefe de los caballeros lo intentará contra los soldados. Así, pues, en la causa de Fabio servirán la libertad de todos. Si el dictador ve que el ejército que ha estado unánime para marchar al combate lo está igualmente para defender su victoria, y que todos velan por el bien de uno solo, sin duda se inclinará á sentimientos más benignos. En fin, confía su vida y fortuna á su fe y su valor.

De todos lados de la asamblea se le grita que confíe, que nadie tocará á su persona mientras existan las legiones romanas. Poco después llega el dictador, y en seguida resuena la bocina para reunir el ejército. En el acto reina silencio, y el pregonero cita á comparecer á Q. Fabio, jefe de los caballeros. Este, que se encontraba bastante lejos, debajo del tribunal, acudió en seguida, y el dictador le dijo: Quiero saber de ti, Q. Fabio, puesto que la dictadura es el poder supremo al que obedecen los cónsules, investidos con autoridad real, y los pretores, creados bajo los mismos auspicios que los

cónsules; quiero saber de ti, repito, si crees justo ó no que se someta á sus órdenes un jefe de los caballeros. Te pregunto además, si convencido como estaba á mi partida para Roma de la inseguridad de los auspicios, debía jugar á la casualidad la salud del Estado, á pesar de nuestras santas ceremonias, ó renovar los auspicios, con objeto de no hacer nada sin tener claramente los dioses en favor nuestro. Y te pregunto, en fin, si cuando un escrúpulo religioso impedía obrar al dictador, el jefe de los caballeros podía considerarse completamente libre y desligado. Pero ¿á qué todas estas preguntas? Aun en el caso de que hubiese partido sin dar órdenes, debías haber arreglado tu conducta según las interpretaciones que podías hacer de mi voluntad. Contestá: ¿no te había prohibido intentar nada durante mi ausencia? ¿No te había prohibido venir á las manos con el enemigo? Con desprecio de nuestra prohibición, á pesar de la inseguridad de los auspicios, de nuestras santas ceremonias, con daño de nuestras leyes militares, en contra de la disciplina de nuestros antepasados, y de la voluntad de los dioses, te has atrevido á librar combate. Esto es lo que pregunto; responde, responde á esto solo: ni una palabra fuera de ello; ten cuidado. Acérgate, lictor. No era cosa fácil contestar á cada una de estas preguntas; así fué, que en tanto se quejaba Fabio de tener á la misma persona por acusador y juez, en tanto exclamaba que podrían arrancarle la vida, pero no la gloria de sus acciones, y sucesivamente también se justificaba y acusaba al dictador. Encendido entonces Papirio más y más en ira, manda despojar de sus ropas al jefe de los caballeros y preparar las varas y las hachas. Fabio entonces, invocando la fe de los soldados mientras los lictores le arrancan las ropas, se refugia entre los triarios, que ya excitaban el desorden en las filas. Los gritos se propagan en seguida por toda la

asamblea; oyense súplicas aquí, amenazas allá; los que por casualidad se encontraban más cerca del tribunal, y que colocados á la vista, el general podía reconocerlos, le ruegan perdone al jefe de los caballeros y no condenase al ejército con él. En las últimas filas de la asamblea, y en el grupo que rodeaba á Fabio, atacábase en voz alta al implacable dictador, y estaba muy cerca de estallar una sedición; tampoco estaban tranquilos alrededor del tribunal. Los legados que rodeaban la silla del dictador le suplicaban que aplazase el asunto para el día siguiente, que aplacase su cólera y diese tiempo á la reflexión. «Estaba bastante castigada la juventud de Fabio, bastante empañada su victoria, y era inútil llevar el suplicio al último extremo, manchar con tan grande ignominia á aquel joven tan distinguido, á su padre tan ilustre y á toda la familia Fabia.» Como sus plegarias, lo mismo que sus razones, tenían poco resultado, mostrábanle la asamblea enfurecida ya; decíanle que no sería propio de su edad ni de su prudencia caldear más el ánimo del soldado, tan excitado ya, y dar así motivo á la sedición; que nadie acriminaria á Fabio por haber querido librarse del suplicio, pero que se censuraría al dictador si, ciego por la ira, provocaba contra él, por funesta obstinación, los furores de la multitud. En fin, que no creyese que hablaban así por afecto á Fabio; que estaban dispuestos á jurarlo, pero que no creían ser conveniente en aquel momento á la república mostrar severidad con él.

Estas observaciones, antes atrajeron sobre ellos la animosidad del dictador que la separaron del jefe de los caballeros, y les mandó bajar del tribunal. El pregoneiro procuró en vano restablecer el silencio; el ruido y el tumulto aumentan, no pudiendo oírse la voz del dictador ni de los aparitores, y solamente la noche, como en un combate, puso fin á aquella lucha. El jefe de los ca-

balleros recibió orden de presentarse á la mañana siguiente; pero asegurándole todos que excitado Papirio, exasperado por aquella tenaz resistencia, se mostraría más ardiente é implacable, se fugó del campamento y marchó á Roma. Allí, por consejo de su padre M. Fabio, que había sido consal tres veces y dictador, convocó en seguida al Senado; y cuando se quejaba allí con viveza de la violencia y de la injusticia del dictador, oyese de pronto en la puerta el ruido de los lictores que separan á la multitud: era el implacable dictador, que á la noticia de la marcha de Fabio, le había seguido con algunos soldados de caballería ligera. Comenzó de nuevo la lucha, y Papirio mandó apoderarse de Fabio. A pesar de los ruegos de los senadores principales y del Senado entero, aquel ánimo inflexible persiste en su resolución. Entonces, M. Fabio, el padre del acusado, exclama: «Puesto que nada tiene influencia sobre ti, ni la autoridad del Senado, ni mi ancianidad, á la que quieres privar de un hijo, ni el valor ni la nobleza del jefe de los caballeros, que tú mismo nombraste, ni las súplicas, que muchas veces han aplacado al enemigo y que calman el enojo de los dioses, voy á dirigirme á los tribunos del pueblo y apelo al pueblo mismo; él es, puesto que quieres sustraerte al juicio de tu ejército, al juicio del Senado; él es quien yo te doy por juez; él, que tiene solo más fuerza y más poder que tu dictadura. Yo veré si cedes á esta apelación, á la que cedió un rey de Roma, Tulo Hortilio.» De la curia pasaron á la asamblea del pueblo el dictador seguido de muy pocos y el jefe de los caballeros rodeado de los ciudadanos más distinguidos de Roma; éste había subido á la tribuna de las arengas; Papirio le manda bajar y ocupar puesto menos elevado. El padre había seguido al hijo: «Bien haces, dijo al dictador, en mandarnos bajar á un puesto desde el que podremos hacernos oír como simples particulares.» Al

principio hubo más altercados que largos discursos; pero el ruido quedó dominado muy pronto por la voz del viejo Fabio reconviniendo amargamente al dictador por su tiranía y crueldad: «El también ha sido dictador; y nadie, ni hombre del pueblo, ni centurión, ni soldado ha recibido ultraje de él. Papirio, como si se tratase de un enemigo, reivindica la victoria y el triunfo sobre un general romano. ¿Qué diferencia entre la moderación de otro tiempo y la tiranía, la crueldad de hoy! El dictador Quincio Cincinnato, después de libertar al cónsul L. Minucio, sitiado en su campamento, se contenta para castigarle con dejarle en el ejército en calidad de legado en vez de cónsul. M. Furio Camilo, aunque L. Furio, con desprecio de su ancianidad y de su edad, comprometió un combate que perdió vergonzosamente, no solamente fué en el momento mismo bastante dueño de sí para no escribir nada al pueblo ni al Senado que fuese desfavorable á su colega, sino que á su regreso, cuando el Senado le dejó árbitro de elegir colegas, le tomó con preferencia á todos los tribunos consulares para asociarle á su mando. El pueblo mismo, que en todo tiene el poder soberano, en su indignación contra aquellos que por imprudencia ó incapacidad han perdido ejércitos, jamás ha impuesto pena más grave que una multa pecuniaria. Hasta ahora ningún jefe había visto su cabeza en peligro por el éxito desgraciado de las armas. Pero hoy los generales romanos se encuentran amenazados con las varas y el hacha, y lo que ni siquiera se permite con los vencidos se intenta contra vencedores dignos de los triunfos más justos. Porque en último caso, ¿qué más podía haber sufrido su hijo si hubiese perdido el ejército, si hubiese sido derrotado, puesto en fuga, despojado de su campamento? ¿La cólera y la violencia de ese hombre podía haber llegado más lejos que los azotes y la muerte?

¿Cuán conveniente sería que aquel que es para la ciudad causa de regocijo, de victoria, de preces, de acciones de gracias; aquel por quien están abiertos los templos de los dioses, para que humeen en medio de los sacrificios los altares cargados de honor y de ofrendas, fuese desnudado y desgarrado con las varas delante del pueblo romano, a la vista del Capitolio, de la fortaleza, de esos dioses que no ha invocados en vano en las batallas! ¿Con qué ánimo el ejército que ha vencido bajo sus órdenes y auspicios presenciaria tal espectáculo? ¿Qué luto en el campo romano y cuánta alegría en el enemigo? De esta manera, en tanto con reconvenciones, en tanto con quejas, implorando el auxilio de los dioses y de los hombres, ó abrazando á su hijo y derramando lágrimas, defendió su causa el viejo Fabio.

Tenia en favor suyo la majestad del Senado, el favor del pueblo, el apoyo de los tribunos y el recuerdo del ejército ausente. Su adversario recordaba la autoridad invencible del pueblo romano y la disciplina militar, el mando del dictador, respetado siempre como un oráculo, la famosa sentencia de Manlio y el amor paternal sacrificando al interés público. De la misma manera habia obrado en otro tiempo con sus dos hijos Bruto, el fundador de la libertad romana; hoy, padres débiles, ancianos que toleran el desprecio de una autoridad que no tienen, perdonan á la juventud, como falta ligera, la destrucción de la disciplina militar. En cuanto á él, no dejara de persistir en su resolución, y el que ha combatido contra sus órdenes, á pesar de las santas ceremonias y á pesar de la inseguridad de los auspicios, no conseguirá perdón del castigo que justamente ha merecido. No puede hacer que la majestad del mando sea respetada siempre; pero L. Papirio no consentirá que se debiliten sus derechos. Desea que el poder tribunicio, inviolable en si mismo, no viole con su oposición la

autoridad de Roma, y sobre todo que el pueblo no se pronuncie contra él anulando al dictador y los derechos de la dictadura. Si ocurre esta desgracia, no acusará la posteridad á L. Papirio, sino á los tribunos y al juicio erróneo del pueblo; censura inútil, porque una vez envilecida la disciplina militar, el soldado no obedecerá al centurión, el centurión al tribuno, el tribuno al legado, el legado al cónsul, ni el jefe de los caballeros al dictador: que nadie respetará á los hombres ni á los dioses: que no se observarán las órdenes de los generales ni los mismos auspicios de los dioses: que errantes sin permiso, los soldados se dispersarán en desorden por las tierras conquistadas como por las del enemigo: que, sin recordar su juramento, por el hecho solo de esta excesiva libertad tomarán licencia según su capricho: que en corto número en derredor de las enseñas concluirán por abandonarlas completamente: que no se reunirán ya á la orden, y que, sin distinción, de día ó de noche, en buena ó mala posición, por orden ó contra la orden del jefe, trabarán el combate: que no seguirán ya sus enseñas ni se mantendrán en sus filas; en fin, que en vez de una milicia solemne y sagrada, solamente habrá un bandidaje ciego y ejercido al acaso. De estas deshonrosas desgracias, vosotros, tribunos del pueblo, tendreis que responder delante de los siglos: prestad vuestras frentes al oprobio por complacer á Q. Fabio.

Vacilantes estaban los tribunos, y más inquietos por si mismos que por el que imploraba su apoyo, cuando les libró del apuro la intervención del pueblo romano, que recurrió á los ruegos y súplicas para conseguir del dictador el perdón del jefe de los caballeros. Ellos mismos, siguiendo el impulso que les arrastra, suplican encarecidamente al dictador que perdone la debilidad humana, la juventud de Fabio; repitiendo que estaba bastante castigado. En fin, el mismo joven y su padre

Ma Fabio, abandonando su animosidad, se arroja á los pies del dictador, y con sus ruegos aplacan su enojo. «Bien está, romanos; vence la disciplina militar, vence la majestad del mando, que han estado á punto de perecer en este día. Q. Fabio no queda absuelto del delito de haber dado la batalla contra la orden del general, sino que, condenado por este delito, debe su perdón al pueblo romano, lo debe al poder tribunicio, que le ha prestado su apoyo á título de ruego y no de justicia. Vive, Q. Fabio, más afortunado por este unánime acuerdo de la ciudad para defenderte, que por la victoria de que te glorificabas hace poco; vive, después de haber osado cometer un delito que tu mismo padre, puesto en lugar de Q. Papirio, no te hubiese perdonado. Podrás volver á mi gracia cuando quieras; en cuanto al pueblo romano, al que debes la vida, no puedes prestarle mayor servicio que el de haber aprendido en el día de hoy á someterte en paz como en guerra á las autoridades legítimas.» Después de declarar en seguida que no conservaba más al jefe de los caballeros, bajó del templo en medio del regocijo de los senadores, de la alegría mayor aún de sus conciudadanos, que se estrechaban en derredor suyo, y que al felicitar en tanto al jefe de los caballeros, en tanto al dictador, les seguían á los dos en grupos. No parecía menos asegurada la autoridad militar por la peligrosa prueba de Fabio que por el deplorable suplicio del joven Manlio. La casualidad quiso que aquel año, cuantas veces se separó del ejército el dictador, hiciese algún movimiento el enemigo en el Samnio; pero el legado M. Valerio, que mandaba el campamento, no perdía de vista el ejemplo de Q. Fabio y temía menos los ataques del enemigo que la implacable venganza del dictador. Por esta razón, habiendo sido sorprendidos y exterminados en una emboscada unos merodeadores, creyóse generalmente que el legado

pudo socorrerles, si no hubiese estado amedrentado por amenazadoras prohibiciones. Esta dureza de Papirio contribuyó á enajenarle la simpatía de los soldados, que estaban ya disgustados con él porque había sido implacable con Q. Fabio, y que después de negarle perdón por sus ruegos, se lo había concedido por los del pueblo romano.

El dictador, después de dejar en la ciudad á L. Papirio Crasso por jefe de los caballeros y prohibir á Q. Fabio todo acto de su magistratura, regresó al campamento, donde su llegada produjo poca satisfacción á sus conciudadanos y ningún temor á sus enemigos. En efecto, al día siguiente, sea que éstos ignorasen el regreso del dictador, ó que se cuidasen tan poco de su presencia como de su ausencia, acercáronse al campamento formados en batalla. La presencia de L. Papirio, de aquel hombre solo, tuvo tal importancia, que si la buena voluntad de los soldados hubiese secundado las disposiciones del general, aquel día hubiese sido indudablemente el último de la guerra con los samnitas: tan bien aprovechó las condiciones del terreno y sus cuerpos de reserva para asegurar sus operaciones. Sus soldados no le secundaron, y de intento, para rebajar el mérito de su jefe, pusieron obstáculos á la victoria. Los samnitas tuvieron más muertos, los romanos más heridos. El hábil general comprendió bien lo que le impedía ser vencedor; conociendo que tenía que reprimir su carácter y mezclar la dulzura con la severidad. Con este propósito, haciéndose acompañar de los legados, visitó los soldados heridos, inclinanto la cabeza sobre ellos, preguntando á cada uno cómo se encuentra, tomando sus nombres, recomendándolos á los prefectos (1), á

(1) Los prefectos eran para los aliados lo que los tribunos de los soldados para los romanos. Iguales eran su número, su autoridad y sus prerrogativas.

los legados y á los tribunos. Esta manera de obrar tan popular y tan hábil hizo que antes de la curación de sus cuerpos el general hubiese ganado las simpatías de sus soldados, y nada fué tan eficaz para aquella curación como la gratitud que sentían por tanto interés. Restablecido el ejército, libró batalla sin que él ni los soldados dudasen del éxito. Los samnitas quedaron de tal suerte derrotados y puestos en desorden, que fué el último combate que libraron con el dictador. El ejército victorioso marchó en seguida adonde le llamaba la esperanza del botín, y recorrió todo el territorio enemigo sin encontrar en parte alguna soldados ni resistencia abierta ni emboscada. El hecho de abandonar el botín el dictador al soldado aumentaba el ardor de éste; no animándole contra el enemigo los odios nacionales tanto como aquella ocasión de provechos. Domados los samnitas por aquellos desastres, pidieron la paz al dictador, quien convino con ellos en que darían á cada soldado un traje y una anualidad de paga, y los envió al Senado. Contestaron éstos que no irían sino detrás del dictador, encomendando su causa á él solo, á su fe y probidad. De esta manera dejó el ejército el Samnio.

El dictador entró en triunfo en la ciudad. Quería abdicar la dictadura; pero antes de esta abdicación y por orden del Senado creó cónsules á C. Sulpicio Longo por segunda vez y á Q. Emilio Cerretano. No habiéndose podido hacer la paz, por no convenir en las condiciones, los samnitas solamente consiguieron un año de tregua, y ni siquiera fueron fieles á la santidad del juramento: tanto despertó su valor la noticia de la abdicación de Papirio. Bajo estos mismos cónsules, C. Sulpicio y Q. Emilio (algunos anales dicen Aulio), á la defección de los samnitas se agregó otra guerra: la de los apulios. Envióse un ejército á cada país de éstos, tocan-

do por suerte á Sulpicio los samnitas y á Emilio los apulios. Según algunos escritores, no se hizo la guerra con los apulios, sino que se protegió á los pueblos aliados de esta nación contra las violencias é injusticias de los samnitas. Por lo demás, el estado del Samnio, que en aquella época apenas podía defender su territorio, hace menos verosímil la agresión de los samnitas contra los apulios, que la unión de estos dos pueblos para hacer la guerra á Roma. Sin embargo, nada memorable aconteció; la Apulia y el Samnio quedaron completamente devastados, y el enemigo no se presentó en ninguna parte. Una alarma nocturna en Roma arrancó repentinamente del sueño á la ciudad sobresaltada, hasta el punto que el Capitolio y la fortaleza, las murallas y las puertas se llenaron de hombres armados. Después de correr y gritar á las armas en todos los barrios, al amanecer había desaparecido el autor y causa de la conmoción. En este mismo año, por petición de Flavio, celebróse juicio del pueblo contra los tusculanos. M. Flavio, tribuno del pueblo, propuso por una ley que se castigase á los tusculanos que con auxilios y consejos habían impulsado á los veliternos y á los prívernatos á hacer la guerra á los romanos. El pueblo de Tusculum con sus esposas é hijos vino á Roma. Aquella multitud, con trajes y aspecto de acusados, recorrió las tribus, postrándose delante de todos los ciudadanos; haciendo más la compasión para que se les perdonase que el examen de su causa para justificarles de la acusación. Todas las tribus rechazaron la ley, exceptuando la de Polia, cuya opinión fué que á los púberes se les azotase y diése la muerte, y que las mujeres y los niños se vendiesen en subasta, según el derecho de la guerra. Sabido es que los tusculanos no lo olvidaron, y que su resentimiento contra los que votaron tan atroz venganza duró hasta la misma época de nuestros padres, y

que nunca candidato alguno de la tribu Polia obtuvo votos de la tribu Papiria (1).

Al año siguiente, bajo el consulado de Q. Fabio y de L. Fulvio, A. Cornelio Arvina, dictador, y M. Fabio Ambusto, jefe de los caballeros, temiendo una guerra más grave en el Samnio (decíase que el enemigo había tomado a sueldo la juventud de los pueblos vecinos) hicieron levas con mucho cuidado y llevaron un ejército escogido contra los samnitas. Los romanos habían establecido su campamento en el territorio samnita sin grandes precauciones, como si el enemigo se encontrase muy distante, cuando de pronto avanzan las legiones samnitas con tal audacia que llegaron á clavar sus empalizadas cerca de los puestos romanos. Acercábase la noche, lo que les impidió atacar las defensas; pero mostraban claramente que al amanecer lo harían. Viendo el dictador que tendría que pelear antes de lo que esperaba y temiendo que la desventaja de la posición perjudicase al valor de sus soldados, dejó por todas partes las hogueras encendidas para engañar al enemigo y mandó salir en silencio las legiones; pero los dos campamentos estaban tan inmediatos, que no pudo ocultar este movimiento. La caballería samnita siguió de cerca su marcha, pero de modo que no tuviese que aventurar combate antes que fuese de día. Al amanecer se atrevió á atacar al enemigo, y hostigando la retaguardia ó apretando al ejército en los pasos difíciles, suspendió su marcha. Pronto alcanzó la infantería á la caballería y el samnita se aprestaba para atacar á los romanos con todas sus fuerzas. No pudiendo el dictador pasar adelante sin experimentar grandes pérdidas, mandó trazar un campamento en el mismo paraje en

(1) La tribu Papiria la formaban muchos tuscianos que habían recibido el derecho de ciudadanía romana.

que se encontraba; pero la caballería enemiga, envolviendo al ejército, le imposibilitó para buscar las estacas y ponerse á la obra. Viendo, pues, que era igualmente imposible avanzar ó permanecer allí, después de mandar sacar los bagajes fuera de las filas, formó sus tropas en batalla. Otro tanto hicieron los enemigos por su lado, encontrándose iguales en fuerzas y en valor: lo que principalmente había contribuido á enardecerles, era que, ignorando que habían retrocedido ante una posición ventajosa y no ante ellos, creían haber perseguido á un enemigo dominado por el terror que le habían infundido. Esto mantuvo por un momento equilibrado el combate, aunque hacía mucho tiempo que el samnita no podía resistir el grito de guerra del ejército romano. Pero á la mañana, en el día aquel, desde la hora tercera hasta la octava, dícese que el combate se mantuvo tan constantemente igual, que el grito, una vez lanzado en el primer choque, no se repitió; que las enseñas permanecieron siempre en el mismo punto sin retroceder, y que por ningún lado se atacó dos veces. Resistiendo á pie firme, rechazando con el escudo, casi sin tomar aliento y sin separar del frente la vista, sostenía cada uno el combate. Por ambas partes era tan igual el encarnizamiento y el furor, que no podía terminar sino por extraordinaria fatiga ó por la noche. Ya no tenían vigor los soldados ni fuerza el hierro; los jefes mismos no sabían qué partido tomar, cuando de pronto la caballería samnita, enterándose por una turba que había avanzado algo de que los bagajes romanos estaban lejos del ejército sin guardias ni nadie que les defendiese, se lanza sobre ellos ávida de pillaje. Apresuradamente traen la noticia al dictador: «Dejémosles que se carguen con ese botín,» contestó. En seguida llegan sucesivamente otros mensajeros gritando que saquean, que arrebatan la fortuna de los soldados. Entonces llama al

jefe de la caballería: «¿No ves, M. Fabio, le dice, que los jinetes enemigos han abandonado el combate? Ahora están cogidos y enredados en lo que nos estorbaba á nosotros. Atácales mientras se encuentran dispersos como toda multitud que se entrega al pillaje: muy pocos encontrarás á caballo, muy pocos con las armas en la mano. Mientras cargan sus caballos de botín, destrozará á esos soldados desarmados y haz que ese botín sea muy sangriento para ellos. Yo voy á ocuparme de las legiones y del combate de la infantería; á ti el honor de guiar la caballería.»

La fuerza de caballería, atacando en perfecto orden á los enemigos desparramados é impedidos con la carga, todo lo llenó de muertos: sorprendidos entre aquellos bagajes que abandonan en seguida y que caen entre las patas de sus caballos que huyen asustados, los samnitas, sin poder defenderse ni huir, se dejan matar. Entonces, destruída casi por completo la caballería enemiga, M. Fabio, después de ligero rodeo, ataca por la espalda á la infantería. El nuevo grito que brota entonces infunde terror á los samnitas: el dictador, al ver que las primeras filas enemigas miran á la espalda, al ver las enseñas en desorden, que todo el cuerpo de batalla vacila y cede, excita y anima con sus palabras á los soldados; llama por sus nombres á los tribunos y á los centuriones, para impulsarles á renovar con él el combate; repítese el grito de guerra, avanzan las enseñas, y á medida que se adelanta, se ve mejor al enemigo presa de la turbación y del desorden. Entretanto acababa de verse desde las primeras filas á la caballería, y volviéndose Cornelio hacia los manipulos, mostró con la voz y con el gesto que veía las enseñas y los escudos de la caballería romana. Ante aquella noticia y aquella aparición, olvidan un día casi entero de fatiga, olvidan sus heridas, y como tropas frescas que

saliesen del campamento á la señal del combate, se lanzan sobre el enemigo. Los samnitas no pudieron resistir más tiempo ya contra el miedo á la caballería y el brio de la infantería: unos quedaron muertos en sus puestos, otros en fuga y dispersión. Los que aún resistían quedaron rodeados y fueron exterminados por la infantería, haciendo lo mismo con los dispersos la caballería, pereciendo entre ellos su general. Esta última batalla destruyó las fuerzas de los samnitas, y en todas sus asambleas se decía murmurando, «que no era de extrañar que una guerra impía, emprendida con desprecio de un tratado, en la que con justicia les eran los dioses más adversos que los hombres, no hubiese sido afortunada; que se necesitaba una reparación, una grande expiación por aquella guerra, y que lo que importaba era saber si para aquel sacrificio debía tomarse solamente la sangre de algunos culpables ó la sangre inocente de todos los samnitas.» Ya se atrevían algunos á nombrar á los jefes de la sublevación, designando uno especialmente por unánimes clamores, el de Brutulo Papio, varón noble y poderoso, reconocido generalmente como autor de la ruptura de la última tregua.

«Obligados los pretores á sentenciar, decretaron: que Brutulo Papio sería entregado á los romanos; que con él se enviarían á Roma todo el botín y todos los prisioneros romanos, y que los objetos reivindicados por los faciales, según los términos del tratado, se entregarían con arreglo al derecho y la justicia.» En conformidad con esta decisión, enviaron á Roma sus faciales con el cadáver de Brutulo, quien, con muerte voluntaria, se sustrajo al oprobio y al suplicio. Decidióse también que, con su cuerpo, se entregarían todos sus bienes; pero solamente se aceptaron los prisioneros y lo que pudo ser reconocido en el botín, rechazándose el ofrecimiento

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazanas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

(1) Esta señal la daban siempre los primeros magistrados: más adelante se verá que la daba el cónsul. Bajo el imperio se reservó á los emperadores este privilegio.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazanas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO.

Los cónsules T. Veturio y Sp. Postumio comprometen el ejército en las Horcas Caudinas.—Pasa el ejército romano bajo el yugo de los samnitas.—Proposición de Sp. Postumio al Senado.—Entrega á los samnitas de todos los firmantes del tratado de paz.—Negativa de los samnitas á recibirlos.—Papirio Cursor derrota al ejército romano y hace pasar bajo el yugo á los samnitas.—Creación de las tribus Ufentina y Valerina.—Colonias enviadas á Suesa y Pontecorvo.—Censura de Ap. Claudio.—Triunfos de los romanos contra los apulios, etruscos, umbrios, marsos, pelignos, equos y samnitas.—Edilidad curul de Flavio.—Turbulencias en los comicios y asambleas del Campo de Marte.—Censura de Q. Fabio; recibe el epíteto de Máximo.—Mención de Alejandro.—Paralelo de su poder con el de los romanos.

Al año siguiente celebróse la paz de Caudio, famosa por la derrota de los romanos bajo el consulado de T. Veturio Calvino y de Sp. Postumio. Aquel año tenían los samnitas por general á C. Poncio, hijo de Herennio, nacido de padre muy hábil y colocado él mismo en primera fila como guerrero y como general. Cuando los legados enviados para dar satisfacción á los romanos regresaron sin haber concluído la paz, dijo á sus con-

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazanas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

(1) Esta señal la daban siempre los primeros magistrados: más adelante se verá que la daba el cónsul. Bajo el imperio se reservó á los emperadores este privilegio.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

de todo lo demás. Por un senatus-consulto se concedió el triunfo al dictador.

Pretenden algunos escritores que pusieron fin á esta guerra los cónsules, que fueron los únicos que triunfaron de los samnitas, y que Fabio avanzó en la Apulia, de donde trajo inmenso botín. Convienen en que Cornelio fué dictador aquel año; dudándose solamente si fué nombrado para dirigir la guerra ó para presidir los juegos romanos, en lugar del pretor L. Plaucio, gravemente enfermo entonces, y dar en ellos la señal á las cuadrigas (1), y si fué después de desempeñar estas funciones, pero á propósito para hacer memorable su magistratura, cuando abdicó la dictadura. No es fácil preferir un hecho á otro, ni un escritor á otro escritor. Estoy persuadido de que los elogios fúnebres y las falsas inscripciones de las imágenes han alterado los recuerdos del pasado, porque cada familia quiere, con ayuda de falsedades y artificios, atraerse toda la gloria de las hazanas y de las magistraturas. De aquí nace la confusión en los hechos de cada uno y en los monumentos públicos de la historia. De esta época no nos queda ningún escritor cuyo testimonio sea bastante seguro.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO.

Los cónsules T. Veturio y Sp. Postumio comprometen el ejército en las Horcas Caudinas. — Pasa el ejército romano bajo el yugo de los samnitas. — Proposición de Sp. Postumio al Senado. — Entrega á los samnitas de todos los firmantes del tratado de paz. — Negativa de los samnitas á recibirlos. — Papirio Cursor derrota al ejército romano y hace pasar bajo el yugo á los samnitas. — Creación de las tribus Ulentina y Valerina. — Colonias enviadas á Suesa y Pontecorvo. — Censura de Ap. Claudio. — Triunfos de los romanos contra los apulios, etruscos, umbrios, marsos, pelignos, equos y samnitas. — Edilidad curul de Flavio. — Turbulencias en los comicios y asambleas del Campo de Marte. — Censura de Q. Fabio; recibe el epíteto de Máximo. — Mención de Alejandro. — Paralelo de su poder con el de los romanos.

Al año siguiente celebróse la paz de Caudio, famosa por la derrota de los romanos bajo el consulado de T. Veturio Calvino y de Sp. Postumio. Aquel año tenían los samnitas por general á C. Poncio, hijo de Herennio, nacido de padre muy hábil y colocado él mismo en primera fila como guerrero y como general. Cuando los legados enviados para dar satisfacción á los romanos regresaron sin haber concluído la paz, dijo á sus con-

ciudadanos: «No creáis infructuosa esta legación, porque por ella se ha aplacado el enojo del cielo contra nosotros por la raptura del tratado. Persuadido estoy de que las divinidades, cualesquiera que sean, que han querido reducirnos á la necesidad de dar satisfacción según los términos del tratado, no han quedado satisfechas de que los romanos rechacen con tanta altivez la reparación ofrecida. ¿Y qué más podía hacerse para aplacar á los dioses y calmar á los hombres que lo que hemos hecho? Hemos devuelto el botín cogido al enemigo y que parecía pertenecernos por derecho de guerra; á los autores de ésta, no pudiendo entregarlos vivos, los hemos entregado muertos; hemos llevado á Roma sus mismos bienes, para que nada contaminado con su crimen quedase en nuestras manos. ¿Qué más te debo, romano; qué más debo al tratado y á los dioses garantes del mismo? Cualquiera que sea el juez de tu animosidad, pueblo ó simple particular, no lo rehúso. Que si la debilidad luchando contra el poder nada puede esperar de la justicia de los hombres, apelaré al menos á los dioses vengadores de tan insoportable orgullo y les conjuraré para que vuelvan su cólera contra aquellos á quienes no puede satisfacerse, ni devolviéndoles lo que les pertenece, ni colmando la medida con todo lo que pertenece á los demás; cuya crueldad no puede quedar satisfecha ni con la muerte de los culpables, ni con el abandono que se les ha hecho de sus cadáveres, ni con el sacrificio de sus bienes que les entregan sus dueños; que no podríamos calmar sino dándoles nuestra sangre á beber y nuestras visceras á desgarrar. Samnitas, la guerra es justa cuando es necesaria; y las armas son inocentes cuando no queda otra esperanza que las armas. Así, puesto que lo que importa más en las cosas humanas es tener á los dioses propicios ó adversos, considerad como cierto que si las

guerras anteriores las habéis hecho más contra los dioses que contra los hombres, la que los amenaza la haréis bajo la dirección misma de los dioses. Después de estas palabras, que eran feliz augurio y justa predicción, parte con el ejército y marcha lo más secretamente posible á acampar en las certanías de Caudío. Desde allí envía á Calacia, donde sabía que estaban acampados los cónsules romanos, diez soldados disfrazados de pastores, recomendándoles que lleven sus rebaños por diferentes lados á pastar á corta distancia de los puestos romanos; y que cuando caigan en poder de los merodeadores, digan todos: «Que las legiones de los samnitas están en la Apulia; que han puesto sitio á Luceria con todas sus fuerzas, y que están á punto de tomarla por asalto.» Este rumor, difundido de intento, había llegado á los romanos, y los prisioneros lo hicieron tanto más verosímil, cuanto que su lenguaje estaba de acuerdo. No era dudoso que los romanos debían socorrer á los lucerinos, que eran buenos y fieles aliados; pudiendo temerse además que, asustada la Apulia con el peligro presente, pasase toda entera al enemigo. Así, pues, solamente se deliberó acerca del camino que debía seguirse: dos llevaban á Luceria; uno que seguía la costa del mar superior, llano y despejado, pero más largo en proporción de lo más seguro que era; y el otro más corto, por las Horcas Caudinas. Este paraje es como sigue: dos desfiladeros profundos, muy estrechos, cubiertos de bosques y reunidos por una cadena de montañas. Entre estos dos desfiladeros se extiende una llanura pequeña, bastante descubierta, cerrada en derredor por el bosque, cubierta de vegetación y de agua, y cruzándola por el centro el camino. Pero antes de llegar á ella es necesario recorrer la primera garganta, y entonces puede elegirse entre retroceder para regresar por el mismo camino, ó si se quiere

continuar, salir por la otra garganta más estrecha aún y más difícil que la primera. Ahora bien; á esta llanura habían bajado los romanos por una roca hueca de una de las gargantas, y en el acto se dirigieron á la segunda, pero la encontraron cerrada por árboles cortados y enormes masas de rocas. Apenas habían reconocido el ardid del enemigo, vieron un cuerpo de tropas en las alturas del desfiladero. Aprosúrrese á retroceder para ganar el primer paso y lo encuentran cerrado por iguales obstáculos y fuerzas samnitas. Al ver esto, se detienen sin que nadie hubiese dado la orden; todos están estupefactos y sus miembros extraordinariamente entorpecidos. Miranse fijamente unos á otros, creyendo cada cual que encontrará en el otro más fuerza de ánimo y más recursos y quedando por largo tiempo inmóviles y silenciosos. Cuando vieron levantar las tiendas de los cónsules y dedicarse algunos á los preparativos necesarios de campamento, aunque comprendían que iban á exponerse á las burlas del enemigo trabajando para fortificarse en una posición tan espantosa en que estaba perdida hasta la esperanza, sin embargo, por no añadir culpa á la desgracia, cada cual por su lado, sin que nadie le exhorte ni le mande, pone mano á la obra. Establecen cerca de los manantiales un campamento fortificado, al mismo tiempo que con dolorosa ironía confiesan ellos mismos la inutilidad de sus defensas y de sus esfuerzos, objeto de amargas burlas del enemigo. Abatidos los cónsules, ni siquiera pensaban en convocar consejo, porque en aquella posición no podían pedir consejo ni socorro; los legados y tribunos van espontáneamente á verles; y los soldados, con los ojos fijos en la tienda de los cónsules, parece que piden á sus jefes un auxilio que apenas podían prestarles los dioses inmortales.

Quejándose más que deliberando estaban cuando les

sorprendió la noche. Con impaciencia decían, cada cual según su carácter, unos: «Avancemos á pesar de todos los obstáculos del camino;» otros: «Escalemos esos montes, erucemos esos bosques, marchemos por donde podamos avanzar con las armas. Lleguemos solamente hasta ese enemigo que estamos batiendo hace cerca de treinta años, y todo se allanará, todo será fácil para el romano combatiendo con el pérfido samnita;» otros: «¿Dónde y por dónde iremos? ¿podemos arrancar de su asiento esas montañas? Mientras tengamos delante esas alturas, ¿por donde llegaremos hasta el enemigo? Armados ó sin armas, valientes ó cabardes, todos igualmente nos encontramos encerrados; estamos vencidos. El enemigo ni siquiera nos presentará el hierro para que tengamos una muerte honrosa; sin moverse de su puesto terminará la guerra.» En tales conversaciones, sin que nadie pensara en tomar alimento ó descanso, pasaron la noche. Los samnitas por su parte no sabían cómo aprovechar aquel inmenso triunfo, decidiendo escribir para consultarle á Herennio Poncio, padre de su general. Este anciano, abrumado por los años, había renunciado, no solamente á las empresas militares, sino que también á las funciones civiles; sin embargo, en aquel cuerpo debilitado por la edad, existía aún sumo vigor de espíritu y de juicio. Cuando supo por el mensaje de su hijo que los ejércitos romanos estaban encerrados en las Horcas Caudinas entre las dos gargantas, opinó que se les debía dejar salir á todos en el acto sin tratarles como vencidos. No aceptaron el consejo y le consultaron de nuevo, enviándole el mismo mensajero; entonces dijo que les exterminará hasta el último. Al recibir estas dos contestaciones tan opuestas y que parecían tener la ambigüedad de los oráculos, su hijo, aunque uno de los primeros en pensar que la edad había envejecido á la vez el cuerpo y el espíritu de su padre, no

dejó de ceder al deseo general, haciendo venir al consejo al mismo anciano, que no vaciló en acudir al campamento, al que llegó, según dicen, llevado en un carro, y llamado al consejo, habló en él casi de la misma manera, sin cambiar en nada su opinión, añadiendo solamente estas razones: «Por el primer consejo, que creía el mejor, asegurarían para siempre por un gran beneficio la paz y amistad con una nación poderosa; por el segundo aplazarían la guerra para muchas generaciones, teniendo apenas los romanos bastante tiempo para reparar sus fuerzas, después de la pérdida de dos ejércitos completos; en cuanto á un término medio, no lo encontraba.» Su hijo y los otros jefes insistían preguntándole «si no podía adoptarse el medio de dejar salir sanos y salvos á los enemigos, imponiéndoles las leyes que el derecho de la guerra permite imponer á los vencidos.» «Ese medio, contestó, no puede granjearos su amistad ni libraros de su odio. Si les dejáis la vida después de irritarles con un ultraje, tal es el carácter de los romanos, que no pueden permanecer tranquilos después de una derrota. En sus corazones vivirá siempre el recuerdo de todo lo que la necesidad les haya hecho sufrir de humillante en esta circunstancia; y este recuerdo no les dejará reposar hasta que se hayan vengado muchas veces de vosotros.

No se aceptó ninguna de las dos opiniones del anciano, que dejó el campamento, siendo llevado á su casa. Entretanto, los romanos habían hecho numerosas é inútiles tentativas para escapar, y comenzaban á carecer de todo. Vencidos al fin por la necesidad, envían legados con la misión de pedir primeramente una paz honrosa, y si no podían conseguirla, provocar al enemigo al combate. Poncio contestó: «Que la guerra estaba terminada, y si vencidos y prisioneros no sabían confesar su posición, les haría pasar bajo el yugo, desarmados y

con una sola prenda de ropa, y que las otras condiciones de la paz serían iguales entre vencedores y vencidos; que si los romanos evacuaban el territorio samnita y retiraban las colonias, en adelante vivirían independientes las dos naciones, cada una según sus leyes, con arreglo á un tratado basado en la justicia; que con estas condiciones estaba dispuesto á tratar con los cónsules; que en el caso de no aceptarse todas, prohibía á los legados se le presentaran otra vez.» En cuanto se conoció el resultado de esta legación, por todas partes brotaron tristes gemidos; no habría sido menos profunda la consternación, si les hubiesen anunciado que todos iban á morir donde se encontraban. Después de largo silencio, y como los cónsules no se atrevían á hablar ni en favor de un tratado tan vergonzoso ni contra un tratado tan necesario, L. Léntulo, que entonces era primer legado por su mérito y por los honores á que había sido elevado, dijo: «Cónsules, frecuentemente oí decir á mi padre que en el Capitolio fué el único de los senadores que no opinó se rescatare con oro la ciudad del poder de los galos, cuando ni fosos ni empalizadas separaban á los romanos de un enemigo que despreciaba el trabajo de fortificarse, y cuando les era posible abrirse paso por medio de sus filas, no sin gran peligro, pero al menos sin destrucción cierta; si, como los romanos de entonces pudieron caer desde el Capitolio sobre el enemigo con las armas en la mano, y como muchas veces los sitiados han podido hacerlo sobre los sitiadores, pudiésemos solamente nosotros venir á las manos con el enemigo en buena ó mala posición, no me faltaría el carácter de mi padre para dar el consejo. Verdad es, lo confieso, que es hermoso morir por la patria, y dispuesto estoy, sea á sacrificarme por el pueblo romano y sus legiones, sea á precipitarme en medio de los enemigos. Pero aquí veo la patria; aquí veo cuanto hay de legio-

nes romanas; y si estas legiones no quieren por sí mismas correr á la muerte, con esa muerte ¿qué van á conservar? Diráse que las casas de la ciudad, sus murallas y esa multitud que compone los habitantes de Roma. Pero ¿no es entregarlos, y no salvarlos, sacrificar este ejército? Porque ¿quien les defenderá? ¿Acaso esa multitud endeble, incapaz de servirse de las armas? Sí; como les defendió contra el ataque de los galos. ¿Irán á pedir suplicando un ejército á los veyos y un Camilo para jefe? Aquí están todas nuestras esperanzas y todas nuestras fuerzas; conservarlas, es conservar la patria; sacrificarlas, es abandonar y hacer traición á la patria. Pero esa capitulación es vergonzosa, es humillante. Tan grande, sin embargo, es el amor á la patria, que exige la salvemos á costa de nuestro honor, si es necesario, como con peligro de la vida. Suframos, pues, esa humillación, sea la que quiera, y cedamos á la necesidad que los dioses mismos no podrían evitar. ¡Adelante, cónsules, rescatad con nuestras armas esa ciudad que vuestros mayores rescataron con su oro!»

Los cónsules marcharon á conferenciar con Poncio, y como el vencedor insistía sobre la necesidad de un tratado, dijéronle que el tratado no podía concluirse sin la autoridad del pueblo, sin los faciales y las demás solemnidades religiosas. Así, pues, la paz no se hizo como generalmente se cree y como refiere también Claudio, con un tratado, sino con la promesa de un tratado. En efecto, ¿qué necesidad había de cauciones y rehenes en un tratado consagrado por estas imprecaciones? «Que el pueblo que quebrante las condiciones ajustadas caiga bajo los golpes de Júpiter, como los cerdos bajo los de los faciales.» Prestaron caución los cónsules, los legados, los cuestores y los tribunos militares; y los nombres de todos los que garantizaron la capitulación constan en el acta, mientras que si hubiesen ajustado un

tratado, no se encontrarían en él más que los de los faciales. Y á causa de las dilaciones que necesariamente había de imponer la conclusión de un tratado, se exigió además seiscientos rehenes tomados de entre los caballeros, que debían pagar con su cabeza la infracción del tratado. Fijóse en seguida el momento en que habrían de entregarse los rehenes, y en el que el ejército desarmado había de pasar bajo el yugo. El regreso de los cónsules reprodujo la desolación en el campamento, hasta el punto que costó trabajo á los soldados no poner la mano sobre aquellos cuya imprudencia les había llevado á aquel paraje y cuya cobardía les iba á hacer salir más vergonzosamente que habían entrado. Censurables no haber tomado guía, no haber mandado reconocer el terreno, haberse precipitado ciegamente en un foso como las fieras; miranse unos á otros, contemplan aquellas armas que entregarán muy pronto, aquellos brazos que en breve serán desarmados, aquellos cuerpos que quedarán á merced del enemigo; representanse el yugo bajo el que los hará pasar el enemigo, las bueltas del vencedor, su insultante altivez, aquel paso de hombres desarmados en medio de gentes armadas; después, aquella deplorable marcha de soldados deshonrados atravesando las ciudades aliadas para volver á su patria, á sus familias, donde tantas veces sus padres y ellos mismos habían regresado triunfantes. «Ellos solos han sido vencidos sin heridas, sin hierro, sin combate; ellos solos no han desenvainado la espada, no han podido luchar con el enemigo; en vano les han dado armas, fuerzas y valor.» Cuando murmuraban estas quejas llegó el momento fatal de la ignominia, que todo había de hacérselo ver más espantoso que habían imaginado. En primer lugar, se les mandó salir de las empalizadas con un solo vestido y sin armas, entregándose primeramente los rehenes y llevándolos aprisionados; en

seguida llegó su turno á los cónsules, á quienes se quitó el manto (1), y cuyos lictores fueron despedidos. Al ver esto, aquellos mismos que pocos momentos antes los execraban, querían sacrificarlos y destrozarlos, quedaron tan penetrados de compasión, que cada uno, olvidando su propia desgracia, apartó la vista de aquella degradación de tan suprema majestad como de nefando espectáculo.

Los primeros que pasaron bajo el yugo fueron los cónsules, casi desnudos; después cada jefe según su grado sufrió á su vez esta ignominia; en seguida cada legión, una tras otra. Formados y armados los enemigos en derredor de los romanos, los abrumaban con insultos y burlas; hasta se alzaron espadas sobre el mayor número, y muchos fueron muertos ó heridos por haber ofendido al vencedor, revelando demasiado en el rostro la indignación que los causaba tanta injuria. Así inclinaron la cabeza bajo el yugo, y lo que en cierto modo era más cruel, á la vista del enemigo. Cuando hubieron salido de la garganta, aunque arrancados, por decirlo así, de los infiernos, parecían que veían la luz por primera vez; pero aquella misma luz, poniendo al desnudo toda la ignominia de aquella marcha, los fué más insoportable que la muerte. Hubiesen podido llegar á Capua antes de la noche, pero poco seguros de la fidelidad de sus aliados, y retenidos también por la vergüenza, se detuvieron en las cercanías, á cierta distancia de la ciudad, careciendo de todo y no teniendo más lecho que la tierra. Cuando se enteraron del caso en Capua, justa compasión por los aliados venció en el corazón de los capuanos su insensibilidad natural. En seguida enviaron á los cónsules las insignias

(1) El manto de los generales era de color escarlata bordado de púrpura.

de su dignidad, faciales y lictores, y á los soldados armas, caballos, ropas y víveres. Al llegar los romanos á Capua salieron á recibirlos el Senado y todo el pueblo, particulares y magistrados, todos, en fin, cumplieron con ellos los deberes de justa hospitalidad. Pero ni la afable acogida de los aliados, ni su bondad, ni sus cariñosas exhortaciones pudieron arrancarlos una sola palabra, ni siquiera hacerlos levantar la vista y mirar á la cara á aquellos amigos que querían consolarlos: tan poderoso era en ellos, además del dolor, cierto sentimiento de confusión que los hacía huir toda conversación y la sociedad de los hombres. Cuando á la mañana siguiente partieron de Capua, algunos jóvenes nobles recibieron encargo de acompañarlos hasta las fronteras de Campania. A su regreso, llamados al Senado, contestaron á los más ancianos: «Que les habían parecido los romanos demasiado tristes y abatidos; que durante su marcha habían estado silenciosos y casi mudos. En su opinión, el carácter romano había concluido; les habían arrebatado el valor con las armas; no devolvían el saludo ni dirigían una palabra á los que los saludaban; parecían tan asustados, que no podían desplegar los labios, como si les pesase todavía sobre el cuello el yugo bajo el cual habían pasado. Los samnitas habían conseguido una victoria brillante que les aseguraba el porvenir, porque habían reducido, no la ciudad, como los galos, sino lo que era mucho más decisivo, el valor y la altivez de los romanos.»

«Cuando tales cosas se decían y oían, y se deploraba en aquel Senado de aliados fieles casi la extinción del nombre romano, Ofilio Calavio, hijo de Ovio, ilustre por su cuna y por sus hazañas, venerable por su edad, dijo que no pensaba de aquella manera en cuanto á los romanos: «Ese obstinado silencio, esos ojos fijos en tierra, esos oídos sordos á todo consuelo, esa vergüenza

de ver la luz, son, á su entender, otros tantos indicios de un hacinamiento de odios aglomerados en su ánimo. O conoce mal el carácter romano, ó ese silencio arrancará muy pronto á los samnitas gritos de dolor y amargas lágrimas; el recuerdo de la paz de Caudío será más cruel para ellos que para los romanos; porque el romano tendría siempre consigo su valor, pero los samnitas no tendrán en todas partes Horcas Caudinas.» En Roma se conocía ya este vergonzoso desastre. Súpose primeramente que los ejércitos estaban envueltos; después se tuvo noticia de aquella paz ignominiosa, y esta nueva produjo más consternación que la del peligro. Al primer rumor de que el ejército estaba rodeado, comenzaron á hacer levas; pero cuando se conoció aquella bochornosa capitulación, se renunció á los preparativos y á toda idea de socorro; y en el acto, sin la intervención de la autoridad pública y de común acuerdo, apareció luto general. Cerráronse las tiendas en el Foro; por sí misma se estableció la vacación de negocios sin haber sido proclamada; despojáronse de las lactiavias y de los anillos de oro (1), y la desolación de la ciudad casi sobrepujaba á la del ejército. No estaban irritados solamente contra los generales y contra aquellos que habían aconsejado ó garantizado la paz; miraban mal hasta á los mismos soldados, aunque inocentes, habiéndose de negarles la entrada en la ciudad y en sus mismas casas. La fermentación calmó á la vista de aquel ejército digno de la compasión hasta de los más irritados; porque no con la alegría de hombres que regresan sanos y salvos á su patria, sino con el aspecto de desgraciados cautivos se presentaron en Roma, de noche y corriendo á ocultarse en sus casas; de manera

(1) El derecho de llevar anillo de oro perteneció primeramente á los senadores, extendiéndose después á los caballeros.

que ni á la mañana siguiente, ni en los días sucesivos ninguno quiso presentarse en el Foro ó en público. Encerrándose los cónsules en la vida privada, no realizaron ningún acto de su magistratura; ordenóseles, sin embargo, por un senatus-consulta que nombrasen dictador para la celebración de los comicios, y eligieron á Q. Fabio Ambusto, siendo P. Elio Peto el jefe de los caballeros; pero resultando viciosa la elección, se les sustituyó con M. Emilio Papo al dictador, y con L. Valerio Flaco al jefe de los caballeros. Tampoco reunieron éstos los comicios, y como el pueblo estaba disgustado de todos los magistrados de aquel año, pasóse á un interregno. Fueron inter-reyes Q. Fabio Máximo y M. Valerio Corvo, quien nombró cónsules á Q. Publilio Filo y á L. Papirio Cursor por segunda vez, elección aprobada por todos los ciudadanos, siendo incontestablemente aquellos dos varones los generales más ilustres de su tiempo.

En el mismo día de su creación entraron en funciones (el Senado lo había dispuesto así); y una vez terminadas las ceremonias religiosas, se deliberó acerca de la paz de Caudío. Publilio, que tenía los haces, dijo entonces á Postumio: «Habla, Sp. Postumio.» Levantóse éste en seguida, y con igual tristeza que pasó bajo el yugo, dijo: «No ignoro, ¡oh cónsules! que es para humillarme y no para ensalzarme por lo que se me ordena que me levante y hable el primero, no como senador, sino como culpable á la vez de una guerra desgraciada y de una paz ignominiosa. Sin embargo, como no habéis hablado de nuestro delito ni de nuestro castigo, voy, absteniéndome de una justificación, que no sería muy difícil ante hombres que conocen los destinos y las necesidades humanas, á exponer brevemente mi parecer acerca del objeto de vuestra deliberación. Esta opinión demostrará si por libertarme yo ó por libertar

vuestras legiones me ligué con una promesa tan vergonzosa como necesaria: sea como quiera, esta promesa hecha sin orden del pueblo, no le obliga en manera alguna; y hasta por la promesa misma nada se debe á los samnitas á excepción de nuestras personas. Que nos entreguen desnudos y encadenados los faciales; libérenos la conciencia del pueblo si la hemos ligado de alguna manera; que nada divino ó humano os impida comenzar de nuevo una guerra justa é intachable. Entretanto, vuestros cónsules pueden hacer levás, equiparlas y ponerlas en campaña; pero es necesario no pisar el territorio enemigo antes de realizar todas las formalidades necesarias para entregar nuestras personas. Y á vosotros, dioses inmortales, yo suplico y ruego que si no habéis querido que los cónsules Sp. Postumio y T. Veturio fuesen afortunados en la guerra con los samnitas, que al menos os baste habernos visto pasar bajo el yugo, ligados por una promesa vergonzosa y habernos visto entregados al enemigo, desnudos, encadenados y recibiendo sobre nuestras cabezas todo el peso de su cólera. Permitid que los nuevos cónsules y las legiones romanas hagan con los samnitas una guerra tan afortunada como todas las que se han hecho antes de nuestro consulado.» Tanta admiración y tanta compasión excitaron estas palabras en la asamblea, que apenas podía creerse fuese el mismo Sp. Postumio el autor de una paz tan vergonzosa, y se deploraba amargamente que un hombre como aquel, entregado en manos de un enemigo irritado, hubiese de ser el primero que sufriese el castigo por la ruptura de la paz. Pero, aunque colmándolo de justos elogios, limitábanse á opinar como él, haciendo ligera tentativa de oposición los tribunos L. Livio y Q. Melio. «No se libertaba la conciencia del pueblo entregando sus personas, á menos que, en lo referente á los samnitas, no se restable-

ciese todo en el estado en que estaba antes de la paz de Caudio; y no merecen ser castigados por haber salvado al ejército del pueblo romano, al prestarse como garantía de la paz; en fin, no podían ser entregados al enemigo, ni expuestos á ultraje por la inviolabilidad de que gozaban.»

Postumio replicó: «Entregadnos, sin embargo; somos profanos y podéis entregarnos sin atentado á la religión; más adelante entregaréis estos varones inviolables, en seguida que dejen de ejercer el cargo; pero si queréis escucharme, haceldes antes azotar con varas en los comicios, para que paguen de esta manera el aplazamiento del castigo. Porque, en cuanto á lo que dicen de que no se liberta la conciencia del pueblo romano al entregarnos, ¿acaso hay aquí alguno tan ignorante de la legislación de los faciales que no comprenda que les inspira ese lenguaje el temor de verse entregados más que el convencimiento de lo que dicen? No es que niegue yo, padres conscriptos, que las promesas son tan sagradas como los tratados para aquel que respeta tanto la buena fe entre los hombres como la religión; pero niego que, sin el consentimiento del pueblo, pueda hacerse algo que obligue al pueblo. Si con la misma altivez con que los samnitas nos arrancaron esta promesa nos hubiesen hecho pronunciar las palabras sagradas con que se rinden las ciudades, ¿diríais vosotros, ¡oh tribunos! que el pueblo romano se había rendido, que esta ciudad, sus templos, sus altares, que esta tierra, estas aguas pertenecían á los samnitas? Pero ¿á qué hablar de cesión, cuando se trata de una promesa? ¿Qué sucedería si hubiésemos prometido que el pueblo romano abandonaría esta ciudad? ¿que la incendiaría? ¿que no tendría en adelante magistrados, Senado ni leyes? ¿que obedecería á reyes? ¿No lo quieran los dioses! decid; pero la indignidad de las condiciones no destru-

ye los lazos de la obligación. Si hay un punto acerca del cual puede quedar ligado el pueblo, puede quedarlo en todos; y no importa tampoco, aunque esto puede impresionar á algunos, que sea cónsul, dictador ó pretor el que haya salido garante. Los mismos samnitas lo comprendieron así cuando no se contentaron con la palabra de los cónsules y exigieron la de los legados, los cuestores y los tribunos militares. Y no se me pregunte ahora por qué me comprometí de esta manera cuando aquel acto excedía de las facultades del cónsul, puesto que no podía garantizarles la paz ni en mi nombre ni en el vuestro, no teniendo de vosotros orden para ello. Padres conscriptos, nada de lo acontecido en Caudio lo ha sido por voluntad humana. Los dioses inmortales cegaron á vuestros generales y á los de vuestros enemigos. A nosotros nos faltó previsión en la guerra; y aquellos, la victoria que ganaron tan mal, la inutilizaron torpemente, contando muy poco con los parajes que les hicieron vencer, y apresurándose á arrancar á toda costa las armas á hombres nacidos para ellas. Si no hubiesen estado tan obcecados, ¿tan difícil les era, mientras hacían traer de su ciudad ancianos para consultarles, enviar legados á Roma? ¿hacer con el Senado y el pueblo un tratado de paz y alianza? Apresurándose, con tres días de marcha tenían bastante. Entretanto podía haberse celebrado un armisticio hasta el regreso de los legados, que les habrían traído de Roma una victoria cierta ó la paz. Entonces hubiese sido compromiso verdaderamente obligatorio el que contrásemos por orden del pueblo. Pero ni vosotros habríais soportado semejante compromiso, ni nosotros lo habríamos contraído. Las cosas no debían tener otro desenlace: menester era que los samnitas fuesen como juguete de un sueño demasiado hermoso para que sus ánimos pudieran soportar la embriaguez; que la misma

fortuna que llevó á nuestro ejército á un lazo, le mantuviere en él; que una victoria vana fuese completamente inútil por una paz más vana todavía; que de todo ello no quedase más que una promesa que no obligase más que á los que la garantizaban. En efecto: ¿qué tratado, padres conscriptos, han ajustado con vosotros ó con el pueblo romano? ¿Quién puede decirse engañado por vosotros? ¿el enemigo ó el ciudadano? Al enemigo nada le habéis prometido; al ciudadano, á nadie habéis encargado que prometa por vosotros. Nada tenéis que debatir, ni con nosotros, porque nada nos habíais ordenado, ni con los samnitas, con quienes nada habíais tratado. Los samnitas no tienen otros garantes que nosotros; garantes harto solventes en lo que nos toca y que podemos entregar nuestras personas y nuestra vida: en ellas deben vengarse, contra ellas deben aguzar sus espadas y encender el fuego de su ira. Por lo que atañe á los tribunos, ved si podéis entregarlos ahora ó si es necesario aplazamiento: nosotros entretanto, T. Veturio y los demás que participáis de nuestra suerte, para librar nuestra palabra, vamos á llevar al enemigo estas cabezas, que tan poco valen, y por nuestro suplicio de volvamos la libertad á las armas romanas.

Este debate y su autor conmovieron á los padres conscriptos, á todos los demás y á los mismos tribunos, que declararon estaban á la disposición del Senado. En el acto abdicaron y fueron entregados á los faciales para que los llevasen con los otros á Caudio. Una vez dado este senatus consulto pareció que Roma renacía á la luz. Todos repetían el nombre de Postumio, se le alababa, se le subía al cielo, se comparaba su abnegación con la del cónsul P. Decio y con todas las hazañas célebres: Roma se había levantado de una paz humillante por sus cónsules y sus esfuerzos. Él mismo iba á ofrecerse á los suplicios, á la cólera del enemigo como víctima

expistoria del pueblo romano. Una sola idea dominaba los ánimos: las armas y la guerra. «¿Se presentará pronto la ocasión de encontrarse con los samnitas en el campo de batalla? En la ciudad, en medio de aquellos arrebatos de cólera y odio, casi todos los alistamientos fueron voluntarios; los mismos soldados formaron las nuevas legiones, y el ejército se dirigió á Caudio. Los faciales, que se habían adelantado, en cuanto llegaron á las puertas del campamento enemigo mandaron despojar de sus vestidos á los garantes de la paz y atarles las manos á la espalda. Como el aparitor, por respetos á la dignidad de Postumio apenas le apretaba, «¿por qué no aprietas la correa, le dijo éste, para que sea entregado como debo serlo?» Cuando llegó á la asamblea de los samnitas y ante el tribunal de Poncio, el facial A. Cornelio Arvina habló de esta manera: «Puesto que estos hombres, sin orden del pueblo romano de los caballeros, han prometido que se ajustaría un tratado de paz, y por esto se han hecho culpables de un delito, para que el pueblo no tenga que responder de un crimen impio, os entrego estos hombres.» Cuando ya el facial pronunciaba estas últimas palabras, Postumio le dió con toda su fuerza un rodillazo en el muslo y le dijo en alta voz «que él mismo era un ciudadano samnita, y el facial un embajador; que había violado el derecho de gentes en la persona del facial, por lo cual los romanos harían la guerra con mayor razón.»

Poncio contestó: «Y yo no acepto esas satisfacciones, como tampoco las aceptarán los samnitas. ¿Por qué, Sp. Postumio, si crees que existen dioses, por qué no declaras nulo todo lo que se ha hecho, ó cumples nuestros acuerdos? Se le deben al pueblo samnita todos los que ha tenido en su poder, ó en su defecto la paz. Mas ¿por qué he de dirigirme á ti, que vienes con la buena fe que te es posible, á entregarte prisionero al vence-

doi? Me dirijo al pueblo romano: si se arrepiente del compromiso contraído en las Horcas Caudinas, que ponga sus legiones en las gargantas donde las teníamos encerradas. Nada de sorpresas por ningún lado: téngase todo por no habido: que vuestros soldados recobren las armas que nos entregaron por una capitulación; que vuelvan á su campamento; que tengan todo lo que tenían la víspera de la conferencia. Que se decidan entonces por la guerra, por las viriles resoluciones; que se rechace toda idea de capitulación y de paz. Hagamos la guerra con las mismas probabilidades, en los mismos parajes que antes de las proposiciones de paz; y que el pueblo romano no acuse más las promesas de los cónsules que nosotros la buena fe del pueblo romano. ¿No careceréis jamás de pretextos para no cumplir vuestros compromisos cuando os encontréis vencidos? Entregasteis rehenes á Porsena y se los arrebatasteis por astucia; rescatasteis con oro vuestra ciudad de manos de los galos, y fueron exterminados cuando recibían el oro. Habéis ajustado con nosotros una paz para que os devolviésemos vuestras legiones prisioneras, y anuláis esa paz cubriendo siempre vuestras perfidias con alguna apariencia de justicia. ¿No aprueba el pueblo romano que se le hayan devuelto sus legiones por una paz ignominiosa? Pues que no apruebe esa paz; pero en ese caso que devuelva al vencedor las legiones prisioneras: esto era lo digno de la buena fe, de los tratados y de las ceremonias faciales. ¿Obtendréis por un tratado lo que deseabais, la vida de tantos ciudadanos, y yo no conseguire esa paz que he estipulado al devolverlos sanos y salvos? ¿Es este, A. Cornelio, es este, facial, el derecho que enseñáis á las naciones? Por mi parte no recibo esos que entregáis para salvar las apariencias; no los considero como entregados, y no les impido regresar á su patria ligados por el compro-

miso contraído, para que arrosten la cólera de todos los dioses, cuyo poder se insulta aquí. Haced la guerra porque Sp. Postumio ha golpeado con la rodilla á un facial, enviado vuestro. Si, los dioses creeran que Postumio es ciudadano samnita y no ciudadano romano; que un samnita ha ofendido al legado de Roma, y que por tanto nos hacéis legitimamente la guerra. ¡Y no causa vergüenza burlarse tan abiertamente de la religión! ¡Y son ancianos varones consulares los que, para faltar á su palabra, buscan astucias dignas de niños! Avanza licitor, quita las ligaduras á esos romanos; que no se impida á ninguno de ellos marchar adonde quiera. Después de satisfacer de esta manera los romanos á lo que personalmente debían, quizás también á lo que debían á la nación, volvieron incólumes á su campamento.

Cuando los samnitas vieron renacer, en vez de una paz soberbia, una guerra encarnizada, no solamente se presentó á su espíritu, sino que vieron por sus ojos cuanto había de sucederles. Entonces, pero demasiado tarde ya, reconocieron la prudencia de los consejos del viejo Poncio, conociendo que al buscar el medio en el estrecho espacio que les dejaban aquellos dos consejos, habían cambiado una victoria segura por una paz incierta, y que habiendo perdido la ocasión de hacer el bien ó el daño, tendrían que combatir con aquellos mismos nombres de los que pudieron desembarazarse ó hacerse amigos. Aunque ningún combate había inclinado todavía la balanza de un lado ni de otro, de tal manera había cambiado la disposición de los ánimos desde la paz de Caudío, que Postumio brillaba más entre los romanos por su abnegación que Poncio entre los samnitas por una victoria incruenta; y que los romanos consideraban ya como victoria cierta la posibilidad de hacer la guerra, mientras que los samnitas se contaban ven-

cidos desde el momento en que los romanos comenzaron las hostilidades. Entretanto, los satricanos se pasaron á los samnitas, y la colonia de Fregelas, á la que bruscamente se dirigieron éstos con los satricanos, según parece averiguado, fué sorprendida durante la noche. Desde aquel instante hasta el día, mutuo temor retuvo á los dos bandos en la inacción. El regreso de la luz fué la señal del combate: los fregelanos, que combatían por sus templos y sus hogares, y á los que ayudaba el resto de la población desde los techos, sostuvieron por algún tiempo el combate con igual ventaja; pero una astucia hizo inclinar la balanza; un pregonero gritó, y lo soportaron: «Que se perdonaría á los que depusiesen las armas.» Esta esperanza enfrió el valor de los combatientes, y por todas partes comenzaron á arrojar las armas. Los más obstinados se abrieron paso por la puerta opuesta con hierro en mano, dándoles mejor resultado su audacia que á los otros el miedo que les hizo tan imprudentemente crédulos: los samnitas los quemaron, mientras invocaban inútilmente á los dioses y la fe de las promesas. Habiéndose repartido las provincias los cónsules, Papirio marchó directamente á Luceria, en la Apulia, donde se guardaba á los caballeros romanos que se dieron como rehenes en Caudío. Publilio se detuvo en Samnio ante las legiones de las Horcas Caudinas. Este plan puso en grave aprieto á los samnitas, que no se atrevían á dirigirse á Luceria por temor de que el enemigo les atacase por la espalda, ni á quedarse allí por miedo á que los romanos tu viesen tiempo para arrebatárles Luceria. Parecióles lo mejor entregarse á la casualidad y concluir con Publilio librando batalla, por lo que ordenaron el ejército para el combate.

Antes de venir á las manos, creyendo oportuno Publilio dirigir la palabra á los soldados, mandó reunirles.

Con extraordinario apresuramiento acudieron al pretorio; pero los gritos de los que pedían el combate no dejaron oír ni una palabra de la arenga del general. Cada cual encontraba motivo de animación en el recuerdo del ultraje que había sufrido. Al combate corrieron empujando las enseñas; y en su impaciencia por lanzarse á la liza, no queriendo detenerse en arrojar los dardos para desnudar la espada, todos, como á una señal dada, arrojando al suelo los dardos, se lanzaron sobre el enemigo con la espada en la mano. En aquella ocasión de nada sirvieron la habilidad del general y las acertadas maniobras. La ira del soldado, que le llevaba á una especie de frenesí, lo decidió todo. Así fué que no solamente fueron derrotados los enemigos, sino que, sin atreverse á parar en su campamento, se dispersaron y ganaron la Apulia; sin embargo, llegaron á Luceria reunidos en ejército. Con el mismo ímpetu que les precipitó á través de las filas enemigas, penetraron los romanos en su campamento, derramando allí más sangre y haciendo más estragos que en el campo de batalla é inutilizando en su furor la mayor parte del botín. El otro ejército, á las órdenes del cónsul Papirio, siguiendo las costas marítimas, había llegado á Arpi, atravesando un territorio que no se movió, no porque debiese ningún beneficio al pueblo romano, sino porque odiaban á los samnitas por sus injusticias. Estos, que en aquella época habitaban las montañas, donde se cobijaban en caseríos, devastaban la llanura y las orillas del mar, por el desprecio que ordinariamente tienen los montañeses á los habitantes del llano, cuyo carácter es más dulce y ordinariamente tiene algo del suelo que cultivan. Si aquella comarca hubiese sido fiel al partido de los samnitas, el ejército romano se habría encontrado en la imposibilidad de llegar á Arpi ó de mantenerse allí; porque detenidos sus convoyes en el inter-

valo que separa á Arpi de Roma, le hubiesen reducido á la total carencia de todo. Y cuando partiendo de allí, llegaron los romanos delante de Luceria, experimentaron como sitiadores tantas privaciones como los sitiados. Todo lo sacaban de Arpi, pero en cantidad muy pequeña. La infantería se ocupaba en la custodia de los puestos y de los trabajos, y la caballería sola iba á Arpi á buscar granos y traerlos en saquitos de cuero; algunas veces el encuentro del enemigo obligaba á los jinetes á arrojar la carga para combatir. En cuanto á los sitiados, antes de que llegase el otro cónsul con su ejército victorioso, recibieron de los samnitas por las montañas víveres y refuerzos. La llegada de Publilio disminuyó mucho todos estos recursos; porque dejando á su colega el cuidado de continuar el sitio, empleaba todas sus fuerzas en batir la campiña é interceptar los convoyes del enemigo. No pudiendo esperar que los sitiados soportasen por más tiempo la escasez, los samnitas, que estaban acampados cerca de Luceria, se vieron obligados á reconcentrar sus fuerzas en un solo punto y dar batalla á Papirio.

Cuando por ambas partes se preparaban para el combate, llegaron legados de Tarento conminando á los samnitas y á los romanos para que cesasen en la guerra y amenazando á aquel de los dos partidos que continuase las hostilidades con tomar contra él las armas en favor del otro. Después de escuchar Papirio esta legación, fingiendo afectarse por lo que acababa de oír, contestó que conferenciaría con su colega. En seguida, habiendo llamado á éste, en vez de conferenciar acerca de un punto decidido de antemano, empleó todo el tiempo en preparativos y mandó dar la señal de combate. Mientras los cónsules se ocupaban de las ceremonias religiosas y de todas las determinaciones acostumbradas en el momento de una batalla, acudieron

los legados de Tarento, esperando respuesta. Papirio les dijo: «Tarentinos, el pulario anuncia que los auspicios son favorables; además, las entrañas de las víctimas ofrecen felices pronósticos. Ya lo veis: por voluntad de los dioses vamos á combatir.» En seguida mandó avanzar las enseñas y salir las tropas, burlándose de la necia vanidad de un pueblo que, incapaz de gobernarse á sí mismo, á causa de sus discordias y sediciones, se creía con derecho á dictar á los otros la paz ó la guerra. Por su parte los samnitas, que habían descuidado toda precaución, porque deseaban sinceramente la paz ó porque les interesaba hacerlo creer para ganarse la simpatía de los tarentinos, al ver á los romanos avanzar de pronto en orden de batalla, comenzaron á gritar: «Que se atienen á la declaración de los tarentinos; no, no bajarán á combatir; que no saldrán de sus empalizadas; que prefieren verse engañados, sucédales lo que quiera, que aparecer como despreciadores de las proposiciones de paz de los tarentinos.» Los cónsules contestan: «Que aceptan el presagio, que piden á los dioses inspiren á los samnitas la idea de no defender siquiera sus parapetos.» Dividiéndose en seguida las tropas, avanzan hasta el pie del campamento enemigo, y lo atacan á la vez por todos lados; unos ciegan los fosos, otros arrojan en ellos las empalizadas arrancadas; impulsados todos, no solamente por su natural intrepidez, sino que también por la cólera que impulsa sus corazones, heridos por el ultraje, se precipitan en el campamento: un solo grito brota por todos lados: «No son estas las Horcas, no es Caudio, ni aquellas gargantas sin salida, donde con tanto orgullo triunfó la astucia de la imprudencia; pero ahora ha llegado la vez al valor romano que no detendrán fosos ni empalizadas.» Exterminan igualmente á los que resisten y á los que huyen, á los que no tienen armas como á los ar-

mados, á los esclavos y á los hombres libres, á los niños y á los jóvenes, y ningún ser viviente habría escapado si los cónsules no hubieran mandado tocar retirada y empleado autoridad y amenazas para hacer salir del campamento á los soldados ebrios de sangre. Como les irritaba que les arrebatasen las dulzuras de la venganza, les arengaron para hacerles comprender: «que los cónsules no cedían ni cederían á ningún soldado en odio al enemigo; que lo mismo que les habían llevado al combate, les hubiesen llevado á la venganza, á no detener su ardor la consideración de los seiscientos caballeros retenidos como rehenes en Luceria, y si no hubiesen temido que, reducido á la desesperación el enemigo y cegado por la ira, se revoliese contra aquellos desgraciados, gozando en dar la muerte antes de recibirla.» Los soldados aplaudieron estas razones y hasta se alegraron de que hubiesen contenido su cólera, diciendo en voz alta que era necesario soportarlo todo antes que poner en peligro aquella hermosa porción de la juventud romana.

Disuelta la asamblea, se celebró un consejo para decidir si se atacaría con todas las fuerzas á Luceria ó si uno de los dos ejércitos, guiado por su cónsul, marcharía á hacer una tentativa en la Apulia, cuyas disposiciones habían parecido muy equívocas hasta entonces. Partiendo el cónsul Publilio para recorrer la Apulia, sometió por fuerza en una sola expedición muchos pueblos, ó les admitió, bajo condiciones, á la alianza con los romanos. Papirio por su parte, que había quedado para sitiar á Luceria, no tardó en ver corresponder el resultado á sus esperanzas; porque habiendo hecho vigilar todos los caminos por donde llegaban víveres de Samnio, dominados por el hambre los samnitas que guarnecían la plaza, enviaron legados al cónsul romano invitándole á levantar el sitio en cuanto le en-

regasen los caballeros que eran la causa de la guerra. Papirio les contestó: «Que debían haber consultado á Poncio, hijo de Herennio, por cuyo consejo hicieron pasar á los romanos bajo el yugo, para saber qué tratamiento creía que debía darse á los vencidos; pero ya que habían preferido dejar al enemigo el cuidado de hacerles justicia, que hacérsela ellos mismos, les manifestaba que anunciásem en Luceria que tenían que dejar en la plaza las armas, los bagajes, los caballos y todo lo que no se encontraba en estado de llevar las armas; en cuanto á los soldados les haría pasar á todos bajo el yugo, con un solo vestido, para vengar la ignominia que ellos hicieron sufrir y que, en último caso, no era él el primero que la imponía.» Nada rehusaron: siete mil soldados pasaron bajo el yugo; recogieron en Luceria inmenso botín; recobraron todas las enseñas, y todas las armas que los soldados habían perdido en Caudío; y lo que causó más alegría que todo lo demás, libertaron los seiscientos caballeros que los samnitas habían enviado á Luceria para que los guardara allí como rehenes de la paz. Tal vez no se debió nunca victoria tan brillante del pueblo romano á tan repentino cambio de fortuna, porque veo en algunos anales que Poncio, hijo de Herennio, general de los samnitas, para expiar la ignominia de los cónsules, pasó también bajo el yugo con los otros. Por lo demás, menos extraño parece que no se sepa bien si fué entregado el jefe enemigo y pasó bajo el yugo: lo más extraordinario es que se dude si fué el dictador Lucio Cornelio, con el jefe de los caballeros L. Papirio Cursor, quien consiguió en Caudío y luego en Luceria todos estos triunfos, y que después de vengar él solo el opróbrio del pueblo romano, recibió los honores del triunfo, tal vez el decretado con más justicia hasta entonces, después del de Furio Camilo, ó si la gloria pertenece á

los cónsules, especialmente á Papirio. A esta duda se añade otra: tampoco se sabe si en los comicios siguientes fué Papirio Cursor el que por su victoria sobre Luceria continuó en su cargo, nombrándosele cónsul por tercera vez con Q. Aulio Cerretano, ó si fué L. Papirio Mugilano, habiéndose equivocado el nombre.

Lo averiguado es que á partir de esta época los cónsules terminaron la guerra. Aulio la puso fin con un solo combate contra los forentanos, que deshizo completamente, recibiendo en avenencia la ciudad á que se había refugiado el ejército batido después de exigirles rehenes. No tuvo menos fortuna el otro cónsul contra los satricanos, que eran ciudadanos romanos (1), quienes después del desastre de Caudío se pasaron á los samnitas, recibiendo en su ciudad guarnición de este pueblo. Cuando el ejército llegó bajo los muros de Satricio, enviaron legados para suplicar la paz al cónsul, quien les contestó de esta terrible manera: «Que á menos que degollasen ó entregasen la guarnición samnita, no volviesen á su presencia.» Estas palabras aterraron á la colonia más que la aproximación de las armas romanas. Los legados insistieron con el cónsul, preguntándole cómo creía que un corto número de vecinos desarmados, podía apoderarse de una guarnición tan fuerte y bien armada. El cónsul los despidió, enviándoles á consultar á los que les habían aconsejado recibir la guarnición en su ciudad. Con sumo trabajo consiguieron de él poder deliberar con su Senado y regresar á enterarle del resultado, volviendo en seguida á la ciudad. El Senado se dividió en dos partidos: uno capitaneado por los autores de la defección; el otro formado de ciudadanos fieles á Roma. Sin embargo, unos

(1) Ignórase en qué época se hicieron ciudadanos romanos. La ciudad de Satricio no existía ya en tiempo de Plinio.

y otros, para obtener la paz, se apresuraron á servir al cónsul. Pero como la guarnición samnita, que no tenía nada preparado para sostener un sitio, se disponía á salir en la noche siguiente, uno de los partidos creyó bastante enterar al cónsul á qué hora de la noche y por qué puerta saldría el enemigo y qué camino tomaría; el otro partido, contra cuya opinión se habían pasado á los samnitas, durante la misma noche abrió una puerta al cónsul y recibió secretamente en la ciudad romanos armados. Gracias á esta doble traición, los samnitas fueron atacados de pronto por los romanos, que se habían ocultado en los bosques, cerca del camino, mientras los otros ocupaban la ciudad lanzando fuertes gritos. En el espacio de una hora fueron destrozados los samnitas, tomado Satrico y quedando todo en poder del cónsul. Papirio mandó procesar á los autores de la defección, y á cuantos encontró culpables los hizo azotar y decapitar; después, dejando en la ciudad fuerte guarnición, desarmó á los satricanos. Entonces regresó á Roma Papirio Cursor para recibir allí el triunfo, según testimonio de los mismos historiadores, que atribuyen á este general el honor de haberse apoderado de Luceria y haber hecho pasar á los samnitas bajo el yugo. Indudable es que no hubo gloria militar que no mereciese aquel varón, que á grande vigor de espíritu, reunía extraordinaria fuerza corporal. Su agilidad, especialmente era poderosa, y á esto debe su sobrenombre de Cursor (Corredor), no pudiendo ningún contemporáneo suyo, según se dice, igualarle en la carrera; y fuese por la fuerza de su temperamento, ó resultado de un ejercicio continuo, nadie comía ni bebía más que él. Como era intatigable en el trabajo, nunca fué tan rudo el servicio militar para la infantería lo mismo que para la caballería como bajo su mando. Los jinetes le pidieron un día que en recompensa del triunfo que acaba-

ban de obtener aliviase algo sus trabajos. «Para que no digáis que no os dispense nada, les contestó, os dispenso de pasar la mano por la grupa de vuestros caballos cuando desmontáis.» Ejercía la autoridad del mando con extraordinaria energía, tanto contra los aliados como contra los ciudadanos. Un pretor de Prenesto (1) dudó por temor hacer avanzar sus fuerzas de reserva á la primera línea. Paseando Papirio delante de su tienda le hizo llamar, y mandó al licitor que preparase el hacha. Al oír estas palabras, el pretor quedó inmóvil de miedo: «Vamos, licitor, dijo Papirio, corta esa raíz incómoda para el que pasea.» Después de aterrar de esta manera al pretor con la idea del último suplicio, le impuso una multa y le despidió. Seguramente, de aquel siglo, el más fecundo de todos en grandes hombres, no hubo quien ofreciese apoyo más sólido al poder romano, llegando á asegurar que no hubiese cedido ni al Grande Alejandro, ni en talento ni en valor, si este príncipe, después de conquistar el Asia, hubiese vuelto sus armas contra Europa.

Hase podido ver que desde el principio de esta obra he procurado no separarme más de lo necesario del orden de los sucesos, ni buscar por medio de digresiones variedad en el relato, con objeto de distraer agradablemente á los lectores por medio de amenos rodeos y dar descanso á mi espíritu. Sin embargo, al nombrar tan gran rey y tan gran general, me siento movido á consignar aquí algunas reflexiones que más de una vez han ocupado secretamente mi pensamiento. Séame, pues, permitido examinar cuál hubiese sido para el poder romano el resultado de una guerra si hubiera tenido que luchar con

(1) Este pretor no era el magistrado municipal de Prenesto que en esta época no había sido elevada aún al rango de municipio; era el jefe militar de las cohortes auxiliares de los prenestinos en el ejército romano.

Alejandro. Lo que más parecía contribuir al éxito del combate era el número y el valor de los soldados, la habilidad de los generales y, en fin, la fortuna, cuya influencia tan grande es en los asuntos humanos y sobre todo en la guerra. Ahora bien: atendiendo á estas razones separadamente y en su conjunto, el imperio romano no hubiese sido menos invencible para Alejandro que para los demás reyes y naciones. En primer lugar, comenzando por la comparación de los jefes, no negaré seguramente que Alejandro fué un gran general; sin embargo, lo que le da más esplendor es haber mandado solo, haber muerto joven, cuando iban en aumento sus prosperidades y antes de experimentar la inconstancia de la fortuna. No mencionando otros reyes y otros generales que han sido grandes ejemplos de las vicisitudes humanas, á aquel Ciro, tan célebre para los griegos, ¿qué otra cosa sino su larga vida le expuso á los caprichos de la fortuna, como al gran Pompeyo en sus últimos tiempos? Consideremos ahora los generales romanos, no todos los de todas las épocas, sino solamente aquellos que podían ser cónsules ó dictadores en el momento de la guerra con Alejandro: M. Valerio Corvo, C. Marcio Rutilo, C. Sulpicio, T. Manlio Torcuato, Q. Publilio Filo, L. Papirio Cursor, Q. Fabio Máximo, los dos Decios, L. Volumnio y M. Curio. Más adelante hubiese encontrado también grandes hombres por adversarios si hubiese hecho la guerra á los cartagineses antes de hacérsela á los romanos, y si solamente en su vejez hubiese pasado á Italia. Entre todos los que acabo de nombrar no hay uno en el que no se encuentren los rasgos del valor y del gran carácter de Alejandro; añadid á estas cualidades la disciplina militar, que transmitida de unos á otros desde el origen de Roma, había llegado á formar entre los romanos un arte sujeto á principios invariables. Estos principios eran los que

los reyes siguieron en sus guerras, los que observaron después los autores de su expulsión, los Junios y los Valerios, y más adelante los Quincios, los Cornelios, y en seguida Furio Camilo, á quien conocieron en su ancianidad todos estos jóvenes que habrían opuesto á Alejandro. En el combate desplegaba Alejandro toda la intrepidez del soldado, y no es este uno de sus menores títulos de gloria; pero colocado en un campo de batalla frente á Manlio Torcuato ó á Valerio Corvo, ¿hubiese hecho retroceder á estos guerreros, ilustres como soldados, antes de serlo como generales? ¿Hubiese hecho retroceder á los Decios, que se sacrificaron y precipitaron en medio de las filas enemigas? ¿Hubiese hecho retroceder á Papirio Cursor, dotado de tanta fuerza de cuerpo y de ánimo? ¿Hubiese sido aquel joven solo superior en sabiduría á todo el Senado, por no citar á todos sus miembros, del que solamente formaba cabal idea el que lo representaba «como una asamblea de reyes? ¿Era de temer que Alejandro mostrase más habilidad que cualquiera de los que acabo de nombrar para elegir sus campamentos, hacer subsistir sus tropas, precaverse de las emboscadas, para aprovechar el momento de una batalla, para dirigir bien sus operaciones, para secundarlas con toda especie de recursos? No hubiese dejado de decir que no tenía que habérselas con un Dario, arrastrando en pos de sí un ejército de mujeres y de eunucos, aheminado entre la púrpura y el oro, cargado con todos los atavíos de su grandeza, pareciendo más bien una presa que un enemigo, y al que Alejandro venció sin combatir, y sin otro mérito que el de haberse atrevido felizmente á arrostrar un vano aparato. La Italia le hubiese parecido muy diferente de la India, que recorrió al frente de un ejército ebrio y en continuos desórdenes, cuando hubiese visto las gargantas de la Apulia, los montes lucanos y las recientes hue-

las del desastre de su propia familia, en aquellos parajes donde su tío Alejandro, rey de Epiro, acababa de morir. Y hablo de Alejandro cuando aún no estaba embriagado por la prosperidad, que nadie supo soportar menos que él. Si se le considera por la disposición de ánimo en que le colocó su nueva fortuna y el carácter que le dieron sus victorias, hubiese llegado á Italia mucho más semejante á Darío que á Alejandro, y hubiese traído un ejército olvidado de la Macedonia y degenerado por la adopción de las costumbres persas. Con disgusto recuerdo en aquel gran rey el desdén que le hizo cambiar de traje, los homenajes de adulación que quería le tributasen prosternándose hasta el suelo, homenajes que hubiesen sido insoportables para los macedonios vencidos, y que con mucha mayor razón lo eran para los macedonios vencedores; aquellos espantosos suplicios que ordenaba, aquellos asesinatos de sus amigos en medio del regocijo de los festines, aquella vanidad que le llevaba á decirse falsamente de raza divina. ¿Qué digo? Si se hubiese decidido más y más su afición al vino, y si sus arrebatos de cólera hubiesen sido más violentos y más terribles (nada digo que no esté atestado por los historiadores), ¿puede creerse que tales vicios no hubieran perjudicado á sus talentos militares? Pero podía temerse quizá, como repiten algunos griegos, cuya opinión tiene poco peso, y que además celebran hasta la gloria de los parthos en detrimento del nombre romano, podía temerse quizá que los romanos no pudiesen resistir ante la majestad del nombre de Alejandro (del que creó que no oyeron hablar), y que un hombre, contra quien en Atenas, que había pasado á ser conquista de las armas macedonias, cerca de Tebas, cuyas ruinas humeantes aún podía ver, se atreviera á hablar libremente en las asambleas (como lo prue-

ban las oraciones que se conservan de aquella época), este hombre no hubiese encontrado entre los romanos de rango distinguido un adversario, una voz libre y activa que se alzase contra él? Cualquiera que sea la idea que se forme de la grandeza de Alejandro, no será, sin embargo, más que grandeza individual y el resultado de poco más de diez años de prosperidades. Los que tan alto le elevan, por la razón de que el pueblo romano, si no ha sido vencido en ninguna guerra, lo ha sido en muchos combates, mientras que Alejandro no libró ni uno solo en que no le fuese favorable la fortuna, estos no consideran que comparan los hechos de la vida de un solo hombre, y de un hombre muerto en plena juventud, con las acciones de un pueblo que estaba combatiendo ochocientos años ya. ¿Cómo puede extrañarse si cuando por un lado se cuentan más generaciones que años por el otro, la fortuna haya cambiado más en tan largo espacio de tiempo que en un periodo de trece años á lo más? ¿Por qué no comparar hombre con hombre, general con general, fortuna con fortuna? ¿Cuántos generales romanos podría nombrar que jamás experimentaron reveses en los combates! En los anales y en los fastos de los magistrados pueden verse las páginas concernientes á los cónsules y dictadores de cuyo valor y fortuna no tuvo que quejarse ni un solo instante el pueblo romano. Y lo que los hace más admirables sobre Alejandro ó cualquier otro rey, es que algunos solamente ejercieron diez ó veinte días la dictadura, y ninguno más de un año el consulado; es que en el levantamiento de tropas les oponían dificultades los tribunos del pueblo; es que algunas veces partían demasiado tarde para la guerra; es que les llamaban demasiado pronto los comicios; es que en el momento mismo de sus mayores esfuerzos terminaba su anualidad; es que en tanto la temeridad de un colega, en tanto su malevo-

lencia entorpecía ó destruía sus operaciones; es que algunas veces sucedían á hombres que habían dirigido mal los asuntos; es que frecuentemente recibían un ejército bisono ó mal disciplinado. Los reyes, por el contrario, libres de todos estos entorpecimientos, dueños de las cosas y de los momentos, lo arrastran todo por su voluntad, sin doblegarse á la de los otros. Alejandro hubiese hecho, por consiguiente, la guerra contra generales que, como él, no habían sido vencidos, y no hubiese llevado á la lucha otras probabilidades de triunfo que las que aquéllos llevasen. Y hasta hubiese sido tanto más peligrosa la prueba para él, cuanto que los macedonios hubiesen tenido solo al que no solamente estaba expuesto á todos los azares de la guerra, sino que además los buscaba; mientras que los romanos hubiesen podido oponer á Alejandro multitud de concurrentes iguales suyos en gloria, en grandeza de hazanas, y cuya vida ó muerte solamente habria influido en sus destinos personales, sin detrimento de los públicos.

Solamente queda que comparar las tropas, sea por la calidad de los soldados, sea por el número, sea por el de sus auxiliares. Los censos hechos en cada lustro de aquella época daban doscientos cincuenta mil ciudadanos. Así fué que en todo el tiempo que duró la defección de los latinos, Roma suministró casi sola diez legiones. En esta época hubo frecuentemente cuatro ó cinco ejércitos que hacían la guerra en Etruria, en la Umbria contra los galos, y en el Samnio contra los lucanos. Auxiliares eran todo el Lacio con los sabinos, los volscos, los equos, la Campania entera, una parte de la Umbria y de la Etruria, los picentinos, los marsos, los pelignos, los vestinios, los apulios; añadiendo á éstos toda la costa de la Grecia mayor, desde Turio hasta Nápoles y Cumas, y desde aquí hasta Anzio y Ostia. Ale-

jandro no hubiese encontrado entonces en los samnitas más que poderosos aliados de Roma ó enemigos extendidos por la guerra. El mismo no hubiese pasado el mar con más de treinta mil infantes de sus antiguas bandas macedónicas y cuatro mil hombres de caballería, tesalios la mayor parte, que formaba toda la fuerza de su ejército. Si les hubiese añadido los persas, los indios y otros pueblos del Asia, hubiese arrastrado en pos más impedimenta que socorro. Añádase que los romanos, encontrándose en su casa, habrían tenido auxilios á la mano; mientras que Alejandro (como más adelante ocurrió á Anibal), haciendo la guerra en país extranjero, hubiese visto debilitarse su ejército con el tiempo. Los macedonios llevan por armas escudo pequeño y pica; el escudo de los romanos, siendo más ancho, cubría mejor el cuerpo, y su *pilum* era una especie de dardo que hería más fuertemente y alcanzaba más que la javalina. Una y otra infantería peleaba á pie firme conservando la alineación. Pero la falange macedonia estaba inmóvil y solamente la formaba una clase de combatientes; las legiones romanas, por el contrario, menos uniformes, se componian de varias clases de soldados, que fácilmente se dividían ó reunían según la necesidad. ¿Y cuánto valía para el trabajo el soldado romano? ¿Quién resistía mejor la fatiga? Vencido Alejandro en un solo combate, vencido quedaba para siempre. ¿Qué pérdida de batalla habria abatido á los romanos, cuyo valor no pudieron menoscabar las jornadas de Caudio y de Cannas? Aunque Alejandro hubiese conseguido triunfos al principio, frecuentemente habria echado de menos á los persas, á los indios, y aquella Asia tan poco adecuada para la guerra; habria dicho que hasta entonces solamente habia combatido con mujeres; como, según se refiere, aquel otro Alejandro, rey de Epiro, cuando herido por el golpe de que murió,

comparaba el resultado de las guerras de este joven en Asia con la que él había emprendido. A la verdad, cuando considero que la primera guerra púnica costó veinticuatro años de combate por el mar con los cartagineses, quedó persuadido de que apenas habría bastado para una sola guerra la vida de Alejandro. Quizá también, uniendo entonces antiguos tratados los intereses de los cartagineses con los de los romanos, y armando el interés propio contra el enemigo común dos ciudades tan poderosas y guerreras, Alejandro habría quedado abrumado á la vez por las fuerzas de Cartago y las de Roma. A la verdad, no fué bajo el mando de Alejandro ni en el tiempo de su esplendor cuando los macedonios guerrearon con los romanos; sin embargo, macedonios eran los que encontraron los romanos en sus guerras contra Antioco, contra Filipo y contra Perses, guerras que sostuvieron no solamente sin experimentar descalabros, pero ni siquiera con peligro grave. Preseñiendo de parcialidad y haciendo abstracción de las guerras civiles, nunca nos causaron inquietud caballería enemiga, infantería, batalla campal, ni posición favorable ó igualmente ventajosa por ambas partes. La caballería, las flechas, los desfiladeros impracticables, los parajes inaccesibles á los convoyes pueden ser objeto de temor para el soldado romano tan pesadamente armado; pero mil cuerpos de batalla, más temibles que el de los macedonios mandados por Alejandro, hubiesen sido derrotados por él y lo serán siempre, con tal, sin embargo, que el amor á la paz interior de que gozamos se conserve entre nosotros y que cuidemos de mantener la concordia entre los ciudadanos.

Los cónsules siguientes fueron M. Foslio Flaccinator y L. Plancio Venno. En este año llegaron legados de casi todos los pueblos del Samnio con encargo de renovar los tratados. Aquellos legados se prosternaron has-

ta el suelo y conmovieron al Senado; remitidos al pueblo, sus ruegos estuvieron muy lejos de ser igualmente eficaces. Negóseles, pues, el tratado, y solamente, gracias á las súplicas con que durante muchos dias fatigaron á cada ciudadano en particular, obtuvieron dos años de tregua. En la Apulia, los habitantes de Teano y de Canusio, desalentados por la devastación de su territorio, entregaron rehenes al cónsul L. Plancio y se sometieron á los romanos. Por primera vez se crearon prefectos en este mismo año para que fuesen á Capua á administrar justicia según las leyes redactadas por el pretor L. Furio; los mismos capuanos habían hecho la petición, considerando aquellos magistrados y aquellas leyes como el único remedio á las disensiones intestinas que les minaban. En Roma se aumentaron dos tribus, la Ufentina y la Falerina. Una vez impreso el primer movimiento á la Apulia, los teatos, otro pueblo apuliano, envió legados á los nuevos cónsules C. Junio Bubulco y Q. Emilio Barbula para pedirles un tratado de alianza, comprometiéndose á llevar toda la Apulia á la paz con el pueblo romano. Consumada la sumisión de la Apulia (porque Junio se había apoderado de Forento, otra plaza fuerte), marcharon contra los lucanos, y llegando de pronto el cónsul Emilio, tomó por la fuerza la ciudad de Néculo. Cuando la fama llevó á los aliados la noticia de que se había restablecido el orden en Capua por la disciplina romana, los anziatos, que se quejaban también de no tener leyes fijas ni magistrados, consiguieron del Senado patronos nombrados de la misma colonia para darles leyes; de esta manera se propagaban á lo lejos no solamente las armas, sino que también las leyes romanas.

Al terminar el año los cónsules C. Junio Bubulco y Q. Emilio Barbula entregaron las legiones, no á los cónsules creados por ellos, Sp. Naucio y M. Popilio, sino

al dictador L. Emilio. Habiendo emprendido éste con L. Fulvio, su jefe de los caballeros, el sitio de Saticula, suministró pretexto á los samnitas para tomar de nuevo las armas. Doble alarma tuvieron entonces los romanos; por un lado los samnitas, que habían reunido un ejército numeroso para librar del sitio á sus aliados, vinieron á acampar cerca de los romanos; por el otro los saticulanos, abriendo de pronto sus puertas, cayeron sobre los puestos romanos, produciendo inmenso tumulto; en seguida los unos y los otros se enardecieron, más con la esperanza de ser socorridos que con la confianza en sus propias fuerzas, trabándose formal combate, en el que se vieron muy estrechados los romanos. Aunque el resultado de la lucha fué dudoso, el dictador resistió en todos los puntos. Además de que había ocupado una posición en que no era fácil envolverle, hizo frente por diferentes lados á la vez; desplegando más vigor contra los saticulanos, que habían hecho una salida, consiguiendo, sin gran trabajo, rechazarlos á sus murallas. Entonces volvió todas sus fuerzas contra los samnitas, encontrando en ellos mayor resistencia; sin embargo, aunque tardía, no fué incierta ni equívoca la victoria. Rechazados los samnitas á su campamento, apagaron las hogueras y se retiraron furtivamente de noche; y renunciando después á la esperanza de defender á Saticula, para causar igual disgusto al enemigo marcharon á sitiar Plistia, ciudad aliada de los romanos.

Terminado el año, fué encargado de continuar la guerra otro dictador, Q. Fabio, quedando en Roma los nuevos cónsules como los anteriores. Fabio marchó á Saticula con algunos refuerzos para recibir de Emilio el mando del ejército. Los samnitas no habían permanecido delante de Plistia; en cuanto recibieron de su país nuevas tropas, fuertes con el número, vinieron á acam-

par en el mismo punto, y hostigando incesantemente á los romanos, se esforzaron en distraerlos del sitio. El dictador fijó más la atención en la ciudad enemiga; porque no veía de la guerra más que el sitio que sostenía. Cuidándose poco de los samnitas, contentábase con tener por aquel lado algunas guardias para impedir que le atacasen en el campamento. Los samnitas, con mayor audacia, hacían avanzar su caballería hasta las mismas empalizadas, no dando punto de reposo á los romanos. Encontrábase ya el enemigo en el instante de entrar en el campamento, cuando el jefe de la caballería Q. Aulio Cerretano, sin consultar al dictador, salió estrepitosamente con todas las turmas y rechazó al enemigo. En el género de combate que menos campo deja á la impetuosidad, plugo á la fortuna demostrar su poder en uno y otro bando por medio de pérdidas lamentables y la muerte de los generales. El de los samnitas primero; viendo con pena que después de haber avanzado tanto, se veía obligado á retroceder y á huir, conjura, exhorta á sus jinetes y consigue volverlos al ataque. Mientras que se distingue en medio de los suyos por su valor, el general de la caballería romana corre sobre él lanza en mano á toda la velocidad de su caballo; y de un solo bote le desmonta, arrojándole sin vida. Lejos de desalentarse con la muerte del jefe, sus soldados se encarnizan más. Todos los que le rodeaban lanzan una nube de dardos contra Aulio, metido temerariamente entre las turmas enemigas; pero dejan al hermano del general samnita el honor de vengar su muerte. Este derriba del caballo al jefe de la caballería ya vencedor, y en su rabia le degüella sin compasión, faltando poco para su cuerpo, que había caído en medio de los jinetes enemigos, quedase en poder de los samnitas. Los romanos echan pie á tierra, y los samnitas se ven obligados á hacer lo mismo. Entonces, en

derredor de los cadáveres de los generales, se traba un combate de infantería, en el que era incontestablemente superior el soldado romano. Recobróse el cadáver de Aulio, y los vencedores le llevaron á su campamento con alegría mezclada de tristeza. Los samnitas, después de perder su general y haber ensayado sus fuerzas en un combate de caballería, renuncian al sitio de Saticula, que desesperan de poder salvar, y marchan á emprender de nuevo el sitio de Plistia. Al cabo de algunos días Saticula se rindió á los romanos, y los samnitas tomaron por asalto á Plistia.

Desde entonces cambió el territorio de la guerra, dirigiéndose las legiones á Sora desde el Samnio y la Apulia. Sora había adoptado la causa de los samnitas después de degollar á los colonos venidos de Roma. El ejército romano, en la impaciencia de vengar la matanza de sus ciudadanos y de recobrar aquella colonia, se adelantó con marchas forzadas al enemigo; exploradores repartidos á lo largo del camino venían sucesivamente anunciando que llegaban las legiones samnitas y que ya distaban poco. Marchóse al encuentro del enemigo, y cerca de Lentula se trabó un combate que no fué decisivo. Ni las pérdidas ni la retirada de uno de los enemigos, sino la noche separó á los combatientes, ignorantes si eran vencidos ó vencedores. Algunos autores dicen que la desventaja fué de los romanos, y que en aquel combate pereció Q. Aulio, jefe de los caballeros. Nombróse en su lugar á C. Fabio, que llegó de Roma con nuevo ejército. Enterado por los mensajeros que envió de antemano al dictador acerca del sitio en que había de detenerse, del momento y el punto en que atacaría al enemigo, colocóse en emboscada después de tomar todas las medidas. El dictador, que durante muchos días después del último combate había tenido á sus soldados encerrados en las empalizadas, parecien-

do sitiados más bien que sitiadores, hizo dar de pronto la señal del combate; y persuadido de que nada era tan propio para inflamar el valor de hombres enérgicos como no dejar á ninguno otra esperanza que la de sí mismo, no habló á sus soldados del jefe de los caballeros ni de otro ejército, sino que como si no hubiese otro recurso que una salida, les dijo: «Soldados, sorprendidos como lo estamos en estrecho espacio, no tenemos otra salida que la que vamos á abrírnos con la victoria. Nuestro campamento está bastante defendido, pero podemos temer la escasez; porque en derredor nuestro, el país de que podíamos esperar víveres nos ha hecho traición, y aunque los habitantes quisieran ayudarnos, tenemos el terreno en contra nuestra. No os engañaré dejando aquí un campamento donde podáis, como anteriormente, retiraros sin haber terminado la victoria. Las armas deben proteger á las fortificaciones, y no las fortificaciones á las armas; que tengan campamento y se retiren á él los que puedan llevar despacio la guerra. Por nuestra parte, soldados, no tengamos otro recurso que la victoria. Marchad al enemigo, y en cuanto el ejército haya salido del campamento, los que han quedado encargados de ello que lo prendan fuego; vuestras pérdidas, soldados, las recompensará ampliamente el botín que vais á recoger en todos esos pueblos sublevados.» Esta arenga del dictador, indicando que estaban reducidos al último extremo, inflamó á los soldados, que cayeron sobre el enemigo. El campamento ardiendo, aunque según la orden del dictador solamente habían incendiado la parte más próxima, aumentó mucho el enardecimiento; así fué que, como arrebatados por el furor, al primer choque rompieron las filas enemigas. El jefe de los caballeros, al ver el incendio del campamento, que era la señal convenida, ataca con oportunidad al enemigo por retaguardia; y los samnitas, rodea-

dos de esta manera, huyen en dispersión. Inmensa multitud, aglomerada en un punto y entorpecidiéndose ella misma con su desorden, fué destrozada en medio de los dos ejércitos romanos. Tomóse el campamento enemigo. El dictador volvió á llevar al campamento al soldado cargado de despojos, alegre, no tanto de haber vencido como de encontrar intacto, contra lo que esperaba, lo que había dejado, exceptuando la pequeña parte que había deteriorado el incendio.

En seguida regresaron á Sora; los nuevos cónsules M. Petilio y C. Sulpicio recibieron entonces del dictador Fabio el mando del ejército, y después licenciaron gran parte de los soldados veteranos, reemplazándolos con las nuevas cohortes traídas con este propósito. Por lo demás, como á causa de las dificultades que presentaba la situación de aquella ciudad, todavía no se había concertado ningún plan de ataque y no era posible la victoria sin mucha pérdida de tiempo y correr grandes peligros, un desertor de Sora, escapado secretamente de la plaza, llegó hasta los centinelas romanos, pidió le llevasen inmediatamente á los cónsules, y llegado á su presencia, promete entregar la ciudad. Cuando por la pregunta de los cónsules explicó cómo esperaba conseguirlo, pareció que no mentía, y por consejo suyo alejaron seis millas el campamento romano, que casi tocaba las murallas. Como consecuencia de esto había de acontecer que tanto de día como de noche hubiese menos vigilancia en la guarda de la ciudad. El mismo, á la noche siguiente, después de hacer colocar las cohortes en parajes cubiertos de bosques, toma consigo diez soldados escogidos y los lleva á la fortaleza, cruzando precipicios y asperezas casi inaccesibles. Allí habían acumulado proyectiles de todo género en mayor cantidad de la necesaria para tan corto número de hombres. Tenían también piedras, tanto las que cubrían el sue-

lo, como ordinariamente sucede en los parajes escarpados, como las que los habitantes habían amontonado para defender mejor la plaza. Después de situar allí á los romanos y de mostrarles un sendero áspero y estrecho que subía desde la ciudad á la fortaleza, les dijo: «Tres hombres armados cierran fácilmente este paso á la multitud más numerosa; vosotros sois diez, y lo que vale más, sois romanos y los más valientes de los romanos. Os favorecerán el terreno, la obscuridad que todo lo agranda, la incertidumbre y el miedo. Yo voy corriendo á difundir el terror por todas partes; vosotros atended cuidadosamente á la defensa de la fortaleza.» Dicho esto, parte á la carrera, sembrando el espanto, y gritando aquí y allá: «¡A las armas, á las armas! ¡Lo juro por los dioses, ciudadanos, el enemigo está en la fortaleza; acudid, defendeos!» Siguiendo su camino lanza estos gritos en las puertas de los ciudadanos principales, y los repite á los que encuentra, á aquellos á quienes el terror precipita fuera de sus casas. Esta alarma que produce uno solo, la difunden muchos por toda la ciudad. Los magistrados, aturdidos, envían á reconocer la ciudadela; y al saber que la ocupan hombres armados, cuyo número les exageran, ellos mismos hacen perder á los habitantes la esperanza de recobrarla. La fuga lo pone todo en desorden; las puertas caen derribadas por los mismos vecinos, casi dormidos y la mayor parte desarmados. Advertido por los gritos, por una puerta de estas penetra un destacamento romano que degüella á cuantos llenos de temor encuentra en las calles. Sora estaba tomada á la llegada de los cónsules, que tuvo lugar al amanecer. Cuantos quedaron de aquella matanza y fuga nocturna se rindieron. De este número, doscientos veinticinco, á quienes unánime grito designaba como autores de la horrible matanza de los colonos y de la sedición, fueron encadena-

dos y remitidos á Roma. A los demás los perdonaron, dejándolos en Sora, convenientemente guarnecida. Todos los remitidos á Roma fueron azotados con varas en el Foro y decapitados con gran contentamiento del pueblo, al que importaba mucho que los numerosos ciudadanos que enviaban á las colonias estuviesen seguros en todos conceptos.

De Sora marcharon los cónsules á llevar la guerra al país de los ausones; porque á la llegada de los samnitas y en el momento de la batalla de Lentula, todo aquel territorio se había sublevado y por todas partes en la Campania se habían formado conjuraciones, acusándose á Capua misma de tomar parte en ellas. Las sospechas llegaron á Roma, haciéndose investigaciones acerca de los personajes principales. Por lo demás, lo mismo aconteció con los ausones que con Sora: la traición entregó sus ciudades, Ausona, Minturno y Vescia. Doce jóvenes de las principales familias de estas ciudades, habiendo formado el proyecto de entregarlas, se presentaron á los cónsules, diciéndoles: «que sus conciudadanos, que desde mucho tiempo deseaban la llegada de los samnitas, no bien se enteraron del combate de Lentula, considerando vencidos á los romanos, enviaron á los samnitas tropas y armas; que desde la derrota de los samnitas, permanecían en un estado de paz equívoca, no cerrando sus puertas á los romanos, por temor de atraerse la guerra, pero decididos á cerrarlas si veían acercarse un ejército; que en este estado los ánimos, un ataque imprevisto daría resultado fácilmente.» Por consejo suyo marcharon á acampar más cerca de las ciudades, y al mismo tiempo enviaron alrededor de las tres plazas soldados, unos armados, que se emboscaron cerca de las murallas, otros con togas, con las espadas ocultas debajo, que debían entrar en las ciudades por la mañana al abrirse las puertas. Estos dego-

llaron á los centinelas al mismo tiempo que daban á los otros la señal de salir de las emboscadas. Apoderáronse de las puertas, y á la misma hora y con igual astucia fueron tomadas las tres plazas. Però como esta sorpresa se realizó en ausencia de los generales, no se puso freno á la matanza, y el pueblo de los ausones, cuya traición no estaba bien demostrada, fué exterminado como si hubiese hecho una guerra á muerte.

Aquel mismo año, por una traición que entregó al enemigo la guarnición romana, cayó otra vez Luceria en poder de los samnitas; pero los traidores no quedaron por mucho tiempo impunes. Los romanos, que se encontraban cerca, recobraron al primer ataque la ciudad, situada en una llanura. Lucerios y samnitas fueron implacablemente exterminados; y tan lejos llegó la ira, que en Roma, cuando se discutió enviar colonos á Luceria, muchos senadores propusieron arrasar la ciudad. Además del odio implacable que habían excitado aquellas dos sublevaciones sucesivas, no podían menos de considerar con temor la idea de relegar ciudadanos á tanta distancia de la patria, en medio de pueblos tan encarnizados contra Roma. Sin embargo, prevaleció la opinión contraria, y se enviaron á aquella colonia dos mil quinientos hombres. Aquel mismo año, en que por todas partes se encontraban infieles á Roma, en Capua también tramaban secretamente conjuraciones los ciudadanos principales. De ello se dió aviso al Senado, que desplegó mucha actividad en este asunto. Decretáronse investigaciones, y para dirigir las pareció conveniente nombrar dictador. Fué elegido C. Menio, quien nombró á M. Foslio jefe de los caballeros. Esta magistratura inspiraba terror; y bien por terror ó por convencimiento de su delito, los dos Calavios, Ovio y Novio, que habían sido los jefes de la conspiración, no esperaron á que se les citase á presencia del dictador,

y muerte, sin duda alguna voluntaria, les sustrajo al juicio. Cuando terminaron los procesos en la Campania, vinieron á continuarlos en Roma: decíase que no se refería solamente á Capua, sino en general á toda clase de reunión y trama contra la república, el decreto de investigaciones del Senado, y que eran contrarias á la república las reuniones ocultas para alcanzar los honores. Por medio de esta interpretación, la comisión extendía su poder sobre más objetos y más personas, prestándose sin trabajo el dictador al aumento sin límites de su derecho de investigación. Citábase, pues, á los hombres de elevada clase, y aunque apelasen á los tribunales, no se presentaba nadie para borrar sus nombres. La nobleza al fin, y no solamente los encausados, sino la nobleza en masa, protestó contra aquellas acusaciones: «¿Debian alcanzar únicamente á los nobles á quienes tan sólo el fraude podía cerrar la carrera de los honores, y no más bien á los hombres nuevos, como el dictador y el jefe de los caballeros, á quienes hubiese convenido más el papel de acusados que el de jueces? Esto no tardarían en comprenderlo en cuanto saliesen de la magistratura.» Más celoso Menio de su reputación que de su puesto, se presentó ante la asamblea del pueblo, y habló en estos términos: «Todos vosotros, romanos, sois testigos de mi vida pasada, y este mismo honor que se me ha concedido, prueba es de mi inocencia. Porque ahora no exigía el interés de la república, como tantas otras veces, que se eligiese entre los capitanes más ilustres, sino entre los ciudadanos más extraños á las culpables intrigas que queréis castigar, un dictador que presidiese las investigaciones. Pero ya que algunos nobles, por motivos que vosotros apreciaréis, y acerca de los cuales no debo en el ejercicio de una magistratura emitir aventurada opinión, se han esforzado primeramente en desvirtuar, en cuanto de ellos dependía,

las investigaciones mismas; y que, viendo inútiles todos sus esfuerzos, por no presentar su defensa, han reclamado el apoyo de sus adversarios, colicándose ellos, que son patricios, bajo el patronato de los tribunales del pueblo: en fin, puesto que rechazados por este lado, han llegado (tan cierto es que el partido más inseguro para ellos sería el intento de demostrar su inocencia) hasta encararse con nosotros y no se han avergonzado de dar el ejemplo de un dictador acusado por simples particulares, yo, para que los dioses y los hombres sepan bien que mientras ellos intentan hasta lo imposible por no dar cuenta de su vida, quiero entregarme como acusado á mis enemigos, abduco la dictadura. Yo os ruego, ¡oh cónsules! si el Senado os da el encargo, que informéis primeramente contra mí, en seguida contra M. Foslio aquí presente, para que sea evidente que nuestra inocencia y no la majestad de nuestras funciones nos salva de esas acusaciones.» En el acto abduco la dictadura, y M. Foslio hizo lo mismo del cargo de jefe de los caballeros; y llevados los primeros ante los cónsules á quienes el Senado había encargado su proceso, á pesar de las declaraciones de los nobles quedaron brillantemente absueltos. Por lo demás, como sucede siempre, solamente al principio se sostuvo la investigación por los esclarecidos nombres de los acusados; muy pronto no alcanzó más que á los nombres más oscuros, y cesó ahogada por las intrigas y las facciones contra quienes se había decretado.

El rumor de estas disensiones, y más aún la esperanza de la defección de la Campania, trajo de nuevo hacia Caudío á los samnitas, que se habían dirigido á la Apulia. En esta nueva posición, debían estar más al alcance, si les daba ocasión algún movimiento, de arrebatar Capua á los romanos. Los cónsules marcharon allá á la cabeza de fuerte ejército, pero perdieron algún tiempo en

derredor de los desfiladeros, porque eran muy difíciles los caminos que por ambos lados llevaban al enemigo. En cuanto á los samnitas, habiendo descrito ligero rodeo, por caminos descubiertos hicieron bajar su ejército al terreno llano de la Campania, donde por primera vez acamparon á la vista del enemigo. Entonces los dos bandos se tantearon en escaramuzas, de caballería con más frecuencia que de infantería; y el romano no debió quedar descontento ni del éxito de los combates ni del sistema de contemporización que había adoptado. Los generales samnitas, por el contrario, viendo debilitarse diariamente sus fuerzas con pérdidas pequeñas, y que las minaba insensiblemente la lentitud de la guerra, avanzaron en batalla, llevando la caballería repartida en las alas: ésta había recibido la orden de atender al campamento que podía ser atacado, más bien que al enemigo que tenía delante; la infantería debía bastar para la seguridad del ejército. Los cónsules se colocaron, Sulpicio en el ala derecha y Petelio en la izquierda. Viendo el ala derecha que los samnitas, bien para envolver al enemigo, bien para evitar que les envolviese, habían extendido mucho su línea, presentó también considerable frente de batalla; la izquierda, además de que las filas estaban allí más apretadas, recibió nueva fuerza por haber dispuesto repentinamente Petelio llevar desde el principio á las primeras filas las cohortes de reserva, que generalmente se guardaban para las necesidades de larga batalla. Empleando así desde el primer choque la totalidad de sus fuerzas, hizo retroceder al enemigo. Quebrantada de esta manera la infantería de los samnitas, avanzó á su vez la caballería, y como se presentaba á través entre las dos líneas de batalla, los romanos lanzan también sus caballos, derriban la caballería del enemigo, confunden sus enseñas y sus filas y los ponen á todos en

derrota en aquel punto. No solamente había animado á los soldados de esta ala Petelio Sulpicio, cuyas tropas no estaban todavía comprometidas, acudió al primer grito de ataque que partió de la izquierda. Viendo asegurada la victoria en este lado, volvió con mil doscientos hombres escogidos al ala derecha, donde todo lo encontró en diferente situación; perdiendo terreno los romanos, y el enemigo vencedor estrechando vivamente las desalentadas tropas. La llegada del cónsul produjo repentino cambio. Los soldados recobraron valor á la vista del general, y además recibieron un socorro mucho mayor del que podían esperar por su corto número de aquellos valerosos soldados que le habían seguido. La victoria de la otra parte del ejército que se les anunció y cuyos efectos vieron en seguida, restableció el combate. Pronto quedó vencedor el romano en toda la línea, y no pudiendo resistir más los samnitas, se dejaron matar ó coger, exceptuando los que huyeron á Malavento, ciudad llamada hoy Benevento. Según se asegura, cerca de treinta mil samnitas quedaron muertos ó prisioneros.

Después de esta señalada victoria llevaron los cónsules aceleradamente las legiones á Boviano (1) para sitiar esta ciudad. Allí pasaron el invierno hasta el momento en que los nuevos, L. Papirio Cursor y C. Junio Bubulio, que lo eran el uno por quinta vez y el otro por la segunda, entregaron el ejército á C. Petelio, nombrado dictador, quien tuvo á M. Foslio por jefe de los caballeros. A la noticia de que los samnitas habían tomado la plaza de Fregelas, el dictador dejó á Boviano y marchó á Fregelas, que fué recobrada sin combate, habiéndola abandonado los samnitas durante la noche. Dejando allí fuerte guarnición, volvió á la Campania,

(1) = Rica capital de los samnitas.

donde se proponía principalmente apoderarse de Nola. En la época de la llegada del dictador todas las tropas de los samnitas y todos los habitantes del territorio de Nola estaban reunidos en sus murallas. Después de reconocer el recinto, Petelio, para dejar despejadas las inmediaciones de la plaza hasta el pie de las murallas, mandó quemar todos los edificios, cuyo número era considerable, que se encontraban delante de los muros. Poco después fué tomada Nola, sea por el dictador Petelio, sea por el cónsul Junio, acerca de lo cual no hay acuerdo. Los que atribuyen la gloria de la toma al cónsul, le conceden también la de Atina y de Calacia. Según estos historiadores, Petelio no fué nombrado dictador durante la peste que se había declarado, sino para clavar el clavo sagrado. En este año se establecieron las colonias de Suesa y de Poncia. Suesa había pertenecido á los auruncos; los volscos habían poseído á Poncia, isla situada enfrente de sus costas. Dióse también un senatus-consulta determinando que se llevarían colonias á Iteramna y Casino; pero el nombramiento de los tribunos y el envío de los colonos, en número de cuatro mil, tuvo lugar bajo los cónsules siguientes, M. Valerio y P. Decio.

Casi terminada estaba la guerra con los samnitas; pero antes de que el Senado quedase completamente libre de este cuidado, súpose que se preparaba otra guerra etrusca. No había entonces, después de los galos, nación más temida de los romanos, tanto por la proximidad de su territorio como por la muchedumbre de sus habitantes. Así, mientras uno de los cónsules permanecía en el Samnio para perseguir allí los restos de la guerra, P. Decio, retenido en Roma por grave enfermedad, por orden del Senado nombró dictador á C. Junio Bubilio. Este, conforme exigía la gravedad de las circunstancias, impuso el juramento á toda la juven-

tud, hizo preparar con la mayor actividad armas y cuanto podía necesitarse; y sin que le deslumbrasen tan grandes preparativos, suspendió todo proyecto de agresión, decidiendo permanecer tranquilo, como los etruscos no comenzasen las hostilidades. Estos, por su parte, hacían iguales preparativos y guardaban la misma prudencia: Ni unos ni otros atravesaron la frontera.

Aquel año se distinguió también por la memorable censura de Ap. Claudio y C. Plaucio. Sin embargo, la posteridad conservará con más agrado la memoria de Apio porque construyó un camino romano (1) y trajo aguas á Roma (2), trabajos que terminó él solo. No atreviéndose su colega á arrostrar las enemistades y odios de que fué causa la revisión del Senado, había abdicado la magistratura. Apio, que tenía la obstinación de carácter hereditaria en su familia, conservó sólo la censura. Por autorización de este mismo Apio, los Poticios, en posesión de servir el altar principal de Hércules, para libertarse de este ministerio, adiestraron esclavos públicos para las ceremonias de este culto. Refiérese con este motivo una cosa extraordinaria y muy á propósito para reprimir la audacia de los innovadores en achaque de religión, y es, que la familia de los Poticios, que en aquella época tenía doce ramas, y que contaba hasta treinta varones en la edad de la pubertad, pereció toda en aquel año, quedando extinguida. No se limitó la cólera de los dioses á hacer desaparecer el nombre de los

(1) La célebre vía Apia, que comenzaba en la puerta Capena y se extendía hasta Capua, desde donde más adelante se prolongó hasta Brundisio.

(2) Este acueducto es el más antiguo de Roma. Conociasele con el nombre de *Aqua Appia*, y no *Aqua Claudia*, como han pretendido algunos: este nombre solamente conviene al acueducto que comenzó Caligula y terminó Claudio.

Poticios; alcanzó también al censor Apio, que murió pocos años después.

Los cónsules del año siguiente C. Junio Bubulco y Q. Emilio Barbula, el uno por tercera vez y el otro por segunda, se quejaron al pueblo desde principios del año de que se había degradado al Senado por medio de una revisión viciosa, rechazando los hombres más recomendables para sustituirles con otros; declararon que no respetarían en manera alguna la obra de los censores, hecha sin distinguir lo bueno de lo malo y dirigida por el capricho y la pasión; y en el acto reprodujeron la lista antigua, tal como existía antes de la censura de Ap. Claudio y C. Plaucio. Este año nombró también el pueblo por primera vez para dos mandos, pertenecientes los dos al servicio del ejército. Uno era el de tribunos de los soldados; decidiéndose que el pueblo elegiría diez y seis de ellos para cuatro legiones; cuando antes, exceptuando un número muy pequeño, cuya elección estaba reservada á los votos del pueblo, todos los demás los nombraban los dictadores ó los cónsules. Los tribunos del pueblo L. Atilio y C. Marcio presentaron esta ley. El otro era el de decenviros navales, encargados del armamento y reparación de la armada (1); decidiéndose también que la elección de estos magistrados pertenecería al pueblo. M. Decio, tribuno del pueblo, fué el autor de este plebiscito. Pasaría en silencio un acontecimiento del mismo año, poco digno de ser referido, si no hubiese parecido que interesaba á la religión. Disgustados los flautistas porque los últimos censores les habían prohibido los banquetes

(1) Es la primera vez que Tito Livio menciona la armada romana. La palabra *reparación* indica que ya existía anteriormente; y demuestra, además que Roma tenía marina en esta época, la existencia de la colonia establecida en la isla Poncia, bastante alejada del continente.

sagrados del templo de Júpiter, á los que se les había admitido desde tiempo inmemorial, se retiraron en masa á Tibur, de manera que no quedó ninguno que tocara durante los sacrificios. Este incidente alarmó la religiosidad del Senado, que envió legados á Tibur para conseguir que devolviesen aquellos hombres á los romanos. Habiendo prometido los tiburtinos hacer cuanto dependiese de ellos, llamaron primeramente á los flautistas á su Senado y les exhortaron á regresar á Roma. Viendo que nada podían conseguir de ellos, recurrieron á una estratagema, muy conforme con el carácter de aquellos hombres. Un día de fiesta, so pretexto de dar con la música mayor esplendor á las comidas, cada cual les invitó separadamente; el vino, por el que ordinariamente son apasionados los hombres de esta profesión, se les sirvió profusamente, y cuando les hubo adormecido la embriaguez, les colocaron en carros y les trasladaron á Roma. Nada notaron, hasta que á la mañana siguiente les sorprendió la luz, aturdidos por el vino, en los carros abandonados en el Foro. Entonces acudió en tropel el pueblo y se consiguió que permaneciesen en Roma, concediéndoles que cada año, durante tres días, pudiesen pasear por la ciudad su magnífico cortejo en medio de cantos y de aquella libre y loca alegría cuya tradición no se ha perdido, y devolviéndoles también el derecho de participar de los banquetes de Júpiter cuando tocasen durante los sacrificios. Estas cosas ocurrían entre los preparativos de dos grandes guerras.

Los cónsules se repartieron las provincias: á Junio tocó el Samnio y á Emilio la nueva guerra de la Etruria. En el Samnio, Cluvia, defendida por guarnición romana, no pudo ser tomada á viva fuerza; pero rendida por hambre, se entregó á los samnitas, que, con su barbarie, desgarraron los soldados bajo las uñas, todos

exterminaron á pesar de la capitalación. Indignado Junio con aquella atrocidad, formó empeño en atacarla á Cluvia; apoderóse de esta plaza en el primer día y pasó á cuchillo á todos los púberes. Desde allí el ejército victorioso marchó á Boviano, capital de los samnitas pentrinos y de todas las ciudades de la comarca, la más rica y la mejor pertrechada de armas y de guerreros. Como los soldados no estaban animados allí por la cólera, se les excitó con el cebo del botín y se apoderaron de la ciudad. Tratóse con menos rigor al enemigo, casi se arrebató más botín que se sacó jamás de todo el Samnio y se abandonó generosamente al soldado. Y como los romanos habían adquirido tal superioridad por las armas, que ningún ejército, ningún campamento, ninguna ciudad podía en adelante resistirles, los jefes de los samnitas solamente pensaron en buscar paraje á propósito para una emboscada, donde el ejército romano, atraído en desorden por la esperanza del botín, pudiese ser sorprendido y envuelto. Algunos campesinos fingiéndose desertores, varios prisioneros, de los que unos habían caído por casualidad en poder de los romanos y los otros se habían dejado coger de intento, se pusieron de acuerdo para decir al cónsul lo que por otra parte era verdad, que habían reunido inmensa cantidad de ganados en praderas retiradas, y le deciden á llevar las legiones hacia aquella presa. A lo largo de los caminos habíase situado en emboscada numeroso cuerpo de enemigos. Cuando vieron á los romanos comprometidos en el desfiladero lanzaron de repente tremendos gritos y cayeron en desorden sobre las legiones cogidas de improviso. Al pronto produjo turbación la sorpresa, mientras preparaban las armas y llevaban al centro los bagajes; pero en cuanto cada uno se hubo desembarazado de su carga y armado, todos se agruparon en derredor de sus enseñas, recobrando sus pue-

tos como veteranos acostumbrados á las maniobras, y por sí mismo, sin orden de nadie, el ejército se formó en batalla. Corriendo entonces el cónsul adonde era mayor el peligro, saltó del caballo y juró por Júpiter, por Marte y todos los dioses «que no el deseo de gloria, sino el de proporcionar botín al soldado le había llevado á aquel paraje; que solamente se le podía censurar su excesivo apresuramiento en enriquecer al soldado á expensas del enemigo; que si ha incurrido en alguna falta, solamente el valor de los soldados puede lavarla; que les basta hacer un esfuerzo y marchar todos con igual espíritu contra un enemigo vencido en batalla campal, despojado de sus campamentos, arrojado de sus ciudades, que intentaba su último recurso en la estratagemma de una emboscada, y que confía en su posición y no en sus armas; ¿pero qué posición era ya inexpugnable para el poder romano?» Recordábales la fortaleza de Fregelas, la de Sora y todos los combates en que habían triunfado de los obstáculos del terreno. Inflamado por estas palabras el soldado, olvidando todas las dificultades, marcha contra el enemigo situado en las alturas. Algo tuvo que sufrir mientras escalaba aquellas escarpadas breñas; pero desde el momento en que las primeras enseñas coronaron la meseta que las dominaba, y que el ejército sintió terreno más igual bajo sus pies, el espanto pasó á las filas enemigas, que se dispersan y arrojan las armas, procurando ganar los profundos escondrijos donde se habían ocultado pocos momentos antes; pero víctimas de su propia astucia, las dificultades del paraje donde habían querido atraer al enemigo les detenían á su vez. Pocos de ellos consiguieron escapar: cerca de veinte mil fueron muertos, y el romano vencedor corrió á apoderarse de aquellos ganados que el enemigo había cuidado de ofrecerle.

Mientras acontecen estas cosas en el Samnio, todos

los pueblos de la Etruria, á excepción de los arretinos, habían tomado ya las armas; y en aquella formidable guerra habían comenzado por el ataque de Sutrium, ciudad aliada de los romanos, que era como la llave de la Etruria. El otro cónsul, Emilio, acudió con un ejército para libertar á los aliados, sitiados por el enemigo. A la llegada de los romanos, los sutrinios hicieron llevar abundantes víveres á su campamento, establecido al pie de sus murallas. Los etruscos emplearon el primer día en deliberar si impulsarían la guerra con vigor, ó si la dejarían marchar lánguidamente; pero como los jefes preferían las decisiones más prontas á las más seguras, á la mañana siguiente dióse al amanecer la señal de combate, y el ejército avanzó en orden de batalla. Habiendo recibido aviso el cónsul, manda que el soldado coma, y se arme después de cobrar fuerzas por este medio; las órdenes se cumplieron en seguida. Cuando el cónsul los vió armados y dispuestos, mandó sacar del campamento las enseñas y formó su ejército á corta distancia del enemigo. Los dos ejércitos permanecieron algún tiempo observándose, esperando que con el grito de ataque comenzase el combate por uno ú otro lado; y más de medio día era cuando todavía no se había lanzado ni un solo dardo por ningún bando. En fin, por no retirarse sin haber hecho nada, los etruscos lanzan el grito de ataque, responden sus bocinas y avanzan sus enseñas. No se apresuran menos los romanos en marchar al enemigo, chocando los dos ejércitos con impetuosidad; el enemigo es más fuerte en número, el romano en valor. En aquel indeciso combate caen por ambos lados multitud de guerreros de los más valientes, y el éxito no comienza á pronunciarse hasta que la segunda línea de los romanos hubo reemplazado á la primera y tropas frescas sucedieron á tropas cansadas. Los etruscos, que no tenían reservas para sostener sus

primeras filas, perecieron todos delante ó en derredor de sus enseñas. En ninguna batalla hubiese habido jamás más menos derrota y más matanza, si la noche no hubiese protegido á los etruscos, obstinados en morir, cesando los vencedores en el combate antes que los vencidos. Después de ponerse el sol dióse la señal de retirada, y los dos ejércitos volvieron de noche á sus campamentos. En este año no aconteció nada memorable cerca de Sutrium, porque por parte del enemigo, habiendo quedado completamente destruída la primera línea en una sola batalla, apenas bastaban las tropas de reserva para defender el campamento; y los romanos tuvieron tantos heridos, que perdieron más gente después del combate que la que cayó en el combate mismo.

Q. Fabio, cónsul al año siguiente, encontró la guerra bajo las murallas de Sutrium; diéronle por colega á C. Marcio Rutilo. Fabio llevó de Roma refuerzos, y los etruscos recibieron un ejército nuevo. Hacía muchos años que no se había suscitado ninguna desavenencia entre los magistrados patricios y los tribunos, cuando comenzó la lucha por un miembro de aquella familia, cuyos destinos parecían pesar sobre los tribunos y el pueblo. El censor Ap. Claudio, después de cumplir sus diez y ocho meses, término que fijaba la ley Emilia para la duración de la censura, aunque su colega C. Plaucio abdicó su magistratura, ningún poder pudo obligarle á seguir aquel ejemplo. Era tribuno del pueblo P. Sempronio, é intentó una acción contra el censor para obligarle á dejar el cargo en la época determinada, acción tan popular como justa, y que no agradó menos á la multitud que á los mejores ciudadanos. Cuando releía diferentes veces el texto de la ley Emilia y colmaba de alabanzas al autor de aquella ley, el dictador Mam. Emilio, por haber reducido á diez y ocho meses la censura, que antes era quinquenal, y cuya larga duración la

convertía en una especie de reinado: «Dinos por favor, Apio, añadió, lo que hubieses hecho si en la época en que C. Furio ó M. Geganio fueron censores lo hubieses sido tú también.» Apio contestó: «Que la interpelación del tribuno no tenía mucha relación con su causa; que la ley Emilia obligó á aquellos censores porque se dió durante su magistratura, y que el pueblo ordenó su ejecución después de su nombramiento, siendo los últimos decretos del pueblo los que forman ley y regla; pero que ni él ni ninguno de los que habían sido creados censores posteriormente á aquella ley estaban obligados á someterse á ella.»

Esta inútil argucia de Apio no obtuvo la aprobación de nadie: «Allí tenéis, romanos, replicó el tribuno, al descendiente de aquel Apio, que nombrado decenviro por un año, se nombró á sí mismo para el segundo; que en el tercero, sin nombrarse él ni que le nombrase nadie, retuvo por autoridad propia los haces del consulado, y que no renunció á su magistratura, que hubiese querido conservar siempre, hasta que quedó abrumado por un poder mal adquirido, mal ejercido, no menos malamente retenido. Esta es aquella misma familia, ¡oh romanos! cuya violencia é injusticia os obligaron á desterraros de vuestra patria y á buscar asilo en el monte Sacro. Contra ella os procurasteis la defensa tribunicia; á causa de ella, dos ejércitos del pueblo se apoderaron del monte Aventino; ella fué la que combatió siempre las leyes contra la usura y las agrarias; ella la que entorpeció la alianza entre los patricios y el pueblo; ella la que ha cerrado al pueblo el acceso á las magistraturas curules; su nombre es mucho más funesto que el de los Tarquinos para vuestra libertad. ¡Cómo! Ap. Claudio, más de cien años han transcurrido desde la dictadura de Mam. Emilio; y de tantos personajes de la alcurnia más elevada y del valor más admirable,

ni uno solo habría leído las leyes de las Doce Tablas, ni uno solo sabría que lo que hace ley es lo último que dispone el pueblo? Lejos de eso, todos lo sabían, y por esta razón se sometieron á la ley Emilia más bien que á la antigua ley que creó los primeros censores, porque la ley Emilia se votó después, y cuando se encuentran dos leyes contradictorias, la antigua está siempre abrogada por la nueva. ¿Dirás tú, Apio, que el pueblo no está obligado por la ley Emilia? ¿ó bien que él lo está y tú solo no lo estás? La ley Emilia ha obligado á C. Furio y á M. Geganio, esos censores cuya violencia ha demostrado cuánto daño podía hacer á la república esa magistratura, cuando por despecho de ver limitado su poder privaron del derecho de sufragio á Mam. Emilio, el primer ciudadano, el primer capitán de su época. Después ha obligado durante cien años á todos los censores; obliga actualmente á tu colega C. Plaucio, creado bajo los mismos auspicios y en virtud del mismo derecho. ¿No te ha creado el pueblo censor para que goces de todos los derechos inherentes á esa magistratura, ó bien eres tú el censor por excelencia á quien se haya de reservar este único privilegio? Aquel á quien tú nombras rey de los sacrificios, habiendo recibido el título de rey, ¿pretenderá haber sido creado en virtud de las leyes rey verdadero de Roma? ¿Quién se contentará en adelante con una dictadura de seis meses, con un interregno de cinco días? ¿A quién podrás nombrar confiadamente dictador para clavar el clavo sagrado ó para presidir los juegos? ¡Cuán estúpidos é insensatos debes considerar Apio, oh romanos, á los que al cabo de veinte días, después de realizar grandes cosas, han abdicado la dictadura ó han renunciado inmediatamente su magistratura por algún vicio en la elección! ¿Mas á qué buscar ejemplos tan lejos? En estos últimos tiempos, ni hace todavía diez años, el dictador C. Menio, hacien-

do investigaciones, con tal severidad que alarmaba á algunos varones influyentes, le acusaron sus enemigos de ser él mismo cómplice de un crimen que tenían en cargo de perseguir, y para salir al encuentro de la acusación, dejando su carácter público, abdicó la dictadura. No exijo yo de tí tanta moderación; no degeneres de la soberbia y costumbres imperiosas de tu familia; no dejes el cargo un día, una hora antes de lo necesario, con tal de que no excedas del tiempo establecido. Demasiado sería ya ocupar la censura un mes, un día más de lo que quiere la ley. Pero escuchadle: «Conservaré la censura, dice, tres años y seis meses más de lo que permite la ley Emilia, y la conservaré solo.» Esto es ser rey ya. ¿Reemplazarás tu colega? La religión no lo permite ni siquiera por la muerte de un censor. ¡Oh censor religioso! poco es, en efecto, haber hecho pasar de manos de los pontífices más nobles á las de esclavos vuestra solemnidad más antigua, la única que estableció el mismo Dios, que es objeto de ella. Una familia más antigua que Roma, una familia santificada por la hospitalidad de los dioses inmortales, gracias á ti y á tu censura ha sido extinguida en un año, y tal vez caerá tu sacrilegio sobre la república entera, presagio cuya sola idea me estremece. Roma fué tomada durante el lustro en que L. Papirio Cursor, por no salir de la magistratura se dió nuevo colega, subrogando al censor C. Julio, que acababa de morir, M. Cornelio Maluginense. Y sin embargo, Apio, ¡cuánto más moderada era su ambición que la tuya! L. Papirio no permaneció siendo censor ni solo ni más tiempo del señalado por la ley; sin embargo, no ha encontrado nadie que quisiera seguir su ejemplo; todos los censores posteriores á él han abdicado después de la muerte de su colega. Y á ti no te detienen ni el término de tu censura que ha expirado, ni el ejemplo de tu colega que ha dimitido, ni la ley ni el ho-

nor: tú pones la virtud en el orgullo, en la audacia, en el desprecio de los dioses y de los hombres. En cuanto á mí, Apio Claudio, por respeto á la magistratura de que has estado investido, no solamente no quisiera que pusieran mano en tu persona, sino que hubiese deseado dispensarte de toda palabra severa. Cuanto he dicho, tu obstinación y tu orgullo me han obligado á decirlo. Si no obedeces la ley Emilia, mandaré que te lleven á la prisión; porque si nuestros antepasados establecieron para los comicios censorios que si los candidatos no reúnan el número de votos que exige la ley, debían aplazarse los comicios, sin proclamar á ninguno de los candidatos, no consentiré que tú, que solo no habrías sido elegido censor, ejerzas solo la censura.» Dicho esto, mandó apoderarse del censor y llevarle á las prisiones. Seis tribunos aprobaron la acción de su colega, pero los otros tres admitieron la apelación de Apio; y con grave disgusto de todos los órdenes, ejerció solo la censura. Mientras ocurrían estas cosas en Roma, los etruscos habían puesto ya sitio á Sutrium. El cónsul Fabio se había puesto en marcha tomando por la parte baja de las montañas para socorrer á los aliados y hasta para atacar, si encontraba oportunidad, las líneas de los sitiadores, cuando se le presentó el enemigo en orden de batalla. La inmensa llanura en que se desplegaba, permitiéndole emplear su extraordinaria multitud, y el cónsul, para suplir el corto número de los suyos con la ventaja de la posición, se separó un poco, hizo ganar á sus tropas las primeras alturas, cuyo suelo escabroso estaba lleno de piedras, y desde allí hizo frente al enemigo. No considerando los etruscos más que su multitud, que formaba toda su seguridad, y olvidando lo demás, corren al combate con tanta precipitación y tal ardor, que arrojando los dardos para llegar más pronto á las manos, desenvainan las espadas al mismo tiem-

po que van al enemigo. Los romanos, por el contrario, lanzan en tanto dardos, en tanto piedras, armas que el suelo les suministra con abundancia. Esta lluvia, cayendo sobre ascensos y cascos, aturdió á los que no quedaban heridos. No era fácil al enemigo llegar al pie de la altura para combatir más de cerca, ni tampoco combatir de lejos, porque carecían de dardos; quedando, pues, en el mismo punto expuestos á golpes de los que nada podía preservarlos. Algunos comenzaban ya á retroceder, y todo el ejército estaba indeciso y vacilante, cuando los hastatos y los principes, repitiendo el grito de ataque, corren á ellos con las espadas en las manos. Los etruscos no pudieron resistir aquella impetuosidad; vuelven la espalda, y se dirigen á su campamento en el mayor desorden. Pero los jinetes romanos, que habían atravesado oblicuamente la llanura, se presentan á su encuentro; entonces abandonan el camino del campamento y procuran ganar las montañas. Desde allí, aquel ejército casi sin armas y acribillado de heridas penetra en la selva Ciminia. El romano, después de haber dado muerte á muchos millares de etruscos, se apoderó de treinta y cinco enseñas, del campamento y de considerable botín. En seguida se pensó en perseguir al enemigo.

La selva Ciminia (1) era entonces más impenetrable y de aspecto más tétrico que lo eran en estos últimos tiempos las de la Germania; y hasta entonces ni siquiera un mercader había penetrado en ella; solamente el general se atrevía á entrar allí; en cuanto á los demás, no habían olvidado aún las Horcas Caudinas. Uno de los presentes (hermano del cónsul M. Fabio, llamado Kæson, según unos, y C. Claudio, según otros) se ofreció para reconocer el terreno, prometien-

(1) En el monte Ciminius, hoy montaña de Vitervo.

do traer muy pronto noticias ciertas. Educado en Cereia, entre huéspedes, había aprendido las letras etruscas y conocía perfectamente el lenguaje. Aseguran algunos escritores que en aquella época generalmente se instruía á los jóvenes romanos en las letras etruscas, como hoy se les instruye en las griegas; pero es más verosímil que algo más particular concurriese en él para que por medio de un disfraz tan atrevido se mezclase entre los enemigos. Dicese que solamente le acompañaba un esclavo, educado con él, y que por consiguiente sabía también el etrusco. Limitáronse al partir á tomar nociones generales acerca de la naturaleza de la comarca en que iban á entrar, y á enterarse de los nombres de los que ejercían autoridad en los pueblos; por temor de que en las conversaciones les descubriese su vacilación en puntos tan importantes. Partieron disfrazados de pastores, con armas de campesinos, hoces y dos picas. Pero ni el conocimiento de la lengua, ni sus vestidos ni armas les sirvieron tan bien como lo poco verosímil que era que un extranjero pudiese aventurarse en la selva Ciminia. Dicese que penetraron hasta el territorio de los Camestos umbrios, y que allí se atrevió el romano á decir quién era; que introducido en el Senado habló á nombre del cónsul de un tratado de alianza y amistad; que después de recibirle con benevolencia se le autorizó para que dijese á los romanos que si penetraban en aquellos parajes encontrarían víveres para treinta días, y que toda la juventud de los Camestos umbrios se encontraría dispuesta para marchar armada á sus órdenes. Comunicadas al cónsul estas noticias hizo marchar á la primera vigilia los bagajes y detrás las legiones, quedando él con la caballería. Al amanecer el día siguiente marchó á presentarse delante de las guardias etruscas, situadas fuera de la selva; y después de distraer por algún tiempo al enemigo

se retiró á su campamento, del que salió por la otra puerta, alcanzando antes de la noche á su ejército. Al día siguiente, al amanecer, ocupó las cumbres del monte Ciminio, desde donde descubría las opulentas campiñas de la Etruria. Extendió por ellas sus soldados, poseedores ya de rico botín, y de pronto encontraron cohortes de campesinos etruscos, reunidos apresuradamente por los principales habitantes del país; pero reinaba tan poco orden en sus filas, que al querer recobrar las presas estuvieron ellos mismos á punto de serlo. Después de destrozarlas y ponerlas en fuga, después de devastar el país, el romano, vencedor y cargado de toda clase de riquezas, volvió á su campamento, donde se encontraban ya cinco legados acompañados de dos tribunos del pueblo, para prevenir á Fabio, en nombre del Senado, que no penetrase en la selva Ciminia. Regocijados por haber llegado demasiado tarde para detener el curso de la guerra, volvieron á Roma llevando la noticia de una victoria.

Esta expedición del cónsul había extendido la guerra en vez de ponerla fin. Todo el país situado al pie del monte Ciminio, devastado por los romanos, había movido la indignación, no solamente de los pueblos de la Etruria, sino que también de los umbrios, sus vecinos. Un ejército, tan considerable como no se había visto jamás, vino á Sutrium, y no solamente levantaron el campo que tenían en la selva los etruscos, sino que, en la impaciencia de combatir, llevaron todas sus tropas á la llanura. Después de formarlas en batalla no hicieron al pronto ningún movimiento, dejando de esta manera bastante espacio á los romanos para que pudiesen ordenar también sus líneas. Viendo después que el enemigo se negaba á combatir, se acercaron á las empalizadas. Cuando observaron que hasta habían retirado las primeras guardias al interior de los parapetos,

gritaron de pronto á sus jefes: «que les llevasen del campamento los víveres que debían recibir aquel día; que permanecerían sobre las armas, y que aquella noche, ó á lo sumo al amanecer, invadirían el campamento de los enemigos.» La autoridad del general retenía al ejército romano, tan impaciente como el enemigo. A la hora décima del día el cónsul hizo comer á los soldados y les mandó estar dispuestos para cualquier hora del día ó de la noche que les diese la señal, y les dirigió corta alocución celebrando la guerra con los samnitas y rebajando á los etruscos. Dijoles que estos dos enemigos de Roma no eran comparables, como tampoco lo eran los ejércitos de que disponen; que por lo demás, él les haría ver, cuando llegase el momento, un arma oculta que tenía en reserva; pero que al presente no podía decir más. Con estas misteriosas palabras quería hacer creer que se tramaba una traición, para tranquilizar los ánimos de los soldados asustados por el número de los enemigos; y como éstos habían hecho alto sin fortificarse, esta suposición debía parecer verosímil. Terminada la comida se entregaron al descanso, y despertados en silencio cerca de la cuarta vigilia, tomaron las armas. Distribuyéronse hachas pequeñas á los sierros del ejército para derribar las empalizadas y cegar los fosos; formáronse en batalla en el interior del campamento; cohortes escogidas se colocan en el paso de las puertas, y se da la señal poco antes de amanecer, en la hora en que en estío es más profundo el sueño; derriban las empalizadas y el ejército sale en batalla, cayendo sobre los enemigos, tendidos aquí y allá, y la muerte hiere ciegamente á aquellos hombres sorprendidos, unos sin movimiento, otros semidormidos, y la mayor parte corriendo tumultuosamente á las armas. Pocos tuvieron tiempo para empuñarlas; y á estos mismos, no teniendo señal cierta ni jefe en cuyo derredor

agruparse, los romanos les derrotaron, persiguiéndoles la caballería. Dirigiánse unos al campamento, otros hacia la selva; ésta les ofrecía refugio más seguro; porque el campamento, situado á campo raso, fué tomado el mismo día. El cónsul se hizo entregar el oro y la plata, abandonando al soldado el resto del botín. En esta jornada mataron al enemigo cerca de sesenta mil hombres. Algunos escritores pretenden que esta memorable batalla se dió al otro lado de la selva Ciminia, cerca de Perusa, y que en Roma se experimentaron graves alarmas, porque teniendo el ejército cortada la retirada por aquella selva tan peligrosa, podía ser exterminado por los etruscos y los umbrios, que se habían levantado en todas partes. Pero en cualquier lado que se combatiere triunfaba la fortuna de Roma, así fué que llegaron legados de Perusa, Cortona y Arrecio, que eran entonces las ciudades más importantes de la confederación etrusca, pidiendo paz y alianza á los romanos, consiguiendo una tregua de treinta años.

Mientras ocurren éstos acontecimientos en la Etruria, el otro cónsul, C. Marcio Rútilo, tomó á viva fuerza Alifas á los samnitas. Otras muchas plazas y pueblos fueron implacablemente arrasados ó se rindieron sin asalto. Entretanto la flota romana, dirigida por P. Cornelio, á quien el Senado había encargado el mando de la costa marítima, arribó á Pompeya é hizo un desembarco en Campania. Desde allí, queriendo las tripulaciones de la flota devastar el territorio de Luceria, se entregaron primero al pillaje de la parte más inmediata, desde donde podían ganar con seguridad sus naves; pero arrastrados, como sucede siempre, por el cebo del botín, avanzaron demasiado y dieron la alarma al enemigo. Nadie se presentó contra ellos, cuando dispersos por todos lados en la campiña pudieron ser completamente exterminados; pero como se retiraban sin pre-

caución, los campesinos les alcanzaron á corta distancia de sus naves, les despojaron del botín y mataron algunos; siendo rechazados en desorden hasta las naves los que escaparon. Tanto temor como causó en Roma la expedición de Q. Fabio al otro lado de la selva Ciminia, tanta alegría produjo á los enemigos cuando llegó la noticia á Samnio, donde decían «que rodeado el ejército romano, no tenía salida alguna para escapar; que se encontraba en otras Horeas Caudinas; que la misma temeridad había llevado á impracticables desfiladeros á una nación ávida siempre de ensancharse; que allí los obstáculos del terreno y las armas del enemigo les opondrían infranqueable barrera.» A su regocijo mezclábase ya cierta envidia, porque la fortuna había llevado de los samnitas á los etruscos la gloria de humillar las armas romanas; y con cuantas armas y soldados tenían acudieron para aplastar al cónsul C. Marcio, decididos á llegar inmediatamente á la Etruria, atravesando el territorio de los marsos y los sabinos, si Marcio les ponía en la imposibilidad de combatir. El cónsul marchó á su encuentro; la lucha fué encarnizada por una y otra parte y el resultado indeciso. Aunque las pérdidas se equilibraron, aquel combate tuvo, sin embargo, el aspecto de derrota para los romanos; porque perdieron algunos caballeros, tribunos de los soldados, un legado, y el cónsul, cosa que se notó mucho más, recibió una herida. Como á todo esto se unían las ordinarias exageraciones de la fama, profundo terror sobrecogió al Senado, y se convino que se nombraría un dictador. Nadie dudaba que se elegiría á Papirio Cursor, considerado como el mejor general de la época. Pero no se podía hacer llegar con seguridad un mensaje al Samnio á través de tantos obstáculos, ni se tenía seguridad tampoco acerca de la existencia del cónsul. Fabio, el otro cónsul, era enemigo personal

de Papirio, y temiendo que su enemistad llegase á ser obstáculo al bien público, el Senado creyó oportuno enviarle una diputación formada por varones consulares, quienes por propia autoridad, además del carácter público de que estaban investidos, debían decidir á Fabio á que sacrificase á la patria sus enemistades personales. Habiendo entregado los legados al cónsul el *senatus-consulto*, y dirigidole un discurso en conformidad con sus instrucciones, éste, los ojos fijos en el suelo, se retiró sin pronunciar palabra, dejándoles en la incertidumbre de lo que iba á hacer. Después, en el silencio de la noche, según es costumbre, nombró dictador á L. Papirio; y como los legados le felicitasen por aquella hermosa victoria que había conseguido sobre sí mismo, guardó obstinado silencio, y sin contestarles nada, sin decir nada de lo que había hecho, les despidió con aspecto que revelaba el profundo dolor que escondía en su elevado ánimo. Papirio nombró á C. Junio Bubulco jefe de los caballeros; y en el momento en que presentaba á las curias la ley que debía conferirle la autoridad sobre los soldados, vióse obligado á aplazar esta formalidad por consecuencia de un presagio funesto: porque fué llamada la primera para emitir su sufragio la curia Fancia, circunstancia que se había presentado en dos épocas fatales: cuando la toma de Roma y la paz de Caudío. Licinio Macer atribuye también á esta tribu lo odioso de otra catástrofe: la derrota de Cremera.

Al día siguiente, habiendo consultado otra vez los auspicios el dictador, presentó la ley; y habiendo partido con las tropas recientemente levantadas cuando el paso del ejército al otro lado de la selva Ciminia difundió el terror, llegó á Longula. Allí, después de haber recibido del cónsul Marcio los antiguos soldados, marchó á presentar batalla al enemigo, que no mostró re-

husarla, permaneciendo formados y sobre las armas hasta la noche, que llegó sin que por ningún lado se diése la señal de ataque. Durante algún tiempo continuaron tranquilamente acampados á corta distancia de los romanos, sin desconfiar de sus fuerzas y sin despreciar las enemigas. Entretanto continuaban en Etruria los acontecimientos. En primer lugar se ganó una batalla sobre los umbrios, que más fueron derrotados que batidos, porque después de trabar vivamente el combate no lo sostuvieron. En otro encuentro, cerca del lago Vadimón, los etruscos, cuyo ejército había sido alistado según la ley Sacra, teniendo cada soldado un compañero elegido por él, combatieron en mayor número y también con más valor que nunca. Con tal animosidad se alcanzaron, que por ningún bando se pensó en lanzar los dardos; el combate se trabó á espada, y habiendo sido al principio muy vivo el ataque, lo fué más aún durante la lucha, cuyo éxito estuvo dudoso por mucho tiempo, pareciendo que no se combatía con etruscos, tantas veces vencidos, sino con un pueblo nuevo. Por ningún lado se pensó en retroceder: los que se encuentran delante de las enseñas, caen, y para que las enseñas no queden indefensas, la segunda línea ocupa el puesto de la primera. Recurrese en seguida á las últimas reservas, y el peligro y el aprieto fueron tan extraordinarios, que los jinetes romanos, dejando los caballos, se lanzaron á las primeras filas á través de montones de armas y cadáveres. Este ejército, que parecía nuevo, presentándose en medio de tropas fatigadas, puso en desorden las enseñas etruscas: su impetuosa arrastró á las demás tropas á pesar del cansancio, y al fin se consiguió desordenar las filas enemigas. Entonces se venció la obstinación: algunos manípulos volvieron la espalda, y este principio de fuga produjo completa derrota. Esta batalla dió el primer

golpe al poder de los etruscos, que contaban muchos años de prosperidad. Toda la fuerza de la nación quedó destruida aquel día y con el mismo ímpetu fué tomado y saqueado el campamento.

Con igual peligro, tuvo igual glorioso resultado la guerra con los samnitas. Entre otros preparativos, quisieron hacer brillar á sus combatientes con nueva armadura (1). Tenían dos ejércitos, al uno le dieron escudos cincelados en oro y al otro cincelados en plata. Estos escudos eran anchos en la parte que cubre el pecho y los hombros, tenían igual anchura en la parte superior y terminaban en punta por la inferior para que fuesen más manejables. El pecho del soldado lo cubría la esponja (2); un botín la pierna izquierda; el casco coronado con un penacho, aumentaba la estatura. Los soldados de los escudos dorados llevaban túnicas multicolores (*versicolores*) (3); los de escudos plateados llevaban túnicas blancas. Estos forman el ala derecha y aquéllos la izquierda. Los romanos conocían ya aquel aparato de armas brillantes, y habíanles dicho sus gen-

(1) Esta armadura usaron después los gladiadores llamados samnitas. Los campanios fueron los primeros en tener gladiadores de esta clase.

(2) Existen muchas dudas acerca del significado que aquí tiene esta palabra. Hay quien cree que se trata de verdadera esponja como la que llevaban los reciaros para restañar la sangre de sus heridas; otros creen que ni los reciaros llevaban esponjas para ese uso, puesto que en medio de sus encarnizados combates no tenían tiempo para servirse de ellas. Creen algunos que daban este nombre á un tejido de fieltro; otros que se llamaba esponja una coraza que presentaba aspecto esponjoso, como se llamaban *pluma*, *esquama* á las que afectaban forma de plumas ó de escamas. Pero la opinión que parece más verosímil es la de aquellos que creen se trata de verdadera esponja que colocaban en una parte del pecho.

(3) Creen algunos que esta palabra significa aquí color de púrpura.

nerales que el soldado debe tener aspecto rudo y fiero; que no debe llevar armas cinceladas en oro ó plata, sino que debe protegerle el hierro y su valor; porque de otra manera, menos eran armas que presa para el enemigo; que todas aquellas armaduras resplandecientes antes del combate, quedaban muy pronto empañadas por la sangre y las heridas; sabían que el valor es el mejor adorno del soldado y que aquellos brillantes aparatos siguen la suerte de la victoria y pasan del enemigo rico al vencedor indigente.» Estas reflexiones habían animado á los soldados; Cursor les llevó al combate: colócase en el ala derecha, y confía la izquierda al jefe de los caballeros. En cuanto se alcanzaron, trabóse reñido combate con el enemigo, no siendo menor el del dictador y el jefe de la caballería, rivalizando para decidir la victoria. Junio fué el primero en rechazar al enemigo que se oponía al ala izquierda que él mandaba; era el ala derecha del enemigo, cuyos hombres, dedicados á los dioses, según la costumbre de los samnitas, se reconocían por la blancura de sus ropas y sus armas: Junio exclamó que los inmolaba á los dioses infernales; el ataque desordena sus filas y les hace retroceder visiblemente. Obsérvalo el dictador y exclama: «¿Comenzará la victoria por el ala izquierda? ¿Y el ala derecha, la batalla del dictador, en vez de llevar la mejor parte, no hará más que arrastrarse detrás de otro?» Excita á sus soldados, y ni el peón cede al jinete en valor, ni el legado al general en celo. M. Valerio en el ala derecha; P. Decio en la izquierda, los dos consulares, se lanzan hacia los jinetes alineados en las alas, y exhortándoles á venir con ellos á tomar su parte en la victoria, se precipitan al través sobre los flancos del enemigo. Esta fué nueva causa de terror que se difundió desde los extremos al cuerpo de batalla. El ejército romano, para aumentar el espanto del enemigo, lanza nuevo grito de

ataque y marcha vivamente adelante: entonces comienza la derrota en el ejército samnita. Ya estaba cubierto el campo de sus muertos y pedazos de sus magníficas armaduras: en su terror, les ofreció primeramente refugio su campamento, pero muy pronto no pudieron conservarlo siquiera; tomáronlo los romanos y le prendieron fuego antes de anochecer. El dictador obtuvo el triunfo por un senatus-consulta, y las armas cogidas al enemigo dieron extraordinario brillo á aquella solemnidad. Tan magníficas les parecieron, que colocaron los escudos dorados delante de las tiendas de los plateros para decorar el Foro. Dícese que de aquí nació la costumbre de los ediles de adornar el Foro cuando paseaban las estatuas de los dioses. Los romanos utilizaron aquellas brillantes armas para la pompa de su culto; pero los campanios, por orgullo y por odio á los samnitas, adornaron con ellas á los gladiadores, de cuyo espectáculo gozaban durante sus festines (1) y les dieron el nombre de samnitas. Aquel mismo año combatió el cónsul Fabio al resto del ejército etrusco, en las cercanías de Perugia, ciudad que también había violado la tregua. La victoria no fué dudosa ni difícil; y hubiese tomado aquella plaza, á la que se acercó después de su victoria, á no haber llegado legados anunciando su sumisión. Después de dejar guarnición en Perugia y de hacer que le precediesen en Roma, enviados al Senado, los legados de la Etruria que pedían la paz, el cónsul entró triunfante en la ciudad, después de una victoria más brillante todavía que la conseguida por el dictador. El honor de la victoria alcanzada sobre los samnitas atribuyóse en gran parte á los legados P. Decio y M. Valerio, á quienes nombró el pueblo por considerable mayoría de votos

(1) Esta costumbre la adoptaron después los romanos.

en los comicios siguientes; al año cónsul y al otro pretor.

Fabio continuó en el consulado, como premio de sus gloriosos y decisivos triunfos en la Etruria, dándole á Decio por colega. Valerio fué creado pretor por cuarta vez. Los cónsules se repartieron las provincias, tocando la Etruria á Decio y á Fabio el Samnio. Habiendo marchado éste hacia Luceria y Alfaterna, negó á sus habitantes la paz que pedían entonces, para castigarles por haberla rehusado cuando se la concedía, y con sus vigorosos ataques les obligó á someterse. Combatióse en batalla campal con los samnitas, que quedaron vencidos sin grandes esfuerzos, y no se hubiese conservado la memoria de este combate á no ser por haberse encontrado entonces los marsos por primera vez peleando con los romanos. Arrastrados los pelignos por la defección de los marsos, experimentaron la misma suerte. El otro cónsul, Decio, guerreaba con igual suerte. Por el terror había obligado á los habitantes de Tarquinia á suministrar trigo al ejército y á pedir una tregua de cuarenta años. Tomó por fuerza algunas plazas á los volsinios; arrasólas en parte, por temor á que sirviesen de refugio al enemigo; y llevando la guerra por todos lados, difundió tal espanto, que la confederación entera de los aruncos le pidió un tratado de alianza. Pero nada pudo conseguir en este punto, concediéndoles solamente tregua de un año, durante el cual pagó el enemigo el sueldo al ejército romano y quedó obligado á dar dos túnicas á cada soldado; este fué el precio de la tregua. La tranquilidad que se gozaba ya por el lado de los etruscos, quedó turbada por la repentina defección de los umbrios, pueblo que hasta entonces había permanecido al abrigo de los estragos de la guerra, exceptuando el paso del ejército por su territorio. Habiendo armado á toda su juventud é impulsado á la

sublevación á gran parte de la Etruria, reunieron un ejército tan poderoso, que dejando á su espalda á Decio en la Etruria, decían públicamente que marchaban á sitiar á Roma, hablando enfáticamente de sí mismos y con desprecio de los romanos. Enterado de este proyecto de los umbrios, el cónsul Decio, retrocedió hacia Roma apresuradamente y se situó en el territorio de Pupinia, atento á los movimientos del enemigo. No se despreciaba en Roma esta guerra de los umbrios: las mismas amenazas inspiraban temor á hombres que habían comprendido durante la guerra de los galos la poca seguridad de la ciudad que habitaban. Así, pues, enviaron mensajeros al cónsul Fabio para decirle que, en el caso de que la guerra con los samnitas le dejase algún respiro, llevase prontamente su ejército á la Umbria: obedeció el cónsul, y con precipitada marcha llegó á Mevania, donde se encontraban entonces las huestes umbrias. La repentina llegada del cónsul, á quien creían lejos de allí, ocupado en otra guerra en el Samnio, de tal manera asustó á los umbrios, que opinaron, unos por retirarse á sus plazas fuertes y otros hasta renunciar á la guerra. Uno de sus cantones (le llaman ellos Materina), no solamente mantuvo á los otros sobre las armas, sino que les arrastró en el acto al combate, atacando á Fabio mientras colocaba las empalizadas del campamento. En cuanto les vió el cónsul precipitarse desordenadamente sobre sus parapetos, mandó suspender los trabajos y formó á sus soldados, según permitían la naturaleza del terreno y las circunstancias; y por toda exhortación, recordándoles la gloria positiva que habían conquistado, tanto en la Etruria como en el Samnio, les mandó concluir con aquel exiguo resto de la guerra etrusca, y vengarse de las impías amenazas de un enemigo que se lisonjaba de apoderarse de Roma. Con tanto regocijo escucharon los soldados aquellas

palabras, que lanzando involuntario grito, interrumpió al general en medio de su discurso; en seguida, sin esperar la orden, al sonido de las bocinas y de los cuernos, caen á la carrera sobre el enemigo. ¡Cosa admirable; parecía que no luchaban con hombres ni con guerreros! Arrancan las enseñas á los signíferos y las arrastran hacia el cónsul; de la misma manera llevan á los soldados, á los que trasladan de su línea á la propia; si en alguna parte oponen resistencia, el combate termina con el escudo más que con la espada, empujándoles violentamente con el escudo y con el codo y derribánles; cógense más hombres que se matan, y por todas partes les gritan que rindan las armas. Así, pues, en medio del mismo combate, se someten los primeros que empuñaron las armas. Al día siguiente y en los sucesivos se sometieron también los demás pueblos de la Umbria. Los ocriculanos recibieron la promesa de alianza.

Después de aquella victoria sobre un enemigo que no le había correspondido en el sorteo, llevó de nuevo Fabio el ejército á su provincia. Como premio de aquel triunfo, á ejemplo del pueblo, que el año anterior le había reelegido para el consulado, el Senado le prorrogó el mando para el año siguiente, á pesar de la oposición de Ap. Claudio, que aquel mismo año fué nombrado cónsul con L. Volumnio. Veo en algunos anales que Apio pidió el consulado durante su censura y que L. Furio, tribuno del pueblo, combatió su elección hasta que abdicó la censura. Creado cónsul, y viendo que se asignó á su colega la guerra contra un enemigo nuevo, los salentinos, permaneció en Roma para aumentar su influencia por las vías pacíficas, puesto que otros iban á conquistar la gloria militar. No pudo quedar descontento de su provincia Volumnio; trabó muchos combates con éxito y tomó por la fuerza algunas ciudades al

enemigo. Era pródigo del botín, y á esta generosidad, tan agradable por sí misma, añadía nueva merced con su afabilidad: esta hábil conducta había hecho al soldado ávido de peligros y de fatigas. El procónsul Fabio libró batalla al ejército de los samnitas, cerca de la ciudad de Alifas, no siendo dudoso el resultado ni por un instante. El enemigo fué derrotado y rechazado hasta su campamento, que ni siquiera hubiese podido conservar, á no estar tan avanzado el día: rodeáronle, sin embargo, antes de obscurecer, y le vigilaron bien para que nadie pudiese escapar. A la mañana siguiente, cuando apenas despuntaba el día, vinieron á capitular. Convino que cuantos samnitas había allí saldrían con un solo vestido, haciéndoles pasar á todos bajo el yugo y vendiendo en subasta cerca de siete mil. Los que dejaron ser ciudadanos hérnicos quedaron aparte y cuidadosamente vigilados, Fabio les envió á todos al Senado romano, y después de una investigación para averiguar si por mandato de sus magistrados ó por voluntad propia habían hecho la guerra á los romanos en favor de los samnitas, les entregaron para su custodia á los diferentes pueblos latinos. Los nuevos cónsules, que estaban ya nombrados, P. Cornelio Arvina y Q. Marcio Trémulo, recibieron orden de someter todo aquel asunto á la deliberación del Senado. Indignó á los hérnicos tanta severidad, y celebraron una asamblea general en Anagnia (1), en el circo llamado Marítimo, y todos los pueblos del nombre hérnico, exceptuando Alatrio, Terentino y Verulano, declararon la guerra al pueblo romano.

Después de la retirada de Fabio estallaron también nuevos movimientos en el Samnio. Calacia y Sora, con

(1) Situado sobre una montaña del Lacio, á treinta y siete millas de Roma. Esta era la capital de los hérnicos.

las guarniciones romanas que las ocupaban, cayeron en poder del enemigo, que ejecutó horribles crueldades en los prisioneros; P. Cornelio fué enviado allá con su ejército. Los nuevos enemigos (porque estaba ya terminada la guerra con los anagnios y los hérnicos) fueron designados á Marcio. Ocupando primeramente puestos ventajosos, interceptaron toda comunicación entre los campamentos de los cónsules, de tal manera, que hubiese sido imposible el paso á un simple mensajero, y durante algunos días cada cónsul permaneció en completa ignorancia de la posición del otro. La alarma llegó hasta Roma, y se alistó á todos los ciudadanos jóvenes aún, para tener en caso necesario otros dos ejércitos. Pero en realidad, la guerra con los hérnicos estuvo muy lejos de justificar el terror que causaba entonces y de responder á la antigua gloria de aquella nación. En ninguna parte hicieron cosa memorable; perdieron sus tres campamentos en el espacio de pocos días, y para conseguir una tregua de treinta días que los permitiese enviar legados al Senado romano, se obligaron á suministrar el sueldo y el trigo durante dos meses y además una túnica para cada soldado. El Senado les envió á Marcio, á quien por un *senatus-consulto* se confirió autoridad para disponer de la suerte de aquel pueblo, recibéndole éste á discreción. El otro cónsul, superior en fuerzas, tenía en el Samnio la desventaja del terreno. El enemigo había cerrado todos los caminos; habíase apoderado de los pasos para que no pudiese llegar ningún convoy al cónsul, quien todos los días los presentaba batalla sin poder decidirles al combate. Veíase claramente que el samnita todo lo temía de una batalla general, y el romano de la prolongación de la guerra. La llegada de Marcio, que después de su victoria sobre los hérnicos se apresuró á socorrer á su colega, no permitió ya al enemigo aplazar el combate. Comprendien-

do que si no se habían creído capaces de luchar con un ejército solo, si dejaban que los dos ejércitos consulares se uniesen, nada podrían esperar, atacaron á Marcio sorprendiéndole en el desorden de la marcha. Apresuradamente trasladaron los bagajes al centro; y en cuanto lo permitían las circunstancias, formóse el ejército en batalla. Primeramente los gritos que llegaron al campamento, y en seguida el polvo que se levantaba á los ojos, alarmaron al ejército del otro cónsul. Este hizo en seguida tomar las armas, forma sus tropas en batalla y cayó sobre el flanco del ejército enemigo ocupado en el otro combate, gritando á sus soldados: «Que sería el colmo de la ignominia si consentían que el otro ejército alcanzase dos victorias y si se dejaban arrebatar el honor de una guerra que los pertenecía.» Penetra por el punto que atacó, y á través de las tropas enemigas marcha derecho á su campamento; y encontrándole sin defensores le toma y le prende fuego. En cuanto los soldados de Marcio vieron las llamas en frente de ellos y los samnitas las vieron detrás, éstos comienzan á huir en todas direcciones; pero por todas partes se extiende la matanza y en ninguna encuentran seguro refugio. Después de matar treinta mil hombres al enemigo, los cónsules dieron la señal de retirada; y ya verificaban su unión felicitándose recíprocamente, cuando de pronto percibieron á lo lejos nuevas cohortes enemigas: eran soldados bisoños, que sirvieron para que aumentase la matanza. Sin esperar las órdenes de los cónsules, sin recibir la señal, los vencedores se lanzan sobre ellos, gritando «que habían de tener aquellos jóvenes samnitas duro aprendizaje.» Los cónsules ceden al ardor de las legiones, comprendiendo que soldados novicios confundidos entre veteranos desalentados por la derrota, ni siquiera tendrían valor para intentar el combate. No se engaña-

ron en sus cálculos; todas las tropas samnitas, cansadas y de refresco, ganan las montañas vecinas; el ejército romano sube á aquellas alturas; no hay paraje seguro para los vencidos, y los precipitan de las cumbres que habían ocupado. Todos pedían ya á una voz la paz, y se les obligó á suministrar víveres para tres meses, un año de sueldo y una túnica para cada soldado. Cornelio permaneció en el Samnio, Marcio regresó á Roma y triunfó de los hérnicos, decretándole una estatua ecuestre, que fué colocada delante del templo de Castor. Concedióse á tres pueblos hérnicos, Alatrio, Verulano y Ferentino, las leyes que preferían al derecho de ciudadanía, y se les permitió aliarse entre sí, privilegio que gozaron sólo por algún tiempo entre los hérnicos. En cuanto á los anagnios y los demás que habían tomado las armas, se les concedió el derecho de ciudadanía sin el de sufragio; prohibiéronles sus asambleas y también la libertad de contraer matrimonio entre vecinos de una y otra ciudad; las funciones de sus magistrados quedaron limitadas á lo concerniente á los sacrificios. Aquel mismo año comenzó el censor Bubulco la construcción del templo de la diosa Salud que votó siendo cónsul durante la guerra con los samnitas, y en unión con su colega M. Valerio Máximo hizo caminos vecinales pagados por el tesoro. En este año también se renovó por tercera vez el tratado con los cartagineses; y sus legados, que para este objeto vinieron á Roma, fueron agasajados y recibieron regalos.

En este año se tuvo por dictador á P. Cornelio y por jefe de los caballeros á P. Decio Mucio. Estos celebraron los comicios consulares para los que se les había nombrado, no pudiendo separarse del teatro de la guerra ninguno de los dos cónsules; fueron creados cónsules L. Postumio y T. Minucio. Pisón coloca estos cónsules después de Q. Fabio y P. Decio, suprimiendo los dos

años de consulado de Claudio y Volumnio y de Cornelio con Marcio; ignórase si por olvido en la redacción de sus anales omitió estos dos consulados ó si de propósito, creyéndolos apócrifos. Este año hicieron incursiones los samnitas en las llanuras de Stela (1) que formaban parte del territorio campanio. Por esta razón partieron los cónsules para el Samnio, dirigiéndose Postumio sobre Tiferno y Minucio sobre Boviano. Postumio combatió primeramente en Tiferno, asegurando algunos que fueron vencidos los samnitas y se les cogieron veinte mil hombres, y afirmando otros que se retiraron los dos bandos con iguales ventajas; que Postumio, con fingida desconfianza, marchó de noche é hizo ganar las montañas á sus tropas; que habiéndole seguido el enemigo se situó á dos millas de su campamento, sobre alturas igualmente fortificadas. Queriendo hacer creer el cónsul que solamente se había propuesto conseguir campamento seguro y absolutamente provisto (como lo estaba), se fortificó en su posición, haciendo llevar gran cantidad de todas las cosas necesarias; pero á la tercera vigilia, dejando fuerte destacamento para la custodia del campo, llevó por el camino más corto sus legiones á su colega, que permanecía inactivo también delante de otro ejército. Por consejo de Postumio, Minucio trabó combate con los samnitas; y habiéndose prolongado sin éxito sensible, mucho antes de amanecer, el cónsul Postumio cayó de pronto con sus legiones descansadas sobre el fatigado enemigo. Impidiéndoles huir el cansancio y las heridas, los samnitas fueron exterminados, tomándoles veintiuna enseñas. En seguida marcharon al campamento de Postumio; y allí, atacando los dos ejércitos victoriosos á un enemigo abatido ya por la noticia que acaba de recibir, le des-

(1) Pais muy fértil en el interior de la Campania.

ordenan y ponen en fuga, cogiéndole veintiséis enseñas, al general de los samnitas Stanio Gelio y otros muchos prisioneros, apoderándose también de los dos campamentos. A la mañana siguiente comenzaron el sitio de Boviano, que tomaron muy pronto, coronando el honor de tantas victorias el triunfo de los dos cónsules. Dicen algunos historiadores que el cónsul Minucio, trasladado gravemente herido á su campamento, murió; que fué nombrado cónsul M. Fulvio para reemplazarle, y que habiendo recibido éste el mando del ejército de Minucio, tomó á Boviano. En este mismo año recobraron los samnitas Sora, Arpino y Censennia. En el Capitolio se colocó una estatua colosal de Hércules (1) y se hizo su dedicación.

Siendo cónsules P. Sulpicio Severrio y P. Sempronio Sofo, los samnitas, bien por poner término á la guerra, bien por ganar tiempo, enviaron legados á Roma para pedir la paz. Pero no obstante el tono de súplica que adoptaron, se les contestó: «Que si los samnitas no hubiesen pedido frecuentemente la paz en el momento en que se preparaban para la guerra, se habría podido, discutiendo por una y otra parte las condiciones, llegar á un arreglo; pero que habiendo sido falaces las promesas hasta entonces, no podían atenerse más que á los hechos. El cónsul Sempronio se presentaría muy pronto con su ejército en el Samnio; no podrían engañarle acerca de la disposición de los ánimos para la paz ó para la guerra; enteraría al Senado de cuanto por sí mismo observase, y que podían seguir al cónsul cuando

(1) Plinio, Strabón y Plutarco dicen que Fabio Cunctator cogió en Tarento una estatua colosal de Hércules y la trasladó á Roma, colocándola en el Capitolio. Tito Livio nada dice de esto con ocasión de la toma de Tarento. Antes de Tito Livio algunos analistas colocan la dedicación de esta estatua en el Capitolio en el año 448.

se retirase del Samnio. En este año, encontrando el ejército romano al atravesar el Samnio disposiciones pacíficas en todas partes y sumo apresuramiento en suministrarle víveres, se renovó el antiguo tratado con los samnitas. Los romanos volvieron en seguida sus armas contra los equos, sus antiguos enemigos, pero que habían permanecido tranquilos durante muchos años bajo la apariencia de una paz engañosa. Mientras los hérnicos conservaron su independencia, no habían cesado, de acuerdo con ellos, de socorrer á los samnitas; y después de la sujeción de los hérnicos, casi la nación entera, sin tratar de disimular una resolución tomada abiertamente, pasó á los enemigos. Cuando los faciales, después de concluido el tratado de Roma con los samnitas, fueron á pedirles satisfacción, dijeron: «Que se les tendía un lazo para que el temor de la guerra les obligase á hacerse romanos; que los hérnicos habían hecho ver lo apetecible que era aquel título, puesto que aquellos á quienes se había dejado la libertad habían preferido sus leyes al derecho de ciudadanía romana, y que aquellos que no habían podido elegir lo que querían, considerarían siempre como castigo un título impuesto por la fuerza.» Por estas ofensivas palabras, dichas públicamente en sus asambleas, el pueblo romano mandó declarar la guerra á los equos. Los dos cónsules, marchando para hacerla, se situaron á cuatro millas de su campamento. El ejército de los equos, que desde muchos años no había guerreado por su propia cuenta, parecía levantado apresuradamente, sin jefes, sin disciplina, entregado á la confusión y al desorden. Unos quieren que se marche al combate, otros que se defiendan el campamento; la mayor parte piensan en sus tierras que van á ser taladas y en sus ciudades donde solamente han dejado débiles guarniciones, y cuya ruina es segura. Así, pues, cuando entre considerable

número de opiniones se propuso una que, sacrificando el provecho común, inclinaba todos los ánimos al interés particular, y que consistía en salir del campamento á la primera vigilia cada uno por su lado, para trasladarlo todo á las ciudades y defenderse en ellas detrás de las murallas, todos la adoptaron con singular apresuramiento. Mientras los enemigos se dispersaban por los campos, los romanos salen de su campamento al amanecer y se forman en batalla; y como nadie avanzaba á su encuentro, marchan apresuradamente al campamento enemigo; pero allí, no viendo guardias delante de las puertas ni un hombre en los parapetos, se detienen temiendo una emboscada. Atravesando en seguida las empalizadas y encontrándolo todo abandonado, se ponen en seguimiento del enemigo; pero como se habían dispersado por todos lados, consiguieron despistar al pronto á los romanos, quienes supieron en seguida por sus exploradores el partido que había tomado el enemigo; y entonces, llevando sucesivamente la guerra de una plaza á otra, y en el espacio de cincuenta días, tomaron cuarenta y una plazas, arrasando é incendiando la mayor parte de ellas, de tal manera que casi quedó completamente abolido el nombre de los equos. Triunfóse de los equos, y su desastre sirvió de ejemplo á los marrucinos, los marsos, los pelignos y los frentanos, quienes enviaron legados á Roma pidiendo paz y amistad. A estos pueblos se concedió la alianza que solicitaban.

En este mismo año, el escriba Cn. Flavio, hijo de Cn., nieto del liberto, nacido en humilde fortuna, pero astuto y elocuente, llegó á la edilidad curul. Veo en algunos anales, que sirviendo de aparitor á los ediles, viendo que la primera tribu le nombraba edil y que no se quería aceptar su nombre á causa de su humilde profesión de escriba, dejó las tablillas y juró que no volvería

á cogerlas; Licinio Macer dice que había renunciado algún tiempo antes la profesión, y se funda en que Flavio había sido tribuno antes y nombrado para dos triunviratos, el nocturno (1) y el de las colonias. Por lo demás (y en esto no hay discrepancia), siempre discutió de igual á igual con los nobles que despreciaban su humilde nacimiento. Divulgó las fórmulas de la jurisprudencia (2) ocultas hasta entonces, como en el fondo de un santuario, en manos de los pontífices; hizo fijar en el Foro la lista de los días fastos para que se supiese cuándo se podía litigar; dedicó á la Concordia (3) un templo construido sobre el solar del de Vulcano, cosa que sublevó la indignación de los nobles; y el pontífice Máximo Cornelio Barbató se vió obligado, por decisión unánime del pueblo, á dictarle las fórmulas sagradas, aunque protestaba que, según las costumbres antiguas, la dedicación de templos solamente podían hacerla cónsules ó generales. Esta fué la razón de que se presentase por autoridad del Senado una ley para que nadie pudiese dedicar templo ni altar sin orden del Senado ó de la mayor parte de los tribunos del pueblo. Referiré una cosa poco importante en sí misma si no mostrase la soberbia que oponía el pueblo al orgullo de los nobles. Flavio había ido á visitar á su colega, que estaba enfermo, y cierto número de jóvenes se pusieron de acuerdo para que nadie se levantase al entrar Flavio. Man-

(1) Los triunviros nocturnos rondaban por la ciudad para impedir los incendios y los robos.

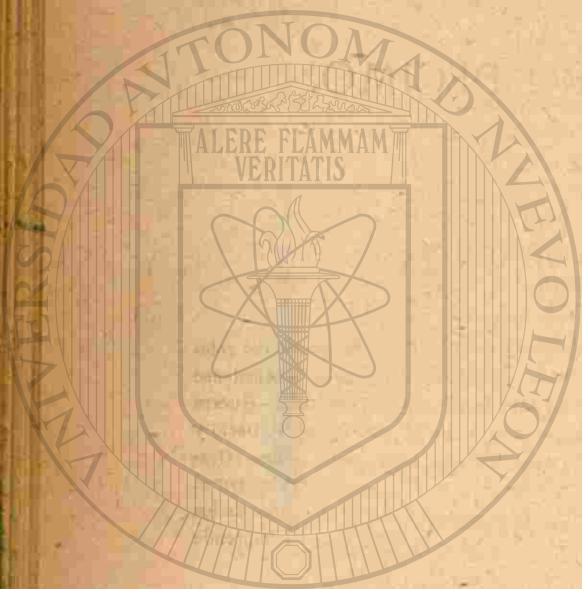
(2) No divulgó todo el sistema del derecho romano, sino solamente las fórmulas de que habían de servirse en las *legis actiones*, y la designación de los días *fastos*, en los que permitía la religión administrar justicia. Antes de Flavio solamente por la designación de los pontífices se conocían estos días.

(3) Había hecho voto de elevar un templo á la Concordia en el caso de que pudiera restablecer la buena armonía entre los partidos opuestos.

dó éste traer su silla curul, y desde el asiento de su dignidad contempló el despecho y la confusión de sus enemigos. Por lo demás, Flavio había sido nombrado edil por el partido del Foro, robustecido bajo la dictadura de Apio, quien había degradado primeramente al Senado introduciendo nietos de libertos. Como nadie tuvo en cuenta estas elecciones, privado Apio de la influencia que había creído conseguir en el Senado, corrompió el Foro y el Campo de Marte, distribuyendo la infima plebe en todas las tribus; y tal indignación excitaron los comicios en que fué nombrado Flavio, que la mayor parte de los nobles se despojaron de sus anillos de oro y de sus collares (1). Desde entonces quedó Roma dividida en dos partidos: formado uno de hombres honrados, adherido á los buenos ciudadanos y queriendo llevarlos á las magistraturas; el otro, de la facción del Foro. Este estado de cosas perseveró hasta la censura de P. Decio y de Q. Fabio, el cual, queriendo restablecer la concordia ó impedir que los comicios quedasen en manos del populacho, sacó aquella hez del Foro y la arrojó á las cuatro tribus, que llamó urbanas (2). Según se refiere, con tanto agrado se recibió esta sabia operación, que el epíteto de Máximo, que no pudo conseguir con tantas victorias, fué el premio de aquel feliz restablecimiento del equilibrio entre los órdenes. Dícese que también estableció en favor de los caballeros la fiesta ecuestre de los idus de Julio.

(1) Algunos intérpretes de los más modernos atribuyen á los caballeros las *phalerae*, que antes solamente se daban á los caballos.

(2) Conócense las tribus urbanas de Servio Tulio; por consiguiente, la operación de Fabio no fué cosa nueva, sino el restablecimiento del orden, turbado por el censor Apio.



LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO.

Envío de colonias á Sora, Alba y Carseolis.—Aumento del colegio de los augures.—Ley de apelación al pueblo.—Añádense dos tribus á las anteriores, la Aniense y la Terentina.—Guerra con los samnitas.—Expediciones de los generales P. Decio y Q. Fabio contra los etruscos, umbrios, samnitas y galos.—Grave peligro del ejército romano.—P. Decio se sacrifica por el ejército.—Papirio Cursor derrota á los samnitas.—Censo de los ciudadanos y clausura del lustro.—Laguna que comprende toda la primera guerra púnica.

Siendo cónsules L. Genucio y Ser. Cornelio, habían cesado las guerras exteriores. Enviáronse colonias á Sora y Alba (1). Seis mil colonos se inscribieron para Alba, en el país de los equos. A Sora, que pertenecía al territorio de los volscos, y de la que se habían apoderado los samnitas, enviaron cuatro mil colonos. En el mismo año recibieron el derecho de ciudadanía los ar-

(1) Sora era ya colonia romana; pero los antiguos habitantes habían matado á los colonos. El Alba de que aquí se trata es Alba Fucencia, situada al norte del lago Fusino, atribuida ordinariamente á los marsos y no á sus vecinos los equos.

pinatos y tribulanos (1). Convictos los frusinatos (2) de haber tratado de sublevar á los hérnicos, fueron condenados á perder la tercera parte de su territorio: los cónsules hicieron una investigación en virtud de un senatus-consulta, y los jefes de esta conjuración fueron azotados con varas y decapitados. Mas para que no pasase sin guerra este año, tuvo lugar una expedición poco importante á la Umbria, por la noticia de que bandidos armados, desde el fondo de una caverna hacían excursiones por los campos. Penetróse en aquella caverna con las enseñas al frente, y por causa de la obscuridad resultaron heridos muchos soldados, especialmente de pedradas. Al fin, cuando se descubrió la otra salida de la caverna (porque tenía dos), amontonaron leña en las dos bocas y la prendieron fuego. Cerca de dos mil hombres que estaban encerrados allí, quedaron ahogados por el humo y el calor, ó perecieron en las llamas, en las que se precipitaron buscando la fuga. Bajo los cónsules Marco Livio Dentor y Emilio, volvió á comenzar la guerra con los equos, quienes no pudiendo resignarse á ver una colonia establecida sobre sus fronteras como fortaleza amenazadora, acudieron á atacarla con extraordinaria energía, siendo rechazados por los mismos colonos. Por lo demás, era tan poco creíble que, debilitados como estaban los equos, se moviesen espontáneamente á la guerra, que produjeron profundo terror en Roma y á causa de aquella conmoción se nombró dictador á C. Junio Bubulco, quien se puso en campaña con Titinio, jefe de los caballeros, sometió á los equos desde el primer encuentro, entró triunfalmente en Roma al cabo de ocho días, é hizo, co-

(1) Los arpínatos no recibieron el derecho de sufragio. Había muchas Trébula; créese que se trata aquí de Trébula Mutusea, el país de los sabinos.

(2) Frusino, en el país de los volscos.

mo dictador, la dedicación del templo de la diosa Salud, que votó siendo cónsul y comenzó siendo censor.

Aquel mismo año una flota griega, mandada por el lacedemonio Cleonimo (1), abordó á las costas de Italia, apoderándose de la ciudad de Thurias, en el territorio de los salentinos. El cónsul Emilio, enviado contra estos enemigos, les dió batalla y les rechazó á sus naves. Devolvióse Thurias á sus antiguos poseedores, y quedó asegurada la paz en el país salentino. En algunos anales encuentro que fué el dictador Junio Bubulco quien marchó á socorrer á los salentinos, y que Cleonimo, previendo le llegada de los romanos, abandonó la Italia, dobló el cabo de Brindis y le arrastraron los vientos al medio del mar Adriático. Entonces, temiendo por la izquierda la costa sin puertos de Italia, y por la derecha los ilirios, los liburnios y los istrius, pueblos rudos, famosos sobre todo por sus depredaciones marítimas, penetró hasta el fondo del golfo, hacia la costa de los venetos. Haciendo desembarcar allí algunos de los suyos para reconocer el terreno, supo que la costa era una estrecha lengua de tierra; que cruzándola, se encontraban al otro lado lagunas bañadas por el agua del mar; que á corta distancia se veía la tierra, que presentaba primeramente una llanura continua y después colinas; que á continuación se encontraba la desembocadura de su río más profundo (este era el Meduaco) (2), en el que vieron entrar naves como en segura rada. Mandó Cleonimo dirigir la flota hacia aquel lado y remontar el río, cuyo lecho no era bastante profundo

(1) Este Cleonimo, hijo del rey Cleomenes, había sido enviado para socorrer á los tarentinos contra los lucanos y los romanos.

(2) Existen dos ríos de este nombre que vienen de los Alpes de Trento al territorio de los venetos. El *Meduacus major*, hoy Brenta, y el *Meduacus minor*, hoy Bachiglione.

para las naves mayores, por lo que se hizo pasar á las pequeñas multitud de soldados, que llegaron á campiñas muy pobladas, donde los paduanos tenían tres caseríos cercanos á la costa. Desembarcando allí y dejando muy pocos para la custodia de las naves, apoderáronse los griegos de los caseríos, los incendiaron, arrebataron muchos hombres y ganados, y arrastrados por el cebo del pillaje se alejan cada vez más de sus naves. Al enterarse de esto los habitantes de Padua, á quienes la vecindad de los galos tenía constantemente armados, dividen en dos cuerpos sus jóvenes guerreros; dirígese uno hacia el lado donde habían visto al enemigo disperso por el pillaje; el otro, temiendo encontrar en el camino alguna tropa de aquellos bandidos, tomó otra ruta y se dirigió al punto donde habían dejado las naves (distaba catorce millas de la ciudad). Mataron á los que las guardaban y se precipitaron sobre las embarcaciones pequeñas: asustados los marineros tienen que navegar hacia la otra orilla del río. Con igual éxito habían combatido en tierra contra los merodeadores. Dispersos por los campos, cuando los griegos quisieron volver á sus naves, encuentran á los venetos que se oponen á su paso, siendo envueltos por todas partes y destrozados. Por los prisioneros supieron que á tres millas de allí se encontraba la flota y el rey Cleonimo; y dejando en seguida los prisioneros custodiados en el caserío más inmediato, los habitantes de Padua, embarcándose unos en naves fluviales, muy á propósito por tener el fondo plano para atravesar las lagunas, y otros en los barcos pequeños de que se habían apoderado, se dirigen á la flota y rodean las naves, que permanecían inmóviles, temiendo, más que al enemigo, aquellos parajes que no conocían. Más apresurados en ganar la mar que en resistir, aquellas naves son perseguidas hasta la desembocadura del río, regresando los

vencedores después de haber tomado é incendiado algunas, que por la precipitación encallaron en los bajos. Cleonimo se retiró llevando apenas la quinta parte de su flota y no habiendo experimentado más que reverses en toda la parte del litoral del mar Adriático, donde había intentado desembarcar. Los espolones de las naves y los despojos arrebatados al enemigo permanecieron por mucho tiempo en un antiguo templo de Juno, donde los han visto muchos que viven todavía. En Padua se celebra anualmente el aniversario de este combate naval con un certamen solemne de barcas en el río que cruza la ciudad.

En este mismo año se ajustó en Roma un tratado con los vestinos, á petición de éstos. Decíase que iba á sublevarse la Etruria, habiendo comenzado el movimiento por turbulencias de los arretinos, que habían tomado las armas para arrojar á los Cilnios, familia muy poderosa, cuyas grandes riquezas eran objeto de envidia. Decíase también que, decididos los marsos á resistir, defendían el territorio de Carseolis (1), adonde se había enviado una colonia de cuatro mil hombres. Estos movimientos fueron causa de que se nombrase dictador á M. Valerio Máximo, quien tomó como jefe de los caballeros á M. Emilio Paulo, y no, como con menos probabilidad se ha dicho, á Q. Fabio, quien por su edad y después de haber obtenido los honores más grandes, no podía pasar á las órdenes de Valerio. En último caso, no creo imposible que el error proceda del epíteto de Máximo. Habiéndose puesto en camino el dictador al frente de un ejército, le bastó un combate para dispersar á los marsos; después, obligándoles á encerrarse en sus plazas, les tomó en pocos días Milonia, Plestina y Fresilia. Contentóse con imponerles por castigo la pér-

(1) En el país de los equos, cerca de las fronteras marsas.

dida de parte de sus tierras y les devolvió la alianza romana. Entonces llevaron la guerra á los etruscos. Durante la ausencia del dictador, que volvió á Roma para consultar de nuevo los auspicios, el jefe de los caballeros salió para forrajear y cayó en una emboscada, viéndose envuelto por todos lados. Perdió algunas enseñas, y después de terrible derrota y matanza de sus soldados, fué rechazado hasta su campamento. Esta derrota no puede atribuirse á Fabio, no solamente á causa de sus talentos militares, que le valieron muy especialmente su glorioso epíteto, sino porque, recordando la severidad de Papirio, jamás hubiese combatido sin las órdenes del dictador.

Estos reveses, exagerados en Roma, produjeron consternación, y como si hubiese quedado destruido el ejército, se proclamó la vacación de negocios (*justitium*); colocáronse guardias en las puertas, destacamentos recorrieron los diferentes barrios y se llevaron á las murallas armas de todas clases. Alistaron á cuantos se encontraban en edad de manejar las armas, y el dictador partió para el ejército, encontrándolo allí todo más tranquilo de lo que esperaba, restablecido el orden por los cuidados del jefe de los caballeros, las cohortes que habían perdido las enseñas dejadas sin tiendas fuera de las empalizadas, y los soldados impacientes por combatir para borrar la vergüenza de la derrota. Avanzó y fué á acampar al territorio de Rusela (1), adonde le siguieron los enemigos. Sus primeros triunfos les habían inspirado mayor confianza hasta para una batalla en campo raso; sin embargo, habiendo ensayado con fortuna la astucia, quisieron recurrir á ella otra vez. A corta distancia del campamento de los romanos se encontraban las ruinas de un caserío incendiado en la

(1) Adonde más adelante se envió una colonia romana.

devastación del país. En estas ruinas se ocultó un cuerpo de tropas, y se hizo marchar á algunos rebaños á la vista de un destacamento romano mandado por el legado Cn. Fulvio. No dejándose engañar ningún romano ni separándose de su puesto, un pastor avanzó hasta el pie mismo de la empalizada y grita á los otros que vacilaban en apoderarse de los matorrales con los rebaños: «¿Qué teméis? Podéis atravesar con seguridad el campamento romano.» Explicando estas palabras al legado algunos cerites, y habiendo excitado profunda indignación en los manipulos, aunque nadie se atrevía á moverse no habiendo recibido orden, el legado mandó á los que sabían la lengua de los enemigos que observasen si el lenguaje de aquellos pastores no era más bien el de la ciudad que el de los campos. Estos le dijeron que, efectivamente, el acento, la apostura y ademanes no revelaban sencillos pastores. Entonces mandó decirles que era trabajo inútil ocultar sus emboscadas; que el romano lo sabe todo, y que en adelante no es más posible sorprenderle por astucia que vencerle con las armas. Apenas se oyeron y repitieron estas palabras á los que estaban emboscados, cuando saliendo bruscamente de las ruinas, se desplegaron en campo raso. El legado no consideró bastante fuerte su destacamento para resistir á tantas tropas, y envió en seguida á pedir refuerzos al dictador, resistiendo entretanto al enemigo.

Al recibir la noticia, el dictador manda levantar las enseñas, prepararse al combate y ponerse en marcha; pero, en cierto modo, se habían adelantado á sus órdenes. Acto continuo se levantan las enseñas y corren á las armas; apenas podían contener los soldados el ardor que les dominaba, animados como estaban por la cólera de su reciente derrota y por los gritos de sus compañeros, más penetrantes á medida que se hacía

más enérgico el combate. Hostíganse, pues, unos á otros, y exhortan á los signíferos para que aceleren el paso. Cuanto más apresurados los ve el dictador, más contiene su marcha, prohibiéndolos acelerarla. Los etruscos, por el contrario, habiendo salido al principio del combate, tenían empleadas todas sus fuerzas. El dictador recibe mensajero tras mensajero para decirle que todas las legiones de los etruscos han tomado parte en la batalla, y que los suyos no pueden resistir más tiempo; él mismo ve desde una altura el inminente peligro en que se encuentra el destacamento; pero persuadido de que su legado puede resistir aún, y viéndose al alcance de sacarle del peligro si es necesario, quiere que el enemigo se fatigue todo lo posible para que sus soldados, descansados, encuentren un enemigo extenuado. A pesar de la lentitud de la marcha, no quedaba ya más que el espacio que necesita la caballería para un ataque impetuoso. Habían formado las primeras líneas de legiones de manera que quitasen al enemigo el temor de toda emboscada ó de cualquier ataque repentino, pero dejando entre las filas de peones espacio suficiente para el paso de la caballería. En el momento mismo en que el ejército lanzó el grito de combate, los jinetes parten á toda brida, caen sobre el enemigo como un huracán, y este inesperado ataque difundió repentinamente el terror; de suerte que si en poco estuvo llegase demasiado tarde el socorro á los romanos, ya casi envueltos, pudieron entonces respirar libremente. Las tropas descansadas continuaron el combate, que no fué largo ni dudoso. Fatigados los enemigos, regresaron á su campamento; y viéndolo á los romanos dispuestos á atacarlo, retroceden y se amontonan en el extremo opuesto. Demasiado estrecha la puerta para la multitud que se precipita por ella, detienen la huida; gran parte de ellos suben á los parapetos, esperando defenderse

gracias á una posición alta ó encontrar algún paso y escapar. Casualmente el borde del foso, poco firme en un punto, se derrumba al foso mismo bajo los pies de los que se mantenían encima. Entonces exclaman que los dioses les abren aquel camino para huir; la mayor parte arrojan las armas y escapan por aquella salida. Este combate descargó el segundo golpe al poder de los etruscos. El dictador, después de exigirles un año de sueldo para su ejército y víveres para dos meses, les permitió enviar legados á Roma para tratar de la paz; negóseles, y solamente se les concedió tregua por dos años. El dictador entró en Roma con los honores del triunfo. Tengo entre manos autores que aseguran no fué necesario librar ninguna batalla para pacificar la Etruria, y que las hazañas del dictador se limitaron á calmar las sediciones de los arretinos y á reconciliar con el pueblo la familia de los Cilnios. M. Valerio fué nombrado cónsul al dejar la dictadura. Han creído algunos historiadores que obtuvo este honor sin solicitarlo, hasta en ausencia suya, y que un inter-rey celebró los comicios. El único punto en que están de acuerdo es en que desempeñó el consulado con Apuleyo Pansa.

Siendo cónsules M. Valerio y Q. Apuleyo, todo se mantuvo bastante tranquilo en el exterior. El etrusco, abatido por sus derrotas y contenido por la tregua, no se movía; el samnita, domado por larga serie de desastres, no pensaba todavía en romper una alianza reciente. En Roma también permanecía tranquilo el pueblo, aliviado por la marcha de multitud de ciudadanos á las colonias. Sin embargo, para que la paz no reinase en todas partes á la vez, arrojaron tea de discordia entre los principales de la ciudad, patricios y plebeyos, los tribunos del pueblo Q. y Cn. Ogulnio. Estos, después de buscar mil pretextos para acusar á los patricios

ante el pueblo, imaginaron, tras muchas tentativas inútiles, un proyecto de ley á propósito para excitar, no al pópulacho, sino á los principales del pueblo y á los consulares y triunfadores plebeyos, á cuyos honores solamente faltaban los sacerdocios, que todavía no eran accesibles á todos. Como entonces no había más que cuatro augures y cuatro pontifices y debía aumentarse el número de sacerdotes, pidieron que los cuatro pontifices y cinco augures que se querían aumentar fuesen nombrados de los plebeyos. Que el número de augures estuviese reducido á cuatro, no veo medio de explicarlo sino por la muerte de dos de ellos; porque esa regla invariable de los augures que su número sea siempre impar, para que las tres tribus antiguas Ramnenses, Titinios y Lucerios, tenga cada una el suyo; de manera que si era necesario un aumento, era indispensable seguir el mismo procedimiento en el número, como se practicó en esta ocasión, cuando se añadieron cinco augures á los cuatro antiguos, para completar el número de nueve, á fin de que hubiese tres por cada tribu. Por lo demás, este aumento de sacerdotes, tomados todos del pueblo, no ofendía á los patricios más de lo que les ofendió el repartimiento del consulado entre los dos órdenes; pero tomaban por pretexto «que esta innovación se refería á los dioses más que á los hombres; que los dioses impedirían la profanación de su culto; que en cuanto á ellos, se limitaban á desear que no sobreviniese ningún daño á la república.» Estando acostumbrados á verse vencidos en este género de combates, no fué muy obstinada la resistencia; porque contemplaban á sus adversarios, no deseando ya las supremas dignidades en que antes ni siquiera se atrevían á pensar, sino en plena posesión de los títulos que habían disputado con inciertas esperanzas y contando ya con numerosos consulados, censuras y triunfos.

Sin embargo, en el momento de discutir la ley, hubo debates animados entre Ap. Claudio y P. Decio Mus. Después que adujeron acerca de los derechos de los patricios y los plebeyos casi las mismas razones que se alegaron en otro tiempo en contra de la ley Licinia, en la época en que se pedía el consulado para los plebeyos, Decio, según se refiere, presentó ante la imaginación de los presentes el cuadro de su padre tal como le vieron muchos de los que asistían en la asamblea, ceñido como los gabinos, los pies sobre la pica, en la actitud en que se sacrificó por el pueblo romano y las legiones. «Entonces, exclamó, ¿no pareció á los dioses el cónsul P. Decio víctima tan pura y santa como lo hubiese sido su colega? ¿Se hubiese creído que aquel mismo no podía, sin profanación, ser elegido ministro de los sacrificios del pueblo romano? Y en cuanto á él, ¿puede temerse que los dioses sean menos favorables á sus súplicas que á las de Ap. Claudio? ¿Hace Apio con más casto corazón los sacrificios domésticos y se muestra más religioso adorador de los dioses? ¿Temían que arrepentirse de los votos hechos en favor de la república por tantos cónsules plebeyos, por tantos dictadores, sea en el momento de partir para los ejércitos, sea durante las guerras? Contar los generales de cada ejército desde la época en que comenzaron los plebeyos á mandar en jefe y á dar los auspicios, equivaldría á contar otros tantos triunfos. En adelante los plebeyos no podían hacer otra cosa que felicitarse de sus nobles. Tenía por cierto que si estallaba alguna guerra inesperada, la esperanza del Senado y del pueblo romano no descansaría con menos confianza en los jefes nobles que en los plebeyos. Puesto que tanto en la guerra como en la paz han competido los jefes plebeyos con los nobles en hechos gloriosos, ¿qué dios ó qué hombre podrá extrañar que los varones á quienes habéis honrado con la

silla curul, la pretexta y la túnica palmeada (1), la toga bordada, el laurel de la corona triunfal, cuyas casas, que brillan entre todas, decoradas por vuestras propias manos con los despojos enemigos, que tales varones añadan á tantos títulos las insignias de pontifices y augures? Quien, ostentando los mismos ornamentos que Júpiter Optimo Máximo, haya subido al Capitolio después de atravesar la ciudad en dorado carro, ¿podrá causar extrañeza si se le vé con el *capis* (2) ó el *lituus* (3), ó con la cabeza cubierta, inmolando una víctima y consultando los augurios en lo alto de la fortaleza? ¿Leeráse sin asombro al pie de la imagen de un ciudadano la inscripción de su consulado, de su censura y de su triunfo, y si se añade que fué augur ó pontifex, no podrá soportarlo la vista del lector? A la verdad (y que los dioses me perdonen lo que digo), me lisonjeo de que en el punto en que nos han colocado los beneficios del pueblo romano, podemos dar al sacerdocio, desempeñándolo dignamente, el brillo que redundará sobre nosotros, antes por interés de los dioses que por el nuestro, al ver encargados de honrar en las solemnidades públicas á aquellos mismos á quienes rendimos culto privadamente.

»Pero ¿qué estoy diciendo, como si hubiese de decirse todavía acerca de las pretensiones de los patricios, y no estuviésemos ya en posesión de uno de los sacerdocios más augustos? Entre los decenviros ministros de la religión, intérpretes de los versos de la Sibila y de los destinos de este pueblo, presidiendo el sacrificio de Apolo (4) y otras ceremonias, vemos plebeyos.

(1) Traje conocido de los triunfadores, á los que pertenecian también la corona de laurel y el carro dorado.

(2) Taza de dos asas que usaban en los sacrificios.

(3) El cayado de los augures.

(4) Ignórase de qué sacrificio al dios Apolo habla Tito Livio.

No se hace injusticia alguna á los patricios aumentando el número de estos ministros, que hasta el presente se han fijado en dos en favor de los plebeyos; y si hoy un tribuno enérgico y valeroso añade para el pueblo cinco plazas de augures y cuatro pontifices, no es para desposeeros, Apio, sino para que los plebeyos os ayuden en la administración de las cosas divinas, como os ayudan con todo su poder en la administración de las humanas. No te avergüence, Apio, tener por colega en el pontificado al que hubieses podido tener por compañero en el consulado y en la censura; aquel de quien puedes ser jefe de los caballeros si es nombrado dictador, como puede serlo tuyo si se te eleva á esa magistratura suprema. Aquel sabino, aquel extranjero, tronco de vuestra nobleza, á quien llamáis Ato Clauso ó Apio Claudio, recibido fué en sus filas por los patricios antiguos; no desdeñes tú admitirnos en el número de los sacerdotes. Ostentamos muchos títulos; no diré más, pero sí los mismos que os han hecho tan soberbio. L. Sextio fué el primer cónsul plebeyo, C. Licinio Stolo el primer jefe de los caballeros, C. Marcio Rutilo el primer dictador, el primer censor; Q. Publilio Filo el primer pretor. Siempre os hemos oído igual lenguaje: que á vosotros solos corresponden los auspicios; que vosotros solos habéis recibido de los antepasados títulos legítimos para mandar bajo vuestros propios auspicios en la paz y en la guerra. Sin embargo, hasta ahora, el plebeyo no ha mandado con menos éxito que el patricio, y siempre sucederá lo mismo. ¿No habéis oído nunca decir que los primeros patricios no bajaron del cielo, sino que se reconoció como tales á los que pudieron citar sus padres, es decir, hombres nacidos de padres libres y nada más? En cuanto á mi, puedo citar ya por padre á un cónsul, y mi hijo podrá muy pronto citarle como abuelo. En el fondo, ¡oh romanos! todo se reduce

á que, para conseguir, soportamos siempre una negativa. Los patricios solamente desean oponerse, sin atender al resultado de su oposición. Por mi parte solamente deseo que, para honra y felicidad del pueblo y de la república, esta ley, en conformidad con la petición que se os hace, reciba vuestra aprobación.»

Quería el pueblo que se convocasen inmediatamente las tribus, y parecía cierto que se adoptaría la ley; pero la oposición de algunos tribunos impidió que se hiciese nada aquel día. Al siguiente no quisieron persistir los que se oponían, y se aprobó la ley por gran mayoría. Crearon pontífices á P. Decio Mus, que había defendido la ley; á P. Sempronio Sofo, C. Marcio Rutilo y M. Livio Denter. Los cinco augures, nombrados también del pueblo, fueron C. Genucio, P. Elio Peto, M. Minucio Teso, C. Marcio y T. Publilio. Así, pues, el número de los pontífices se elevó á ocho, y á nueve el de los augures. En el mismo año, el cónsul M. Valerio presentó en favor de la apelación al pueblo una ley nueva, redactada con más cuidado que las anteriores (1); era la tercera vez, después de la expulsión de los reyes, que se presentaba una ley semejante, y siempre por individuos de la misma familia. No puedo explicar esta frecuente renovación de la misma ley, sino es suponiendo que la influencia de algunos grandes conseguía siempre triunfar de la libertad del pueblo. Sin embargo, parece que la ley Porcia (2) fué la única que garantizó la inviolabilidad

(1) Indica con esto que la nueva ley se redactó con más cuidado que las anteriores relativas al mismo asunto. La primera la presentó Valerio Publicola y la segunda Valerio Potito.

(2) Tito Livio cita esta ley para hacer ver la diferencia de criterio que, en dos épocas diferentes, había inspirado dos leyes sobre el mismo asunto. La ley Porcia permitía á los condenados desterrarse, en vez de soportar el suplicio. En el año 556 la sostuvo M. Porcio Cato Censorio, pero se cree que la propuso el tribuno del pueblo P. Porcio Lusa.

del ciudadano, porque contenía disposiciones severas contra el que azotase ó diese muerte á un romano. La ley Valeria prohibía azotar ó decapitar al que hubiese apelado al pueblo, sin añadir más que cometería mala acción el que contraviniese á la ley. La honradez de aquella época hizo, á lo que creo, que se considerase esto suficiente para asegurar el cumplimiento de la ley. Hoy apenas osarían hacer formalmente estas amenazas. El mismo cónsul hizo á los equos una guerra que en manera alguna merece la atención de la historia, no habiendo conservado aquel pueblo de su antigua fortuna más que su carácter levantisco. Apuleyo, el otro cónsul, puso sitio á la ciudad de Nequino en la Umbria; el paraje era escarpado y cortado á pico por el lado en que actualmente se encuentra Narnia, y no era posible tomar la plaza á viva fuerza ni por trabajos de fortificación. Así fué que lo dejó todo por nombrar á los nuevos cónsules M. Fulvio Petino y T. Manlio Torcuato. Según el relato de Macer Licinio y de Tuberón, Fabio, á quien todas las centurias querían nombrar cónsul aquel año, sin que lo hubiese pedido, persuadió á la asamblea á que dejase su consulado para un año en que se temiesen guerras más serias; que en el presente serviría mejor á la república en una magistratura civil. Así, pues, no ocultando lo que prefería, aunque sin solicitar nada, fué nombrado edil curul con Papirio Cursor. Lejos estoy de considerar ciertos estos hechos, porque Pisón, analista más antiguo, refiere que este año fueron ediles curules C. Domicio Calvino, hijo de Cneo y Sp. Carvilio Máximo, hijo de Quinto. Supongo que el epíteto de Máximo ha sido causa del error con relación á los ediles y que después se inventaría esta fábula complicada con elecciones edilicias y consulares. En este año también tuvo lugar la clausura del lustro por los censores P. Sempronio Sofo y P. Sulpicio Saverrio;

añadiéndose á las anteriores dos tribus, la Anienense y la Terentina. Esto fué lo que ocurrió en Roma.

Entretanto prolongábase el sitio de Nequino, cuando dos vecinos de la ciudad, cuyas casas estaban contiguas á la muralla, habiendo abierto un subterráneo, llegaron por este camino secreto á los primeros puestos de los romanos: llevados desde allí al cónsul, se comprometieron á introducir alguna fuerza armada en la ciudad. No se despreció aquel ofrecimiento, aunque se creyó prudente no confiar con excesiva ligereza, envióse con uno de ellos (el otro quedó en rehenes) dos romanos encargados de examinarlo todo cuidadosamente. Por el tranquilizador relato que hicieron, trescientos soldados armados, bajo la dirección del desertor, penetraron en la plaza, y se apoderaron durante la noche de la puerta más cercana; y cuando la rompieron, el cónsul y el ejército entraron sin combatir en la ciudad. De esta manera cayó Nequino en poder del pueblo romano. Para contener á los umbrios, mandóse allí una colonia que se llamó Narnia (1) á causa del río que pasa por allí. El ejército regresó á Roma con botín considerable. Aquel mismo año los etruscos despreciando la tregua, se disponían para la guerra; pero mientras hacían los preparativos, invadió su territorio un ejército de galos, y les separó por algún tiempo de su proyecto. Después, contando con sus riquezas, que les hacían poderosos, procuran ganar á los galos y hacerlos aliados suyos con objeto de ayudarse con aquel ejército en su guerra contra Roma. No rechazaron los bárbaros la alianza y trataron del precio. Entregóse la cantidad, y estando ya dispuesto todo para la guerra, el etrusco manda á los galos que le sigan; niegan éstos que se hayan comprometido á hacer la guerra á los romanos,

(1) Hoy Narni.

pretendiendo haber recibido el dinero que se les ha dado para no devastar los campos de la Etruria y no inquietar á los habitantes. «Sin embargo, si los etruscos lo exigen, tomarán parte en la guerra, pero bajo la condición expresa de que les cederán una parte del territorio y que al fin se establecerán sólidamente.» Con este motivo se celebraron frecuentes reuniones en los pueblos de la Etruria; pero nada pudo ultimarse, menos á causa del sacrificio de parte del territorio, que por la repugnancia que todos experimentaban á recibir en su proximidad hombres de tan tosco carácter. De esta manera fueron despedidos los galos, cargados de riquezas que no les habían costado trabajo ni peligro. Experimentáronse en Roma grandes alarmas cuando se oyó decir que se unía á la guerra con la Etruria una invasión de los galos, por lo que se apresuraron á concluir alianza con el pueblo picentino.

Los asuntos de Etruria tocaron en suerte al cónsul T. Manlio; quien apenas entrado en territorio enemigo, en una maniobra de caballería, su caballo, que revolvió con extraordinaria rapidez, le arrojó con tal violencia, que estuvo á punto de expirar en el acto: murió tres días después por consecuencia de la caída. Esto fué á los ojos de los etruscos buen agüero para la guerra; y repetían que los dioses, declarados en su favor, habían descargado el primer golpe, entregándose á brillantes esperanzas. La noticia entristeció en Roma á los ciudadanos, porque se deploraba al cónsul y se deducían funestos presagios de aquella desgracia. El resultado de los comicios, conforme con el deseo de los ciudadanos principales, pudo solamente impedir que los senadores mandasen nombrar dictador. Todas las centurias por unanimidad de votos nombraron cónsul á M. Valerio, á quien el Senado hubiese pedido por dictador, mandándole partir inmediatamente para la Etruria. Su

llegada comprimió á los etruscos, hasta el punto de no atreverse á salir de sus parapetos, mostrándose abatidos como sitiados. El nuevo cónsul no pudo atraerlos al combate ni por la devastación de los campos, ni por el incendio de sus casas, aunque por todos lados, no solamente las moradas aisladas, sino los caseríos más poblados, solamente presentaban á sus ojos humeantes ruinas. Mientras se hacía esta guerra con más lentitud que era de esperar, sobrevino otra, que por los sangrientos reveses que sucesivamente habían experimentado los dos partidos, debía inspirar profundos cuidados. Los picentinos, nuevos aliados de Roma, vinieron á decir que «los samnitas se preparaban para la rebelión y la guerra, y que les habían solicitado.» Decretóse se diesen públicas gracias á los picentinos, y casi toda la atención del Senado pasó de la Etruria á los samnitas. También produjo inquietud en Roma la carestía de víveres, y se hubiesen visto reducidos á la escasez más espantosa, si como han escrito los que pretenden que Fabio Máximo fué edil aquel año, la actividad que aquel varón eminente había desplegado con tanta frecuencia en sus operaciones militares, no la hubiese aplicado á su administración, tanto en el reparto de subsistencias, como en la compra y transporte de trigo. En este año, aunque no se dice la razón, hubo un interregno; siendo inter-reyes Ap. Claudio y después P. Sulpicio. Este celebró los comicios consulares, creando cónsules á L. Cornelio Escipión y Cn. Fulvio. Al principio de este año presentáronse á los nuevos cónsules legados de la Lucania quejándose de los samnitas, que disgustados porque no habían podido arrastrarles con sus ofrecimientos á sus proyectos de guerra, habían entrado armados en su territorio para devastarlo y obligarles á la guerra por la guerra. El pueblo lucano había errado mucho en el pasado; pero ahora estaba

irrevocablemente decidido á soportarlo todo, antes que faltar al nombre romano. Rogaban, pues, al Senado tomase al pueblo lucano bajo su protección y la defendiese contra las violentas agresiones de los samnitas. Aunque al declararse en contra de éstos, se habían puesto en la necesidad de ser en adelante fieles á Roma, estaban, sin embargo, dispuestos á entregar rehenes.

Breve fué la discusión del Senado; opinando todos sin excepción que era necesario hacer alianza con los lucanos y pedir satisfacción á los samnitas. Mostróse mucha benevolencia á los lucanos y se celebró un tratado con ellos. Enviáronse faciales para que intimasen á los samnitas la evacuación del territorio de los aliados y sacasen su ejército de los confines de la Lucania; enviados samnitas les salieron al encuentro, manifestándoles que «si se presentaban en una asamblea del Samnio, no saldrían incólumes.» Cuando se supo en Roma lo ocurrido, el Senado decretó y el pueblo ordenó la guerra contra los samnitas. Los cónsules se repartieron las provincias, tocando á Escipión la Etruria y el Samnio á Fulvio, partiendo cada uno para su guerra. Esperaba Escipión una guerra lenta, una campaña parecida á la del año anterior, pero el enemigo vino á Volterra á presentarle batalla. Combatióse durante la mayor parte del día, con grandes estragos por ambas partes, permaneciendo indecisa la victoria cuando sobrevino la noche. La luz de la mañana hizo ver quién era el vencedor y quién el vencido; los etruscos habían abandonado el campo durante el silencio de la noche. El romano, que había salido en batalla, viéndose en posesión de la victoria por la retirada de los enemigos, avanza hasta su campamento, que encuentra abandonado, se apodera de él y recoge inmenso botín, porque aquel campamento estaba organizado para larga estancia y lo habían abandonado con suma precipitación. Habien-

do acudido todas las tropas al territorio de los faliscos, dejaron los bagajes en Falerias, bajo la guarda de débiles fuerzas, y no teniendo el ejército nada que estorbase su marcha, se dedicó á talar el país enemigo; todo quedó asolado por el hierro y el fuego; arrebatóse el botín por todos lados; no se limitaron á dejar al enemigo un suelo despojado, los castillos y los caseríos fueron incendiados; pero renunciaron por el momento á poner sitio á las ciudades, en donde se habían refugiado por terror los etruscos. El cónsul Cn. Fulvio dió en el Samnio, cerca de Boviano, un combate memorable, cuyo resultado no fué dudoso: en seguida atacó á Boviano y poco después á Anfidená, de la que se apoderó por la fuerza.

En el mismo año se llevó una colonia á Caseolos, en el territorio de los equícolas. El cónsul Fulvio triunfó de los samnitas. Al acercarse los comicios consulares, corrió el rumor de que levantaban grandes ejércitos los etruscos y los samnitas; que en todas las asambleas lanzaban violentas reconvenções á los jefes etruscos porque no habían arrastrado á toda costa á los galos á la guerra; que se censuraba abiertamente á los magistrados samnitas por no haber opuesto á los romanos más que el ejército destinado á marchar contra los lucanos; que los enemigos iban á entrar en campaña con las fuerzas de sus aliados reunidas con las propias, y que tendría que sostenerse una lucha muy desigual. En medio de estas alarmas, todos los ojos, no obstante la importancia de los que pedían el consulado, se fijaron en Q. Fabio Máximo, que al principio no estaba en el número de los candidatos, y que viendo los ánimos inclinados á su elección, llegó á rehusar. «¿Para qué lanzar de nuevo á los negocios á un anciano que ya había recorrido su carrera de trabajos y honores? Ya no tenía el mismo vigor de cuerpo y de espíritu; temía hasta á su for-

tuna, que podía parecer á algún dios más grande y duradera de lo que permiten las vicisitudes humanas. Si había sucedido en gloria á jefes más antiguos, á su vez veía con satisfacción que otros se elevaban á la altura de su gloria. En Roma no faltaban las grandes dignidades á los hombres de mérito, ni hombres de mérito para las grandes dignidades.» Esta moderación excitaba más y más el entusiasmo de los ciudadanos. Creyendo deber obligarles por la autoridad de las leyes, mandó dar lectura á la que impedía nombrar cónsul al mismo ciudadano antes de haber transcurrido diez años; lectura que apenas se escuchó á causa del ruido; y los tribunos del pueblo decían que no habría obstáculo por este lado y que proponían al pueblo le dispensase de las leyes; pero él persistía en su negativa, preguntando: «¿De qué servía dar leyes si habían de eludir las aquellos mismos que las presentaban? Ahora se doblegaban las leyes en vez de doblegarse ante ellas.» El pueblo, sin embargo, marchaba á la votación, y cada centuria, á medida que era llamada al recinto, nombraba cónsul á Fabio por considerable mayoría. No pudiendo entonces resistir al deseo general, dijo: «¿Que los dioses aprueben lo que acabáis de hacer y en adelante hagáis, oh romanos! Por lo demás, puesto que obráis conmigo como os place, que valga mi recomendación para elegir mi colega; yo os ruego que nombréis cónsul conmigo á P. Decio, á quien tuve ya por compañero en un consulado anterior, varón digno de vosotros y digno de su padre.» Justa pareció la petición, y todas las centurias que quedaban nombraron cónsules á Q. Fabio y á P. Decio. Los ediles demandaron á muchos ciudadanos porque poseían más terreno del que permitía la ley, y no se absolvió casi á ninguno, severidad que fué poderoso freno contra las invasiones de la codicia.

Mientras los nuevos cónsules Q. Fabio Máximo y

P. Decio Mus, que lo eran el primero por cuarta vez y el segundo por tercera, discutían cuál de ellos se encargaría de los etruscos ó de los samnitas, qué número de tropas exigía cada guerra y para cuál de ellas era más á propósito el uno ó el otro general, llegaron legados de Sutrio, Nepente y Falernas, anunciando que se celebraban asambleas en Etruria para decidir condiciones de paz; esta noticia hizo descargar sobre el Samnio todo el peso de la guerra. Partieron los cónsules, y con objeto de procurarse más fácilmente víveres y mantener al enemigo en mayor incertidumbre acerca del punto por donde comenzaría la guerra, llevaron las legiones al Samnio, Fabio por el territorio de Sora y Decio por el de Sediemo. Cuando llegaron á las fronteras enemigas, uno y otro cónsul diseminaron sus tropas y avanzaron talando el país; pero con la precaución, sin embargo, de adelantar los reconocimientos más que el pillaje. Por esta precaución no les sorprendió el enemigo, que se había apostado cerca de Tiferno, en un valle cubierto de bosques, donde lo preparó todo para caer desde lo alto de una eminencia sobre el ejército romano, comprometido en la parte estrecha del valle. Fabio, después de colocar en sitio seguro sus bagajes bajo la custodia de algunas fuerzas y prevenido á sus soldados que se iba á combatir, hizo avanzar al ejército formando cuadro hacia la emboscada del enemigo que acabamos de mencionar. Habiendo perdido los samnitas la esperanza de sorprender á los romanos, y viendo que ya no podían combatir más que al descubierto, prefirieron correr los riesgos de una batalla campal. Bajaron, pues, á la llanura y se entregaron á la fortuna con más decisión que confianza: por lo demás, bien porque hubiesen reunido lo más animoso de cada pueblo del Samnio, sea que aquel trance decisivo inflamase su valor, no dejaron de inspirar algún miedo aun

en aquel combate á campo raso. Viendo Fabio que el enemigo no perdía terreno en ningún lado, mandó á M. Fulvio y á M. Valerio, tribunos de los soldados, con quienes había acudido á la primera línea, «que marchasen á exhortar á los jinetes en nombre de los señalados servicios que tantas veces habian prestado los caballeros á la república, para que hiciesen aquel día todos los esfuerzos posibles para conservar la inalterable gloria de su orden. En la lucha con la infantería, el enemigo era inquebrantable; nada podía esperarse si no era de un ataque impetuoso de la caballería.» Después, dirigiéndose á aquellos dos jóvenes, llamándoles por sus nombres con el acento más afectuoso, les prodiga alabanzas y promesas. Por lo demás, persuadido de que si aquella medida no daba resultado, siendo ineficaz la fuerza, tendría que recurrir á la astucia, mandó á su legado Escipión retirar del campo de batalla á los hastatos de la primera legión, y llevarles por senderos extraviados, lo más secretamente posible, á las montañas inmediatas; en seguida, cuidando constantemente de ocultar su marcha, ganar con ellos la cumbre de aquellas montañas, desde las que se presentarían de pronto al enemigo por su retaguardia. Los jinetes, guiados por los tribunos, habiéndose colocado bruscamente delante de las enseñas, no pertubaron más al enemigo que á los romanos. El ejército samnita se mantuvo firme ante su impetu, y por ningún lado se le pudo desordenar ni hacerle retroceder. Viendo la inutilidad de su tentativa, los jinetes abandonaron el combate y se retiraron detrás de los peones: esto aumentó la audacia del enemigo. Extenuada la primera línea por aquel obstinado combate, no hubiese podido resistir aquel aumento de energía que daba al enemigo el convencimiento de su propia fuerza, si el cónsul no la hubiese hecho reemplazar por la segunda. Estas tropas frescas detuvieron

á los samnitas, que se precipitaban ya adelante, y la vista inesperada de las enseñas que aparecieron oportunamente en las alturas, los gritos que lanzó aquel destacamento, difundió terror en los samnitas, aumentando Fabio gritando que se acercaba su colega Decio. Al escuchar estas palabras, llenos de regocijo los soldados, se dicen recíprocamente que es el otro cónsul, que llegan sus legiones, y aquel error, al mismo tiempo que es útil á los romanos, produjo espanto á los samnitas, que emprenden la fuga, asustados especialmente por el peligro de verse abrumados, en el caso sancio que les dominaba, por tropas de refresco que iban á atacar por primera vez. Pero como se dispersaron por todos lados, su pérdida no estuvo en proporción con la derrota. Matáronles tres mil cuatrocientos hombres, se les cogieron cerca de ochocientos treinta y se apoderaron de veintitrés enseñas.

Antes de esta batalla se hubiesen unido á los samnitas los apulios, si el cónsul P. Decio no les hubiera detenido cerca de Malavento, atrayéndoles al combate y deshaciéndoles. También allí fué mayor la derrota que la pérdida: los apulios no perdieron más que dos mil hombres, y Decio, despreciando aquel enemigo, llevó sus legiones al Samnio. Entonces recorrieron el país los dos ejércitos consulares en dirección opuesta, y durante cinco meses lo devastaron por completo. Decio ocupó en el Samnio cuarenta y cinco campamentos y el otro cónsul ochenta y seis, todos fáciles de reconocer, menos por los vestigios de las empalizadas y de los foros, que por la devastación y despoblación de las intermediaciones, señal mucho más evidente de su paso por aquellas comarcas. Fabio tomó además la ciudad de Címetra, haciendo en ella dos mil cuatrocientos prisioneros y mató al enemigo cerca de cuatrocientos treinta y tres hombres. Habiendo regresado desde allí á Roma para

celebrar los comicios, apresuróse á terminar esta operación. Como las primeras centurias nombraban unánimemente cónsul á Q. Fabio, Ap. Claudio, candidato consular, hombre ardiente y ambicioso, tanto por su propio interés cuanto por el del patriciado, que hubiese querido volver á poner en posesión de los dos puestos de cónsul, reuniendo á su influencia personal toda la de la nobleza, se obstinó en hacerse nombrar cónsul con Q. Fabio. Este se negó al principio y empleó casi las mismas razones que adujo el año anterior; la nobleza entera rodea su silla curul: todos le instan para que arranque el consulado del fango plebeyo y devuelva á aquel cargo su anterior majestad y á las familias patricias su antigua gloria. Habiendo impuesto silencio Fabio calmó aquella excitación de los ánimos con moderadas palabras, diciendo: «Que con gusto habría recibido los nombres de dos patricios, si hubiese visto nombrar cónsul á otro ciudadano que él; pero que sin desprecio de las leyes, no podía ocuparse de sí mismo en los comicios y que jamás daría aquel funesto ejemplo.» Así, pues, el plebeyo L. Volumnio fué nombrado cónsul con Ap. Claudio; éstos fueron colegas en su primer consulado. La nobleza reconvino entonces á Fabio porque había tenido la concurrencia de Ap. Claudio en el consulado, teniendo Apio por su elocuencia y habilidad en los negocios reconocida superioridad.

Terminados los comicios, recibieron orden los antiguos cónsules de continuar la guerra en el Samnio y les prorrogaron el mando por seis meses. Así, pues, en el año siguiente, bajo el consulado de L. Volumnio y de Ap. Claudio, P. Decio, á quien su colega había dejado cónsul en el Samnio, nombrado procónsul, no cesó de talar el país, y concluyó por arrojar completamente al ejército samnita, que nunca quiso correr los riesgos del combate. Este ejército pasó á la Etruria, y

allí, lisonjeándose de que la presencia de tan considerable número de soldados, sosteniendo sus peticiones por el terror, obrarían con más eficacia de la que consiguieron sus infructuosas diputaciones, exigieron la reunión de los principales jefes etruscos. Cuando estuvieron reunidos expusieron los samnitas el considerable número de años que estaban combatiendo por la libertad en contra de los romanos. «Todo lo han puesto en obra para sostener con sus propias fuerzas el peso de tan temible guerra; han tratado de conseguir socorros, poco importantes en último caso, de los pueblos vecinos; han pedido la paz al pueblo romano, cuando se han visto en la imposibilidad de continuar la guerra; han empunado de nuevo las armas, porque la paz con la servidumbre es más insostenible que la guerra con la libertad. Ya no tienen otra esperanza que los etruscos; saben que esta nación es la más poderosa de Italia, por sus armas, sus guerreros y sus riquezas: tiene por vecinos los galos, nacidos entre el hierro y las armas, naturalmente intrépidos y sobre todo contra los romanos, lisonjeándose, no sin razón, de haberles vencido y obligado á rescatarse con oro. Que se penetren los etruscos del mismo espíritu que en otro tiempo animó á Porsena y á sus antepasados, y no se tardará en arrojarles al otro lado del Tíber y en obligar á aquellos tiranos de la Italia á combatir por su propia salvación y no por su odioso mando. Ha llegado un ejército samnita bien equipado, bien provisto de armas y dinero, dispuesto á seguirles por todas partes, hasta para sitiar á la misma Roma.»

Mientras procuraban conmover la Etruria con este altivo lenguaje, la guerra romana devoraba su país. Informado P. Decio por sus exploradores de la marcha del ejército samnita, reunió inmediatamente su consejo: «¿Por qué hemos de limitarnos, dijo, á vagar por los

campos y á pasear la guerra de caserío en caserío? ¿Por qué no atacamos ciudades y murallas? Ya no hay ejército que defienda el Samnio; el enemigo ha abandonado su país, imponiéndose espontáneamente el destierro.» Habiendo adoptado todos esta opinión, les llevó al ataque de Murgancia, ciudad fortificada, desplegando tanto ardor los soldados, excitados á la vez por el cariño que profesaban á su jefe y por la esperanza de botín más rico que el que habían recogido en los campos, que en un solo día tomaron por fuerza la plaza. En ella encontraron armados dos mil cien samnitas, que fueron envueltos y hechos prisioneros, recogiendo también considerable botín. Temiendo Decio que el pesado bagaje perjudicara los movimientos del ejército, mandó convocar los soldados: «¿Os contentaréis, les dijo, con esta victoria y este botín? ¿No queréis levantar vuestras esperanzas al nivel de vuestro valor? Todas las ciudades de los samnitas y las riquezas que encierran son vuestras, porque en tantos combates habéis derrotado sus legiones, que al fin las habéis arrojado del territorio. Vended lo que habéis cogido, y con el cebo de la ganancia atraed al negociante en pos del ejército; muy pronto os proporcionaré nuevos objetos que vender. Marchemos de aquí á la ciudad de Romulea, que no os costará mayores esfuerzos y os dará botín más rico.» Una vez vendido el botín, apresurando ellos mismos al general, se dirigen á Romulea. Allí también, sin recurrir á trabajos ni máquinas, una vez puestos al alcance, arrojando todo lo que podía defender las inmediaciones, corren á apoyar las escalas y llegan á lo alto de las murallas. La ciudad fué tomada y entregada al pillaje. Perecieron allí dos mil seiscientos hombres y fueron hechos prisioneros seis mil. Dueño el soldado de considerable botín, tuvo que venderlo como la primera vez: llevado de allí á Terentino, aunque no le dejaban tiem-

po para descansar, marchó con extraordinario apresuramiento. Aquí encontraron mayores trabajos y peligros; las murallas fueron defendidas con heroico valor, además de que la plaza estaba protegida por sus fortificaciones y posición; pero acostumbrado al pillaje el soldado, venció todos los obstáculos. Cerca de tres mil enemigos fueron muertos en las murallas; el botín fué para el soldado. Algunos anales atribuyen principalmente á Maximo el honor de estos triunfos; diciéndose en ellos que Decio tomó á Murgancia, y Fabio á Ferentino y Romulea. Algunos historiadores atribuyen la gloria á los nuevos cónsules; otros á uno solamente, L. Volumnio, á quien tocó por suerte el Samnio.

Mientras esto acontecía en el Samnio, bajo el mando y los auspicios de uno ú otro general, preparábase en Etruria numerosa coalición de pueblos, de la que iba á resultar terrible guerra contra los romanos: habíala formado el samnita Gelio Egracio. Casi todos los toscanos habian tomado las armas: el contagio se habia propagado á los pueblos de la Umbria más inmediatos, y se compraba por dinero el socorro de los galos. El punto de cita para aquella multitud era el campamento de los samnitas. Cuando se conocieron en Roma estos imprevistos movimientos, el cónsul Volumnio habia partido ya para el Samnio con la segunda y tercera legión de quince mil aliados, y se decidió hacer marchar todo lo más pronto posible á Ap. Claudio para la Etruria. Siguiéronle dos legiones romanas, la primera y la cuarta, y doce mil aliados, marchando á acampar á corta distancia del enemigo. La principal ventaja de la pronta llegada de Claudio, fué que el temor del nombre romano contuvo algunos pueblos de la Etruria dispuestos á tomar las armas; por lo demás, el cónsul mostró poca habilidad y no obtuvo éxito; trabando muchos combates en posiciones y circunstancias desfavorables. La

confianza que estas pequeñas ventajas daban al enemigo, le hacian más molesto cada día, y casi se habia llegado al extremo de que el soldado no confiaba ya en su general ni el general en el soldado. Encuentro en tres analistas que escribió á su colega para que fuese del Samnio á socorrerle; sin embargo, resisto dar como cierto este hecho, cuando veo que entre dos cónsules del pueblo romano, revestidos ya por segunda vez con esta dignidad, este mismo punto fué objeto de debate, diciendo Apio que no habia escrito y asegurando Volumnio que no habia marchado sino por la carta de su colega. Volumnio habia tomado ya en el Samnio tres fortalezas, en las que habia matado al enemigo cerca de tres mil hombres y hecho cerca de mil quinientos prisioneros; además habia reprimido en los lucanos sediciones excitadas por los plebeyos é indigentes que les capitaneaban, enviando allí á Q. Fabio con su antiguo ejército, que fué poderosamente secundado por los magnates del país. Dejando á Decio el cuidado de saquear el territorio enemigo, se puso en marcha con sus tropas para unirse con su colega en la Etruria. Su llegada produjo universal alegría. En mi opinión, Apio, que tenia el convencimiento de lo que habia hecho, debió irritarse justamente, si, en efecto, no habia escrito; pero si habia necesitado socorros, era pequeñez é ingratitud negarlo. Después de saludarle, adelantándose Apio hacia su colega, le dijo: «Marcha todo bien, Volumnio? ¿Cómo están los asuntos del Samnio? ¿Qué motivo ha podido impulsarte á abandonar tu provincia?» Volumnio contestó: «Que los asuntos del Samnio eran satisfactorios; que habia venido por la carta en que le llamaba; que si la carta era falsa y no se necesitaban sus servicios en la Etruria, en el mismo momento iba á retroceder. Parte, pues, le dijo; no se te detiene. Porque no es conveniente que bastando apenas quizá para la guerra de

que estás encargado, puedas vanagloriarte de haber venido aquí á socorrernos.» Volumnio exclamó: «Quiera Hércules que todo marche bien. Preferible es haber tomado un trabajo inútil á presenciar alguna desgracia que hiciese insuficiente para la Etruria un solo ejército consular.»

Ya se separaban los cónsules, cuando los legados y tribunos del ejército de Apio les rodean: unos suplican á su general que no rechace un socorro que le ofrecía la fortuna y que el mismo debió solicitar; la mayor parte se lanzan delante de Volumnio que partía y le suplicaban que no perdiese á la república por un deplorable debate con su colega. «Si sobrevenia algún desastre, antes se achacaría al que se habría retirado que al que quedaría abandonado. Las cosas se encontraban en tal estado que la gloria ó la vergüenza del resultado de la campaña en la Etruria recaería completamente sobre L. Volumnio: no se fijarían en los discursos de Apio, sino en la suerte de los ejércitos. Si Apio le rechazaba, la república y el ejército le retenían; bastábale observar las disposiciones de los soldados.» En medio de estas observaciones y de estas instancias, llevaron á los cónsules, casi forzosamente, á la gran explanada del campamento donde estaban reunidos los soldados. Allí se pronunciaron largos discursos sobre poco más ó menos en el mismo sentido de lo que se había dicho hasta entonces en grupos poco numerosos; y como Volumnio, cuya causa era la mejor, había mostrado cierto talento oratorio, hasta delante de la renombrada elocuencia de su colega, Apio le dijo como burlándose: «Que debían agradecerle haber hecho un cónsul elocuente de un hombre cuya lengua parecía trabada; que durante su primer consulado, sobre todo en los primeros meses, no había desplegado los labios y que ahora prodigaba las arengas populares.» «Sería incomparablemente me-

yor, dijo Volumnio, que hubieses aprendido de mí á hacer mejor la guerra, que yo de ti á hablar bien. Y concluyó por proponerle un medio que debía decidir, no quién fuese mejor orador, cosa que importaba muy poco á la república, sino quién era mejor general. Dos provincias había, la Etruria y el Samnio: que tomase Apio la que prefiriese, y él, en la Etruria ó en el Samnio, sabría cumplir su deber con su ejército.» Entonces comenzaron á gritar los soldados que era indispensable que los dos reunidos emprendiesen la guerra de la Etruria. A esta manifestación de la voluntad de las tropas, dijo Volumnio: «Puesto que me he engañado al interpretar las intenciones de mi colega, no me expondré á engañarme acerca de las vuestras. Dadme á conocer con vuestros gritos si debo permanecer ó retirarme.» Entonces se alzó tal clamor, que los enemigos salieron de su campamento armados en batalla. Volumnio, por su parte, mandó tocar ataque y sacar las enseñas del campamento. Dicese que Apio vaciló, viendo que, ora combatiere, ora permaneciese en reposo, su colega alcanzaría la victoria; que temiendo en seguida que sus propias legiones siguiesen á Volumnio, dió también la señal que pedían con insistencia. Por ningún lado hubo bastante orden en las disposiciones. En efecto, el general de los samnitas, Gelio Egnacio, había marchado á forrajear con algunas cohortes; y sus soldados, al lanzarse al combate, seguían más bien su impetuosidad, que la dirección ó el mando de un jefe cualquiera: por el otro lado, los dos ejércitos romanos no marcharon en el mismo momento, y no tuvieron tiempo para formarse en batalla. Volumnio trabó el combate antes que Apio estuviese al alcance del enemigo. Así, pues, el primer ataque recayó sobre un frente desigual, y no sé por qué casualidad, que cambió para los dos cónsules los enemigos que se les oponían, los etruscos

se lanzaron contra Volurnio, y los samnitas, algo retrasados por la ausencia de su general, contra Apio. Dicese que en lo más recio del combate, alzando Apio las manos al cielo, de manera que fuese visto en las primeras filas, exclamó: «Belona, si hoy nos das la victoria, yo te ofrezco un templo!» Después de pronunciar estas palabras, animado en cierto modo por el espíritu de la diosa, igualó en valor á su colega y á su ejército. Los dos jefes se distinguieron como generales, y los soldados de cada ejército se esforzaron para no ceder á los otros el honor de vencer los primeros. Rechazan y ponen en fuga á los enemigos, que no podían resistir á una masa muy superior á la que de ordinario combatían. Estrechándoles á medida que retrocedían y persiguiéndoles en la derrota, les rechazaron hasta su campamento. Allí, la llegada de Gelio con sus cohortes de sabetinos reanimó algo el combate; pero desordenadas muy pronto estas tropas, los vencedores atacaron el campamento; y como Volurnio se lanzó en persona á una puerta, y Apio, repitiendo de tiempo en tiempo el nombre de Belona victoriosa, inflamaba el ánimo de los soldados, atravesaron las empalizadas y los fosos. El campamento fué tomado y saqueado, encontrándose allí considerable botín que se abandonó á los soldados. El enemigo perdió siete mil trescientos hombres muertos y dos mil ciento veinte prisioneros.

Mientras se ocupaban en la guerra etrusca los dos cónsules y todas las fuerzas romanas, [nuevos ejércitos levantados en el Samnio parten para talar las fronteras del territorio romano, y atravesando el país de Vescia, avanzan por la Campania y el territorio de Falernas, donde recogen inmenso botín. Volurnio retrocedía á largas jornadas al Samnio (porque se acercaba el término del mando prorrogado á Fabio y Decio); pero enterado de los estragos que causaba el ejército samni-

ta en el territorio de los campanios, marcha en socorro de los aliados. Llegado al Caleno, vió por sí mismo las huellas de reciente devastación, y sabe por los calenios que el enemigo llevaba consigo un botín tan considerable ya, que entorpecía la marcha del ejército; que los jefes decían en voz alta que era necesario volver al Samnio para dejar el botín y emprender en seguida sus expediciones, y no exponer á los trances de una batalla tropas tan cargadas. Aunque estos relatos eran verosímiles, creyó conveniente asegurarse de la verdad de los hechos y destacó algunos jinetes para que cogiesen merodeadores de los que se aventuraban dispersos por los campos. Interrogándoles, supo que el enemigo se encontraba en las orillas del Vulturno, que debe levantar el campo á la tercera vigilia y que se dirige al Samnio. Con estos datos precisos, marchó á colocarse á cierta distancia del enemigo, de modo que ocultase su ejército, quedando en disposición de caer sobre el enemigo cuando saliese del campamento. Poco antes de amanecer, se acerca al campamento y envía emisarios que conocían la lengua osca, para examinar lo que pasa. Estos hombres, mezclados entre los enemigos, cosa fácil en el desorden de la noche, se enteran de que los que habían partido no marchaban compactos en derredor de las enseñas; que el botín desfilaba con escolta de soldados, vil rebaño en el que cada cual se dirigía á su autojo, sin unión ni jefe que supiese hacerse obedecer. Pareció muy oportuno para el ataque aquel momento; el día se acercaba ya y el general romano mandó dar la señal y cayó sobre el enemigo. Entorpecidos los samnitas con el botín, desarmados la mayor parte, redoblan el paso, hostigando delante de ellos sus bestias de carga, se detienen sin saber si les convendrá más avanzar ó retroceder al campamento y son destrozados en medio de su indecisión. Los romanos habían fran-

queado ya las empalizadas, y la matanza y confusión estaban en el mismo campamento. El ejército samnita, además del ataque de los enemigos, quedó perturbado por la repentina sublevación de los prisioneros. Los que se encontraban ya libres, se ocupaban en desatar á sus compañeros, y algunos se arrojaban sobre las armas; atadas entre los bagajes. Confundidos con los samnitas, ocasionaron entre ellos mayor desorden que el mismo combate, distinguiéndose en seguida por memorable hazaña. Viendo al general Stayo Minacio que recorría las filas exhortando á los suyos, caen sobre él, dispersan los jinetes que le acompañan, le rodean y llevan con su caballo hacia el cónsul romano. Al oír el tumulto, retrocede la cabeza del ejército samnita, comienza de nuevo el combate, que estaba terminado ya; pero no puede sostenerlo mucho tiempo. Cerca de seis mil hombres fueron destrozados, y quedaron prisioneros dos mil quinientos, entre ellos cuatro tribunos militares. Cogiéronse treinta enseñas, y lo que colmó de alegría á los vencedores, recobraron siete mil cuatrocientos prisioneros y considerable botín que pertenecía á los aliados. El general invitó á los dueños para que fuesen á recoger lo que les pertenecía; y todo lo que no fué reclamado en el término establecido, se abandonó al soldado, teniendo cada cual que vender su botín para no ocuparse más que de las armas.

Muchas alarmas había excitado en Roma aquella devastación de la Campania; precisamente se anunció al mismo tiempo desde la Etruria que después de la marcha de Volumnio, los etruscos habían empuñado de nuevo las armas; que Gelio Egnacio, general de los samnitas, impulsaba á los umbrios á la sublevación y procuraba seducir á los galos por medio de importantes ofrecimientos. Asustado el Senado con estas noticias, manda proclamar la suspensión de negocios y

dispone levaa extraordinarias. Sometióse á la fórmula del juramento, no solamente á los hombres libres y jóvenes, sino que también se formaron cohortes de ancianos y centurias de libertos. Ocupáronse además de los medios de defensa de la ciudad, presidiendo el pretor P. Sempronio el conjunto de estas operaciones. Pero alivió de parte de sus preocupaciones al Senado una carta del cónsul L. Volumnio, participando el exterminio de los devastadores de la Campania. En nombre de los cónsules se ordenaron plegarias públicas, á causa de aquel triunfo y se mandó cesar la vacación de negocios, que había durado diez y ocho días, celebrándose con universal regocijo las acciones de gracias. Pensóse entonces en poner á cubierto de nuevos ataques el país devastado por los samnitas, decidiéndose enviar dos colonias á las inmediaciones de Vescia y Falerno, una hacia la desembocadura del Liris, á la que se dió el nombre de Minturna, y la otra á las gargantas de Vescia, que confinan con el territorio de Falerno, en el punto donde estuvo, según dicen, la ciudad griega de Sínope, y á la que después dieron los cónsules romanos el nombre de Sínesa. Encargóse á los tribunos del pueblo autorizar, por medio de un plebiscito, al pretor P. Sempronio para que crease triunviros encargados de llevar las colonias. Pero se encontraban pocos ciudadanos que quisieran alistarse, persuadidos todos de que querían enviarles á un puesto militar donde tendrían que vivir incesantemente con las armas en la mano y no cultivando tierras. Apartó de estos cuidados al Senado la guerra de Etruria que se organizaba, y las frecuentes cartas de Apio advirtiéndole que no descuidase los movimientos de este país. Cuatro naciones, decía, reúnen sus armas, los etruscos, los samnitas, los umbrios y los galos. Ya se habían establecido dos campamentos, no pudiendo contener uno solo aquella mul-

titud.» Estas noticias y los comicios cuya época se acercaba, hicieron llamar á Roma al cónsul L. Volumnio, quien antes de reunir las centurias para emitir el voto, convocó al pueblo y habló detalladamente acerca de la importancia de la guerra de la Etruria, diciendo: «Que cuando combatió unido con su colega, era tan formidable la guerra, que no hubiesen podido sostenerla un solo general y un solo ejército; que, según se decía, desde entonces habían aumentado las fuerzas del enemigo con las de los umbrios y un gran ejército de galos; que debía pensarse que los cónsules tendrían que hacer la guerra á cuatro pueblos; que á no ser por su convencimiento de que el pueblo romano unánimemente nombraría cónsul al que pasaba, con razón, por el general más hábil, habría nombrado en el acto dictador.»

Nadie podía dudar que todos los votos serían para Q. Fabio; y la centuria privilegiada de todas las que se llamaron primero, le nombraba cónsul con L. Volumnio. Fabio habló como lo había hecho dos años antes; pero vencido por el deseo general, limitóse á pedir á P. Decio por colega. «Este sería un apoyo para su vejez; durante la censura y sus dos consulados ejercidos con él, había experimentado que nada contribuía tanto á la fuerza y á la seguridad de la república como la buena inteligencia entre los dos colegas: el carácter de un anciano se acomodaba difícilmente á un nuevo compañero de mando, y se entendería mucho mejor con un hombre cuyo carácter conocía ya.» El cónsul suscribió á estas observaciones, como también á los justos elogios tributados á P. Decio, y hasta insistió en las ventajas de la concordia y los funestos inconvenientes del desacuerdo de los cónsules en la dirección de las operaciones militares, recordando la espantosa desgracia que estuvo á punto de ocasionar sus disgustos con su colega; recomendando á Decio y á Fabio que conser-

vasen la armonía de acción y pensamiento. Además; los dos habían nacido para la guerra; eran grandes por sus hazañas, poco cursados en la ciencia de las palabras y en los combates oratorios; eran dos caracteres verdaderamente consulares. En cuanto á los ingenios útiles y ejercitados que, como Ap. Claudio, habían estudiado las leyes y el arte de la elocuencia, debían quedar en Roma para la administración civil y los tribunales; nombrándoles pretores para la administración de justicia. El día pasó en estos discursos, y á la mañana siguiente, por orden del cónsul se celebraron los comicios consulares y pretorianos. Creóse cónsules á Q. Fabio y P. Decio; Ap. Claudio fué nombrado pretor, no estando presentes ninguno de ellos. Un senatus-consulto y un plebiscito prorrogaron el mando por un año á L. Volumnio.

Muchos prodigios ocurrieron aquel año. Para conjurar lo malo que anunciaran, el Senado mandó celebrar rogativas públicas durante dos días. El Tesoro sufragó los gastos de vino y de incienso, atrayendo aquellas solemnidades considerable número de hombres y mujeres, haciéndolas notables un debate que estalló entre las señoras romanas en el reducido templo del Pudor patricio, situado en el Foro boario, cerca de la rotonda dedicada á Hércules. Virginia, hija de Aulo, patricia, había casado con el cónsul L. Volumnio, que era plebeyo, y para castigarla por aquel desigual matrimonio, las matronas la habían separado de sus ceremonias sagradas. De esto nació ligero altercado, que por consecuencia de la natural irritabilidad de las mujeres se llevó hasta disputa violenta. Virginia pretendía haber tenido derecho á entrar en el templo del Pudor patricio, siendo ella patricia púdica, no habiéndose casado más que con un solo hombre, al que fué presentada virgen, no teniendo que avergonzarse de aquella unión; sino por el

contrario, lisonjearse por el carácter, honores y hazañas de su esposo. Tan hermosas palabras fueron coronadas por una acción magnífica. En la calle Larga, donde habitaba, separó de su casa terreno suficiente para un templo pequeño y allí erigió un altar: en seguida, habiendo convocado á las matronas plebeyas, se quejó del ultraje que le habían inferido las patricias y dijo: «Yo consagro este altar al pudor plebeyo; que en adelante no haya menor emulación de castidad entre las mujeres, que de valor entre los hombres; haced todo género de esfuerzos para que se diga que este altar se honra más santamente, si es posible, que el otro, y por mujeres más castas.» Adoptáronse para este altar casi los mismos ritos que para el antiguo, hasta el punto de no concederse derecho para sacrificar en él más que á las mujeres de castidad reconocida y que solamente se habían casado una vez. Más adelante, este culto, substituído no solamente á indignas matronas, sino que también á mujeres de cualquier condición, concluyó por quedar abandonado. En este mismo año Cn. y Q. Ogulnio, edilles curules, persiguieron á algunos usureros, y con el producto de la confiscación de sus bienes se construyeron la puerta de bronce del Capitolio, vasos de plata para decorar tres mesas colocadas en el santuario de Júpiter, la estatua de este dios con la cuadriga que adorna el coronamiento del edificio, y cerca de la higuera Ruminial, la representación de los dos niños fundadores de Roma, amamantados por la loba; además se hizo pavimentar con losas cuadradas el camino que conducía desde la puerta Capena al templo de Marte. Los edilles plebeyos L. Elio Peto y C. Fulvio Curvo, habiendo hecho condenar á los arrendatarios de los prados públicos, dieron juegos con el dinero procedente de las multas é hicieron colocar copas de oro en el templo de Ceres.

Los cónsules Q. Fabio y P. Decio, el primero por quinta vez y por cuarta el segundo, veíanse por tercera vez colegas en esta dignidad, después de haberlo sido en la censura; no consiguiendo mayor gloria de sus hazañas, por grandes que fuesen, que por su concordia; sin embargo, quedó turbada momentáneamente por un debate, debido, á lo que creo, más á la rivalidad de los dos órdenes que á ellos mismos. Pretendían los patricios que se asignase extraordinariamente á Fabio la Etruria, y los plebeyos impulsaban á Decio á que reclamase el derecho de sorteo. Es cierto que hubo alguna discusión en el Senado, y como allí preponderaba Fabio, se llevó inmediatamente el asunto ante el pueblo. El día de la asamblea no fué larga la discusión, tomando el carácter que debía tener entre dos hombres de guerra, que daban más importancia á los hechos que á las palabras. Fabio alegaba «que era odioso recogiera otro el fruto de un árbol que él había plantado; él había abierto la selva Ciminia y labrado camino á las armas romanas á través de aquellos inaccesibles desfiladeros. ¿Por qué haberle suplicado tanto en su edad si querían encargarse á otro la dirección de la guerra?» En seguida dirigió algunas ligeras reconvencciones á Decio: «que se hacía adversario suyo en vez de fiel colega como él había creído elegir y que echaba de menos la concordia que había reinado entre ellos siempre que habían ejercido juntos la misma dignidad.» Concluyó diciendo «que no pedía otra cosa que ser enviado á la provincia en el caso de que se le considerase digno de este honor, y que como se había sujetado á la decisión del Senado, de la misma manera se sometía al soberano juicio del pueblo.» P. Decio se quejaba de la injusticia del Senado: «En cuanto habían podido los patricios se habían esforzado en cerrar á los plebeyos el acceso á las grandes dignidades; desde que el mérito

había conseguido hacerse honrar en todas las clases, procuraban no solamente inutilizarles los votos del pueblo, sino también arrebatárles las probabilidades de la fortuna, para hacerlas servir á corto número. Todos los cónsules anteriores á él habían obtenido por suerte su provincia, y ahora, sin recurrir al sorteo, el Senado daba una á Fabio. Si se quería honrarle, seguramente demasiado había merecido él de su colega y de la república, para que no se esforzase en servir la gloria de Fabio; pero á condición de que no realizase su brillo con su propia vergüenza. ¿Quién no veía que confiar á uno de los cónsules la dirección de la única guerra peligrosa y difícil que había de hacerse, era declarar al otro incapaz é inútil? Si Fabio se alababa por sus triunfos en la Etruria, él también podía celebrar los suyos, y tal vez aquel fuego que Fabio no había podido apagar y que con tanta frecuencia había producido nuevo incendio, conseguiría extinguirlo. En fin, si se trataba de honores y recompensas para su colega, cedería por respeto á su edad y á su dignidad personal; pero allí donde había peligros y combates, no sacrificaba ni sacrificaría nunca su derecho, y si sucumbe en esta lucha, al menos conseguirá la ventaja de que lo que pertenece al pueblo, lo ordenará el pueblo antes que concederlo el Senado á título de favor. Suplicaba á Júpiter Optimo Máximo y á los dioses inmortales que dispusiesen la suerte tan favorablemente para él como para su colega, si habían de concederles la misma inteligencia y la misma facilidad en la dirección de la guerra. Cierta era sin duda en el fondo y de buen ejemplo, y en ello estaba interesada la fama del pueblo romano, que los dos cónsules fuesen capaces de dirigir bien las operaciones de la guerra etrusca. Fabio se limitó por toda petición á rogar al pueblo que, antes de llamar á las tribus al recinto para votar, se les

diese lectura de la carta del pretor Ap. Claudio, llegada de la Etruria, y se retiró de la asamblea. En el pueblo reinó igual unanimidad que en el Senado para asignar á Fabio la Etruria sin recurrir al sorteo.

Casi todos los jóvenes acudieron al cónsul mostrando apresuramiento por alistarse: tan grande era el deseo de servir á las órdenes de aquel general. «Me propongo, dijo cuando se vió rodeado de aquella multitud, no alistar más que cuatro mil infantes y seiscientos jinetes: aquellos de vosotros que se inscriban hoy ó mañana, vendrán conmigo. Tengo más empeño en haceros volver á todos ricos, que en disponer de muchos soldados para la guerra.» Con un ejército tan fácil de conducir, y con tanta confianza como podía apetecerse, avanza para llegar al campamento del pretor Apio hacia la ciudad de Abarna, cerca de la cual se encontraban los enemigos. A pocas millas hacia acá, encuentra merodeadores escoltados por un destacamento. Estos, apenas vieron los liectores que marchaban delante y oído el nombre del cónsul Fabio, cuando en su alegría dieron gracias á los dioses y al pueblo romano que les enviaban aquel general. En seguida rodeando al cónsul para saludarle, Fabio les preguntó adónde iban, y á su contestación de que á buscar leña, «¿Cómo! dijo. ¿No tenéis un campamento rodeado de empalizadas?» Contestaron los soldados que tenían empalizadas dobles y foso, lo que no les evitaba vivir entre alarmas. «Tenéis leña suficiente, les dijo; marchad y arrancad las empalizadas.» Regresaron al campamento, y arrancando las empalizadas infundieron terror á los soldados que habían quedado allí y al mismo Apio. Los soldados decían á sus compañeros que se limitaban á cumplir las órdenes del cónsul Fabio. A la mañana siguiente se levantó el campamento y Apio partió para Roma. Desde aquel momento cesó en los ejércitos romanos la costumbre

de largos campamentos. Fabio decía que no se ganaba nada permaneciendo mucho tiempo en el mismo punto; que las marchas y cambios de lugar disponían mejor al soldado y le robustecían. Además, las marchas se ordenaban según la estación, no habiendo pasado todavía el invierno. Al comenzar la primavera, habiendo dejado la segunda legión en Clusio, llamado en otro tiempo Camars, y encargado la custodia del campamento al pretor L. Escipión, regresó á Roma, para deliberar allí acerca de la guerra, bien porque se decidiese espontáneamente á dar este paso, bien porque habiendo visto de cerca la guerra, la encontrase más grave de lo que había imaginado por simples relatos; bien que le hubiesen llamado por un *senatus-consulto*, porque estas dos razones han alegado los historiadores. Pretenden algunos que se le llamó por las observaciones del pretor Ap. Claudio, que se dedicaba (como hizo siempre en las cartas que escribía) á inspirar al Senado y al pueblo profundas inquietudes con relación á la guerra de Etruria. «Un solo general y un solo ejército no bastarían contra cuatro pueblos. Era de temer que, ora porque el enemigo operase con todas sus fuerzas sobre un solo punto, ora que llevase la guerra sobre diferentes puntos á la vez, uno solo no pudiese hacer frente á todos al mismo tiempo. Él no había dejado allí más que dos legiones romanas y Fabio había marchado con menos de cinco mil hombres de infantería y caballería. Opinaba que el cónsul P. Decio partiese lo antes posible para reunirse con su colega en la Etruria, y que se diera á L. Volumnio la provincia del Samnio. Si el cónsul prefería marchar á la provincia, Volumnio se reuniría en la Etruria al otro ejército consular completo.» Como estas palabras del pretor impresionaban á la mayor parte de los senadores, dícese que el cónsul Decio opinó que no se entorpeciese en nada la libertad de Q. Fabio

y que nada se decidiera relativamente á él hasta que viniese á Roma, si podía hacerlo sin daño de la república, ó que enviase algún legado suyo para informar al Senado acerca de la gravedad de la guerra de la Etruria y cuántas tropas y generales exigiria.

En cuanto regresó Fabio á Roma se presentó al Senado y al pueblo: su lenguaje fué mesurado, sin aumentar ni disminuir las alarmas que ocasionaba la guerra. «Si consentía en tomar con él otro general, más era por conceder algo á la común alarma, que por el temor de algún peligro para él ó para la república. Por lo demás, si querían asociarle alguno para el mando y dirección de aquella guerra, ¿cómo había de olvidar á P. Decio, de quien había tenido que felicitarse siempre que fué colega suyo? No había nadie de quien desease más se le aniera; con P. Decio siempre tendría bastantes tropas y nunca demasiados enemigos. Pero si su colega deseaba cualquier otro destino, rogaba le diesen á L. Volumnio.» Todo quedó á disposición de Fabio por parte del pueblo, del Senado y de su mismo colega, y cuando P. Decio se mostró tan dispuesto á partir para el Samnio como para la Etruria, tales fueron el regocijo y las felicitaciones, que parecía tenían asegurada de antemano la victoria y que se concedía á los cónsules, no una guerra, sino el triunfo. Veo en algunos historiadores que inmediatamente después de haber tomado posesión del consulado Fabio y Decio partieron para la Etruria; no mencionando el sorteo de las provincias, ni los debates entre los dos cónsules de que antes hablé. No se limitan otros á referir estas desavenencias, sino que añaden que Apio hizo ante el pueblo inculpaciones á Fabio ausente, inculpaciones que el pretor reprodujo con obstinación en presencia del mismo cónsul, y que hubo además otra desavenencia entre los colegas, pretendiendo Decio que cada cual quedase exclusivamente encar-

gado de su provincia. Los hechos comienzan á concordar desde la marcha de los cónsules para la guerra. Por lo demás, antes de su llegada á la Etruria, los galos senones marcharon hacia Clusio con numerosas tropas para atacar á la legion romana y el campamento. Escipión, que mandaba allí, queriendo suplir el número con la ventaja de la posición, hizo ocupar á su tropa una colina que se encontraba entre la ciudad y el campamento. Pero la precipitación no dejó reconocer el camino, y cuando llegó á la altura la encontró ocupada por el enemigo, que había desembocado por la otra parte. Así, pues, atacada por la espalda la legión, quedó destrózada y en seguida envuelta: el enemigo la estrechó por todas partes, destruyéndola por completo, no quedando ninguno para dar la noticia. Esto refieren algunos historiadores, añadiendo que los cónsules, que estaban cerca de Clusio, se enteraron del hecho al ver á los jinetes galos que llevaban las cabezas colgadas en los pretales de los caballos ó clavadas en las lanzas, celebrando la victoria con sus cantos nacionales. Dicen otros que fueron los umbrios y no los galos, y que la pérdida no fué tan considerable; que habiendo sido envueltos algunos merodeadores á las órdenes del legado L. Manlio Torcuato, el propretor Escipión salió de su campamento para protegerlos; que habiendo comenzado el combate, los umbrios vencedores fueron vencidos á su vez y perdieron sus prisioneros y su botín. Pero es más verosímil que el enemigo que hizo experimentar aquel descalabro fuese el galo más bien que el umbrio, porque en ningún otro año dominó tanto los ánimos el terror del nombre galo. En efecto, además de que los dos cónsules habían partido para la guerra con cuatro legiones, numerosa caballería romana, mil jinetes campanios elegidos y un ejército de aliados y de latinos, existían otros dos ejércitos que, á

corta distancia de la ciudad, formaban una barrera por el lado de la Etruria, uno en el territorio de los faliscos y el otro en la campiña del Vaticano. Cn. Fulvio y L. Postumio Megelo, propretores los dos, recibieron orden de establecer en estos parajes campamentos fortificados.

Habiendo atravesado el Apenino los cónsules, entraron en el territorio sentino (1), acampando á cerca de cuatro millas del enemigo. Este celebró en seguida consejo y decidió que no ocupasen todos el mismo campamento ni que marchasen todos juntos en línea de batalla. Los galos se unieron á los samnitas y los umbrios á los etruscos. Designóse día para el combate, debiendo librarle los samnitas y los galos, y durante la batalla, los etruscos y los umbrios atacarían el campamento romano. Estos proyectos quedaron desconcertados merced á tres desertores de Clusio, que durante la noche pasaron furtivamente al campamento de Fabio. Después que revelaron el plan de los enemigos, despidiéronles con regalos para animarles á que se informaran exactamente de todo lo que se decidiese de nuevo, y á venir para revelarlo. Los cónsules escriben á Fulvio y á Postumio que abandonen las posiciones que ocupan, el uno cerca del territorio falisco y el otro cerca del Vaticano, y que avancen hacia Clusio, haciendo los mayores estragos en el país enemigo. La noticia de esta devastación hizo salir á los etruscos del territorio sentino para defender el suyo. Entonces lo intentaron todo los cónsules para llegar á una batalla, provocando al enemigo durante dos días, en los que nada memorable ocurrió. Por ambas partes perdieron algunos hombres; y estas escaramuzas no tuvieron otro efecto que aumentar el deseo de un combate general sin poder conseguirlo.

(1) Sentino, ciudad de la Umbria, al pie de los Apsuinos.

guirlo. En el día tercero hicieron salir todas las tropas al campo de batalla. Cuando estuvieron frente á frente, una cierva, arrojada de la montaña por un lobo que la perseguía, atravesó la llanura que ocupaban los dos ejércitos; en seguida los dos animales se dirigieron en opuesto sentido, la cierva hacia los galos y el lobo hacia los romanos, que abrieron las filas dejándole pasar mientras que los galos mataron la cierva. Entonces un soldado romano de la primera fila, alzando la voz, exclamó: «La fuga y la muerte pasan á aquel lado donde veis muerto el animal consagrado á Diana. Por este lado el lobo de Marte, vencedor, escapado ileso del peligro, nos recuerda nuestro fundador y nuestro origen que remonta á Marte.» Los galos se colocaron en el ala derecha y los samnitas en la izquierda. Fabio, en el ala derecha, opuso á los samnitas las legiones primera y tercera; Decio, en la izquierda, hizo frente á los galos con la quinta y la sexta; la segunda y la cuarta hacían la guerra en el Samnio con el procónsul L. Volumnio. El combate se sostuvo al principio con tanta igualdad, que si los etruscos y los umbríos hubiesen asistido, en cualquier parte que combatesen, sea contra el ejército ó contra el campamento, la derrota habría sido inevitable.

Por lo demás, bien que la suerte de las armas fuese hasta entonces igual para los dos partidos y que la fortuna no hubiese hasta entonces dejado ver hacia qué lado inclinaria la balanza, el ala derecha y el ala izquierda estaban lejos de presentar igual aspecto. Con Fabio, los romanos se defendían más bien que atacaban, procurando prolongar el combate todo lo posible, porque el general sabía que los samnitas y los galos eran terribles en el primer ímpetu, pero que bastaba no ceder á él; que si se prolongaba el combate, el valor de los samnitas decaía insensiblemente; que en cuanto á

los galos, pueblo incapaz de soportar la fatiga y el calor, sus cuerpos se derretían por decirlo así, y pareciendo más que hombres al comenzar la batalla, eran menos que mujeres al terminarla. Economizaba, pues, las fuerzas de sus soldados esperando la hora en que el enemigo acostumbraba á dejarse vencer. Decio, por el contrario, más ardiente por su edad y por la viveza de su carácter, desplegó cuantas fuerzas tenía desde el principio del combate; y como un ataque de infantería le parecía demasiado lento, mueve su caballería, y colocándose él mismo en medio de una turma de jóvenes de los más intrépidos, exhorta á los jefes de aquella valiente juventud para que caigan con él sobre el enemigo, haciéndoles entrever doble gloria si comenzaba el triunfo por el ala izquierda y por la caballería. Dos veces hicieron volver grupas á la caballería gala; pero al segundo ataque, cuando ganaban terreno y habían penetrado hasta el centro de las turmas enemigas, nuevo género de combate les infundió terror. Montado y armado el enemigo en carros de diferentes formas, acudió con inmenso estrépito de caballos y de ruedas é hizo espantarse á los caballos romanos, que no estaban acostumbrados á oír aquel fragor. Entonces un pánico que parecía delirio dispipó aquella caballería victoriosa, y en la confusión de la huida, hombres y caballos caen en montón. El desorden se propagó también á las legiones, y muchos soldados de las primeras filas quedaron aplastados por el choque de los caballos y de los carros enemigos á través de las líneas. Además, la infantería gala que, habiendo visto el desorden, comenzó en seguida á perseguirles, no les dió tiempo para respirar y rehacerse. Entonces les gritó Decio: «¿Adónde huís? ¿Qué esperanza tenéis en la fuga?» Detiene á los que retroceden y llama á los que ya estaban dispersos. En fin, viendo que ninguna fuerza humana podía contenerles

en el terror que les dominaba, dice invocando á su padre P. Decio. «¿Por qué tardar más en sufrir el destino de mi familia? Propio es de los Decios ofrecerse como víctimas para conjurar los peligros públicos. Voy á sacrificarme, á sacrificar las legiones enemigas para ser inmolados á la Tierra y á los dioses manes.» Habiendo pronunciado estas palabras, ordena al pontifice M. Livio, al que, al marchar al campo de batalla, le prohibió separarse de él ni un sólo momento, que le dictase la fórmula que debía repetir para sacrificarse él y las legiones enemigas por el ejército y el pueblo romano de los caballeros. Después, con las mismas palabras y las mismas ceremonias, se sacrificó como lo hizo su padre P. Decio en la guerra con los latinos en las orillas del Vesperis; añadiendo á continuación de las palabras solemnes: «Que hacia marchar delante de él el terror y la fuga, la matanza y la sangre, la cólera de los dioses del cielo y la de los dioses del infierno; que lanzaba terribles anatemas contra las enseñas, los dardos, las armas de los enemigos, y que el mismo paraje que le sería mortal, lo sería también para los galos y los samnitas.» Después de estas imprecaciones contra él mismo, contra los enemigos, lanzó su caballo contra lo más compacto del ejército galo, cayendo atravesado por los dardos, á cuyo encuentro corría.

Desde aquel momento apenas pudo verse la obra de los hombres en aquella batalla. Los romanos, después de la pérdida de su jefe, cosa que de ordinario difunde terror en los ejércitos, se detienen en su fuga y quieren comenzar de nuevo el combate. Los galos, y especialmente los que rodeaban el cadáver del cónsul, como poseídos de vértigo, lanzan á la aventura dardos inútiles; algunos permanecen inmóviles, sin pensar en huir ni en pelear. Pero por el lado opuesto, el pontifice Livio, á quien Decio había entregado los liectores y encar-

gado que desempeñase el puesto de pretor, gritó: «Que la victoria es de los romanos, perdonados por los dioses, merced á la muerte del cónsul; que los galos y samnitas pertenecen á la Tierra, madre de los dioses y á los dioses manes; que Decio arrastraba y llamaba á su ejército que había consagrado con él; que entre los enemigos, todo estaba dominado por las furias y el terror.» Mientras que los soldados de este ala restablecen el combate, llegan L. Cornelio Escipión y C. Marcio con refuerzos que el cónsul Fabio había sacado de su reserva y que enviaba en socorro de su colega. Allí se enteran del sacrificio de Decio, noble ejemplo que á todos les anima á los mayores sacrificios por la república. Como los galos, estrechados unos contra otros, presentaban un parapeto de escudos, y no parecía fácil combatirles cuerpo á cuerpo, recogen por orden del legado los dardos de que estaba sembrado el suelo entre los dos bandos y los lanzan contra la tortuga que formaba el enemigo. Los escudos quedan acribillados, los soldados tienen el cuerpo erizado de dardos y la barrera que formaban cae derribada. En el terror que les dominó, gran parte de los enemigos caen sin haber recibido heridas. Estas eran en el ala izquierda las vicisitudes de la fortuna; en la derecha, Fabio, como hemos dicho ya, había prolongado el combate hasta muy entrado el día. Cuando le pareció que no tenían tanta energía los gritos del enemigo, sus movimientos y los dardos que lanzaba, mandó á los prefectos de la caballería que marchasen con el cuerpo que mandaban por los flancos de los samnitas, con objeto de poder, á una señal dada, tomarlos de través y caer sobre ellos con el mayor ímpetu, ordenando al mismo tiempo á los suyos avanzar insensiblemente y empujar al enemigo. Viendo que no resistían y que su cansancio no era dudoso, reunió todos los cuerpos de la reserva, que había guardado para

esta ocasión, lanza al mismo tiempo sus legiones adelante y manda á la caballería que ataque al enemigo. Los samnitas no pudieron resistir un empuje tan vigoroso, y pasando cerca de los galos, ganaron su campamento con extraordinaria precipitación, dejando á sus aliados combatiendo con el enemigo. Habiendo formado los galos la tortuga, se mantenían apretados. Enterado entonces Fabio de la muerte de su colega, hace salir de su línea de batalla á los campanios, en número de cerca de quinientos jinetes, con orden de rodear y atacar al ejército galo por la espalda: manda que les sigan los príncipes de la tercera legión, quienes, en el momento en que viesen al enemigo quebrantado por el ataque de la caballería, debían caer sobre él, aprovechando el espanto para destrozarle. En cuanto á él, después de ofrecer á Júpiter Vencedor un templo y todos los despojos de los enemigos, marchó hacia el campamento de los samnitas, donde se precipitaban consternados todos los fugitivos. No pudiendo pasar por las puertas tan considerable multitud, los que no pudieron penetrar en el campamento intentaren el combate al pie mismo de las empalizadas. El general samnita Gelio Egnacio pereció allí: en seguida fueron rechazados los samnitas al interior. Apoderáronse del campamento sin grandes esfuerzos, y los galos, cogidos por la espalda, quedaron envueltos. En este día se mataron al enemigo veinticinco mil hombres y se les hicieron ocho mil prisioneros. No fué incruenta la victoria para los romanos, porque perecieron siete mil hombres del ejército de Decio y mil setecientos del de Fabio. Habiendo mandado éste buscar el cadáver de su colega, hizo amontonar los despojos del enemigo y los quemó en honor de Júpiter Vencedor. Sepultado el cuerpo del cónsul entre montones de cadáveres de galos, no pudo encontrarse aquel día. A la mañana siguiente los soldados, llorando

mucho, le llevaron al campamento, y Fabio, abandonando todos los otros asuntos, se ocupó de las exequias de su colega, al que tributó los mayores honores, pagándole el tributo de alabanzas que merecía.

En estos mismos días obtuvo grandes ventajas en la Etruria el pretor Cn. Fulvio. Además de las enormes pérdidas que hizo experimentar al enemigo con la devastación de sus campos, libró brillante combate, en el que más de tres mil hombres, entre perusinos y clusinos, quedaron en el campo de batalla, tomándoles veinte cureñas. Huyendo los samnitas á las tierras de los pelignos, quedaron envueltos por éstos, quienes les mataron más de mil de los cinco mil que eran. La gloria de aquella memorable batalla de Sentino es bastante resplandeciente, aunque nos atengamos á la estricta verdad. Pero algunos historiadores la han aumentado con exageraciones. Atribuyen al enemigo cuarenta mil trescientos treinta hombres á pie, seis mil caballos y mil carros, comprendiendo sin duda en estas fuerzas á los umbrios y etruscos, á quienes suponen en la batalla, y para aumentar también las fuerzas de los romanos unen al procónsul L. Volumnio con los cónsules, y su ejército á las legiones de éstos. Según la mayor parte de los anales esta victoria pertenece exclusivamente á los cónsules. Entretanto Volumnio hacía la guerra en el Samnio, y después de rechazar al ejército de los samnitas hasta el monte Tiferno, le atacó sin temer las dificultades del terreno, y le puso en fuga. Q. Fabio, dejando en la Etruria el ejército de Decio, llevó sus legiones á Roma y triunfó de los galos, de los etruscos y de los samnitas. Los soldados siguieron el carro del triunfador, y en sus libres cantos guerreros, celebraron la gloriosa muerte de P. Decio, al mismo tiempo que la victoria de Fabio, y recordaron la memoria del padre, cuya abnegación, tan bella como la de su

hijo, había sido igualmente dichosa para la república. A cada soldado se le dió por su parte de botín ochenta y dos ases de cobre, un manto y túnicas, recompensa muy apreciable en aquella época militar.

Estas notables victorias no habían podido pacificar á los samnitas ni la Etruria; porque después del regreso del cónsul, los perusinos dieron la señal de nueva guerra, y los samnitas marcharon á saquear los campos de Veseia y de Formiano, y en otro punto los de Esernino y las comarcas vecinas del río Vulturno. Contra ellos enviaron al pretor Ap. Claudio con el ejército de Decio. En la Etruria sublevada, Apio mató á los perusinos cuatro mil quinientos hombres; cogió mil setecientos cuarenta prisioneros, á cada uno de los cuales hizo pagar por rescate trescientos diez ases de cobre; el resto del botín fué abandonado á los soldados. Las legiones de los samnitas, perseguidas de un lado por el pretor Ap. Claudio, y del otro por el procónsul L. Volumnio, se reunieron en el territorio de Stela y allí esperaron al enemigo. Apio y Volumnio se reunieron también. Romanos y samnitas combatieron con extraordinario encarnizamiento, indignados los unos con tantas sublevaciones sucesivas, y los otros sacando nuevas fuerzas de su misma desesperación. Los samnitas perdieron en el campo de batalla diez y seis mil trescientos hombres y además dos mil setecientos prisioneros. En este año, tan afortunado para las armas romanas, se declaró una peste desastrosa y ocurrieron alarmantes prodigios. Hablóse de lluvias de tierra que habían caído en diferentes parajes, y de gran número de soldados del ejército de Apio heridos por el rayo. Consultáronse los libros sibilinos. En este mismo año Q. Fabio Gurges, hijo del cónsul, castigó con multa á algunas matronas que habían sido demandadas ante el pueblo y condenadas por sus licenciosas costumbres:

con el dinero procedente de estas multas hizo construir el templo de Venus que se encuentra cerca del Circo. Lejos estoy de haber relatado todas las guerras de los samnitas, aunque han ocupado ya cuatro libros de mi historia y un período continuo de cuarenta y seis años, desde el consulado de M. Valerio y de A. Cornelio, que fueron los primeros que llevaron las armas romanas al Samnio. Por no hablar ahora de las sangrientas derrotas que experimentaron una y otra nación durante tantos años, ni de sus pérdidas anteriores, que no pudieron domeñar aquellos pechos obstinados, al año siguiente los samnitas en el campo sentino, en los de los pelignos, en el Tiferno, en las llanuras de Stela, unas veces con sus legiones solas, y otras unidos con extraños, fueron destrozados por cuatro ejércitos romanos. Perdieron el general más ilustre de su nación; veían á sus compañeros de armas, los etruscos, los umbrios y los galos, en situación parecida á la suya; no podían sostenerse más ni con sus propias fuerzas ni con las extranjeras; sin embargo, no abandonaban la guerra, y la desgracia misma no les hacía renunciar á la defensa de su libertad, prefiriendo verse vencidos á no tentar la victoria. ¿Cuál será el escritor ó el lector á quien no fatigue la prolongación de una guerra que no cansó á los que la hacían?

Sucedieron en el consulado á Q. Fabio y P. Decio L. Postumio Megelo y M. Atilio Régulo. Los dos tuvieron por provincia el Samnio, habiendo corrido el rumor de que el enemigo había formado tres ejércitos; uno para marchar de nuevo á la Etruria; el segundo, para comenzar otra vez las devastaciones de la Campania; el tercero, para defender sus fronteras. Una enfermedad retuvo en Roma á Postumio, y Atilio partió en seguida á fin de poder, en conformidad con las instrucciones que había recibido del Senado, caer sobre

los enemigos en el Samnio antes que tuviesen tiempo de salir. Allí se encontraron como de intento los dos ejércitos, de tal manera que fué imposible á los romanos penetrar en el Samnio y mucho menos devastarlo, y á su vez impidieron á los samnitas salir para arrojarse sobre comarcas tranquilas y sobre el territorio de los aliados del pueblo romano. Como los dos campamentos estaban colocados frente á frente, lo que el romano, tantas veces vencedor apenas se hubiese atrevido á hacer, lo hicieron los samnitas (tanto atrevimiento infunde la suprema desesperación); atacaron el campamento romano, y si tan atrevida empresa no tuvo resultado definitivo, no fué, sin embargo, completamente inútil. Habíase levantado densa niebla, que hasta muy entrado el día de tal manera robó la claridad, que no solamente no podía distinguirse nada más allá de las empalizadas, sino que hasta era imposible reconocerse al acercarse unos á otros. Los samnitas, ocultos en la obscuridad como en secreta emboscada, á la primera claridad del día, que la niebla debilitaba más y más, llegan á la primera guardia de los romanos, que vigilaba con bastante negligencia las puertas del campamento. Atacados de improviso, los soldados no tuvieron bastante valor ni bastantes fuerzas para resistir. Este ataque tuvo lugar en la puerta decumana, á la espalda del campamento, siendo tomado el Cuestorio y muerto el cuestor L. Opimio Pansa. Entonces se gritó á las armas!

Despertado el cónsul por el tumulto, encarga la custodia del pretorio á dos cohortes de aliados, formada una por lucanos y otra por suesanos, las primeras que la casualidad puso á su disposición; en seguida condujo los manipulos de las legiones por el camino principal del campamento. Los soldados, habiendo tenido apenas tiempo para armarse, forman las filas y distinguen al

enemigo por la voz antes que por la vista, sin poder calcular el número. En la incertidumbre de su posición, retroceden al pronto y dejan penetrar al enemigo hasta el centro del campamento. En fin, los gritos del cónsul, que les dice «si quieren dejarse arrojar fuera de las empalizadas para atacar su propio campamento,» les detienen: reúnen sus fuerzas lanzando gritos, resisten con firmeza, ganan terreno, empujan á su vez al enemigo, y habiéndole quebrantado, le hacen retroceder tan asustado como ellos lo estuvieron antes. Arrójanle fuera de la puerta y de las empalizadas sin atreverse á ir más lejos ni á perseguirle, porque la densidad de la niebla les hacía temer alguna emboscada en las cercanías, y contentos con haber libertado su campamento, entran en las empalizadas después de haber matado al enemigo cerca de trescientos hombres. La pérdida de los romanos, comprendiendo en ella la primera guardia, los centinelas y todos los sorprendidos en derredor del Cuestorio, fué próximamente de setecientos treinta hombres. Como la audacia no dió mal resultado á los samnitas, se enardeció su valor, y lejos de permitir que los romanos avanzasen en su país, ni siquiera les dejaban forrajear. El ejército tuvo que enviar á buscar forrajes al campo de Sora, que estaba á su espalda. Llegando á conocerse en Roma esta situación que la fama hacía más alarmante, mandóse partir al cónsul L. Postumio, apenas restablecido de su enfermedad. Este hizo adelantarse á sus tropas con orden de reunirse en Sora y antes de ir á alcanzarlas dedicó el templo de la Victoria que había hecho construir con el producto de las multas durante su edilidad curul. Incorporado á su ejército, marchó de Sora al Samnio, dirigiéndose al campamento de su colega. En seguida, como los samnitas, desesperando de poder resistir á los dos ejércitos, tomaron el partido de retirarse, los dos cónsules se

separaron para talar los campos y sitiarse las ciudades. Habiendo intentado primeramente Postumio tomar á viva fuerza á Milonia, vióse obligado, por no darle resultado este medio, á recurrir á los trabajos de sitio y á las máquinas, que adelantó hasta el pie de las murallas. Tomada de ésta manera la ciudad, tuvo que sostener en todos los barrios, desde la hora cuarta hasta cerca de la octava, un combate cuyo resultado fué por mucho tiempo incierto: al fin triunfaron los romanos. Tres mil doscientos samnitas quedaron muertos y cuatro mil setecientos prisioneros, sin mencionar el resto del botín. Desde allí se dirigieron las legiones á Terentino. Los habitantes, á favor de la obscuridad de la noche, salieron silenciosamente de la ciudad por la puerta opuesta, llevando consigo todo cuanto pudieron trasportar. Cuando el cónsul llegó delante de la plaza, tomó en seguida todas sus disposiciones, avanzando en buen orden hasta el pie de las murallas, esperando encontrar la misma resistencia que en Milonia. Pero cuando observó el profundo silencio que reinaba en la ciudad, que había quedado desarmada, sin defensores en las torres y murallas, contuvo al soldado, impaciente por escalar aquellos desiertos muros, para no exponerse á caer imprudentemente en alguna emboscada. Mandó á dos turmas de caballería, tomadas de los aliados del nombre latino, que diesen vuelta alrededor de la plaza y lo examinasen todo. Los jinetes ven una puerta y otra á corta distancia, abiertas ambas, y en los caminos que partían de ellas, las huellas de la fuga nocturna de los enemigos. Acércanse en seguida poco á poco á las puertas, y sin exponerse, descubren el interior de la ciudad por las rectas calles que la atravesaban: dicen al cónsul que la plaza está abandonada; que la indudable soledad del interior, las recientes huellas de la fuga y el confuso conjunto de objetos abandonados aquí y allá

en el desorden de la noche, son pruebas evidentes de ello. Oído esto, el cónsul lleva las legiones hacia la parte de la ciudad reconocida por los jinetes; detúvose cerca de la puerta, destaca cinco jinetes solamente con orden de penetrar en la ciudad hasta cierta distancia, y si ven que no hay nada que temer, que permanezcan tres en el interior y vuelvan dos á dar la noticia. Estos dicen que han avanzado hasta un punto desde el que se ven todos los barrios de la ciudad, y que por todas partes reina el mismo silencio y abandono. En el acto hace penetrar el cónsul las cohortes ligeras, y manda al resto de las tropas que fortifiquen entretanto el campamento. Los soldados que entran en la ciudad, rompen las puertas de las casas, encontrando en ellas corto número de ancianos y de enfermos y los objetos difíciles de trasportar. Estos objetos quedaron entregados al pillaje. Por los prisioneros supieron que algunas ciudades de las cercanías se habían concertado para una evasión igual; que sus conciudadanos habían partido á la primera vigilia y que debían esperar la misma soledad en las otras ciudades. Creyóse en las declaraciones de los prisioneros, y el cónsul tomó posesión de las ciudades abandonadas.

Para el otro cónsul, M. Atilio, no fué la guerra tan fácil. Cuando llevaba sus legiones hacia Luceria, sitiada, según había sabido, por los samnitas, en los confines del territorio de esta ciudad encontró al enemigo que venía á su encuentro: allí igualó las fuerzas la animosidad: el combate, después de muchas peripecias, quedó indeciso; sin embargo, el resultado fué triste para los romanos, tanto porque no estaban acostumbrados á verse vencidos, como porque al retirarse, vieron mejor que durante la pelea, cuánto más considerable era el número de sus muertos y heridos que los del enemigo. Así fué que se difundió por el campamento tal terror,

que si durante el combate les hubiera dominado aquel abatimiento, hubiesen experimentado desastrosa derrota. En angustiosas zozobras pasaron la noche, creyendo que el samnita iba á atacar el campamento, ó que al amanecer tendría que comenzar de nuevo la pelea con los vencedores. Con menos pérdidas, no tenían más confianza por parte de los enemigos, y desde los primeros albores del día, sólo aspiraban á retirarse sin combatir. Pero no había camino más que en dirección del ejército romano, de modo que, al seguirle, parecía que marchaban directamente al ataque del campamento. El cónsul manda á sus soldados que tomen las armas y le sigan fuera de las empalizadas, y da á los legados, tribunos y prefectos de los aliados las órdenes necesarias. Todos le manifiestan «que harán seguramente cuanto dependa de ellos, pero que los soldados están desanimados y abatidos; que toda la noche han estado velando en medio de los heridos y lamentos de los moribundos; que si el enemigo hubiese venido antes de amanecer á atacar el campamento, la consternación les hubiese hecho abandonar las enseñas: que á pesar de que les retiene la vergüenza, no dejan de considerarse vencidos.» Ante estas observaciones el cónsul creyó conveniente presentarse á los soldados y dirigirles la palabra, y en su revista les reconviene por la lentitud en tomar las armas: «¿Qué podían esperar de aquellas tergiversaciones? El enemigo vendría al campamento, si ellos no salían, y combatirían por sus tiendas, si no querían combatir por sus empalizadas. Armándose y combatiendo, tendrían probabilidades de victoria, mientras que desnudos y desarmados, solamente podían esperar la muerte ó la esclavitud.» A estas enérgicas reconvencciones del cónsul, contestaban: «Que se encontraban extenuados por el combate de la víspera; que no les quedaban fuerzas ni sangre; que veían avanzar al enemigo en mayor

número que el día anterior.» Entretanto se acercaba el ejército contrario; y á menor distancia, los soldados, más ciertos de lo que veían, aseguran que los samnitas traen estacas que sin duda van á emplear en rodear el campamento con una línea de circunvalación. Entonces exclama el cónsul con amenazadora voz: «Que sería la indignidad más repugnante soportar aquella vergüenza, tan enorme ignominia, del enemigo más cobarde. ¿Nos dejaremos sitiado en nuestro campamento para morir cobardemente de hambre, antes que perecer, si es necesario, por el hierro, como hombres de valor? Rogaba á los dioses que fuesen favorables á todos, cualquiera que fuese el partido que tomaran; en cuanto á él, M. Atilio, cónsul, aunque nadie le siguiese, marcharía solo contra el enemigo, y caería en medio de las filas de los samnitas, antes que ver sitiado el campamento romano.» Los legados, los tribunos, todas las turmas de la caballería y los jefes de las primeras centurias, aprobaron las palabras del cónsul. Entonces los soldados, vencidos por la vergüenza, empuñan las armas y salen lentamente del campamento. Desfilando en larga línea, en la que se notan intervalos, avanzan con aspecto abatido y como vencidos ante un enemigo que mostraba igual desconfianza y falta de firmeza; porque apenas vieron los samnitas las enseñas romanas, cuando se dijeron unos á otros, desde la cabeza del ejército hasta la retaguardia: «Que los romanos, conforme habían temido, salían para cortarles el camino; que no les quedaba salida ni siquiera por medio de la fuga; que era necesario perecer allí ó derrotar al enemigo y pasar por encima de sus cuerpos.»

Colocan los bagajes en el centro del ejército; y empuñando las armas, fórmanse en orden de batalla. Corto espacio separaba ya á los dos ejércitos, y cada bando esperaba que el otro avanzase primero, lanzando el gri-

to de ataque. Pero ni uno ni otro deseaba pelear, y se hubiesen retirado sin lanzar siquiera un dardo, si recibiesen procamente no hubiesen temido que les persiguieran en la retirada. En fin, después de largas vacilaciones, trabóse el combate con visible repugnancia de las tropas, que apenas lanzaron el grito de guerra con voz insegura y sin unanimidad: nadie daba un paso adelante. El cónsul romano, para dar energía al combate, manda algunas turmas sobre la línea enemiga; caen del caballo muchos jinetes, y esto produce confusión entre los otros. La infantería samnita se mueve para matar á los caídos y la romana para defender á los suyos. Hízose, pues, el combate algo más vivo; pero los samnitas habían avanzado con alguna más resolución y en mayor número, mientras que la caballería romana, en el desorden en que estaba, pisoteó á los que venían á socorrerla: la fuga, que comenzó entonces, arrastró á todo el ejército romano. Ya perseguían los samnitas á los fugitivos, cuando adelantándose el cónsul, corre á caballo á la puerta del campamento y coloca en ella una guardia de caballería con orden de tratar como á enemigos á cuantos se acerquen á las empalizadas, sean samnitas ó romanos: en seguida volvió, repitiendo las mismas amenazas, á contener á los infantes que se precipitaban hacia el campamento. «Adónde vas, soldado? dijo; allí encontrarás también armas y guerreros; y mientras viva tu cónsul, no entrarás en el campamento sino después de conseguir la victoria. Elige, pues; considera si es mejor combatir contra tu enemigo que contra tu conciudadano.» Mientras hablaba así el cónsul, la caballería, lanza en mano, les rodea y conmina para que vuelvan al combate. Al cónsul le ayudaron mucho, no solamente su valor sino también la casualidad; porque el ataque de los samnitas careció de vigor y tuvo tiempo para rehacer el orden de batalla y volver

la cara. Entonces se exhortan recíprocamente los soldados á restablecer el combate; los centuriones arrancan las enseñas á los signíferos para llevarlas adelante; hacen observar á los suyos que los enemigos que les perseguían son poco numerosos y que entre ellos reina el desorden y la confusión. Entretanto, el cónsul, levantando las manos al cielo y alzando la voz para que le oigan, ofrece un templo á Júpiter Stator, si el ejército romano, deteniéndose en la fuga y volviendo al combate, conseguía vencer y destruir á los samnitas. Hízose entonces un esfuerzo general para restablecer el combate; jefes, soldados, jinetes y peones, todos rivalizaron en valor. Hasta los mismos dioses parece que se interesaron por la gloria del nombre romano; tan fácil fué conseguir la ventaja y rechazar lejos del campamento al enemigo, llevándole muy pronto al terreno donde comenzó el combate. Allí se encontró detenido por el bagaje que había amontonado en medio de la llanura; y para no exponerlo al pillaje, lo encierra en un círculo de soldados. Pero en aquel momento, la infantería le estrechaba con viveza de frente y la caballería corre á envolverle por la espalda; encerrados de esta manera por todos lados, fueron muertos ó prisioneros. El número de éstos se elevó á siete mil dociientos, que pasaron desnudos bajo el yugo: haciéndose ascender á cuatro mil ochocientos el número de muertos. No dejó de ser costosa la victoria á los romanos. Habiendo hecho el cónsul el censo de los que había perdido en aquellas dos jornadas, reconoció que le faltaban siete mil dociientos hombres. Mientras ocurrían estas cosas en la Apulia, los samnitas, con otro ejército, intentaron apoderarse de Iteramna, colonia romana, en la vía latina, pero no lo consiguieron. Después de devastar el territorio, cuando se retiraban con rico botín en hombres y ganados y muchos colonos prisioneros, encontraron al

cónsul victorioso que regresaba de Luceria. No perdieron únicamente el botín, sino que ellos mismos, embrazados con el bagaje y marchando en larga fila, quedaron destrozados. El cónsul, después de invitar por un edicto á los interesados á que fuesen á Iteramna para reconocer y recuperar lo que les pertenecía, y de dejar allí el ejército, regresó á Roma para celebrar los comicios. Pidió el honor del triunfo, pero se le negó á causa de la pérdida de tantos millares de soldados y porque se contentó, sin poner condición alguna á los vencidos, con hacer pasar bajo el yugo á los prisioneros.

Postumio, el otro cónsul, no teniendo en qué ocupar su ejército en el Samnio, lo llevó á la Etruria, donde primeramente taló el territorio de los volsinios: saliendo éstos para defender sus campos, les dió batalla cerca de sus murallas, quedando muertos dos mil ochocientos etruscos, salvando á los demás la proximidad de la ciudad. Desde allí marchó el ejército al territorio ruselano, y no solamente lo devastó, sino que tomó la ciudad á viva fuerza. Mas de dos mil hombres cayeron prisioneros y menos de dos mil fueron los muertos alrededor de las murallas. Pero lo que distinguió á este año, mucho más que los triunfos en la guerra de Etruria, fué la importancia y brillantez de la paz que se ajustó. Pidiéronla tres ciudades de las más importantes, Volsinia, Perusa y Arrecio; y después de obligarse con el cónsul á suministrar á los soldados trigo y ropas, para que les permitiese enviar legados á Roma, consiguieron una tregua de cuarenta años; imponiéndose además á cada ciudad de estas, por una vez quinientos mil ases de multa. El cónsul pidió el triunfo al Senado en recompensa de sus hazañas, más por conformarse con la costumbre que con esperanza de conseguirlo. Viendo que se lo negaban, unos porque había salido de Roma demasiado tarde; otros porque, sin or-

den del Senado, había pasado del Samnio á la Etruria; éstos como enemigos personales; aquéllos como amigos de su colega, á quien querían consolar del desaire de la negativa haciéndola compartir á Postumio: «Padres conscriptos, dijo, lo que debo á la majestad del Senado no será parte para que olvide que soy cónsul. En virtud del legitimo poder que me ha dado la facultad de hacer la guerra, después de subyugar al Samnio y la Etruria, después de conquistar la victoria y la paz, triunfaré.» Dicho esto, salió del Senado. Los tribunos del pueblo no estuvieron de acuerdo; declaraban unos que se opondrían á un triunfo que no estaba autorizado por ningún precedente; otros, que se concedería á pesar de la oposición de sus colegas. Discutióse el asunto delante del pueblo. Invitado el cónsul á hablar, recordó que los cónsules M. Horacio, L. Valerio y recientemente C. Marcio Rutilo, padre del que entonces era censor, habían triunfado, no por la autoridad del Senado, sino por orden del pueblo; y añadió: «que hubiese acudido también al pueblo, á no saber que algunos tribunos, vendidos á los nobles, se declararían contra él; que la voluntad y favor del pueblo, manifestando unánimemente su consentimiento, le eran y le serían siempre ley.» Y á la mañana siguiente, sostenido por tres tribunos contra siete que se oponían y todo el Senado, triunfó entre las aclamaciones del pueblo. Los historiadores no están muy conformes acerca de los acontecimientos de este año. Refiere Claudio que Postumio, después de haber tomado algunas ciudades en el Samnio, fué derrotado y puesto en fuga en la Apulia; que hasta cayó herido y que regresó á Luceria con poca gente; que la guerra de Etruria la dirigió Atilio y mereció los honores del triunfo. Según Fabio, los dos cónsules hicieron la guerra en el Samnio y se encontraron juntos en Luceria: añade que desde allí (pero no dice cuál de los dos cónsules)

el ejército pasó á Etruria; que en Luceria la pérdida fué grande por ambas partes, y que en este combate, se ofreció un templo á Júpiter Stator, como lo hizo Rómulo, aunque hasta entonces solamente estaba consagrado el fanum, es decir, el terreno en que había de construirse. Este año, en fin, dispuso el Senado la construcción de este templo: ligada la república segunda vez por el mismo voto, no podía ya demorar su cumplimiento sin faltar á la religión.

Todo concurrió para que fuese memorable el año siguiente: el consulado de L. Papirio Cursor, ilustre por la gloria de su padre y por la suya, una guerra terrible y una victoria tan brillante, que ningún general, exceptuando el padre del cónsul, había conseguido hasta entonces de los samnitas. Estos, con los mismos esfuerzos y aparato que otras veces, habían adornado á sus tropas con todo el lujo de sus magníficas armas; habían hecho intervenir á los dioses, sometiendo á los soldados á una manera de iniciación, por medio de un juramento tomado de un rito antiguo, y haciendo levas en todo el Samnio, según una nueva ley que decía: «Si algún joven no se presenta al llamamiento del general ó abandona las enseñas sin su permiso, su cabeza quedará votada á Júpiter.» Designóse Aquilonia para punto de reunión del ejército, y acudieron allí cuarenta mil combatientes, que formaban todas las fuerzas del Samnio. En medio del campamento formaron un recinto que tenía doscientos pies en todos sentidos, cerrándole con celosías y tabiques y cubriéndole con lienzo de hilo. En su interior se celebró un sacrificio en la forma prescrita por un ritual antiguo escrito en lienzo. El sacrificador era Ovio Paccio, varón muy anciano, que aseguraba haber encontrado aquellas fórmulas en las antiguas prácticas religiosas de los samnitas, empleadas en otros tiempos por sus antepasados, cuando tomaron disposi-

ciones secretas para arrebatar Capua á los etruscos. Terminado el sacrificio, el general mandó llamar por medio de un viator á los más distinguidos por su nacimiento y hazañas, instruyéndoles uno á uno. El aparato de aquella ceremonia era á propósito, no solamente para infundir en el ánimo religioso terror, sino que en medio de aquel recinto, completamente cubierto, habían levantado altares, rodeados de víctimas inmoladas y guardadas por centuriones, que permanecían de pie, con la espada en la mano. A estos altares hacían acercarse á cada soldado, más como víctima que como participante del sacrificio, y tenía que obligarse por juramento á no revelar nada de lo que viese ú oyese en aquel paraje. Obligábanle en seguida á proferir terribles imprecaciones, cuya fórmula le dictaban, contra él mismo, contra su familia y toda su raza, si no marchaba al combate por todas partes donde le llevasen sus jefes, si huía del campo de batalla, ó si no mataba en el acto al primero que viese huir. Al principio se negaron algunos á este juramento; pero les degollaron junto á los altares, y sus cuerpos tendidos entre las ensangrentadas víctimas sirvieron para advertir á los demás que no resistieran. Una vez ligados por estas imprecaciones los samnitas más ilustres, el general nombró diez, que debían nombrar otros tantos, hasta que se completase el número de diez y seis mil. Esta legión se llamó linteata por los lienzos de lino que cubrían el recinto donde se había ligado por juramento la nobleza. Dióse á los que la formaban brillantes armaduras y cascos con penachos para poder distinguirlos en medio de los otros. El resto del ejército ascendía á poco más de veinte mil hombres, que por la estatura ó por la reputación de valor y por el equipo cedían á la legión linteata. Tal era el ejército que se reunió en Aquilonia.

Los cónsules partieron de Roma. Sp. Carvilio, á quien

habían asignado las legiones que M. Atilio, cónsul el año anterior, había dejado en Interamna, entró con ellas en el Samnio; y mientras el enemigo, ocupado en sus supersticiones, solamente pensaba en reuniones secretas, le tomó á viva fuerza la ciudad de Amiterno. Allí quedaron muertos cerca de dos mil ochocientos hombres y fueron hechos prisioneros cuatro mil doscientos setenta. Papirio, después de formar otro ejército, según se había ordenado, tomó á Duronia, donde hizo menos prisioneros que su colega, pero mató alguna más gente al enemigo. En ambas ciudades se apoderaron de rico botín. Los cónsules, después de recorrer el Samnio, y talado especialmente el territorio de Atino, se dirigieron. Carvilio hacia Cominio y Papirio sobre Aquilonia, donde se encontraba el grueso de las tropas samnitas. Durante algún tiempo no cesaron de batirse allí, pero sin comprometer lance serio. Atacar al enemigo cuando estaba tranquilo, replegarse cuando resistía, amenazar más bien que trabar combate, tal era la ocupación diaria. Y como el combate, si se trababa no se sostenía, el resultado de todas las escaramuzas quedaba siempre indeciso. El otro campamento romano distaba veinte millas de allí; pero esta distancia no impedía á los cónsules ponerse de acuerdo para todas las operaciones; y hasta Carvilio atendía más á Aquilonia, donde debían descargarse los golpes más fuertes que á Cominio, cuyo sitio mantenía. L. Papirio, después de tomar casi todas sus disposiciones para una batalla, envió á decir á su colega: «Que intentaba, permitiéndoselo los auspicios, atacar al enemigo al día siguiente; que era necesario que, por su parte, atacase á Cominio con el mayor vigor, por temor de que los samnitas, si se les dejaba espacio, enviasen refuerzos á Aquilonia.» El mensajero empleó el día en desempeñar su comisión; regresó por la noche diciendo que el otro cónsul apro-

baba la determinación tomada. Papirio, después de enviar al mensajero, reunió á sus soldados. Habló largamente acerca de la naturaleza de la guerra en general, mucho sobre el aparato de los enemigos, vana ostentación que no podía ser medio de triunfo. «¿Causaban heridas los penachos? Los dardos romanos traspasarían el oro y las pinturas de los escudos; y en cuanto á aquellas túnicas tan blancas y brillantes, en cuanto jugase el hierro, las arrojearía de sangre. Su padre exterminó en otro tiempo un ejército de samnitas dorados y plateados, y aquellos magníficos despojos honraron más á los vencedores que las armas á los vencidos. Tal vez era destino de los jefes de su nombre y su familia resistir los esfuerzos más grandes de los samnitas, y arrebatárles despojos dignos de adornar los parajes públicos. Ayudáronles los dioses inmortales, vengadores de los tratados tantas veces pedidos y otras tantas violados; y si era lícito penetrar en los pensamientos divinos, jamás les había sido más odioso ningún ejército que aquel que, manchado con un sacrificio nefando, con sangre humana mezclada con la de los animales, doblemente entregado á la cólera celeste, temiendo por un lado á los dioses testigos de los tratados ajustados con Roma, y por otro á las imprecaciones terribles con las que se había comprometido en contra de aquellos tratados, había prestado, á pesar suyo, un juramento que le repugnaba, y temía á la vez á los dioses, á sus conciudadanos y á los enemigos.»

Quando hubo revelado estos detalles que había adquirido por los desertores delante de los soldados que por sí mismos estaban ya muy irritados contra el enemigo, confiando completamente en los dioses y en sus propias fuerzas, piden con grito unánime el combate; deploran que lo hayan demorado hasta el día siguiente y no pueden soportar el retraso de un día y una noche.

A la tercera vigilia de la noche, habiendo recibido ya la respuesta de su colega, levántase silenciosamente Papi-rio y manda al pulario tomar los auspicios. Ninguno había en el campamento, cualquiera que fuese su clase, que no participase de igual ardor por el combate: los jefes superiores y los últimos soldados experimentaban igual impaciencia. El general confiaba en sus soldados, y éstos en su general. Esta excitación de todos los ánimos se había comunicado hasta á los ministros de los auspicios. Así fué que, á pesar de que las gallinas se negaron á comer, el pulario se atrevió á mentir, anunciando al cónsul que los auspicios eran favorables (*tripudium solistimum*) (1). Regocijado el cónsul con tan feliz noticia, dice á los soldados que les favorecen los dioses, y dió la señal de combate. Ya salía para marchar al enemigo, cuando le anuncia un desertor que veinte cohortes de samnitas constaban de cerca de cuatrocientos hombres habían partido para Cominio. Temiendo que fuese sorprendido su colega, le envía en el acto un mensajero, y en seguida manda á los suyos acelerar el paso. Á los cuerpos de reserva les había designado sus puestos y sus jefes. Encargó el ala derecha á L. Volumnio, la izquierda á L. Escipión y dió el mando de la caballería á otros dos legados, Cayo Cedicio y Cayo Trebonio. Mandó á Sp. Naucio que hiciese quitar los bastes á los mulos y que marchase apresuradamente con las cohortes auxiliares á rodear una eminencia, y que una vez trabado el combate, se mostrase en aquella altura levantando cuanta polvareda pudiese. Mientras se ocupaba el general en estas disposiciones, promovióse entre los

(1) El augurio que se obtenía de las gallinas sagradas era funesto, cuando estas aves salían lentamente de su jaula ó no querían comer. Pero en el caso contrario, cuando comían con tal avidez que se les caía el grano del pico al suelo, el hecho se llamaba *tripudium solistimum*.

pularios, acerca de los auspicios del día, un altercado que escucharon los jinetes romanos. Comprendiendo éstos que no era cosa de despreciar, previnieron á Sp. Papi-rio, hijo del hermano del cónsul, que había dudas acerca de los auspicios. Este joven, nacido antes de la doctrina que enseña á despreciar á los dioses (1), comprueba el hecho para no decir nada sin pruebas y da cuenta al cónsul, quien le contestó: «Conserva siempre la misma exactitud y el mismo celo; pero el que toma el auspicio, si declara en falso, se atrae la maldición. En cuanto á mí, no han anunciado el *tripudium*, que es excelente presagio para el pueblo romano y para el ejército.» En seguida mandó á los centuriones que colocasen á los pularios en primera fila. Los samnitas por su parte hacen avanzar sus enseñas, seguidas de un ejército que por sus ricos trajes y sus armas era, hasta para sus enemigos, magnífico espectáculo. Antes de lanzar el grito de ataque y de que viniesen á las manos, el pulario, herido por un dardo lanzado al acaso, cayó delante de las enseñas. Cuando se lo dijeron al cónsul, contestó: «Los dioses asisten al combate; el culpable ha recibido su castigo.» Cuando pronunciaba estas palabras, un cuervo, pasando delante de él, lanzó penetrante grito: contento por este augurio, y asegurando que nunca habían mostrado tan visiblemente los dioses su intervención en las cosas humanas, manda tocar las trompetas y lanzar el grito de ataque.

Terrible fué el combate que se trabó, aunque con muy diferentes disposiciones de ánimo por una y otra parte. La cólera, la esperanza y el ardor guerrero arrastraban á los romanos ávidos de la sangre de sus enemigos; á la mayor parte de los samnitas, la necesidad y el imperio de la religión les obliga, menos á avanzar sobre el

(1) Antes de que se propagase la filosofía de Epicuro.

enemigo que á rechazarle; y no habrían podido resistir el primer grito ni el primer choque de los romanos, acostumbrados como estaban desde muchos años á ser vencidos, si no les hubiese impedido huir otro temor más fuerte del que estaban penetrados sus corazones. Ante los ojos tenían todo el aparato de sus espantosos misterios, sus sacerdotes armados, la tierra cubierta de hombres y animales degollados, la sangre humana corriendo sobre los altares con la de las víctimas; aquellas imprecaciones, aquellas fórmulas terribles que les sacrificaban á las furias, á ellos, á sus familias y á su raza. Sujetos por estos lazos, no se atrevían á huir, temiendo más á sus conciudadanos que á sus enemigos. Los romanos les estrechaban en las alas y el centro, y les destrozaban aprovechando el estupor en que les tenía el miedo á los dioses y á los hombres. Los samnitas oponían débil resistencia, como hombres cuya fuga solamente retrasa el miedo. La matanza había llegado ya hasta las enseñas, cuando se descubre una nube de polvo que parecía producido por la marcha de numeroso ejército. Era Sp. Naucio, ó según otros Octavio Mecio, que llegaba al frente de las cohortes de las alas, y la nube de polvo que levantaba engañaba acerca del número de sus fuerzas, porque los siervos del ejército, montados en los mulos, arrastraban por el suelo ramas con sus hojas. Distingúense primeramente armas y enseñas en medio de la polvareda que apenas puede penetrar la luz; pero á retaguardia, el polvo, más espeso cada vez, hacía creer que cerraba la marcha un cuerpo de caballería. Engañanse los samnitas y los mismos romanos, y el cónsul confirma el error, gritando en las primeras filas para que le pudiese oír el enemigo, «que Cominio había caído; que llegaba su colega victorioso; que era necesario vencer para no dejar á otro ejército la gloria de aquel combate.» Hablaba de esta manera mon-

tado en su caballo, y en seguida manda á los tribunos y á los centuriones que abran paso á la caballería. Había encargado á Trebonio y á Cedicio que, cuando le viesen empinarse y agitar la lanza, lanzasen la caballería contra el enemigo con la mayor impetuosidad. Todo se ejecuta puntualmente: tan bien tomadas estaban las disposiciones. Ábrense las filas, la caballería se lanza en medio de los grupos enemigos, y por todas partes donde ataca rompe las líneas. Volumnio y Escipión la siguen y derriban al enemigo quebrantado. Sobreponiéndose entonces al miedo de los dioses el de los hombres, las cohortes de la legión linteata se desbandan, todos huyen á la vez, los juramentados y los que no lo están, experimentando igual temor al enemigo. Lo que quedó de la infantería fué empujado á su campamento de Aquilonia; la nobleza y la caballería huyeron á Boviano. La caballería romana persiguió á la samnita; la infantería á la infantería, y las alas, tomando opuesto camino se dirigen, la derecha al campamento samnita, la izquierda á la ciudad. Volumnio se apoderó en seguida del campamento: la ciudad opuso más resistencia á Escipión, no porque los vencidos mostrasen mayor energía, sino porque las murallas son mejores defensas que las empalizadas. Desde lo alto de los parapetos rechazan á pedradas á los que asaltan; y calculando Escipión que si no se termina el lance en el primer momento de consternación y antes de que el enemigo tuviese tiempo para reponerse, el ataque de una ciudad fortificada sería largo, pregunta á sus soldados «si habiéndose apoderado del campamento la otra ala, consentirían, siendo victoriosos, que les rechazasen de las puertas de la ciudad.» Todos gritan; él da ejemplo, levanta su escudo sobre la cabeza y marcha hacia la puerta: los demás le siguen formando la tortuga y fuerzan la plaza. Después de derribar á cuantos samnitas estaban cerca de la

puerta, ocupan las murallas; pero siendo poco numerosos, no se atreven á penetrar en el interior de la ciudad.

El cónsul ignoró al principio estas circunstancias, y se ocupaba en hacer regresar al ejército, porque ya declinaba el día, y la noche, que se acercaba, todo lo hacía peligroso y objeto de sospecha hasta para los defensores. Habiendo avanzado, á cierta distancia vió á la derecha el campamento tomado; á la izquierda oye en la ciudad los gritos de espanto mezclados con las voces y el ruido de los combatientes; en aquel mismo momento atacaban la puerta. Lanzando en seguida su caballo más cerca de la ciudad, ve sus soldados sobre las murallas, y como no necesitaba deliberar, porque el arrojó de unos pocos le proporcionaba ocasión de realizar una grande empresa, llama las tropas que había reunido y les manda marchar sobre la ciudad, en la que entraron por el punto más inmediato; pero acercándose la noche, quedaron inactivas. Durante la noche abandonó el enemigo la ciudad. Aquel día mataron á los samnitas treinta mil trescientos cuarenta hombres; les hicieron tres mil ochocientos sesenta prisioneros y se apoderaron de noventa y siete enseñas. Dicese que jamás se mostró más contento un general en el campo de batalla que Papirio, bien por efecto de su carácter, bien por confianza en el éxito. Igual fortaleza de ánimo mostró cuando se promovieron las dudas acerca del auspicio, sin poder hacerle desistir del combate, y cuando en lo más recio del peligro, en uno de los momentos en que se acostumbraba ofrecer templos á los dioses inmortales, hizo voto, si derrotaba las legiones enemigas, de ofrecer á Júpiter vencedor, antes de beber vino, una copita de vino con miel. Este voto agradó á los dioses y los auspicios se inclinaron al favor.

Igualmente afortunado fué en Cominio el otro cónsul. Al amanecer, habiendo hecho avanzar todas sus tropas

contra las murallas, atacó á la ciudad, y colocó en las puertas fuertes destacamentos para impedir toda salida. Ya iba á dar la señal, cuando llegó á toda brida el mensajero de su colega anunciándole la aproximación de las veinte cohortes enemigas. Este aviso le hizo suspender el ataque y llamar parte de las tropas que estaban preparadas para el asalto y solamente esperaban la señal. Mandó á D. Bruto que marchase con la primera legión, diez cohortes auxiliares y la caballería, al encuentro de la fuerza enemiga, y donde quiera que la encontrase hacerla frente y detenerla, y hasta darle batalla si era necesario, de tal manera, que aquellas fuerzas no pudiesen llegar á Cominio. Por su parte, mandó llevar escalas para asaltar las murallas por todas partes, y al abrigo de la tortuga, avanzó hasta las puertas. Al mismo tiempo que las rompían, daban el asalto general; y los samnitas, mientras no vieron al enemigo sobre las murallas, mostraron bastante resolución para impedirles que se acercasen; pero desde el momento en que ya no combatían desde lejos con armas arrojadas, comenzaron á reunirse, perdieron toda esperanza de resistir á hombres que, después de subir trabajosamente desde el pie de las murallas á lo más alto, vencedores de lo que más temían, de las dificultades del terreno, podían ahora combatir fácilmente, en suelo igual, con un enemigo que les era inferior. Abandonando las torres y las murallas, huyeron todos al centro de la ciudad, donde durante algún tiempo intentaron la última probabilidad de combate. Deponiendo al fin las armas, rindiéronse á discreción al cónsul en número de once mil cuatrocientos hombres; habían sido muertos cerca de cuatro mil ochocientos ochenta. De esta manera ocurrieron las cosas en Cominio y Aquilonia. Esperábase otro combate en el espacio que separa estas dos ciudades, pero en ninguna parte se encontraron enemigos.

Como distaban estos siete millas de Cominio, llamados por los suyos, no asistieron á ninguna de las dos batallas. Casi al cerrar la noche, encontrándose ya á la vista del campamento de Aquilonia, oyeron por los dos lados á la vez igual clamor, que les detuvo en la marcha; después, viendo por el lado del campamento, incendiado por los romanos, las llamas que se extendían á lo lejos, esta señal de indudable derrota les quitó el valor para avanzar más, quedando en aquel mismo punto. Tendidos aquí y allá en el suelo, al azar y completamente armados, pasaron toda la noche inquietos, esperando y temiendo el día. Al amanecer, vacilaban acerca del camino que debían seguir, cuando viéndose descubiertos por algunos jinetes, emprendieron desordenada fuga. Aquellos jinetes que iban en persecución de los samnitas escapados de la ciudad durante la noche, habían observado aquella multitud que no tenía empalizadas ni puestos avanzados para su defensa. También la habían visto desde las murallas de Aquilonia, y las cohortes legionarias habían partido también en su persecución. Imposible fué á la infantería alcanzar á los fugitivos; pero habiendo alcanzado la caballería su retaguardia, mató cerca de doseientos ochenta soldados. En su precipitada fuga, los enemigos abandonaron muchas armas y diez y ocho enseñas. El resto de este cuerpo de tropas llegó sin pérdidas á Boviano, á pesar del desorden de la fuga.

Cada ejército romano experimentó doblemente la alegría del triunfo al conocer el del otro. Los dos cónsules, puestos de acuerdo, abandonaron al soldado el saqueo de las dos ciudades que acababan de tomar. Cuando lo hubieron sacado todo de las casas, las prendieron fuego, desapareciendo entre las llamas el mismo día Aquilonia y Cominio. Los cónsules, cuyas legiones se felicitaban mutuamente, como se felicitaban ellos mismos,

reunieron sus tropas en un solo campamento, y en presencia de los dos ejércitos Carvilio elogió y distribuyó á los suyos recompensas según el mérito de cada uno. Papirio, cuyas tropas habían peleado tantas veces en el ataque del campamento y en derredor de las murallas, dió brazaletes y coronas de oro á Sp. Naucio y á Sp. Papirio, hijos de su hermano, á cuatro centuriones y á un manipulo de hastatos, á Naucio, por haber asustado al enemigo, como pudiera haberlo hecho un ejército numeroso; al joven Papirio, por haberse distinguido al frente de la caballería en el combate, y durante la noche en la persecución de los samnitas escapados secretamente de Aquilonia; á los centuriones y á los soldados, que fueron los primeros en forzar la puerta y muralla de Aquilonia. A todos los jinetes, por el brillante valor que habían demostrado en todas ocasiones, concedió cuernecitos (1) y brazaletes de plata. En seguida celebraron consejo, porque parecía llegada la ocasión de retirar del Samnio los dos ejércitos, ó al menos uno. Creyóse que, cuanto más abatidas se encontraban las fuerzas de los samnitas, mayor perseverancia debía desplegarse en proseguir las operaciones para poder entregar el Samnio sometido á los cónsules venideros. Puesto que el enemigo no tenía ya ejército en estado de resistir batalla campal, solamente quedaba que poner sitio á las ciudades. Destruyéndolas, podían aumentar el botín del soldado y exterminar al enemigo obligándole á combatir por sus altares y familias. En consecuencia de esto, después de dirigir al Senado y al pueblo romano cartas en que daban cuenta de sus hazañas, se separaron los cónsules, llevando las legiones Papirio á sitiar á Sepino y Carvilio á Volana.

(1) Créese que esta recompensa consistía en un cuernecito hueco que se adaptaba al casco y en el que colocaban un penacho de pluma ó cerda.

Leídas en el Senado y en la asamblea del pueblo las cartas de los cónsules, excitaron profunda alegría; hubo cuatro días de solemnes acciones de gracias, durante los cuales el apresuramiento de los particulares demostró el regocijo público. Aquella victoria era muy importante para el pueblo romano, teniendo además el mérito de la oportunidad, puesto que al mismo tiempo se supo que se habían sublevado los etruscos. Considerábase cómo se habría podido contener á la Etruria en caso de reverses en el Samnio, cuando la liga de los samnitas había enardecido el valor de los etruscos, quienes sabiendo que los cónsules y todas las fuerzas romanas estaban ocupadas lejos, en el Samnio habían aprovechado la ocasión para sublevarse. La diputación de los aliados, presentada en el Senado por el pretor M. Atilio, se quejaba de que los etruscos, vecinos suyos, incendiaban y devastaban sus campos para castigarlos por su fidelidad al pueblo romano, y ellos rogaban á los padres conscriptos que les pusieran á cubierto de las violencias y ultrajes de sus comunes enemigos. Contestaron á los legados: «Que el Senado cuidaría de que los aliados no tuviesen que arrepentirse de su fidelidad; que los etruscos experimentarían muy pronto la misma suerte que los samnitas.» Sin embargo, no habrían desplegado mucha actividad en los asuntos de la Etruria, si no hubiesen sabido que los faliscos también, que desde muchos años habían permanecido en la alianza romana, habían reunido sus fuerzas con las de los etruscos. La proximidad de este pueblo despertó la atención de los senadores, que creyeron deber reclamar por medio de los faciales. No habiendo dado satisfacción los faliscos, se les declaró la guerra por un decreto del senado, confirmado por acuerdo del pueblo; recibiendo orden los cónsules para sortear cuál de ellos había de pasar con su ejército del Samnio á la Etruria. Carvilio había to-

mado ya á los samnitas Volana, Palumbino y Herculanéo; Volana después de algunos días de sitio; Palumbino en el mismo día en que llegó á sus murallas; y Herculanéo después de dos batallas, cuyo resultado quedó incierto y le costaron más gente que al enemigo. Después de establecer su campamento y encerrado al enemigo en el recinto de sus murallas, atacó á la ciudad y se apoderó de ella. En estas tres ciudades mataron ó se apoderaron de diez mil hombres, excediendo muy poco el número de prisioneros al de muertos. Habiendo sorteado los cónsules las provincias, tocó la Etruria á Carvilio, con sumo regocijo de los soldados que no podían resistir ya el rigor del frío en el Samnio. Papirio encontró en Sepino resistencia más enérgica por parte del enemigo: combatióse frecuentemente en batalla campal, otras veces en marcha, otras alrededor de la ciudad para rechazar las salidas de los enemigos. No era aquello sitio ni siquiera de iguales probabilidades; porque si los samnitas utilizaban las murallas para su defensa, oponían también las armas y sus guerreros para la defensa de las murallas. En fin, á fuerza de combates se redujo al enemigo á soportar el sitio, y el cónsul, por medio de obras y un asalto se apoderó de la plaza. La irritación que había causado tanta resistencia hizo que se derramase más sangre, y después de la toma de la ciudad fueron muertos siete mil cuatrocientos hombres, quedando prisioneros pocos menos de tres mil. El botín, que era considerable, las riquezas de los samnitas amontonadas en corto número de plazas, quedó abandonado al soldado.

Todo el país estaba cubierto de nieve y no era posible permanecer á campo raro, por lo que el cónsul retiró su ejército del Samnio. Cuando llegó á Roma se le otorgó por unanimidad el triunfo. Triunfó, pues, en el ejercicio de su magistratura, siendo extraordinaria para

aquella época la magnificencia de la ceremonia. Los infantes y los jinetes desfilaron, adornados con distinciones militares, viéndose coronas cívicas, valares y murales. Los despojos de los samnitas atraían todas las miradas, comparándoseles, por el brillo y la belleza, con los que trajo el padre del cónsul, y que, sirviendo para decorar muchos monumentos públicos, todos los conocían. Algunos prisioneros de elevada alcurnia, ilustres por sus hazañas y las de sus padres, aumentaban el esplendor del triunfo. Lleváronse en carros dos millones treinta y tres mil libras de peso de cobre, procedentes, según decían, de la venta de prisioneros; también llevaban mil trescientas treinta libras de plata que habían cogido en las ciudades. Todo aquel cobre y aquella plata la entregaron al tesoro público. Nada se conservó del botín para el soldado, disgustando esto tanto más al pueblo, cuanto que se exigió el tributo para el Senado á las legiones; mientras que si el cónsul hubiese renunciado á la vanagloria de depositar en el tesoro público el dinero cogido al enemigo, se hubiese podido, con el botín, hacer regalos á los soldados y atender al sueldo del ejército. Durante su consulado hizo Papirio la dedicación del templo de Quirino: en ningún historiador encuentro que lo ofreciese durante la batalla misma, y es cosa cierta que no hubiese podido terminarlo en tan poco tiempo: aquel fué voto de su padre durante su dictadura. Papirio lo embelleció con los despojos del enemigo, que ascendían á tal cantidad, que no solamente se adornaron el templo y el Foro, sino que se distribuyeron también á los aliados y á las colonias vecinas para que decorasen sus templos y monumentos públicos. Después de su triunfo, llevó Papirio el ejército á invernar en el territorio de Vescia, porque los samnitas inquietaban sin descanso este país. Entretanto el cónsul Carvilio había comenzado el sitio de Troilio, en

Etruria; y habiéndole ofrecido cuatrocientos setenta habitantes de los más ricos, cantidades considerables para que les concediese libertad de salir de la plaza, les dejó partir. De los demás habitantes y de la ciudad misma se apoderó por la fuerza. En seguida tomó cinco castillos colocados en alturas de difícil acceso, matando en ellos al enemigo dos mil cuatrocientos hombres é hizo cerca de dos mil prisioneros. Habiendo pedido la paz los faliscos, solamente les concedió tregua por un año y les obligó á entregarle cien mil libras de peso de cobre, y el sueldo de un año á los soldados. Terminadas estas operaciones vino á triunfar á Roma. La parte que había tomado en los asuntos del Samnio no podía dar á su triunfo todo el esplendor que tuvo el de su colega; pero la guerra de Etruria hacía desaparecer la diferencia. Llevó al tesoro trescientas ochenta mil libras de peso de cobre; y con el resto del dinero que le pertenecía como general, hizo construir un templo á la diosa Fuerte Fortuna, cerca del que dedicó á la misma diosa el rey Servio Tulio: además, del producto del botín distribuyó á cada soldado doscientos ases y el doble solamente á los centuriones y caballeros; recompensas que hizo mucho más agradables la dureza de su colega. La influencia de este cónsul con el pueblo fué una salvaguardia para su legado L. Postumio (1). Demandado éste en justicia por el tribuno del pueblo M. Cancio, había pedido, según se dice, el título de legado para libertarse del juicio del pueblo. La acusación pudo formularse, pero no continuar.

Habiendo terminado ya el año, habían entrado en cargos nuevos tribunos del pueblo, y al cabo de cinco días, por algún vicio en la elección, tuvieron que ceder

(1) L. Postumio, cónsul el año anterior, se había hecho nombrar legado para libertarse de la acusación del tribuno Cancio. Mas adelante se verá el motivo de esta acusación.

el puesto á otros. Los censores P. Cornelio Arvina y C. Marcio Rutilo cerraron este año el lustro: el censo dió doscientos sesenta y dos mil trescientos veintidós ciudadanos. Eran estos los vigésimosextos censores desde la creación de esta magistratura y el lustro diez y nueve. En este año asistieron por primera vez los ciudadanos (1) con corona en la cabeza á los juegos romanos, en regocijo por los triunfos de los ejércitos, y por primera vez también se dió, á ejemplo de los griegos, palmas á los vencedores: también en este mismo año, los ediles curules que hicieron celebrar aquellos juegos, habiendo condenado á algunos arrendatarios de prados públicos, emplearon el dinero de las multas en pavimentar el camino desde el templo de Marte hasta Bobila. L. Papirio celebró los comicios consulares; creó cónsules á Q. Fabio Gurges, hijo de Máximo, y á D. Junio Bruto Sceva; Papirio fué creado pretor. Tantas prosperidades apenas bastaron durante este año para consolar á Roma de un sólo azote, la peste, que asoló á la vez la ciudad y los campos; tomando ya el mal el carácter de terrible prodigio. Consultóse los libros para saber qué fin tendría aquella calamidad ó qué remedio darían los dioses, viéndose que era necesario traer á Esculapio de Epidauro á Roma; pero ocupados constantemente este año los cónsules en la guerra, no tomaron ninguna disposición en cuanto á esto, consagrándose solamente un día á rogativas públicas en honor de Esculapio.

(1) Creen algunos que solamente se presentaron así los soldados que habían combatido.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LAGUNA.

Perdida completamente la segunda década de la historia de Tito Livio, apenas si se encuentra alguna frase, alguna línea en algún autor ó escolista. Pero con objeto de que el relato no quede interrumpido, y para enlazar la primera década con la tercera, daremos los sumarios de cada libro, sumarios atribuidos por mucho tiempo á Lucio Floro. Probablemente lo que dió lugar á este error fué que el Compendio de la Historia Romana en cuatro libros que poseemos de Floro, se consideró primeramente como resumen de las historias de Tito Livio, hasta que demostró Justo Lipsio que no era así, aunque Floro, como él mismo declara, se sirviese mucho de Tito Livio. Pero quien quiera que sea el autor de estos sumarios, lo cierto es que son auténticos, sin que ningún erudito haya dudado jamás de esta autenticidad. No pueden despreciarse por consiguiente como fuentes de historia, no obstante su inexactitud acerca de algunos puntos, y quizá por esta misma inexactitud; porque en los parajes en que se separa de Tito Livio, en los libros que poseemos, pueden presentar algunas veces versión diferente de la de este historiador; mas para los libros que hemos perdido, deben formar autoridad y representar para nosotros la historia misma de Tito Livio, que sin duda no reemplazan, pero de la que dan brevísimo resumen. En cuanto al lector, es medio que le sirve para atravesar rápidamente por los acontecimientos realizados en la segunda década.

el puesto á otros. Los censores P. Cornelio Arvina y C. Marcio Rutilo cerraron este año el lustro: el censo dió doscientos sesenta y dos mil trescientos veintidós ciudadanos. Eran estos los vigésimosextos censores desde la creación de esta magistratura y el lustro diez y nueve. En este año asistieron por primera vez los ciudadanos (1) con corona en la cabeza á los juegos romanos, en regocijo por los triunfos de los ejércitos, y por primera vez también se dió, á ejemplo de los griegos, palmas á los vencedores: también en este mismo año, los ediles curules que hicieron celebrar aquellos juegos, habiendo condenado á algunos arrendatarios de prados públicos, emplearon el dinero de las multas en pavimentar el camino desde el templo de Marte hasta Bobila. L. Papirio celebró los comicios consulares; creó cónsules á Q. Fabio Gurges, hijo de Máximo, y á D. Junio Bruto Sceva; Papirio fué creado pretor. Tantas prosperidades apenas bastaron durante este año para consolar á Roma de un sólo azote, la peste, que asoló á la vez la ciudad y los campos; tomando ya el mal el carácter de terrible prodigio. Consultóse los libros para saber qué fin tendría aquella calamidad ó qué remedio darían los dioses, viéndose que era necesario traer á Esculapio de Epidauro á Roma; pero ocupados constantemente este año los cónsules en la guerra, no tomaron ninguna disposición en cuanto á esto, consagrándose solamente un día á rogativas públicas en honor de Esculapio.

(1) Creen algunos que solamente se presentaron así los soldados que habían combatido.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LAGUNA.

Perdida completamente la segunda década de la historia de Tito Livio, apenas si se encuentra alguna frase, alguna línea en algún autor ó escolista. Pero con objeto de que el relato no quede interrumpido, y para enlazar la primera década con la tercera, daremos los sumarios de cada libro, sumarios atribuidos por mucho tiempo á Lucio Floro. Probablemente lo que dió lugar á este error fué que el Compendio de la Historia Romana en cuatro libros que poseemos de Floro, se consideró primeramente como resumen de las historias de Tito Livio, hasta que demostró Justo Lipsio que no era así, aunque Floro, como él mismo declara, se sirviese mucho de Tito Livio. Pero quien quiera que sea el autor de estos sumarios, lo cierto es que son auténticos, sin que ningún erudito haya dudado jamás de esta autenticidad. No pueden despreciarse por consiguiente como fuentes de historia, no obstante su inexactitud acerca de algunos puntos, y quizá por esta misma inexactitud; porque en los parajes en que se separa de Tito Livio, en los libros que poseemos, pueden presentar algunas veces versión diferente de la de este historiador; mas para los libros que hemos perdido, deben formar autoridad y representar para nosotros la historia misma de Tito Livio, que sin duda no reemplazan, pero de la que dan brevísimo resumen. En cuanto al lector, es medio que le sirve para atravesar rápidamente por los acontecimientos realizados en la segunda década.

LIBRO XI.

El cónsul Fabio Gurges, derrotado por los samnitas, estaba á punto de ser destituido por el Senado, cuando su padre Fabio Máximo, pidiendo y obteniendo servir bajo su mando como legado, libertó de aquella afrenta á su familia.—Fabio Gurges, ayudado por los cónsules, derrota á los samnitas y vuelve en triunfo á Roma.—C. Poncio, general enemigo, después de servir para el brillo del triunfo, es decapitado.—Los legados enviados á Epidauró con ocasión de la peste, traen á Roma una serpiente que se había arrojado sobre la nave, y creen que Esculapio había tomado aquella forma. El reptil toma tierra en una isla de Tíber, donde se construye un templo á este nuevo dios.—Condenación de L. Postumio, varón consular, por haber empleado soldados de su ejército en trabajar en su campo.—Cuarto tratado con los samnitas que vienen á pedir la paz.—El cónsul Curio Dentato triunfa dos veces en el mismo consulado como vencedor de los samnitas y por haber sometido los sabinos rebeldes.—Colonias enviadas á Castro, Lena y Adriana.—Creación de los triunviros para los juicios de causas capitales.—Clausura del lustro; el censo arroja doscientos setenta mil ciudadanos.—Largas y violentas sediciones causadas por las deudas. Disgustado el pueblo se retira al Janículo, siendo atraído por el dictador Q. Hortensio, que muere en el ejercicio de su magistratura.—Expedición contra los volsinios y socorros concedidos á los habitantes de Thurio contra los pueblos de Lucania.

LIBRO XII.

Los galos senones matan á los legados romanos; Roma les declara la guerra.—El pretor L. Cecilio, enviado contra ellos, es derrotado y muerto en el combate.—Los tarentinos saquean la flota romana después de matar al duunviro que la mandaba; maltratan á los legados que les había enviado el Senado para pedirles reparación de aquel doble ataque, y por consecuencia se les declara la guerra.—Sublevación de los samnitas.—Ventajas que consiguen muchos generales romanos sobre ellos, sobre los lucanos, los brutinos y los toscanos.—Pirro, rey de Epiro, pasa á Italia en socorro de los tarentinos.—Una legión campaniense, enviada de guarnición á Rhega, bajo el mando de Decio Yubelio, degüella á los habitantes de la ciudad y se apodera de ella.

LIBRO XIII.

Combate entre el cónsul Valerio Levino y Pirro. Este rey debe la victoria al terror que inspiró á los romanos el aspecto de los elefantes, que veían por primera vez. Después del combate, contemplando el rey los cuerpos de los romanos que habían caído en el campo de batalla, los encontró todos vueltos hacia el lado del enemigo. Avanza saqueando el país hasta las puertas de Roma. En vano trata de corromper á C. Fabricio, enviado por el Senado para tratar del rescate de los prisioneros. Devuélvelos generosamente á Roma sin exigir nada.—Cineas, enviado en embajada, pide al Senado

que Pirro tenga la libertad de entrar en la ciudad para tratar personalmente de la paz.—Habiendo considerado necesario el Senado convocar una asamblea más numerosa para tratar de esta petición, Apio Claudio, á quien la pérdida de la vista no había permitido en mucho tiempo acudir al Senado, se hace llevar y persuade á la asamblea á que niegue á Pirro la libertad que pide.—Cn. Domicio cierra el lustro, honor que no había tenido aún ningún censor plebeyo: el número de ciudadanos ascendía á doscientos setenta y tres mil doscientos veintidós.—Librase contra Pirro otro combate, en el que los dos bandos se atribuyen la victoria.—Renúevase por cuarta vez el tratado de alianza con los cartagineses.—Fabricio envía á Pirro un cortesano de este príncipe que había ido á proponerle envenenar á su rey mediante una recompensa.—El resto del libro contiene muchas victorias conseguidas contra los toscanos, los brutinos, los lucanos y los samnitas.

LIBRO XIV.

Pirro pasa á Sicilia.—Además de otros prodigios, un rayo derriba la estatua de Júpiter en el Capitolio.—Los arúspices encuentran la cabeza de este dios.—Curio Dentato, haciendo levás en Roma, confisca los bienes de un ciudadano que habiendo sido llamado no se presentaba para que le inscribiesen en la lista, castigo que todavía no se había empleado.—El mismo Curio derrota á Pirro que había regresado á Italia y le obliga á repasar el mar.—Siendo censor Fabricio, borra del número de los senadores á P. Cornelio Rufino, varón consular, porque tenía en vajilla diez libras de plata.—Á la clausura del

lustro el número de ciudadanos se eleva á doscientos setenta y un mil doscientos veinticuatro.—Ajústase alianza con Ptolomeo, rey de Egipto.—Convicta de incesto la vestal Sextilia, es enterrada viva.—Establécense las colonias de Posidonia y Cossa.—Una flota, enviada de Cartago, socorre á los tarentinos, y esto les lleva á violar el tratado.—Victoria contra los lucanos, los samnitas y los brutinos.—Muerte de Pirro.

LIBRO XV.

Los romanos conceden la paz y la libertad á los tarentinos después de vencerles. Sitian y toman á Regio y hacen decapitar á la legión campaniense que se había apoderado de esta ciudad y degollado á sus habitantes.—Entregan á los apoloniatos algunos jóvenes romanos que habían insultado á los legados de esta ciudad.—Concédese la paz á los picentinos vencidos.—Establécense dos colonias en Rímíni, en el Piceno, y la otra en Benevento, en el Samnio.—El pueblo romano usa por primera vez dinero acuñado.—Elévase á ocho el número de los cuestores.

LIBRO XVI.

Origen de Cartago y sus primeros crecimientos.—Después de alguna discusión, el Senado acuerda que se socorra á los mamertinos atacados por Hierón, rey de Siracusa, y por los cartagineses. Las fuerzas romanas,

habiendo cruzado el mar por primera vez, consiguen muchos triunfos sobre Hierón. Este príncipe pide la paz y se le concede.—Los censores cierran el lustro y ven que el número de ciudadanos es de doscientos noventa y dos mil doscientos veinticuatro.—D. Junio Bruto, para honrar la memoria de su padre, da á Roma el primer combate de gladiadores.—Enviase una colonia á Esernio.—(El resto del libro contenía las victorias conseguidas sobre los cartagineses y los volsinios.)

LIBRO XVII.

El cónsul C. Cornelio, envuelto por la flota de los cartagineses, es atraído fraudulentamente á una entrevista y retenido prisionero. Su colega C. Duilio derrota al enemigo en el mar y consigue sobre ellos la primera victoria naval que obtuvo Roma: esto le valió el privilegio vitalicio de ser acompañado á su casa después de la cena con antorchas é instrumentos músicos.—El cónsul L. Cornelio combate con fortuna en las islas de Cerdeña y Córcega contra los habitantes del país y contra Hannón, general de los cartagineses.—El cónsul Atilio Calatino, habiendo comprometido temerariamente su ejército en un desfiladero de que eran dueños los cartagineses, vese salvado del peligro por el valor de Marco Calpurnio, tribuno militar que se atrae todo el esfuerzo del enemigo, cayendo sobre él con trescientos soldados. Aníbal, jefe de los cartagineses, huye con la flota que mandaba, rebélanse contra él los suyos y le crucifican.—El cónsul Atilio Régulo, senador de los cartagineses, en un combate naval proyecta pasar á África.

LIBRO XVIII.

El cónsul Atilio Régulo, vencedor de los cartagineses en una batalla naval, pasa al África, donde mata una serpiente monstruosa, aunque perdiendo muchos soldados. Después de derrotar al enemigo en muchos combates, escribe al Senado quejándose porque no le envían el sucesor que espera con impaciencia, sobre todo para ir á cuidar de sus tierras, abandonadas por los encargados de cultivarlas. Este retraso dió lugar á la fortuna para dejar en la persona del mismo Régulo elocuente ejemplo de sus favores y reveses. Vencido, cayó prisionero del lacedemonio Xantipo, á quien los cartagineses habían puesto al frente de su ejército. Todos los generales romanos consiguen en seguida por mar y tierra muchos triunfos, cuyo regocijo turba el naufragio de sus naves.—T. Coruncanio es el primer plebeyo á quien se crea pontífice máximo.—Los censores P. Sempronio Safo y M. Valerio Máximo, en la revisión que hacen del Senado, borran de la lista trece senadores y cierran el censo, cuyo resultado arroja doscientos noventa y siete mil setecientos setenta y siete ciudadanos.—Los cartagineses envían á Régulo á Roma para tratar de la paz con el Senado, ó al menos, si no podía obtenerla, el canjeo de prisioneros. Pero antes de su partida, le obligan á prestar juramento de que volverá á entregarse á ellos si el Senado no consiente el canjeo.—Régulo aconseja á los senadores que nieguen á los cartagineses la paz y el canjeo: regresa á Cartago, en cumplimiento de su promesa, y recibe la muerte con terribles suplicios.

En lo relativo á la serpiente, habla así Valerio Máximo: «No ha de olvidarse la serpiente, de la que tan brillante y curioso relato hace Tito Livio. Refiere que en

África, cerca del río Bragada, encontró una serpiente prodigiosamente grande, que impidió á todo el ejército de Atilio Régulo el acceso al río. Devoraba soldados que desaparecían en su enorme garganta y destrozaba á otros entre sus enormes anillos: los dardos eran impotentes contra ella; pero al fin, aplastada bajo una granizada de piedras que por todos lados le lanzaban las máquinas, sucumbió después de parecer á las cohortes y legiones más terrible que la misma Cartago. Las aguas del río quedaron enrojecidas con su sangre; las emanaciones pestilentes que brotaban de su cadáver infestaron toda la comarca inmediata, y los romanos se vieron obligados á decampar. Añade Tito Livio que fué enviada á Roma la piel de este animal, que tenía ciento veinte pies de larga.»

LIBRO XIX.

C. Cecilio Metelo triunfa con magnificencia, haciendo que sigan su carro trece generales cartagineses y ciento veinte elefantes.—El cónsul Claudio Pulquer, partido para el ejército á pesar de los auspicios, que le eran contrarios, hace arrojar al mar las gallinas que se negaban á comer, y pierde contra los cartagineses una batalla naval, lo cual obliga al Senado á reemplazarle. Obligado entonces á nombrar dictador, eleva á esta dignidad á un tal Claudio Glycia, hombre obscuro y despreciable, quien, obligado á abdicar, no consiguió otra ventaja de este cargo que la de asistir en lo sucesivo con toga pretexta á los juegos.—Atilio Calatino es el primer dictador que lleva un ejército fuera de Italia.—Realízase con los cartagineses el canjeo de prisione-

ros.—Establécense dos colonias, una en Fregelas, en Toscana, y la otra en Brindis, entre los salentinos.—Los censores cierran el lustro: el censo arroja doscientos cincuenta y un mil doscientos veintidós ciudadanos.—Claudia, hermana de Claudio, que había sido derrotado por los cartagineses, después de burlarse de los auspicios encontrando al regresar de los juegos una multitud que le obstruía el paso, exclamó: «Pluguiese á los dioses que mi hermano viviese aún y mandase las flotas de la república.» Por este deseo impío fué castigada con una multa.—Por primera vez se crearon dos pretores en Roma.—Viendo el pontífice Cecilio Metelo Máximo que A. Postumio, que era á la vez cónsul y sacerdote de Rómulo, preparábase para marchar al ejército, le detiene en Roma y no le permite abandonar los sacrificios.—Después de muchas ventajas conseguidas sobre los cartagineses por diferentes generales romanos, C. Lutacio alcanza al fin la gloria de terminar la guerra, con la victoria, que consigue sobre la flota enemiga, cerca de las islas Egatas.—Los cartagineses piden la paz y se les concede.—Habiéndose incendiado el templo de Vesta, el pontífice Máximo Cecilio se arroja entre las llamas y salva la estatua de la diosa y los vasos sagrados.—Añádense dos tribus nuevas á las antiguas, la Velina y la Quirina.—Sublévanse los faliscos: sojúzganlos al cabo de seis días, y se les reduce al deber.

LIBRO XX.

Enviase una colonia hacia Spoleto.—Por primera vez se hace marchar á las legiones contra la Liguria.—Córcega y Cerdeña se sublevan y quedan sojuzgadas.—Con-

victa de incesto la vestal Tuccia, se suicida.—Declárase la guerra á los ilirios para vengar la muerte de un legado enviado por la república.—Los ilirios quedan vencidos.—Elévase á cuatro el número de los pretores.—Los galos transalpinos hacen irrupción en Italia y quedan destrozados. Dícese que, en esta guerra, el pueblo romano puso en armas hasta trescientos mil soldados entre aliados y romanos.—Los ejércitos romanos pasan el Pó por primera vez; triunfan en muchos combates sobre los galos insubrios y los someten.—El cónsul M. Claudio Marcelo mata por su mano á Vindomaro, rey de los galos, y consigue sobre él los terceros despojos opimos.—Sójúzgase á los istrios y á los ilirios, que se habían sublevado.—Los censores cierran el lustro: el censo arroja doscientos setenta mil doscientos trece ciudadanos.—Los libertos quedan distribuidos en cuatro tribus separadas, habiendo estado hasta entonces incorporados á las otras. A estas tribus se les llama Esquilina, Palatina, Suburrana y Colina.—El censor C. Flamínio hace pavimentar la vía que después llevó su nombre, y construye el circo que se llamó también Flamínio.—Establécense en las tierras conquistadas á los galos las colonias de Placencia y de Cremona.

LIBRO XXI.

SUMARIO.

Origen de la segunda guerra púnica.—Ataque y toma de Sagunto por Aníbal.—Roma declara la guerra á los cartagineses.—Aníbal atraviesa los Pirineos, derrota á los galos y cruza los Alpes.—Pasa á la Italia, derrota á los romanos en el Tesino.—Victoria de Aníbal en Trebia.—Trabajos de su ejército al cruzar el Apenino.—Triunfos de Cn. Cornelio Escipión en España sobre los cartagineses y prisión de su jefe.

Séame lícito decir, en esta parte de mi obra, como lo han hecho la mayor parte de los historiadores al comenzar sus relatos, que voy á narrar la guerra más memorable de todas las que han tenido lugar; voy á narrar la que los cartagineses, mandados por Aníbal, sostuvieron contra el pueblo romano. En efecto, jamás midieron sus armas naciones ni ciudades más poderosas; jamás las mismas Roma y Cartago dispusieron de mayores fuerzas y poderío. No luchaban ahora sin conocimiento de la guerra, sino con la experiencia adquirida en la primera guerra púnica; y la fortuna fué tan varia y tan incierta la lucha, que quedó vencedor el bando que estuvo en mayor peligro. Además, tal vez

victa de incesto la vestal Tuccia, se suicida.—Declárase la guerra á los ilirios para vengar la muerte de un legado enviado por la república.—Los ilirios quedan vencidos.—Elévase á cuatro el número de los pretores.—Los galos transalpinos hacen irrupción en Italia y quedan destrozados. Dícese que, en esta guerra, el pueblo romano puso en armas hasta trescientos mil soldados entre aliados y romanos.—Los ejércitos romanos pasan el Pó por primera vez; triunfan en muchos combates sobre los galos insubrios y los someten.—El cónsul M. Claudio Marcelo mata por su mano á Vindomaro, rey de los galos, y consigue sobre él los terceros despojos opimos.—Sójúzgase á los istrios y á los ilirios, que se habían sublevado.—Los censores cierran el lustro: el censo arroja doscientos setenta mil doscientos trece ciudadanos.—Los libertos quedan distribuidos en cuatro tribus separadas, habiendo estado hasta entonces incorporados á las otras. A estas tribus se les llama Esquilina, Palatina, Suburrana y Colina.—El censor C. Flamínio hace pavimentar la vía que después llevó su nombre, y construye el circo que se llamó también Flamínio.—Establécense en las tierras conquistadas á los galos las colonias de Placencia y de Cremona.

LIBRO XXI.

SUMARIO.

Origen de la segunda guerra púnica.—Ataque y toma de Sagunto por Aníbal.—Roma declara la guerra á los cartagineses.—Aníbal atraviesa los Pirineos, derrota á los galos y cruza los Alpes.—Pasa á la Italia, derrota á los romanos en el Tesino.—Victoria de Aníbal en Trebia.—Trabajos de su ejército al cruzar el Apenino.—Triunfos de Cn. Cornelio Escipión en España sobre los cartagineses y prisión de su jefe.

Séame lícito decir, en esta parte de mi obra, como lo han hecho la mayor parte de los historiadores al comenzar sus relatos, que voy á narrar la guerra más memorable de todas las que han tenido lugar; voy á narrar la que los cartagineses, mandados por Aníbal, sostuvieron contra el pueblo romano. En efecto, jamás midieron sus armas naciones ni ciudades más poderosas; jamás las mismas Roma y Cartago dispusieron de mayores fuerzas y poderío. No luchaban ahora sin conocimiento de la guerra, sino con la experiencia adquirida en la primera guerra púnica; y la fortuna fué tan varia y tan incierta la lucha, que quedó vencedor el bando que estuvo en mayor peligro. Además, tal vez

por ambos lados hubo más odio que fuerzas comprometidas en la pelea: indignaba á los romanos ver á los vencidos atreverse á atacar á los vencedores; y en el ánimo de los cartagineses la tiranía y la avidez abusaban de la desgracia de los vencidos. Dícese que Aníbal, teniendo apenas nueve años de edad, habiendo suplicado á su padre entre mil caricias infantiles que le llevase á España, cuando después de haber terminado la guerra de África (1) se preparaba Amílcar por un sacrificio á conducir un ejército á este país, le llevó al altar, le hizo tocar las ofrendas y le obligó á que jurase hacerse, todo lo más pronto que pudiera, enemigo del pueblo romano. Aquel ánimo altivo estaba apenado por la pérdida de la Sicilia y de la Cerdeña. En su opinión había sido abandonada la Sicilia por desesperación demasiado precipitada; y acusaba á los romanos de haber arrebatado pérfidamente la Cerdeña, aprovechando las turbulencias de África, y de haberle impuesto además nuevo tributo.

Dominado por estos sentimientos durante los cinco años de la guerra de África (2), á la que siguió de cerca

(1) Alude á aquella terrible guerra de los mercenarios, que por modo tan repentino estalló al terminar la primera guerra púnica, sublevando al África contra la odiosa dominación de los cartagineses y reduciéndoles á sus propias murallas. Tan grande fué el peligro, que reconcilió momentáneamente y por primera vez á los dos bandos rivales de los Barca y los Hannón. En este apuro, tuvo Cartago que arrojarse en brazos de Amílcar, á quien acusaba de haber encendido aquella guerra con sus exageradas promesas, y á quien en otras circunstancias, tal vez hubiese reservado muy distinta suerte. Amílcar, después de intentar en vano reducir á los rebeldes por la moderación, exterminó más de sesenta mil en tres batallas sucesivas; esto mereció á esta guerra el nombre de inexpiable.

(2) Polibio dice que esta guerra solamente duró tres años y cuatro meses. En estos cinco años que cuenta Tito Livio, debe comprenderse el tiempo que permaneció Amílcar en África, es

la paz de Roma, después en España, durante nueve años, de tal manera trabajó en aumentar la fuerza de su patria, que fácilmente pudo verse que meditaba una guerra más importante que la que le ocupaba entonces, y que, si hubiera vivido más tiempo, los cartagineses hubiesen llevado á Italia, guiados por Amílcar, la guerra que llevaron conducidos por Aníbal. La muerte de Amílcar, muy oportuna para los romanos, y la infancia de Aníbal retardaron esta guerra. Entre el padre y el hijo medió un intervalo de ocho años, durante el cual obtuvo Asdrúbal el mando. Dícese que la gracia de su juventud la valió el cariño de Amílcar; después, en la ancianidad de éste, llegando á ser yerno suyo, merced á la elevación de su carácter y apoyado en virtud de este título por la fracción barcina (1), cuya influencia era grande sobre los soldados y el pueblo, se apoderó del poder, al que los nobles no pensaban llevarle. Usando con más gusto de la habilidad que de la fuerza, de los lazos de hospitalidad formados con los reyezuelos

decir, el intervalo que medió desde la terminación de la primera guerra púnica hasta el paso del general cartaginés á España.

(1) El Senado de Cartago estaba dividido en dos partidos constantemente hostiles, por las familias Hannón y Barca. Estos, que dieron á Cartago sus generales más famosos, se veían apoyados por el pueblo; aquellos, generales torpes y administradores infieles, tenían de su parte á los rentistas, los mercaderes y todos los que hacían fortuna y se ocupaban de negocios en Cartago, no siendo éstos el número menor. La obstinación de su antagonismo parece indicar, más que rivalidad de familias, rivalidad de razas. Los Barca, como indica el origen africano de su nombre, representaban por su genio militar el ardiente carácter de los indígenas, los númidus; mientras que los Hannón, verdaderos cartagineses, representaban el carácter ávido y mercantil de la raza fenicia. Sea como quiera, esta rivalidad, que desempeña importante papel en la historia de los cartagineses, fué tal vez la salvación de Roma, y seguramente causa poderosa de la ruina de Cartago.

de Africa y el arte de ganarse de este modo los pueblos por la amistad de los reyes, le ayudaron más que la guerra y las armas para realzar el poderío de Cartago. Por lo demás, la paz no le salvó: irritado un bárbaro porque había hecho perecer á su señor, le asesinó públicamente. Cogido por los que rodeaban á Asdrúbal, no se mostró más inquieto que si se hubiese fugado; y cuando se veía desgarrado por la tortura, tanta fué su fortaleza que su serenidad no cedió al dolor, llegando hasta á sonreír. Con aquel maravilloso arte que tenía Asdrúbal para atraerse las naciones y hacerlas entrar en sus intereses, indujo á los romanos á que renovasen con él el tratado de alianza, según el cual, los dos imperios debían tener el Ebro por límite, y conservar su independencia los saguntinos, que se encontraban entre las dos fronteras.

Muerto Asdrúbal, no pudo dudarse que la prerrogativa de los soldados, que en el acto habían llevado al joven Aníbal al pretorio, proclamándolo general con grito y consentimiento unánimes, quedase muy pronto confirmada por el voto del pueblo (1). Apenas había entrado en la edad de la pubertad, cuando Asdrúbal escribió á Cartago para tenerle á su lado: el Senado delibe-

(1) Este nombramiento de los jefes, hecho por los soldados era una irregularidad en la constitución de Cartago. Ordinariamente el Consejo procedía primero á la elección de generales, sometiéndose en seguida la elección á la aprobación del Senado y del pueblo. Algunas veces también el ejército proclamaba su general, tolerándose este nombramiento irregular, aunque debía confirmarlo el pueblo, como vemos en esta ocasión. Polibio dice hablando de esto: "Cuando se supo en Cartago que el ejército había proclamado por unanimidad á Aníbal, reunióse inmediatamente al pueblo en asamblea y ratificó con una sola voz la elección de los campamentos."

Parece, sin embargo, que esta ratificación del pueblo era mera formalidad, que daba á estos nombramientos apariencia legal.

ró acerca de la petición y fué enérgicamente apoyada por los Barca, que deseaban vivamente hiciese Aníbal su aprendizaje en la guerra y sucediese en el mando á su padre. Hannón, jefe del partido contrario, declaró «que la petición de Asdrúbal le parecía justa, pero que no pensaba acceder á ella.» Y como se extrañase la singularidad de esta ambigua contestación, añadió: «Asdrúbal, por haber prostituído la flor de su juventud al padre de Aníbal, cree tener derecho para cobrar el favor á su hijo; pero no nos conviene que nuestros jóvenes, en vez de hacer el aprendizaje de la guerra, vayan á habituarse al desenfreno de nuestros generales. ¿Tememos que el hijo de Amílcar vea demasiado pronto la imagen del poder ilimitado y de la realza de su padre? ¿Y se teme que caigamos demasiado tarde en la servidumbre de ese rey de Cartago, que dejó nuestros ejércitos en herencia á su yerno? Por mi parte creo que ese joven debe permanecer aquí bajo la sujeción de las leyes, para aprender bajo nuestros magistrados á vivir en igualdad con todos sus conciudadanos, por temor de que algún día esta débil chispa llegue á producir un incendio.»

Algunos senadores, casi todos los más prudentes, participaban del parecer de Hannón; pero como muchas veces sucede, el número venció á la prudencia. Enviado Aníbal á España, desde su llegada atrajo las miradas del ejército. Los soldados veteranos creyeron ver á Amílcar en su juventud: tenía su rostro igual expresión de energía, el mismo brillo en la mirada, la misma expresión de boca, las mismas facciones. Muy pronto cesó de necesitar el recuerdo de su padre para granjearse el favor. Jamás hubo carácter más á propósito para las cosas más opuestas, obedecer y mandar; por esta razón hubiese sido difícil decidir quién le quería más, si el general ó el ejército. Asdrúbal no elegía otro

se trataba de algún golpe de audacia y de intrepidez; y con ningún otro mostraban los soldados mayor confianza y valor. Increíblemente atrevido para arrostrar los peligros, observaba en ellos maravillosa prudencia. Ningún trabajo fatigaba su cuerpo ni abatía su ánimo. Igualmente soportaba el frío y el calor. Para la comida y bebida consultaba las necesidades de la naturaleza y jamás el placer. Sus vigiliias y sueños no los regulaban el día y noche. El tiempo que le quedaba después de los negocios lo dedicaba al descanso, que por lo demás, no buscaba en las dulzuras del lecho ni en el silencio. Frecuentemente se le vió cubierto con un casco de soldado, tendido en el suelo, entre los centinelas y las guardias. Sus ropas en nada se distinguían de las de sus iguales; solamente eran notables sus armas y caballos. El mejor á la vez de los jinetes y de los infantes, marchaba el primero al combate y se retiraba el último. Acompañaban á tan grandes cualidades vicios no menos grandes: feroz crueldad, perfidia más que púnica, ninguna franqueza, ningún pudor, ni sombra de miedo á los dioses, ningún respeto á la fe del juramento, ninguna religión. Con esta mezcla de virtudes y vicios, sirvió tres años bajo Asdrúbal, sin olvidar nada de cuanto debía hacer ver en él el hombre destinado á ser gran capitán.

Por lo demás, desde el día en que fué nombrado general, parece que se le asignó por provincia la Italia y la guerra con los romanos; y persuadido de que no debía perder ni un momento, por temor de que, si vacilaba, le sobreviniese algún revés de fortuna, como á su padre Amílcar y después á Asdrúbal, decidió atacar á Sagunto. Pero como el sitio de esta ciudad había de provocar irremisiblemente las armas romanas, entró primeramente en territorio de los olcados, pueblo situado al otro lado del Ebro, y que más estaban nominal-

1.ª forj.
legal.

mente que en realidad bajo la dominación de los cartagineses (1) con objeto de que pareciera que no había llevado voluntariamente la guerra á los saguntinos, sino que le había arrastrado el encadenamiento de las circunstancias á la conquista y sumisión de los pueblos vecinos. Carteya (2), ciudad opulenta, capital de los olcados, fué tomada y saqueada. Aterradas las ciudades más endebles, se sometieron y se obligaron á pagar tributo. El ejército victorioso y rico de botín pasó á invernar en Cartagena. Allí, por medio de amplia distribución del botín, con el pago exacto del sueldo atrasado, se atrajo más y más á sus conciudadanos y aliados, y en los primeros días de la primavera realizó una expedición contra los vacceos, tomando por asalto Hermandica y Arbocala, ciudades de los carteyos. Arbocala resistió mucho tiempo, gracias al valor y número de sus habitantes. Los fugitivos de Hermandica, unidos con los desterrados de los olcados, vencidos el año anterior, sublevan á los carpetanos, atacan á Aníbal, á su regreso del país de los vacceos, cerca del Tajo, y perturban la marcha de su ejército, entorpecida con el botín. Abstúvose de pelear Aníbal; acampó en la ribera, y cuando observó que dormía el enemigo, y que había cesado todo rumor, atravesó el río por un vado y en seguida colocó su campamento bastante lejos para dejar venir al enemigo, con el propósito de caer sobre él al pasar. Mandó á la caballería que atacase en cuanto le vie-

(1) Parece que, según el tratado que señalaba el Ebro como límite respectivo de los dos pueblos, fuesen dueños de la parte de España que se reservaban; pero no era así. Porque los romanos no poseían nada ó casi nada al lado acá del Ebro, puesto que no tenían ningunas tropas en esta parte; y al otro lado del río, considerable número de pueblos no reconocían el dominio de los cartagineses. Por esta razón dice Tito Livio de los olcados que sólo nominalmente pertenecían á los cartagineses.

(2) Tortosa.

se metido en el agua; colocó la infantería en las orillas y la ocultó con cuarenta elefantes. Los carpetanos con los olcados y vacceos formaban cien mil hombres, y en campo raso habrían sido enemigo invencible. Naturalmente presuntuosos, fuertes con su número, persuadidos de que el temor hacía retroceder al enemigo y que solamente retrasaría su victoria el río que les separaba, lanzan el grito de guerra y se arrojan al Tajo ciega-mente, sin jefe y cada cual por su lado. En el acto se lanzan desde la otra orilla fuerzas de caballería, y en medio del agua se trabó una lucha muy desigual; por-que para derribar al peón vacilante y que desconfiaba del vado, bastaba que el jinete, hasta sin armas, lanza-se el caballo, mientras que con el cuerpo y las armas libres, sobre su caballo seguro siempre, hasta en los parajes más profundos, podía herir de lejos y de cerca. Muchísimos perecieron en el río; y otros, arrastrados hacia el enemigo por la rapidez de la corriente, fueron aplastados por los elefantes; otros, en fin, creyendo más seguro volver á su orilla, procuran reunirse acu-diendo en desorden de diversos puntos. Aníbal, for-mando en cuadro á sus soldados, cruza el río y les arroja de la ribera. En seguida devastó su territorio y en pocos días recibió la sumisión de los carpetanos. Desde en-tonces, todo lo que estaba al otro lado del Ebro, excep-tuando los saguntinos, quedó en poder de los cartagi-neses.

Todavía no se había trabado la guerra con los sagun-tinos; pero se les suscitaban querellas, gérmenes de gue-rra con sus vecinos, especialmente los turdetanos. Como el autor del litigio les sostenía, y era evidente que se buscaba, no la satisfacción de un derecho, sino una co-lisión, los saguntinos enviaron legados á Roma para pedir socorros en aquella inminente guerra. Eran en-tonces cónsules Cornelio Escipión y Sempronio Longo.

Habiendo presentado éstos los legados al Senado, expu-sieron lo que interesaba á la república, y se convino en enviar legados á España para que examinasen la situa-ción de los aliados. Si les parecía justa la causa de éstos, debían intimar á Aníbal que respetase á los saguntinos, y después pasar á Africa y exponer allí las quejas de los aliados del pueblo romano. Pero todavía no había marchado aquella legación decretada, cuando se supo que estaba sitiada Sagunto, cosa que nadie esperaba tan pronto. Entonces volvió á deliberar el Senado: unos, designando ya España y Africa por provincias á los dos cónsules, opinaban que se atacase á la vez por mar y tierra; otros querían dirigir todo el esfuerzo contra Aníbal y España; algunos, en fin, opinaban que no debía tratarse ligeramente asunto de tanta monta, y que se esperase el regreso de los legados. Esta opinión, que pa-recía la más segura, triunfó al cabo, y se apresuró la mar-cha de los legados Valerio Flaco y Q. Bebio Tamfilo, que debían presentarse á Aníbal y después marchar á Cartago, si no suspendía la guerra, para reclamar la persona misma del general en reparación de la ruptura del tratado.

Mientras los romanos deliberaban y formaban estos proyectos, veíase estrechada Sagunto con extraordina-rio vigor. De todas las ciudades allende el Ebro, ésta era incomparablemente la más poderosa. Encontrábase situada á unos mil pasos del mar; sus habitantes pasa-ban por ser una colonia de Zacinto, mezclada más ade-lante con algunos rútilos de Ardea. Por lo demás, ha-bíase elevado rápidamente á aquel grado de poder, sea por su comercio de mar y tierra, sea por el aumento de su población, ó bien por la severidad de principios que le hizo conservar la fe en las alianzas hasta su propia ruina. Habiendo entrado Aníbal en su territorio, formidabile ejército, taló el campo y atacó le mucho

tres puntos á la vez. Un ángulo de la muralla avanzaba en un valle más llano y descubierto que el terreno inmediato: por este lado se propuso colocar sus manteletes, á cuyo abrigo podría acercarse el ariete á las murallas; pero tanto como favorecía el terreno lejos de los muros el transporte de los manteletes, así encontraron obstáculos cuando quisieron usarlos. Dominábales una torre inmensa; el muro, por lo mismo que aquel era el lado débil de la plaza, era mucho más grueso y más elevado; en fin, allí era donde habían de ser mayores los trabajos y peligros y donde lo más escogido de la juventud hacía esfuerzos más grandes. Al principio, lluvia de dardos alejó á los asaltantes, sin que los trabajadores pudiesen encontrar ni sombra de seguridad. Muy pronto no se limitaron á lanzar dardos desde lo alto de la torre y las murallas; llevóse el atrevimiento hasta arrojarse sobre las guardias y los trabajos enemigos, y en aquellos repentinos combates, los saguntinos no perdían más gente que los cartagineses; y un día, en que Aníbal se acercó demasiado y sin bastante precaución á las murallas, cayó herido en un muslo por un dardo, y tal espanto y confusión se promovió en derredor suyo, que estuvieron á punto de abandonar las obras y los manteletes.

Durante algunos días quedó el sitio reducido á bloqueo, esperándose á que Aníbal curase de su herida; pero si hubo tregua de combates en este intervalo, continuaron las obras de fortificación. Así, pues, el ataque comenzó de nuevo con mayor brío, y á pesar de las dificultades del terreno, por muchos puntos avanzaron los arietes. El ejército de los cartagineses era muy numeroso, calculándose en ciento cincuenta mil hombres. Los sitiados, para defenderlo y vigilarlo todo, viéronse obligados á desparramar sus fuerzas, y ya no podían resistir, porque batidas incesantemente las mu-

rallas, estaban quebrantadas en muchos puntos. En un lado ancha brecha había abierto la ciudad; á consecuencia de ello, tres torres y la muralla que las unía habíanse derrumbado con terrible ruido, y los cartagineses se creyeron dueños de la ciudad por aquella brecha, por la que los dos bandos marcharon uno contra otro, como si los dos estuviesen defendidos por los parapetos. Por lo demás, nada hay parecido á esas confusas peleas á que dan ocasión en los sitios los ataques imprevistos. Aquí, dos ejércitos se presentaban formados en batalla, como en una llanura, entre los escombros de la muralla y las casas situadas á corta distancia. Por un lado la esperanza y por otro la desesperación, enardecían los pechos. Los sitiadores veíanse ya, con ligero esfuerzo, dueños de la plaza; los saguntinos cubren la ciudad con sus cuerpos á falta de murallas, y ni uno solo retrocede para no entregar al enemigo el terreno abandonado. Así, pues, cuanto más estrechos y apretados se encuentran los combatientes, más numerosas eran las heridas, y ningún dardo se perdía entre la armadura y el cuerpo. Los saguntinos tenían un arma arrojadiza llamada falariça, cuya asta era de abeto y redonda en toda su longitud, exceptuando el extremo en que engastaba el hierro. El extremo, cuadrado como el de la javalina romana, estaba rodeado de estopa empapada en pez. El hierro tenía tres pies de largo, de manera que pudiese traspasar la armadura y el cuerpo. Pero aunque la falariça quedase clavada en el escudo sin alcanzar el cuerpo, causaba sin embargo profundo espanto; porque, como estaba encendida por el centro y la carrera avivaba la llama, el soldado á quien alcanzaban veíase obligado á arrojar sus armas y á exponerse sin defensa á los golpes siguientes.

Hacia mucho tiempo que el combate permanecía incierto; pero los sitiados, que habían resistido mucho

más de lo que esperaban, redoblaban su valor, y los cartagineses, no siendo ya vencedores, se consideraban vencidos. De pronto lanzan terrible grito los saguntinos y rechazan al enemigo sobre la muralla derruida; desde allí le rechazan más, le infunden espanto, le derrotan y le empujan á su campamento. Entretanto, anuncian la llegada de los legados romanos; Anibal envía á recibirlos hasta á la orilla del mar para decirles que no se encontrarían seguros entre las armas y tantos pueblos irritados por la guerra, y que, en cuanto á él, en circunstancias tan críticas, no tenía tiempo para escuchar mensajes. Era evidente que después de esta negativa, marcharían inmediatamente á Cartago, y de antemano envió cartas y mensajeros á los jefes del partido barcino para que preparasen los ánimos de sus adeptos y desbaratasen todas las tentativas de los contrarios en favor de los romanos.

Así, pues, á pesar de que los legados obtuvieron audiencia, su misión resultó también vana y estéril. Solamente Hannón sostuvo contra todo el Senado la validez del tratado, en medio de profundo silencio, inspirado por su carácter y no por su opinión. «En nombre de los dioses, árbitros y fiadores de los tratados, les había advertido y suplicado que no enviasen al ejército al hijo de Amilcar; ni los manes, ni el vástago de aquel hombre podían resignarse al reposo, y mientras quedase alguno de la sangre y el nombre de los Barca, no sería tranquila la alianza romana. Vivía un joven entre vosotros, ardiendo en deseos de reinar, y no viendo otro medio para conseguirlo que promover guerra tras guerra y vivir rodeado de armas y de legiones, vosotros alimentáis ese fuego amenazador; ¡vosotros enviáis ese joven al ejército! Habéis encendido por tanto el incendio que os devora. Vuestros soldados asedian á Sagunto, adonde los tratados les prohíben acercarse. Muy pronto las legiones

romanas sitiarán á Cartago, conducidas por esos mismos dioses; que, en la primera guerra, vengaron la violación de los tratados. ¿Acaso desconocéis al enemigo, á vosotros mismos ó á la fortuna del uno y del otro pueblo? Aliados y para aliados envían embajadores; vuestro digno general no los recibe en su campamento; suprime el derecho de gentes. Arrojadlos como jamás lo fueron ni los legados del enemigo, estos legados se os presentan; piden satisfacción según los tratados; nada piden á la nación, solamente reclaman un solo culpable, el autor del crimen. Cuanta mayor moderación y paciencia muestran en los primeros pasos, mayores energías temo en el rigor, una vez desencadenado. Recordad las islas Egatas, el monte Erix y todos los desastres que habéis experimentado por mar y tierra durante veinticuatro años. Y vuestro general no era un niño; era el mismo Amilcar, aquel segundo Marte, como dicen sus amigos; pero entonces no habíamos respetado á Tarento, esto es, la Italia, según la prescripción del tratado; lo mismo que hoy no respetamos á Sagunto. Por esta razón nos vencieron los dioses y los hombres; y la cuestión de saber cuál de los dos pueblos rompió el tratado, la decidió la suerte de la guerra, dando la victoria como juez equitativo al partido que tenía á su favor la justicia. Sus torres y manteletes las empuja hoy Anibal contra Cartago: las murallas de Cartago son las que quebranta con los golpes de su ariete. Las ruinas de Sagunto (¡ojalá sea falso adivino!) caerán sobre nuestras cabezas; esta guerra comenzada contra los saguntinos, habrá que sostenerla contra Roma. Preguntaránme: ¿entregaremos á Anibal? Bien sé que acerca de este punto no puedo tener autoridad á causa de mis enemistades con su padre. Pero no me regocijé de la muerte de Amilcar, sino porque viviendo él tendríamos ya la guerra con Roma; y odio y detesto á ese joven, porque veo en

el una furia, una tea de esa guerra. No solamente debemos entregarle en expiación del tratado violado, sino que, si nadie lo reclama, se le debe deportar á los últimos confines de los mares y las tierras y relegarle á tal paraje, que ni su fama ni su nombre pueda llegar hasta nosotros y turbar la tranquilidad de nuestra patria. Propongo, por tanto, que en el acto se envíen legados á Roma para dar satisfacción al Senado; otros á Aníbal para mandarle levantar el sitio de Sagunto y entregarle á él mismo á los romanos, y otros además para restituir á Sagunto todo lo que ha perdido.»

Cuando Hannón concluyó de hablar, no fué necesario que nadie le respondiese: tanto estaba por Aníbal la inmensa mayoría del Senado. Hasta se censuró á Hannón que hubiese hablado con mayor acritud que Valerio Flaco, el legado romano. En consecuencia de esto, se contestó: «Que la guerra había partido de los saguntinos y no de Aníbal, y que los romanos obrarían con suma injusticia, si preferían Sagunto á Cartago, su alia-da más antigua.» Mientras los romanos perdían el tiempo en embajadas, viendo Aníbal fatigados á sus soldados con los combates y los trabajos, les dió algunos días de descanso, después de colocar guardias para la defensa de los manteletes y las otras obras. Entretanto excita su valor, unas veces con el odio de sus enemigos, otras con la esperanza de recompensas; especialmente cuando declaró en una asamblea que todo el botín de la ciudad pertenecería á los soldados, tanto aumentó el entusiasmo, que si se hubiese dado la señal en aquel momento, ninguna fuerza habría sido capaz de resistirles. Los saguntinos habían podido descansar de los combates durante algunos días, no atacando por su parte, así como ellos no eran atacados; pero habían trabajado sin descanso día y noche para levantar otra muralla en el punto donde estaba abierta la brecha. Muy

pronto volvieron á comenzar los asaltos más terribles que nunca; y en medio de los gritos que resonaban por todas partes, los sitiados no sabían á qué punto debían acudir primero ó preferentemente. El mismo Aníbal, por todas partes por donde avanzaba una torre móvil, que dominaba todas las fortificaciones de la ciudad, se presentaba para dar el impulso; y cuando esta torre, por medio de catapultas y balistas colocadas en todos sus pisos, barrió la muralla de defensores, Aníbal aprovechó la ocasión para enviar cerca de quinientos africanos con picos para socavar la muralla por el pie. El trabajo no era difícil, porque las piedras no estaban ligadas con cal, sino con cemento de tierra, según la costumbre de los antiguos. Así, pues, no se derrumbaba solamente la parte socavada, sino que se abrían grandes brechas por las que se precipitaron en la ciudad los grupos enemigos. Al fin se apoderaron de una altura, en la que emplazaron sus catapultas y balistas, amurallándola para tener una fortaleza dentro de la misma ciudad dominándola. Los saguntinos, por su parte, construyen un muro interior delante de la parte de la ciudad que conservan. Fortificanse por uno y otro lado y se combate con la mayor actividad; pero al levantar parapetos interiores, los sitiados reducen diariamente el recinto de la ciudad. Al mismo tiempo aumenta la escasez por la duración del sitio, y poco á poco desaparece la esperanza de socorro; porque Roma, su única esperanza, está, por desgracia, demasiado lejos, y todo lo que les rodea se encuentra en poder del enemigo. Sin embargo, los abatidos ánimos se rehacen un poco, habiendo marchado de pronto Aníbal contra los oretanos y carpetanos. Alarmados estos dos pueblos por el rigor de las leyes, habían detenido á los que las hacían y amenazaban con la defección; pero adelantándoseles Aníbal con la rapidez de su marcha, dejaron en reposo las armas que iban á empuñar.

Pero el sitio de Sagunto no amainó por esto; porque Maharbal, hijo de Himilcon, á quien Aníbal dejó el mando, desplegaba tal actividad, que ni los sitiadores ni los sitiados echaban de menos la ausencia del jefe. Algunas ventajas consiguió; con tres arietes derribó un lienzo de muralla, y cuando regresó Aníbal, le enseñó el suelo sembrado de recientes ruinas. Este llevó en el acto su ejército delante de la ciudad, y después de sangriento combate, funesto para los dos ejércitos, se apoderó de parte de la fortificación. Entonces intentaron dos hombres un convenio, el saguntino Alcón y el español Alorco. Sin que se enterasen los saguntinos, Alcón, esperando que serían atendidas sus súplicas, penetró de noche hasta Aníbal; y como éste, sin que le afectasen sus lágrimas, quería, como vencedor irritado, imponer duras condiciones, Alcón, de mediador se trocó en desertor y quedó con el enemigo, diciendo que le matarían si se atreviese á proponer una paz á tal precio. Quería el vencedor que los saguntinos diesen completa satisfacción á los turdetanos, y que después de entregar todo su oro y toda su plata saliesen de la ciudad con un solo vestido para establecerse en el paraje que se les designara. Asegurando Alcón que los saguntinos no aceptarían jamás aquellas condiciones, y pretendiendo Alorco que el valor no sobrevivía á la ruina de todo lo demás, se ofreció por mediador. Alorco, soldado de Aníbal, había sido huésped y amigo de los saguntinos. Adelántase en medio del día, entrega sus armas á los centinelas enemigos, atraviesa las fortificaciones y pide que le lleven ante el pretor saguntino. El caso había reunido inmediatamente inmensa multitud; hizo sela abrir paso, y el Senado recibió á Alorco, que habló de esta manera: «Si vuestro conciudadano Alcón, después de haber ido á ver á Aníbal para pedirle la paz, os hubiese traído su respuesta, inútil fuera que me presentase á vosotros

sin ser legado de Aníbal ni desertor. Pero ya que por vuestra culpa ó por la suya ha quedado con el enemigo, por la suya, si su temor es fingido, por la vuestra, si es peligroso deciros la verdad, he venido en nombre de nuestras antiguas relaciones y hospitalidad, para deciros que todavía os quedan algunos medios de salvación y de paz. Ahora bien: la prueba de que hablo solamente por interés vuestro es que, mientras habéis podido resistir con vuestras propias fuerzas, ó esperar socorro de los romanos, jamás he venido á aconsejaros la sumisión; pero cuando ya no tenéis esperanza por parte de los romanos y vuestras armas y murallas no pueden defenderos más, os traigo una paz más necesaria que ventajosa. Tengo alguna esperanza de que la conseguiréis, si escucháis como vencidos las proposiciones del vencedor, y si, en vez de contar como pérdida lo que os quite ese vencedor, que ya es dueño de todo, consideraréis más bien como don suyo lo que se digne dejaros. Esta ciudad, en gran parte destruída y ocupada casi por completo, os la toma, pero os deja vuestros campos, reservándose designaros el paraje donde podréis construir una ciudad nueva. Todo cuanto oro y plata tenéis, sea en el tesoro público, sea en poder de particulares, se le entregará, pero respeta y conserva vuestras personas, vuestras esposas y vuestros hijos, si consentís en salir de la ciudad sin armas y con dos trajes solamente. Tal es la orden del vencedor, orden terrible y cruel sin duda, pero que vuestra desgracia os obliga á soportar. Por lo demás, no desespero de que, una vez recibida vuestra sumisión, no ceda algo de su rigor. En todo caso, creo que mejor es que os resignéis á todo, que exponeros á ser exterminados y á ver á vuestras esposas y vuestros hijos arrebatados y arrastrados ante vuestros ojos según los derechos de la guerra.»

La multitud se había reunido poco á poco para escu-

char este discurso, de modo que el pueblo se encontraba mezclado con el Senado. De pronto salen los senadores principales antes de que se conteste, llevan á la plaza pública todo el oro y la plata que tenían en sus casas y en el tesoro público, lo arrojan á una hoguera encendida apresuradamente, y en ella se precipitan también casi todos ellos. Este espectáculo había difundido por la ciudad la consternación y el pavor, cuando se escuchaba nuevo tumulto por el lado de la fortaleza; acababa de derrumbarse una torre combatida desde mucho tiempo. En el acto se lanza sobre las ruinas una cohorte y advierte con una señal al general que la plaza está desguarnecida de guardias y centinelas. Pensó Aníbal no debía vacilar en ocasión como aquella; ataca con todas sus fuerzas la ciudad, la toma en el acto y manda pasar á cuchillo á cuantos tenían edad para llevar las armas; medida cruel cuya necesidad sin embargo demostraron los acontecimientos. Porque ¿cómo perdonar hombres que se quemaban en sus casas con sus mujeres y sus hijos ó que con las armas en la mano combatían hasta morir?

En la ciudad recogieron inmenso botín. Aunque los habitantes lo habían deteriorado casi todo, aunque la matanza apenas distinguió de edades y los prisioneros fueron propiedad de los soldados, es sin embargo cierto que el producto de los objetos vendidos se elevó á cantidad considerable y se enviaron á Cartago muchos trajes y muebles preciosos. Pretenden algunos escritores que Sagunto sucumbió después de ocho meses de sitio, que entonces marchó Aníbal á invernar en Cartagena, y que cinco meses después de dejar esta ciudad, entró en Italia. Si esto es así, imposible es que P. Cornelio y T. Sempronio fuesen los mismos cónsules que recibieron los legados de Sagunto al comenzar el sitio, y que más tarde combatieron con Aníbal, el uno cerca

del Tesino, y los dos, poco después, en las orillas del Trebia. Ó todo se verificó en menos tiempo, ó Sagunto no fué atacada, sino tomada al empezar el consulado de P. Cornelio y T. Sempronio. Porque la batalla del Trebia no puede referirse al año de Cn. Servilio y de C. Flamínio, porque Flamínio comenzó su consulado en Arimino, después de haberle proclamado Sempronio, que fué á Roma después de la batalla del Trebia para la elección de los cónsules, y terminados los comicios, se apresuró á incorporarse al ejército en sus cuarteles de invierno.

Casi al mismo tiempo que regresaron á Roma los legados enviados á Cartago, diciendo que todo lo habían encontrado hostil, se supo la caída de Sagunto. Entonces experimentaron á la vez los senadores dolor y compasión por la triste suerte de los aliados, vergüenza por no haberles socorrido, y tanta cólera contra los cartagineses y tanto temor por lo porvenir, como si el enemigo estuviese ya en las puertas de Roma, que turbados los ánimos por estas diferentes emociones, más vacilaban irresolutos que deliberaban. «Nunca, decían, había tenido Roma enemigo más activo y belicoso; ni la república había mostrado jamás mayor debilidad y cobardía. La Cerdeña, Córcega, Istria y la Iliria fueron para las armas romanas antes juego que prueba, y los galos habían ocasionado un tumulto más bien que una guerra. Mas ahora, los cartagineses, aquellos antiguos enemigos, aguerridos en veintitrés años de penosas victorias, bajo Amílcar primero, después bajo Asdrúbal y actualmente bajo el intrépido Aníbal, orgullosos por la ruina de una ciudad opulenta, atraviesan el Ebro, arrastran con ellos muchas gentes españolas, y muy pronto sublevarán las naciones galas, ávidas siempre de batalla. Habrá que combatir con el universo entero en la misma Italia y bajo los muros de Roma.»

Ya habían sido asignadas las provincias á los cónsules y se mandó á éstos sortearlas, tocando España á Cornelio, y África con la Sicilia á Sempronio. Decretóse que los cónsules alistarían este año seis legiones y cuantos aliados quisieran, y que la flota sería todo lo numerosa posible. En Roma se inscribieron veinticuatro mil infantes y ochocientos jinetes (1), y entre los aliados cuarenta mil peones y cuatro mil cuatrocientos caballos. En cuanto á la flota, la formaron doscientas veinte quinqueremes y veinte naves ligeras. En seguida se propuso al pueblo aprobar y decretar la declaración de guerra contra Cartago. Celebráronse con este motivo rogativas públicas en la ciudad, y se pidió á los dioses que concediesen feliz resultado á aquella guerra que emprendía el pueblo romano. Las tropas se repartieron entre los cónsules del siguiente modo: Sempronio recibió dos legiones (cada legión tenía cuatro mil hombres de á pie y trescientos caballos), diez y seis mil infantes y mil ochocientos jinetes auxiliares y además ciento sesenta naves largas y doce ligeras. Sempronio fué enviado á Sicilia, al frente de las fuerzas de mar y tierra, con orden de pasar al África, si el otro cónsul bastaba para arrojar á los cartagineses de Italia. Cornelio recibió menos tropas, porque el pretor Manlio había ido hacia la Galia con un cuerpo bastante considerable. Su flota especialmente fué muy pequeña, no recibiendo más de sesenta quinqueremes; no creyéndose que el enemigo llegase por mar, y, por consiguiente, que no habría batalla naval. Por lo demás, le dieron dos legiones con su caballería, catorce mil infantes aliados y mil seiscientos caballos, dos legiones romanas con seiscientos jinetes. Hacia la Galia, sobre la que iba á caer este

(1) Constando la legión de cuatro mil infantes y trescientos caballos, el total de las seis legiones daba veinticuatro mil de los primeros y mil ochocientos de los segundos.

año la guerra púnica, dirigieron diez mil hombres de infantería aliada y mil de caballería.

Terminados estos preparativos, con objeto de hacerlo todo en justicia antes de la guerra, los romanos nombraron legados á cinco varones venerables, Q. Fabio, M. Livio, L. Emilio, C. Licinio y L. Bevio, para que preguntasen á los cartagineses si Aníbal había sido autorizado para sitiar á Sagunto y para declararles la guerra en el caso muy probable de que confesasen el hecho y lo defendiesen. Cuando llegaron á Cartago los legados romanos, fueron introducidos en el Senado, y Fabio hizo sencillamente la pregunta que le habían encargado. En el acto se levantó un cartaginés, diciendo: «Romanos, temeraria fué sin duda vuestra primera legación, cuando vinisteis á reclamar á Aníbal como único culpable del sitio de Sagunto; pero ésta, más moderada en los términos, es en realidad mucho más violenta. Entonces el acusado y reclamado era solamente Aníbal; hoy pretendéis imponernos á todos la confesión de una falta, y como consecuencia, la reparación inmediata. Por mi parte creo que la cuestión está en saber, no si el sitio de Sagunto es resultado de voluntad pública ó privada, sino si ha sido legítimo ó injusto. Porque solamente á nosotros compete juzgar y castigar á nuestro conciudadano, haya obrado por sí ó por nuestra orden. Solamente tenemos que discutir con vosotros un punto: si podía hacerse dentro del tratado. Ahora bien: puesto que os place distinguir entre los actos de los generales los que les son personales y los que se les ordenan, entre Roma y nosotros existe un tratado concluido por el cónsul Lutacio, en el cual se hicieron estipulaciones para los aliados de las dos partes y en manera alguna para los saguntinos, porque no eran á la sazón aliados vuestros. Pero se dirá: en el tratado ajustado con Asdrúbal se exceptúa á los saguntinos. Á esto

solamente contestaré lo que vosotros mismos me habéis enseñado. Vosotros no os habéis creído obligados por el tratado del cónsul Lutacio, porque no le habían autorizado el Senado ni el pueblo: en consecuencia, le renovó el poder público. Si, pues, vosotros solamente admitis aquellos tratados que están redactados por vuestra sanción y vuestra orden, tampoco puede obligarnos el que firmó Asdrúbal sin conocimiento nuestro. Por tanto, no habléis de Sagunto ni del Ebro, y que estalle hoy al fin lo que desde mucho tiempo está escondido en vuestros ánimos.» Entonces, haciendo Fabio un pliegue á su toga, dijo: «Os traemos la paz ó la guerra: elegid.» «Elegid vosotros mismos,» exclamaron con igual altivez. Y cuando el romano, dejando caer el recogido de la toga, dijo: «la guerra,» todos contestaron «la guerra,» y que la harían con tanto ardimiento como la aceptaban.»

Pareció más conforme con la dignidad del pueblo romano una pregunta terminante seguida de la declaración de guerra, que disputas de palabras acerca de los derechos de los tratados, antes de la ruina de Sagunto y mucho más después de su caída. En efecto, si tal discusión hubiese tenido algún valor, ¿cómo hubieran podido comparar el tratado de Asdrúbal con el primero de Lutacio, que fué modificado en seguida? Lutacio cuidó de añadir esta cláusula: «Que solamente sería válido mediante la ratificación del pueblo romano.» Pero en el tratado de Asdrúbal no había ninguna restricción; mas un silencio de muchos años le había confirmado de tal manera en vida de aquel general, que nada se cambió después de su muerte. Sin embargo, aunque se hubiesen atendido al primer tratado, los saguntinos estaban bastante garantidos por la excepción estipulada en favor de los aliados; porque no se había añadido «de los que lo son actualmente» ni «que no se aceptarían otros

en adelante.» Y puesto que podían admitirse nuevos aliados, ¿habría sido justo no recibir á pueblo alguno en la amistad de los romanos, por ningún servicio, ó no defenderle después de admitido? Solamente quedaban obligados los romanos á no inducir á la defección á los aliados de Cartago, y en el caso de que se separasen, á no ajustar alianza con ellos. Los legados romanos, en conformidad con sus instrucciones, pasaron de Cartago á España, con objeto de visitar los pueblos de este país, para procurar atraerlos ó separarlos de los cartagineses. Primeramente se acercaron á los bargusianos, que les recibieron muy bien, porque estaban cansados de la dominación púnica. Otros muchos pueblos allende el Ebro experimentaron también el deseo de tentar fortuna. En seguida pasaron á los volcianos, cuya respuesta, repetida muy pronto por toda España, separó de la causa romana á los otros pueblos. El más antiguo de todos ellos contestó á los legados: «¿Cómo os atrevéis, romanos, á venir con la pretensión de que sacrifiquemos la amistad de los cartagineses á la vuestra, cuando los saguntinos, que os creyeron, han experimentado por parte vuestra una traición mucho más cruel que la venganza de su enemigo? Creednos; buscad aliados en parajes donde se ignore la desgracia de Sagunto. Para los pueblos españoles, las ruinas de esa ciudad serán una enseñanza tan triste como solemne acerca de la confianza que merece la fe de los romanos.» Intimidados para que saliesen en seguida del país de los volcianos, los legados no encontraron en adelante palabras benévolas en ninguna ciudad española, y después de recorrer inútilmente la España, pasaron á la Galia.

Allí contemplaron un espectáculo tan nuevo como terrible, cuando los galos, según su costumbre, acudieron completamente armados á la asamblea, y cuando los legados, ensalzando la gloria, la virtud del pueblo

romano y la grandeza de su imperio, pidieron á los galos que no franqueasen paso por sus campos y ciudades á los cartagineses, que llevaban la guerra á Italia, tales carenjadas estallaron, según se dice, y tales murmullos, que costó mucho trabajo á los magistrados y á los ancianos calmar á los jóvenes: tan imprudente y necia les parecía la proposición de cerrar el paso á la guerra que amenazaba á Italia, para atraerla sobre ellos mismos y exponer sus campos á la devastación para preservarlos de los extranjeros. Calmado al fin el tumulto, respondieron á los legados: «Que los galos no habían recibido favores de Roma ni injurias de los cartagineses para tomar las armas por Roma ó contra Cartago. Sabían, por el contrario, que los romanos habían arrojado de toda la Italia á los hombres de su raza, agobiándolos con tributos y persecuciones.» En todas las ciudades de la Galia les hablaron casi de la misma manera; y no escucharon ni una palabra de paz ó de hospitalidad hasta que llegaron á Marsella. Aquí, gracias á las activas informaciones de estos fieles aliados, supieron que Aníbal se había apoderado previamente del ánimo de los galos; pero que tampoco podría contar mucho con ellos, tan indomable y arisca es esta nación, si el oro, de que tan ávida es, no le granjeaba el afecto de sus jefes. Después de recorrer de esta manera la España y la Galia, los legados volvieron á Roma poco después de la salida de los cónsules para sus provincias, encontrando la ciudad muy preocupada con la expectación de la guerra, creyéndose cierta la noticia de que los cartagineses habían pasado ya el Ebro.

Tomado Sagunto, Aníbal había invernado en Cartagena. Sabiendo allí lo que se había hecho y decretado en Roma y en Cartago, y viéndose, no solamente jefe, sino causa de la guerra, acelera la repartición y venta de lo que queda del botín, y sin perder momento, con-

voca los españoles de su ejército: «Creo, amigos, les dice, que comprendéis bien que después de haber pacificado la España, debemos terminar nuestros trabajos y licenciar nuestros ejércitos, ó llevar la guerra á otras comarcas; porque la paz y la victoria enriquecerán á la vez á los pueblos de este país, si marchamos á otros en busca de gloria y botín. Ahora bien: puesto que se presenta una guerra lejana y no puede decirse cuándo volveréis á ver vuestras murallas y todo lo que os es querido, si algunos de vosotros desean visitar sus familias, licencia les doy para ello; pero estad de regreso para los primeros días de la primavera, con objeto de que, con el auxilio de los dioses comencemos una guerra que nos promete mucha gloria y botín.» Á todos agradó este permiso para ir á ver á sus familias, porque estaban mucho tiempo ya separados de ellas y prevenían en lo venidero separación más larga todavía. El descanso de todo el invierno, entre los trabajos pasados y los futuros, renovó la fuerza y el valor para nuevas fatigas. El regreso de la primavera les trajo á todos á sus puestos. Aníbal, después de revistar las tropas auxiliares, marchó á Cádiz para cumplir los votos que había hecho á Hércules, y se impuso otros nuevos, si continuaba favoreciéndole la fortuna. En seguida, compartiendo sus cuidados entre la guerra ofensiva y la defensiva, para que durante su marcha á Italia, por España y la Galia, no quedase el África abierta á los romanos por el lado de Sicilia, decidió dejar allí formidable guarnición. En cambio pidió al África refuerzo de tropas ligeras, especialmente arqueros y honderos, de manera que los africanos debían servir en España y los españoles en África, con tanto mayor celo cuanto que, lejos de su país, unos y otros serían en cierto modo rehenes respectivos. Hizo, pues, pasar al África trece mil ochocientos cincuenta peones de escudo ligero, ochocientos setenta

honderos mallorquines y mil doscientos jinetes de diferentes naciones, con orden de que quedasen en Cartago parte de estas tropas y distribuir las demás en África. Al mismo tiempo marchan sus reclutadores á las diferentes ciudades para levantar cuatro mil jóvenes escogidos, á quienes envía á Cartago para que sirvan á la vez de defensores y rehenes.

No queriendo tampoco descuidar la España (porque no ignoraba que los legados romanos la habían recorrido en todas direcciones, procurando seducir á los jefes), encargóla á la actividad de su hermano Asdrúbal, á quien dejó un ejército formado principalmente de africanos, y que constaba de once mil ochocientos cincuenta infantes de Africa, trescientos ligurios y quinientos baleares; además quinientos jinetes libifenicios (1), raza mezclada de fenicios y africanos, mil ochocientos moros y húmedas de las riberas del Océano y doscientos jinetes ilergetas, de origen español. Para que no faltase nada á las fuerzas terrestres, añadió catorce elefantes. Asdrúbal recibió además una flota para defender la parte marítima, porque era verosímil que los romanos, victoriosos en el mar, se presentasen otra vez en él. Componíase esta flota de cincuenta quinqueres, dos cuadreres y cinco trireres; pero solamente treinta y dos quinqueres y las cinco trireres estaban provistas de remeros. De Cádiz volvió el ejército á invernar en Cartagena. Partiendo Aníbal de esta ciudad, pasó por Etovisa y llevó el ejército hacia el Ebro y las costas. Dicese que aquí vió en sueños un joven de forma divina, que decía ser enviado por Júpiter para

(1) Unidos los habitantes de Bizancio con los cartagineses se confundieron de tal manera que dieron lugar á una gente nueva conocida con el nombre de Libifenicia, que ocupaba la parte más rica y fértil del país y que se distingue en muchas ocasiones de los libios propiamente dichos.

guiarle á Italia y que le mandó seguirle sin perderle jamás de vista. Dominado por el estupor, Aníbal le siguió al principio, sin mirar en derredor ni detrás; mas por curiosidad natural, empezó á buscar en sí mismo el objeto cuya vista se le prohibía y no pudo dominar el deseo. Entonces vió detrás de él una serpiente prodigiosamente grande que avanzaba entre inmenso montón de árboles y arbustos rotos; después creyó oír un trueno seguido de violenta tempestad. Habiendo preguntado lo que significaban aquel monstruo y aquel prodigio, le contestó una voz «que era la devastación de Italia; pero que continuase su camino sin preguntar más y que respetase los secretos de los hados.»

Regocijado con esta visión, pasa el Ebro por tres puntos, cuidando de enviar delante gentes encargadas de ganar por medio de presentes á los galos, cuyo territorio tenía que atravesar, y de reconocer en seguida los pasos de los Alpes. Noventa mil infantes y mil doscientos caballos pasaron el Ebro bajo sus órdenes. En seguida sometió los ilergetas, los bargusios, los ausetanos y la Lacetania, situada al pie de los Pirineos, entregando todo este país á la custodia de Hannón con objeto de hacerse dueño de las gargantas que unen las Españas con las Galias. Hannón recibió diez mil infantes y mil caballos para conservar esta conquista. Cuando entraron en los desfiladeros de los Pirineos y entre los bárbaros tomó más consistencia el rumor de una guerra con los romanos, retrocedieron tres mil infantes carpetanos, menos asustados de la guerra que de la extensión del camino y de la infranqueable barrera de los Alpes. No atreviéndose Aníbal á llamarles ni á retenerles por la fuerza, por miedo de irritar aquellos caracteres agrestes, envió á sus hogares más de siete mil hombres, en los que había observado repugnancia

á aquella guerra, fingiendo de esta manera haber despedido á los carpetanos.

Temiendo en seguida que los retrasos y la ociosidad blandeasen el ánimo del soldado, atravesó los Pirineos con el resto de sus tropas y acampó en Iliberis. Aunque los galos habían oído decir que la guerra solamente amenazaba á Italia; sin embargo, como era fama que los españoles transpirenaicos habían sido sometidos por la fuerza y les habían impuesto fuertes guarniciones, algunos pueblos sublevados por el temor de la servidumbre, tomaron las armas y se reunieron en Ruscinón. Al recibir esta noticia, temiendo más Aníbal la pérdida de tiempo que la guerra, mandó decir á los jefes de los galos «que deseaba hablar con ellos, que se acercasen á Iliberis ó que él avanzaría hasta Ruscinón, para que la proximidad facilitase la entrevista: que le agradaría mucho recibirles en su campamento, como marcharía sin vacilación al de ellos; que venía como huésped y no como enemigo de la Galia; y que no desenvainaría la espada, si los galos no le obligaban á ello, antes de llegar á Italia.» Estas comunicaciones las hizo un mensajero; pero cuando los jefes bárbaros acercaron su campamento á Iliberis y voluntariamente vinieron al de los cartagineses, seducidos por sus regalos, permitieron al ejército atravesar tranquilamente su territorio pasando cerca de Ruscinón.

No se había recibido aún en Italia otra noticia que la del paso del Ebro, llevada á Roma por los legados de Marsella, y como si hubiese atravesado ya los Alpes Aníbal, se sublevaron los boyos arrastrando á los insubrios, no tanto por su antigua enemistad con los romanos, como porque veían con disgusto las colonias de Placencia y de Cremona, recientemente establecidas en las orillas del Pó, en territorio de los galos. Tomando de pronto las armas, hicieron irrupción en estas

colonias, produciendo tanto terror y desorden, que no solamente la multitud dispersa en los campos, sino los mismos triunviros, que habían ido para la repartición de tierras, no creyéndose seguros en Placencia, se refugiaron en Mutina. Eran estos triunviros C. Lutacio, C. Servilio y T. Annio. En cuanto á Lutacio no hay duda alguna; pero algunos anales mencionan á Q. Acilio y C. Herminio Maso, en vez de C. Servilio y T. Annio, y otros á P. Cornelio Asina y C. Papirio Maso. Tampoco se sabe de cierto si fué violado el derecho de gentes en la persona de los legados enviados á los boyos para hacer reclamaciones, ó si el insulto tuvo lugar contra los triunviros designados para la repartición de las tierras. Los boyos habían rodeado á Mutina; pero como estos bárbaros, ignorantes del arte de sitiarse y demasiado holgazanes para los trabajos militares, permanecían ociosos al pie de las murallas de la ciudad, sin procurar derribarlas, fingieron querer tratar de la paz, y los legados, invitados á una entrevista por los jefes galos, fueron aprisionados no solamente contra el derecho de gentes, sino con menosprecio del salvoconducto que habían recibido para las circunstancias. Los galos declararon terminantemente que no les pondrían en libertad si no les devolvían sus rehenes. En cuanto se enteraron de la suerte que había cabido á sus legados y del peligro que amenazaba á Mutina y á su guarnición, ardiendo en cólera el pretor L. Manlio marchó hacia aquella ciudad con algunas tropas en desorden. El camino estaba bordeado de bosques y casi todo el terreno inculto, y entrando en él Manlio sin hacerlo reconocer, cayó en una emboscada, pudiendo llegar con mucha dificultad á la llanura descubierta, después de perder mucha gente. Allí estableció un campamento fortificado, y como los galos no pensaban en atacarle, los romanos recobraron valor, aunque no ignoraban

que habían perecido seiscientos de los suyos. Pronto volvieron á ponerse en camino, y mientras marchó el ejército por parajes despejados, no se presentó el enemigo; pero en cuanto volvió á entrar en los bosques, atacó la retaguardia, introdujo el terror y el desorden en las filas, mató ochocientos hombres y arrebató seis enseñas. Los galos cesaron al fin de hostilizar á los romanos en cuanto salieron de aquella garganta casi impracticable y llena de obstáculos. Una vez en campo raso, marchando con seguridad los romanos, llegaron á Tusetó, caserío inmediato al Pó. Atrincherados allí provisionalmente, gracias á los víveres que traían por el río y á los socorros de los galos brixianos, manteníanse al abrigo contra la constantemente creciente multitud de enemigos.

Quando se anunció en Roma este repentino tumulto y supieron los senadores que la guerra púnica estaba agravada con una guerra gala, enviaron al pretor C. Atilio con una legión romana y cinco mil aliados recientemente levantados por el cónsul, en socorro de su colega Manlio. Atilio llegó á Tarceto sin combatir, porque el temor había ahuyentado ya al enemigo. Habiendo levantado otro legión P. Cornelio para reemplazar la que había llevado el pretor, partió de Roma con sesenta naves largas, siguió las costas de la Etruria, de la Liguria, las montañas de los salienos, abordó á Marsella y acampó cerca de la boca del Ródano más inmediata (este río penetra en el mar por diferentes desembocaduras). Apenas creía que Aníbal había atravesado los Pirineos, cuando le vió prepararse ya para cruzar el Ródano, y no sabiendo adónde acudir á su encuentro, y no habiendo descansado bastante sus tropas de las fatigas de la travesía, envió trescientos jinetes escogidos, con guías marselleses y auxiliares galos, para observarlo todo y reconocer al enemigo sin

exponerse. Aníbal después de calmar á los demás pueblos por el miedo ó por dádivas, había llegado ya al territorio de la poderosa nación de los volsco que ocupa las dos orillas del Ródano. No esperando los volsco poder defender la orilla inferior contra los cartagineses, para hacerse una muralla del río, se trasladaron casi todos al otro lado del Ródano, cubriendo con sus armas la ribera ulterior. En cuanto á los demás ribereños y á los volsco que no habían abandonado sus moradas, Aníbal les decidió con regalos á que le procurasen y construyesen por todas partes barcas, tanto más cuanto que estos pueblos estaban impacientes por ver al ejército cartaginés pasar á la otra orilla y su territorio libre de aquella multitud que lo arruinaba. Pronto reunieron considerable número de barcas y barquillas construidas ligeramente para la comunicación de ambas riberas (1). Además los galos comenzaron los primeros á construir nuevas barcas, ahuecando troncos, y muy pronto los mismos soldados, invitados á la vez por la abundancia de materiales y la facilidad del trabajo, labraron apresuradamente canoas informes que bastasen para flotar en el agua con ellos y su equipaje.

Todo estaba dispuesto ya para el paso, pero se veía con temor toda la orilla opuesta cubierta de caballos y hombres. Para desalojarles, mandó Aníbal á Hannón, hijo de Bomícar, que partiese á la primera vigilia de la noche, con parte de sus tropas, especialmente españoles; que remontase el río por espacio de un día de marcha, que le atravesase en seguida lo más pronto y secretamente posible y que hiciese describir gran rodeo á su

(1) Estas barcas no servían únicamente para la comunicación entre las dos orillas, para lo que no se necesitaba tan considerable número, sino más bien para el transporte de las mercancías que venían por mar, de las que estos pueblos hacían mucho consumo.

ejército con objeto de atacar al enemigo por la espalda en el momento oportuno. Los galos, que habían de servirle de guías, le dijeron que veinticinco millas más arriba el Ródano abrazaba un islote, y que siendo más ancho en el punto que se dividía, y por lo mismo menos profundo, ofrecía allí fácil paso. Cuando llegaron á este punto, los soldados de Hannón se apresuraron á cortar árboles y construir almadías para trasportar los caballos, los hombres y equipajes. Los españoles, sin tomarse este trabajo, colocaron sus vestidos sobre odres y cruzaron el río tendidos sobre sus escudos. El resto del ejército, habiendo pasado sobre balsas reunidas, acampó en las orillas del río; y como estaban fatigados por la marcha nocturna y el trabajo, descansaron durante un día, atendiendo el general á cumplir exactamente su misión. Al siguiente se puso en marcha Hannón, y por medio de hogueras dió á conocer que había pasado el Ródano y que se encontraba cerca. Ante este aviso, para no perder la ocasión, dió Aníbal la señal del paso. La infantería tenía ya preparadas y dispuestas sus canoas; los jinetes, de los que casi todos los caballos seguían á nado, ocupaban las barcas grandes, que avanzando en fila delante de las otras para vencer la fuerza de la corriente, facilitaban la travesía á las canoas que pasaban más abajo. La mayor parte de los caballos nadaban conducidos por la brida desde la popa, á excepción de los que habían embarcado ensillados y embridados con objeto de que los jinetes pudiesen utilizarlos al saltar á tierra.

Los galos acuden á la ribera lanzando diferentes gritos y entonando sus cantos de guerra, agitando los escudos sobre la cabeza y blandiendo las lanzas con la mano derecha. Sin embargo, asustábase el considerable número de barcos enemigos, el terrible ruido del río y los confusos gritos de los marineros y soldados

que se esforzaban en vencer la impetuosidad de la corriente, ó que, desde la otra orilla, animaban á sus compañeros ocupados en el paso. Muy asustados ya por el movimiento que tenían enfrente, oyeron de pronto á su espalda un grito más terrible: Hannón acababa de apoderarse de su campamento. Presentóse en seguida y se encontraron sitiados por doble terror entre aquella multitud de soldados que saltaban de los barcos y aquel ataque imprevisto que les estrechaba por la espalda. Rechazados por ambas partes, después de algunos esfuerzos para resistir, se precipitaron hacia aquel lado donde les pareció más fácil abrirse paso, y dominados por el terror, se dispersaron aquí y allá en sus caseríos. Aníbal hizo pasar tranquilamente el resto de sus tropas, despreciando ya los tumultos galos, y estableció en seguida su campamento. En cuanto al modo de hacer pasar los elefantes, creo que hubo diferentes opiniones; al menos los relatos varían mucho acerca de este hecho. Según algunos, habiendo reunido los elefantes en la orilla, irritado el más furioso de ellos por su conductor, le persiguió en el agua, por la que huía á nado y de esta manera los arrastró á todos: ahora bien; en cuanto cada animal de estos, que tanto temen el agua profunda, perdió pie, la misma corriente le llevó á la orilla opuesta. Más probable es que los trasladasen en almadías; y como este era el medio más seguro antes de la experiencia, es también el más creíble después del hecho. Lanzóse al río una almadía de doscientos pies de larga y cincuenta de ancha: para que la corriente no la arrastrase, sujetáronla con fuertes cuerdas á la parte superior de la ribera y la cubrieron de tierra para simular un puente sobre el que pudiesen avanzar aquellos animales con tanta seguridad como en el suelo. Unióse á la primera otra igualmente ancha pero de cien pies de larga, para la travesía; y cuando los elefantes, marchando sobre

la almadía fija como por un camino, siguiendo á las hembras, hubieron pasado á la pequeña, cortando en seguida las cuerdas que la retenían, la remolcaron á la otra orilla algunas barcas ligeras. Desembarcados los primeros, fueron trasportados sucesivamente de la misma manera los demás. No mostraban inquietud alguna mientras marchaban como sobre un puente sólido: su miedo comenzaba cuando, separándose la segunda almadía, se veían arrastrados en medio del agua; estrechándose entonces los unos contra los otros, porque procuraban los que estaban en los extremos alejarse del agua, ocasionaban alguna confusión, hasta que les contenía el temor que les inspiraba la vista del agua. Algunos á fuerza de agitarse cayeron al río; pero sostenidos por su propio volumen, después de derribar á sus conductores, encontraron pie insensiblemente y ganaron la orilla.

Durante el paso de los elefantes, Aníbal envió quinientos jinetes númidas hacia el campamento de los romanos para conocer su posición, sus fuerzas y sus propósitos. Estos jinetes encontraron á los trescientos romanos que, como ya se ha dicho, partieron de la boca del Ródano, trabando un combate mucho más terrible de lo que correspondía á tal número de combatientes; porque, sin contar los numerosos heridos, la matanza fué casi igual por ambas partes. El miedo y la fuga de los númidas dieron la victoria á los romanos, fatigados ya; los vencedores perdieron cerca de ciento cincuenta hombres entre romanos y galos, y los vencidos más de doscientos. Este combate, preludio y comienzo de la guerra, anunciaba á los romanos que el resultado de la lucha les favorecería, pero también que sería sangrienta la victoria, enérgica y tenazmente disputada. Cuando después del combate, los dos bandos se reunieron á sus jefes, Escipión no pudo hacer otra

cosa que arreglar su conducta á los propósitos é intentos del enemigo; Aníbal estaba incierto acerca de si continuaría su marcha hacia Italia ó si combatiría aquel ejército romano, que era el primero que se presentaba. Separóle de esta idea la llegada de los legados boyos y del jefe Magalo, quienes prometiéndole guiarle y compartir sus peligros, le aconsejaron no comenzar la guerra sino en Italia y con todas sus fuerzas. El ejército cartaginés temía al enemigo, á causa de los recuerdos frescos todavía de la última guerra; pero le amedrentaban mucho más la longitud del camino y especialmente los Alpes, que la fama presentaba á su inexperiencia bajo horrendo aspecto.

En cuanto Aníbal decidió continuar la marcha y entrar en Italia, celebró una asamblea general, y agitó de diferentes maneras el ánimo del soldado con reconvenções y exhortaciones. «Asombrábase que ánimos siempre valerosos se encontrasen sobrecogidos de repentino temor. Desde muchos años, la guerra no había sido para ellos más que una serie de victorias; no habían dejado la España sino después de haber sometido á Cartago todos los pueblos, todas las tierras que abrazan dos mares opuestos. Indignados después porque los romanos reclamaban á los vencedores de Sagunto como otros tantos culpables, habían cruzado el Ebro para destruir el nombre romano y para libertar al universo. Entonces no pareció á nadie largo el camino cuando partían del Occidente para ir al Oriente; y ahora que ya han recorrido la mayor parte, que han cruzado los Pirineos entre tantos pueblos feroces, pasado el Ródano, ese gran río, á pesar de tantos millares de galos y de la impetuosidad de la corriente; cuando tienen delante los Alpes, cuya opuesta vertiente pertenece á Italia, en las mismas puertas del enemigo se detienen cansados. ¿Creían acaso que los Alpes eran otra cosa que montañas altas?

Que los supongan más altos que los Pirineos, ninguna tierra toca al cielo ni es inaccesible á los hombres. Los Alpes están habitados y cultivados: producen y alimentan seres vivientes; son practicables para algunos hombres; ¿no lo serán para los ejércitos? Los legados que veían no los habían atravesado volando; además, sus antepasados no eran indígenas, sino que, nacidos en tierra extranjera, habían ido á establecerse en Italia, y frecuentemente, bandas numerosas, llevando en pos mujeres y niños, como acontece en las emigraciones, habían cruzado aquellos Alpes sin peligro. ¿Qué podía ser inaccesible ó infranqueable para el soldado armado que solamente llevaba su equipo de guerra? ¿Cuántos peligros, cuántas fatigas no habían soportado durante ocho meses para apoderarse de Sagunto? Y cuando marchaban sobre Roma, capital del mundo, ¿qué obstáculo podía parecerles bastante grande y bastante temible para detenerles en su empresa? Los galos se apoderaron en otro tiempo de aquella ciudad á la que los cartagineses temían acercarse. Deben, por consiguiente, ó confesarse inferiores en valor y en firmeza á aquella nación tantas veces vencida por ellos en pocos días, ó no esperar otro término á su marcha que el campo que se extiende entre el Tíber y las murallas romanas.»

Después de exhortarles de esta manera, les manda comer, descansar y prepararse para la marcha. A la mañana siguiente, remontando la orilla del Ródano, gana el centro de los campos, no porque fuese el camino más directo hacia los Alpes, sino porque pensaba que cuanto más se alejase del mar, menos se expondría á encontrar á los romanos, con quienes no quería combatir hasta llegar á Italia. En cuatro campamentos llegó á la Isla. Allí es donde el Isere y el Rodado, bajando de dos puntos diferentes de los Alpes, reúnen sus aguas, después de haber abrazado cierta extensión de terreno, lo que

hace llamar isla á este espacio rodeado de agua. Más allá están los alobrojes, que no ceden á ningún otro pueblo de la Galia en fuerza y esplendor. Encontrábanse entonces divididos éstos, porque se disputaban el trono dos hermanos: el mayor, llamado Branco, que lo había ocupado primeramente, acababa de ser depuesto por el menor y la juventud del país, que tenían de su parte la fuerza á falta del derecho. La decisión de esta querrela tan oportuna quedó encomendada á Aníbal, quien encontrándose de esta manera árbitro de un reino, dió la posesión al hermano mayor, accediendo al deseo del Senado y de los grandes. En recompensa recibió víveres y toda clase de provisiones en abundancia, especialmente ropas, de las que necesitaba hacer acopio en vista de los intensos fríos de los Alpes. Cuando después de calmar las divisiones de los alobrojes se puso en marcha hacia los Alpes, no tomó el camino recto, sino que se inclinó á la izquierda hacia el país de los tricastinos; en seguida, siguiendo el lindero del país de los vocuncios, llegó al de los tricorios, sin encontrar obstáculos, hasta que llegó á las orillas del Druencia. Este río, que también brota en los Alpes, es indudablemente el más difícil de atravesar de todos los de la Galia; porque, á pesar de su caudal considerable, no soporta barcas, no estando contenido por orillas, sino corriendo por muchos lechos á la vez y nunca por los mismos, formando vados y remolinos nuevos, lo que hace su paso muy incierto hasta para los peatones: arrastra además rocas arenosas, no ofreciendo nada sólido ni seguro al que pretende cruzarle. Engrosado entonces por repentinas lluvias, dió lugar á mucho tumulto en el paso, tanto que, además de otros peligros, los soldados se turbaban recíprocamente con su propio miedo y confusos gritos.

Cerca de tres días después de la marcha de Aníbal

de las orillas del Ródano, el cónsul P. Cornelio marchó formando el cuadro sobre el campamento de los cartagineses con el propósito de combatir en el acto; pero cuando vió desierto el campamento, y que no le sería fácil alcanzar á los cartagineses que le llevaban tanta delantera, volvió hacia sus naves, con objeto de detener á Aníbal más fácil y seguramente á su descenso de los Alpes. Sin embargo, para no privar del socorro de los romanos á España, que le había designado la suerte, envió contra Asdrúbal á su hermano Cn. Escipión con la mayor parte de sus tropas, no solamente para proteger á sus antiguos aliados y adquirir otros nuevos, sino que también para arrojar á Asdrúbal de España. El mismo, con escaso ejército llegó á Génova, esperando defender la Italia con el ejército que se encontraba en las orillas del Pó. Aníbal marchó del Druencia hasta los Alpes, casi constantemente por terreno llano, sin que le molestasen en nada los galos de aquellas comarcas. Allí, aunque los soldados estaban ya precedidos por la fama, que ordinariamente exagera las cosas desconocidas, cuando al contemplar la altura de aquellas montañas, las nieves que parecían confundirse con el cielo, las pobres cabañas suspendidas en los picos de las rocas, las ovejas y caballos encogidos de frío, los hombres con largas cabelleras y casi salvajes, los seres animados é inanimados paralizados por el hielo, toda aquella desolación del invierno, renovó el terror del ejército. Cuando comenzaron á cubrir las primeras pendientes, vieron á los montañeses apostados en las alturas: si se hubiesen ocultado en el fondo de los valles para caer repentinamente sobre los cartagineses, les habrían ahuyentado y deshecho. Aníbal mandó detener las enseñas y envió galos delante para reconocer el terreno. Enterado de que no había paso por aquel lado, acampó entre mil precipicios en el valle más extenso

que pudo encontrar. Después, aquellos mismos galos que, gracias á la afinidad de su idioma y de sus costumbres, habían podido mezclarse en las conversaciones de los montañeses, habiéndole enterado de que solamente de día guardaban el desfiladero, y que por la noche cada uno volvía á su cabaña, desde muy temprano avanzó hasta el pie de las alturas como para forzar el paso abiertamente y en pleno día, empleándolo todo en simular lo contrario de lo que proyectaba, y se atrincheró en el sitio mismo en que se había detenido; pero en cuanto observó que los montañeses habían abandonado las alturas y que no estaban guardados los puestos, encendiendo, para engañar al enemigo, muchas más hogueras que hombres quedaban allí, dejó los bagajes y caballos, y con la mayor parte de la infantería atravesó apresuradamente los desfiladeros con una tropa ligera, compuesta de sus soldados más valientes, y se estableció sobre las alturas que el enemigo había ocupado.

Al amanecer levantaron el campo y el resto del ejército se puso en marcha. Los montañeses, á una señal dada, corrían ya desde sus castillos á su puesto acostumbrado, cuando de pronto ven sobre sus cabezas á una parte de los cartagineses, ocupando su fortaleza de rocas y subiendo los otros por el camino de la montaña. Al pronto, hiriendo á la vez sus ojos y su ánimo aquel doble espectáculo, les detuvo un momento; pero cuando vieron el apuro del ejército en el desfiladero, el desorden ocasionado por su misma turbación y especialmente por el miedo de los caballos, persuadidos de que la menor alarma que añadiesen ellos bastaría para perder el ejército enemigo, lánzase por todas partes desde lo alto de las rocas, acostumbrados como están á practicar los parajes más difíciles y escarpados. Los cartagineses se encontraban detenidos á la vez por los

montañeses y por las dificultades del terreno, y tenían además que luchar unos con otros más aún que con el enemigo, porque cada cual hacía los mayores esfuerzos para escapar el primero al peligro. Los caballos especialmente desordenaban la marcha, porque se agitaban espantados por los confusos clamores, que los ecos de los bosques y de los valles hacían más terribles aún. Si por casualidad eran golpeados ó heridos, su espanto era tal, que derribaban por todos lados hombres y bagajes. Y como el desfiladero estaba bordeado por dos precipicios escarpados, la agitación de la multitud precipitó en los abismos á muchos hombres armados; pero cuando los caballos mismos rodaban con sus cargas, producían el fragor de un derrumbamiento. A pesar del horror de este espectáculo, Aníbal permaneció por algún tiempo inmóvil con sus fuerzas, temiendo aumentar el terror y la confusión; pero cuando vió á sus tropas cortadas, y que era de temer que el ejército privado de sus equipajes no pudiese realizar el paso sin grandes pérdidas, acudió desde la altura y derribó al enemigo desde el primer choque, pero ocasionando nueva confusión entre los suyos; sin embargo, esta confusión se calmó en seguida, cuando los caminos quedaron libres por la fuga de los montañeses. Entonces el ejército desfiló tranquilamente y casi en silencio. Aníbal se apoderó de un fuerte, llave de aquella comarca, y de todos los caseríos inmediatos; y pudo alimentar su ejército durante tres días con los ganados y el trigo que encontró allí. Como los parajes y los montañeses, sobrecogidos aún por su primera derrota, no le oponían graves obstáculos, adelantó algo durante aquellos tres días.

Llegó en seguida á otra nación demasiado populosa para un país de montañas. Allí estuvo á punto de perecer, no en guerra franca, sino por sus propios ardides, por la perfidia y las emboscadas. Los jefes, que eran

muy ancianos, se le presentaron en embajada diciéndole: «Que la desgracia de los otros era para ellos útil lección; que preferían conocer la amistad á conocer las fuerzas de los cartagineses, que obedecerían las órdenes que se les diesen y que le rogaban aceptase víveres, guías y rehenes como garantía de sus promesas.» Sin creerles ciegamente Aníbal y sin rechazarles, por temor de que la negativa les hiciese enemigos declarados, les contestó atentamente, aceptó los rehenes, los víveres que habían llevado al camino, y siguió á los guías, sin permitir al ejército que marchase en desorden, como se hace entre amigos. Los elefantes y los caballos iban á vanguardia y él mismo marchaba á retaguardia con lo más escogido de la infantería, dirigiendo á todos lados inquietas y atentas miradas. En cuanto llegaron á un camino estrecho, dominado de un lado por alta montaña, saliendo de pronto los bárbaros de una emboscada, por delante, por detrás, de cerca y de lejos atacan á los cartagineses y hacen rodar sobre ellos piedras enormes. Considerable multitud empuja la retaguardia; pero la infantería, que les hace frente, demuestra que si no hubiese estado bien apoyada la retaguardia, el ejército habría experimentado graves pérdidas en aquellas gargantas. Sin embargo, corrió extremo peligro y estuvo á punto de quedar exterminado, porque mientras vacilaba Aníbal en comprometer su infantería en el desfiladero, porque no estaba apoyada por la espalda, como lo estaba la caballería por él mismo, acudiendo los montañeses sobre el flanco del ejército, lo cortaron apoderándose del camino, pasando Aníbal una noche entera separado de su caballería y de sus bagajes.

Habiendo aflojado á la mañana siguiente los ataques de los bárbaros, reuniéronse las tropas y franquearon el desfiladero, aunque con algunas pérdidas, más de animales que de hombres. En lo sucesivo, solamente en

pequeños grupos se presentaron los montañeses, como ladrones antes que como enemigos, en tanto á la cabeza, en tanto á la cola del ejército, según que los accidentes del terreno, los retrasados ó las avanzadas les proporcionaban ocasión. Los elefantes marchaban lentamente por caminos estrechos y escarpados; pero su presencia ponía los soldados á cubierto del enemigo, que temía acercarse demasiado á aquellos animales desconocidos. En el noveno día llegaron á la cumbre de los Alpes, después de haber pasado por caminos que no estaban abiertos y habiéndose extraviado frecuentemente, bien por la perfidia de los guías, bien por las falsas conjeturas de los cartagineses, que impulsados algunas veces por la desconfianza, penetraban en valles sin salida. Detuviéronse dos días en aquellas alturas para que descansasen los soldados fatigados por las marchas y los combates; algunas bestias de carga que habían rodado por las rocas, llegaron al campamento, siguiendo las huellas del ejército. Abrumados ya por tantos sufrimientos, la caída de la nieve, en el momento de ocultarse las pléyades, vino á aumentar su consternación. Cubierta estaba ya la tierra, cuando á las primeras luces del día se pusieron en movimiento las enseñas. El ejército avanzaba lentamente y el abatimiento y desesperación se reflejaba en todos los semblantes. Entonces Aníbal, marchando á la cabeza, manda detenerse á sus soldados sobre una eminencia, desde la que se extendía á lo lejos la vista y desde allí les muestra la Italia y las llanuras bañadas por el Pó al pie de los Alpes: «Estáis escalando, dijo, las murallas de Italia y hasta las de Roma; el resto del camino será llano y fácil; uno ó dos combates á lo sumo pondrán en mi poder el baluarte y la capital de Italia.» El ejército continuó su marcha, sin que el enemigo intentase otra cosa que ligeros robos, fáciles por la ocasión. Por lo demás, el des-

censo fué mucho más penoso que la subida, porque la pendiente de los Alpes, siendo más corta por la parte de Italia, es por lo mismo más rápida: el camino casi todo estaba á pico, y era estrecho y resbaladizo, de tal manera que era imposible no caer. Los que resbalaban por poco que fuese, ni siquiera quedaban en el punto en que caían, sino que hombres y caballos rodaban en montón al abismo.

Llegaron al fin á una roca tan estrecha y de tal manera pendiente, que el soldado sin armas y sin bagaje, tentando y suspendiéndose con las manos á las malezas y raíces que aparecían aquí y allá, experimentaba grandísima dificultad para bajar. Aquel paraje, muy escarpado por sí mismo, reciente derrumbamiento lo había convertido en un precipicio de mil pies de profundidad. La caballería se detuvo como si el camino terminase allí; y cuando Aníbal preguntó la causa de aquel retraso, le contestaron que la roca era infranqueable; adelantóse para reconocer el terreno y vió claramente que era necesario describir extenso rodeo por parajes cerrados, donde jamás se había posado la planta humana. Pero este camino también fué impracticable. Como la nieve antigua endurecida estaba renovada por una capa naeva no muy espesa, el pie se apoyaba bien sobre esta nieve blanda y poco profunda; pero cuando quedó derretida por las pisadas de tantos hombres y caballos, solamente podían marchar sobre el hielo desentubierto y sobre el líquido fango de la nieve fundente. Entonces se entabló terrible lucha contra el hielo, en el que no podían asegurar las pisadas, y contra la rápida pendiente, en la que resbalaba el pie á cada momento. Cuando se levantaban, con ayuda de manos y rodillas, faltándoles estos apoyos volvían á caer, no encontrando en ningún lado troncos ni raíces á que poder asirse con pies ó manos; rodeando entonces so-

bre el duro hielo ó la nieve derretida. Las bestias de carga penetraban algunas veces hasta la nieve interior, resbalaban en seguida, y en sus violentos esfuerzos para asegurarse, sus cascos rompían el hielo, quedando algunas veces como clavadas y cogidas en un lazo en aquella nieve endurecida y profundamente helada.

Después de muchas fatigas inútiles para hombres y caballos, acamparon al fin en la cumbre de la montaña, limpiándola para ello con muchísimo trabajo; tanta nieve tuvieron que levantar y arrojar. En seguida, como para hacer practicable la roca, que era la única que presentaba paso posible, tenían los soldados que tallarla, cortaron en derredor árboles enormes, despojándolos del ramaje, y los amontonaron en forma de pira; pusieronle fuego en el acto, favorecidos por fuerte viento que avivaba la llama y vertieron vinagre sobre la piedra abrasada para disolverla. Calcinada de esta manera la piedra, labraronla con el hierro, y con ligeros circuitos suavizaron la pendiente, de manera que pudiesen bajar con facilidad las bestias de carga y hasta los elefantes. Cuatro días pasaron en aquel paraje, y los caballos estuvieron á punto de morir de hambre, porque las alturas están casi completamente desnudas y los pocos pastos que se encuentran en ellas están sepultados en la nieve. Los puntos inferiores tienen valles, colinas expuestas al sol, arroyos entre los bosques y parajes más dignos de que los habite el hombre. En estos puntos hicieron pastar á los caballos y dieron tres días de descanso á los hombres fatigados por los trabajos de la montaña. Al fin descendieron á la llanura, donde todo se dulcificó, el terreno y el carácter de los habitantes.

Tales fueron los principales accidentes de aquella marcha de Aníbal, que en cinco meses pasó de Cartagena á Italia, según dicen algunos autores, habiendo

empleado quince días en atravesar los Alpes. Los historiadores no están de acuerdo acerca del número de tropas que tenía en aquel momento (1). Los que las hacen subir más, le dan cien mil infantes y veinte mil caballos; los que le dan menos, veinte mil hombres de á pie y seis mil de á caballo. Para mí sería decisiva la autoridad de Cincio Alimento, que dice haber sido prisionero de Aníbal, si no confundiese los nombres, añadiendo galos y ligurios. Contando á éstos, entraron en Italia ochenta mil infantes y diez mil caballos (es probable que este número resultase de alguna reunión y así opinan algunos autores). Por lo demás, Cincio pretende haber oído decir á Aníbal que desde el paso del Ródano hasta su llegada á Italia, había perdido treinta y seis mil hombres, además de considerable número de caballos y otras bestias de carga en el territorio de los taurinios, pueblo vecino de los galos. Como todos los autores concuerdan en esto, me asombra más la inseguridad en que están acerca del punto por donde pasó Aníbal los Alpes, y la opinión general que le hace pasar por los Alpes Peninos, que por esta circunstancia

(1) Polibio, tan exacto en los detalles, da los siguientes números, tomados de la tabla laciniata. Aníbal pasó el Ebro á la cabeza de noventa mil hombres de infantería y doce mil de caballería. Dejó á Hannón diez mil infantes y mil caballos, y envió igual número á sus casas, quedándole setenta mil hombres de una clase y diez mil de la otra. La sumisión de los territorios situados entre el Ebro y los Pirineos, le costó mucha gente, y después de atravesar las montañas, solamente tenía cincuenta mil infantes y nueve mil caballos. Cruzado el Ródano quedó reducido este número á treinta y ocho mil infantes y poco más de ocho mil caballos. En fin, en el paso de los Alpes perdió cerca de la mitad de sus tropas, y al descender á las llanuras de la Galia Cisalpina solamente le quedaban veinte mil hombres de infantería, de los cuales eran doce mil africanos, ocho mil españoles y seis mil de caballería. Con tan reducido ejército emprendió la conquista de Italia.

tienen su nombre. Celio pretende que Anibal siguió el monte de Cremona: ahora bien; estos dos desfiladeros, si le hubiesen llevado, no al territorio de los taurinios, sino al de los galos líbicos, por los montes Salacos. Y no es verosímil que pudiese haber ganado la Galia Cisalpina, porque todos los caminos que conducen á los Alpes Peninos hubiesen estado cerrados por pueblos semigermanos. Además, prueba cierta para los que participan de esta opinión, es que los veragros, habitantes de estas montañas, no recuerdan que recibieran su nombre del paso de cartagineses, sino de un dios que se adoraba en la cumbre, al que los montañeses llaman Penino.

Anibal encontró oportunamente desde el primer momento á los taurinios en guerra con sus vecinos los insubrios; pero no podía ofrecer á ninguno de los dos partidos su ejército, que en los primeros momentos de descanso, experimentaba con mayor violencia los males que había soportado. El tránsito del cansancio al reposo, de la escasez á la abundancia, de la suciedad más repugnante al aseo, puso á prueba de distinta manera á todos aquellos hombres desfigurados y casi semejantes á salvajes. Este fué el motivo que decidió al cónsul P. Cornelio, cuando desembarcó en Pisa y recibió de Manlio y Atilio el ejército de bisoños, intimidados aún por reciente ignominia, á marchar rápidamente hacia el Pó, para dar batalla al enemigo antes de que tuviese tiempo para rehacerse. Pero cuando el cónsul llegó á Placencia, Anibal había decampado ya y tomado por asalto la capital de los taurinios, que no había querido aceptar su alianza; y hubiese arrastrado por miedo ó afecto á los galos ribereños del Pó, si mientras acechaban el momento de una defección, no les hubiera detenido la repentina llegada del cónsul. Entonces dejó Anibal el territorio de los taurinios, persuadido de que su pre-

sencia sublevaria á los galos vacilantes aún. Casi á la vista se encontraban ya los dos ejércitos, y los dos generales, sin conocerse bien aún, experimentaban sin embargo cierta admiración recíproca. El nombre de Anibal era ya célebre entre los romanos, hasta antes de la caída de Sagunto, y Anibal consideraba á Escipión como hombre superior, porque le habían elegido especialmente para combatirlo. Esta mutua estimación les habían aumentado, Escipión viniendo á buscar la Italia á Anibal, que se le había escapado en la Galia; Anibal formando el atrevido proyecto de atravesar los Alpes y ejecutándolo. Escipión se apresuró á pasar el primero el Pó y llevó su campamento á orillas del Tesino; pero antes de formar su ejército en batalla, le exhortó con la siguiente arenga:

«Soldados: si llevase al combate el ejército que tenía en la Galia, me habría abstenido de hablar. ¿A qué exhortar á aquellos jinetes que tan gloriosamente vencieron á la caballería enemiga en las orillas del Ródano, ó á aquellas legiones, con las cuales, persiguiendo á ese enemigo que huía delante de nosotros, pude por lo menos considerar como victoria y por confesión de su derrota su negativa al combate? Mas como aquel ejército, alistado para España, hace allí actualmente la guerra bajo mis auspicios, con mi hermano Cn. Escipión; según las órdenes del Senado y del pueblo romano, para que os llevase un cónsul contra Anibal y los cartagineses, he venido voluntariamente á ofrecirme á este combate. Un general nuevo debe dirigir algunas palabras á sus nuevos soldados. No debéis ignorar la guerra ni los enemigos que os esperan: sabed, pues, ¡oh soldados! que vais á combatir con enemigos que habéis vencido por mar y tierra en la guerra anterior; que durante veinte años han sido tributarios vuestros y á los que habéis arrebatado la Sicilia y la Cerdeña, que poseéis aún co-

mo trofeos de vuestras victorias. En este combate podréis tener por consiguiente unos y otros el ánimo que de ordinario tienen vencedores y vencidos. No es el valor, sino la necesidad la que actualmente les impulsa á combatir, á menos que imaginéis que un ejército que rehuyó el combate cuando se encontraba completo aún, tenga hoy más esperanza después de haber perdido la mitad de su infantería y de su caballería en el paso de los Alpes, y cuando el número de muertos casi es mayor que el de supervivientes. ¿Pero quizás, siendo tan pocos en número, gozan de tanto vigor de ánimo y de cuerpo, que casi no hay fuerza capaz de resistirles? Nada de esto, soldados: son fantasmas, sombra de hombres, cuerpos extenuados por el hambre, el frío, la suciedad más repugnante; contusos y debilitados entre las rocas, con las articulaciones heladas, rígidos los nervios por la nieve, y paralizados los miembros por el hielo, sus armas están dislocadas y rotas, sus caballos cojos y sin fuerzas. Estas son la caballería y la infantería con que vais á combatir; esos son los últimos restos de un ejército: el ejército no existe ya. Lo que más temo es que después del combate parezca que los Alpes y no vosotros han vencido á Aníbal. Pero tal vez convenia que los dioses mismos entablasen y decidiesen la guerra sin la intervención de los hombres, contra un general y un pueblo violadores de los tratados, y que nosotros, que hemos sido ultrajados los segundos, termináremos la venganza comenzada.

»No temo que nadie crea que uso lenguaje altivo para alentáros, ocultando en mi pecho sentimientos muy opuestos. Libre era para marchar con mi ejército á mi provincia de España, para la que me encontraba ya en camino, donde al menos hubiese encontrado á mi hermano que se asociase á mis proyectos y compartiese mis peligros, á Asdrúbal por adversario en vez de Aní-

bal, y sin duda alguna guerra menos peligrosa. Sin embargo, cuando nuestras naves costeaban la Galia, á la noticia de la llegada de este nuevo enemigo desembarqué, envié delante la caballería y marché hacia el Ródano. En un combate de caballería, única parte de mis tropas que tuvo ocasión de pelear, derroté á los cartagineses; pero como su infantería me esquivaba con la rapidez de una derrota, y me era imposible alcanzaria, embarquéme de nuevo, y con toda la ligereza que me permitía tan largo circuito de tierra y de mar, he venido á su encuentro al pie de los Alpes. Ahora bien: ¿parece que me he lanzado sin saberlo delante de un enemigo formidable, cuando procuraba evitarlo, ó que corro tras sus huellas, le hostigo y arrastro al combate? Tengo curiosidad por saber si, después de veinte años, la tierra ha producido de pronto otros cartagineses, ó si son los mismos que combatieron en las islas Egatas y que dejasteis en libertad en el monte Erice mediante diez y ocho dineros por cabeza (1); si ese Aníbal es como pretende, émulo de los viajes de Hércules, ó bien el vasallo, el tributario y el esclavo del pueblo romano, como le dejó su padre; ese Aníbal, que si no estuviese enloquecido por el crimen de Sagunto, recordaria seguramente, si no el rebajamiento de su patria, al menos el de su casa, el de su padre y aquellos tratados escritos por la mano de Amílcar, que, por orden de nuestro cónsul, dejó el monte Erice; soportó, con despecho, las condiciones impuestas á los cartagineses vencidos y consintió la cesión de la Sicilia y el pago de un tributo al pueblo romano. Por esta razón quisiera, ¡oh soldados! que ahora no mostraseis solamente el valor que despleáis contra vuestros enemigos ordinarios, sino tam-

(1) Probablemente alude á los prisioneros que los cartagineses tuvieron que rescatar según las condiciones del tratado concluido con Lutacio.

bién indignación y cólera, como si vieséis á vuestros esclavos tomar de pronto las armas contra vosotros. En nuestro poder estaba conservar los prisioneros sobre el monte Erice, y dejarles perecer allí por medio del suplicio más espantoso, el hambre; podíamos llevar á África nuestra flota victoriosa, y sin combatir, destruir á Cartago en pocos días. Les concedimos la gracia que imploraron, dejamos de sitiarles, ajustamos la paz con los vencidos; en fin, les tomamos bajo nuestra tutela, cuando se encontraban estrechados por la guerra de África (1). En agradecimiento de estos beneficios vienen en pos de un joven loco á atacar nuestra patria. ¡Y pluguiese á los dioses que en esta lucha estuviese comprometido vuestro honor y no vuestra salvación! Pero hoy no se trata, como en otro tiempo, de la posesión de la Sicilia y de la Cerdeña, sino de la Italia misma; y no queda otro ejército para detener al enemigo si no alcanzamos la victoria, ni otros Alpes, cuyo paso, retrasándose, nos diese tiempo para preparar nuevas fuerzas; es necesario hacer frente aquí, como si combatiésemos delante de las murallas de Roma. Que cada cual se persuada que no defiende su cuerpo, sino á su esposa y á sus hijos; y que sin ocuparse solamente de su familia, piense también que el Senado y el pueblo romano tienen la mirada fija en nosotros en este momento, y que nuestra energía y nuestro valor

(1) En efecto, los romanos socorrieron á los cartagineses en la guerra de los mercenarios, permitiéndoles hacer levas en Italia, cosa terminantemente prohibida por los tratados, y abastecerse entre los aliados. Enviaron también legados para reconciliar los dos partidos, y se negaron á reconocer la ciudad de África que se habían declarado por ellos. Pero P. Escipión no habla de la manera cómo se pagaron por sí mismos más adelante, cuando pasó el primer arranque de generosidad, ni de la perfidia más que púnica que usaron con sus protegidos para que los entregasen la Cerdeña.

decidirán de la suerte de la ciudad y del imperio romano.

Así habló el cónsul á los romanos. Aníbal, queriendo animar á los suyos con hechos y no con palabras, formó su ejército en círculo como para un espectáculo; en seguida mandó traer á los prisioneros montañeses, á cuyos pies arrojaron armas, y un intérprete les preguntó si, mediante la libertad, armas y un caballo para el vencedor, estarían dispuestos á combatir unos con otros. Como todos pedían armas y el combate, y hubo que sortearles, cada cual rogaba á la fortuna le eligiese. Á medida que se pronunciaban sus nombres, orgullosos, ebrios de alegría, en medio de las felicitaciones de sus compañeros, corrieron á apoderarse de las armas, saltando á la manera de su país; y durante el combate, tal era la disposición de los ánimos, no solamente entre los prisioneros, sino también entre los espectadores, que los vencedores no excitaban más admiración que la gloriosa muerte de los vencidos.

Después de impresionarles con el espectáculo de algunos combates de este género, mandó retirarse á los soldados; en seguida les reunió otra vez, y según dicen, les habló de esta manera: «Si consideráis vuestra posición con igual ánimo que contemplasteis hace poco la fortuna ajena, venceremos, ¡oh soldados! porque no habéis presenciado solamente un espectáculo, sino en cierta manera la imagen de vuestra situación; y ni siquiera sé si los lazos y necesidades que os aprietan son más fuertes que los de vuestros cautivos. A derecha é izquierda os encierran dos mares y no tenéis ni una nave para huir; delante de vosotros corre el Pó, más ancho y rápido que el Ródano; y detrás se alzan los Alpes, que con tanto trabajo hemos atravesado cuando nuestro ejército estaba completo y robusto. Necesario es, soldados, vencer ó morir en el primer encuentro; pero la

misma fortuna que os impone la necesidad de combatir, promete á vuestra victoria tales recompensas que jamás las piden mayores los deseos de los hombres á los dioses inmortales. Aunque solamente hubiésemos de recobrar por nuestro valor la Sicilia y la Cerdeña, arrebatadas á nuestros padres, el resultado sería ya bastante hermoso; pero cuanto lo que los romanos han adquirido y acumulado por medio de tantos triunfos, pasará á vuestras manos y también los poseedores. Por tan rico botín, adelante, empuñad las armas bajo los auspicios de los dioses. Por mucho tiempo perseguisteis rebaños en los montes de la Lusitania y de la Celtiberia sin conseguir recompensa alguna por vuestros trabajos y peligros; tiempo es ya de hacer una guerra más fructuosa y más rica y de recoger digno premio de vuestra labor, después de recorrer tan largo camino á través de tantas montañas, de tantos ríos y de tantas naciones armadas. Aquí ha puesto la fortuna el término á vuestros trabajos, aquí os destina una recompensa digna de vuestros largos servicios. No midáis la dificultad de la victoria por la grandeza de la guerra. Frecuentemente un enemigo despreciado ha librado terribles batallas; frecuentemente también reyes y naciones célebres han quedado vencidos en el primer choque. ¿En qué se os pueden comparar los romanos si los quitáis el brillo de su nombre? No hablando de aquella guerra de veinte años, que sostuvisteis con tanta fortuna y valor; desde las columnas de Hércules, desde las orillas del Océano, desde los confines del mundo, habéis venido hasta aquí como vencedores á través de las rudas poblaciones de la España y de la Galia; y vais á combatir con un ejército bisono, que este mismo estío ha sido derrotado, deshecho, sitiado por los galos, que todavía es desconocido para su jefe, á quien él tampoco conoce. Y yo, nacido ó por lo menos criado en la tienda

de mi padre, aquel famoso general; yo, el conquistador de la España y de la Galia; yo, el vencedor de los pueblos alpinos, y lo que es mucho más, de los mismos Alpes, ¿habré de compararme con un general de seis meses, desertor de su ejército, y que, si los romanos y los cartagineses se presentan delante de él sin enseñas, seguro estoy de que no podría conocer el ejército de que es cónsul? Y no considero pequeña ventaja, ¡oh soldados! que todos vosotros hayáis presenciado mis hazañas, pudiendo yo recordar á cada uno los rasgos de su valor que he presenciado, el momento y el lugar donde ocurrieron. Con tales soldados, pues, mil veces alabados y recompensados por mí, el que fué vuestro discípulo antes que vuestro general, va á marchar al combate contra un ejército y un capitán que se desconocen mutuamente.

»Hacia cualquier punto que mire, veo el valor y la fuerza; aquí mis veteranos peones, allí los jinetes de dos pueblos valerosos; los que se sirven del freno y los que montan caballos libres: de una parte mis valientes y fieles aliados y de la otra mis cartagineses dispuestos á combatir á la vez por la patria y por justa venganza. Nosotros somos los que traemos la guerra y ostentamos en Italia nuestras enseñas amenazadoras; y nuestro valor y nuestra audacia serán tanto mayores, cuanto que la agresión, antes que por la resistencia excitan nuestra esperanza y valor. Animán además nuestros corazones el resentimiento é indignos ultrajes del enemigo. ¿No pidieron como víctimas, primeramente á mí, vuestro general, y después á cuantos sitiasteis á Sagunto? Una vez en sus manos nos hubiesen entregado á los suplicios más espantosos. Nación orgullosa y cruel, que todo quiere invadirlo y gobernarlo, que pretende señalarnos nuestros amigos y enemigos, que nos estrecha y encierra entre montañas y ríos, que nos prohíbe

atravesar, mientras que ella misma no respeta los límites que se ha impuesto. «No paséis el Ebro, no inquietéis á Sagunto.—Pero Sagunto está aqueñde el Ebro.—No deis un paso más.»—¿Es poco haberme arrebatado mis antiguas provincias de Sicilia y Cerdeña, me arrebatáis también la España? Y si la abandono, iréis al Africa. ¿Qué digo iréis? ¿No han sido enviados ya los dos cónsules de este ejército, el uno al Africa y el otro á España? En ninguna parte poseemos nada, sino por el derecho de las armas. Pueden ser tímidos y cobardes los que tienen recursos á la espalda, que, huyendo por país seguro y amigo, encuentran asilo en sus campos, en su patria. Pero vosotros necesitáis ser valientes, que cerrar vuestro destino entre la victoria y la muerte: vencer, ó si la fortuna os abandona, buscar la muerte en el combate antes que en la fuga. Si esta idea se fija bien en vuestros ánimos, os lo repito, sois vencedores: jamás darán los dioses á los hombres móvil más poderoso para vencer.»

Cuando por ambas partes se enardeció con estas arengas el ánimo de los soldados, los romanos arrojaron un puente sobre el Tesino, construyendo un fuerte para defenderlo. Mientras se ocupaban en este trabajo, Aníbal envió á Maharbal con quinientos jinetes nómadas á talar los campos de los aliados de Roma, recomendándole especialmente que respetase á los galos ó indujese á los jefes á la rebelión. Terminado el puente, pasó el ejército romano al territorio de los insubrios, estableciéndose á cinco millas de Victumvia; esto esperaba Aníbal. Llamó apresuradamente á Maharbal y sus jinetes, y persuadido de que, al aproximarse el combate, nunca diría bastante á sus soldados para inflamarles, les expuso las recompensas por cuya esperanza iban á pelear. «Daríales tierras en Italia, en Africa, en España, donde las quisieran, con inmunidad completa

para el donatario y sus hijos; si alguno prefería dinero á terrenos, le complacería; los aliados que quisieran ser ciudadanos de Cartago podrían serlo: en cuanto á los que quisieran regresar á su patria, procuraría que no tuviesen que desear el cambio de su fortuna por la de ningún conciudadano suyo. Promete la libertad á los esclavos que han seguido á sus amos, y á los amos, dos esclavos por uno. Y para que considerasen sagradas estas promesas, cogiendo un cordero con la mano izquierda y con la derecha una piedra, pidió á Júpiter y á los demás dioses que le inmolasen, si faltaba á su palabra, como él inmolaba aquel cordero, y diciendo esto rompió con la piedra la cabeza á la víctima. Entonces, considerando todos á los dioses como garantes de sus esperanzas y teniendo presente que lo único que podía retrasar su cumplimiento era el aplazamiento del combate, á una sola voz y con unánime brío piden la pelea.

Lejos estaban los romanos de experimentar igual ardimiento; nuevos prodigios habían aumentado su primer terror, porque había penetrado un lobo en el campamento, y después de dilacerar á cuantos había encontrado, había escapado ileso. En un árbol que cubría la tienda del general había posado un ejambre de abejas (1). Después de los sacrificios expiatorios, Esci-

(1) Considerábase como mal presagio que se posase un ejambre de abejas sobre las águilas ú otros estandartes, sobre un árbol, en el Foro, en el campo, en los techos de las casas ó de los templos. Sin embargo, había oposiciones contrarias, como se ve en Plinio: "Suspendidas en racimos en las casas ó en los templos, las abejas forman presagios privados ó públicos, comprobados frecuentemente por grandes acontecimientos. Posáronse en la boca de Platón siendo niño, anunciando la dulzura de su admirable elocuencia. Posáronse también en el campamento de Druso, cuando combatió con tanta fortuna cerca de Arbalón; esto contradice la doctrina de los arúspices, que opinan que tal presagio es siempre funesto."

pión con su caballería y corto grupo de arqueros avanzó hacia el campamento de los enemigos para observar de cerca el número y cualidades de sus tropas, y encontró á Aníbal, que venía también con su caballería á reconocer el terreno. Al principio no se veían los dos bandos, pero muy pronto densa nube de polvo que se alzaba por la marcha de tantos hombres y caballos, anunció la aproximación de los enemigos. Los dos bandos hicieron alto y se prepararon al combate. Escipión colocó al frente los arqueros y los jinetes galos, dejando en reserva á los romanos y aliados más valientes. Aníbal colocó en el centro los caballos embridados y robusteció las alas con los númidas. Al primer grito los arqueros huyeron hacia la reserva que formaba la segunda línea. El combate de la caballería permaneció incierto por algún tiempo. Pero como los infantes estorbaban á los caballos, con los que estaban mezclados, habiendo perdido la silla ó saltado á tierra la mayor parte de los jinetes cuando vieron á sus compañeros envueltos, el combate casi se trocó en lucha de infantería; de pronto los númidas, colocados en las dos alas, y que poco á poco se habían extendido en semicírculo, se presentaron en la retaguardia. Al verles, sobrecojió el terror á los romanos, aumentándolo una herida del cónsul á quien salvó el valor de su hijo, apenas en la edad de la pubertad. Este joven debía alcanzar la gloria de terminar esta guerra, y merecer el sobrenombre de Africano por su espléndida victoria sobre Aníbal y los cartagineses. La fuga á la desbandada solamente la emprendieron los arqueros, sobre quienes cayeron primeramente los númidas. El resto de la caballería recibió al cónsul en sus filas, y cubriéndole, no solamente con sus armas, sino que también con sus cuerpos, le llevó al campamento sin tumulto ni desorden. Celio atribuye á un esclavo ligurio el honor de ha-

ber salvado al cónsul; por mi parte prefiero atribuirlo á su hijo, como lo hacen la mayor parte de los historiadores y lo confirma la fama.

Este fué el primer combate con Aníbal, combate que demostró la superioridad de la caballería cartaginesa, y que, por consiguiente, las llanuras descubiertas, como las que se extienden entre el Pó y los Alpes, no convenían á los romanos para hacer la guerra. Así, pues, á la noche siguiente, habiendo mandado el cónsul recoger los bagajes, dejaron las orillas del Tesino y marcharon rápidamente hacia el Pó, con objeto de que por el puente que habían construído y que todavía no habían roto, pudiese pasar sin tumulto el ejército y sin que le inquietase el enemigo. Antes de que Aníbal conociese positivamente su partida de las orillas del Tesino, llegaron á Placencia; pero se apoderó de cerca de seiscientos retrasados que emplearon demasiado tiempo en desamarrar las balsas en la otra orilla, aunque no pudo pasar el puente, que, una vez roto en sus extremos, fué arrastrado por la corriente. Asegura Celio que Magón pasó en el acto el río á nado con la caballería y la infantería española; y que el mismo Aníbal hizo pasar su ejército por vados situados más arriba, habiendo alineado los elefantes de modo que contuviesen la impetuosidad de la corriente. Difícilmente creen este relato los que conocen aquel río; porque no es verosímil que pudiese la caballería, sin perder armas ni caballos, vencer la violencia del agua aunque todos los españoles hubiesen pasado sobre odres inflados; y hubiese sido necesario describir un rodeo de muchos días de camino para encontrar vados por los que pudiese pasar un ejército cargado de bagajes. Prefiero creer á los que dicen que, en cuanto encontró á los dos días punto á propósito para lanzar un puente, pasó Magón primeramente con la caballería española, libres de todo equipaje.

Mientras Aníbal, deteniéndose en la orilla del río para recibir las legaciones de los galos, hacía pasar la infantería más pesada, Magón y sus jinetes adelantaron una jornada hacia Placencia, donde estaban los romanos. Pocos días después llegó Aníbal, fortificándose á seis millas de la ciudad; y á la mañana siguiente desplegó sus fuerzas delante del enemigo, presentándole batalla.

A la noche siguiente tuvo lugar en el campamento romano una alarma, más tumultuosa que sangrienta, ocasionada por los galos auxiliares: cerca de dos mil infantes y doscientos jinetes de esta nación degollaron á los centinelas de las puertas y pasaron al campamento de Aníbal: éste les habló con benevolencia, y después de animarles con la esperanza de grandes recompensas, les envió á sus respectivas ciudades para que sublevaran á sus conciudadanos. Considerando Escipión aquella matanza como señal de la traición de todos los galos, á quienes enfurecería el contagio del crimen y haría correr á las armas, aunque sufriendo mucho todavía de su herida, partió sin embargo silenciosamente á la cuarta vigilia de la noche siguiente, dirigiéndose hacia el Trevia, y fué á establecer su campamento en alturas inaccesibles á la caballería. Pero no consiguió engañar tanto al enemigo como en el Tesino; y Aníbal, lanzando primeramente á los númidas, y en seguida toda la caballería, hubiese derrotado á la retaguardia, si la avidez de botín no hubiera llevado á los númidas hacia el campamento abandonado. Mientras registraban todos los rincones, perdiendo un tiempo precioso por provechos que no merecían el trabajo, se les escapó de las manos el enemigo; y viendo ya á los romanos al otro lado del Trevia ocupados en trazar su campamento, no consiguieron otra cosa que matar algunos rezagados aqueñe el río. No pudiendo Escipión soportar

el dolor que le causaba su herida, irritada por la marcha, y creyendo que debía esperar á su colega, sabiendo que le habían llamado de Sicilia, eligió cerca de la orilla el punto que le pareció mejor para acampar y le fortificó con mucho cuidado. Aníbal había acampado á corta distancia; pero tanto como le había alegrado la victoria de su caballería, otro tanto le inquietaba la escasez que estrechaba de día en día á un ejército marchando por país enemigo sin convoyes preparados. Por esta razón envió fuerzas al caserío de Clastidio, donde los romanos habían almacenado considerable cantidad de trigo. La esperanza de una traición suspendió el ataque: por la miserable cantidad de cuatrocientos escudos de oro, el jefe de la guarnición, Darío de Brindis, se vendió entregando la plaza á Aníbal. Este fué el almacén de los cartagineses mientras permanecieron cerca del Trevia. Aníbal no usó rigor alguno con la guarnición prisionera, con objeto de adquirir reputación de clemente desde el principio de su empresa.

Mientras quedaba suspendida la guerra en las orillas del Trevia, alrededor de Sicilia y de las islas inmediatas á Italia, habían ocurrido muchos acontecimientos por mar y tierra bajo la dirección del cónsul Sempronio y también antes de su llegada. De veinte quinqueremes, montadas por mil combatientes, que los cartagineses habían enviado para devastar las costas de Italia, nueve abordaron á Lipari, ocho á la isla de Vulcano y la corriente arrastró tres al estrecho. Habiéndose visto éstas desde Mesina, envió doce naves contra ellas Hierón, rey de Siracusa, que se encontraba accidentalmente en Mesina, esperando al cónsul romano, las tomaron sin resistencia y las trajeron al puerto de esta ciudad. Por los prisioneros se supo que, además de la flota de que formaban parte, y que navegaba hacia Italia, se dirigían á Sicilia treinta y cinco quinqueremes

para sublevar á los antiguos aliados: que su objeto principal era apoderarse de Lilíbea, y que probablemente la tempestad que les había dispersado habría arrojado aquella flota hacia las islas Egatas. Inmediatamente transmitió esta noticia el rey al pretor M. Emilio, que mandaba en la provincia de Sicilia, recomendándole que colocase en Lilíbea fuerte guarnición. A continuación envió el pretor á las ciudades inmediatas legados y tribunos para ordenar á los habitantes que vigilaran atentamente, y sobre todo para poner á Lilíbea en estado de defensa. Además de estos preparativos, publicóse un edicto disponiendo que las tripulaciones preparasen víveres para diez días y los trasladasen á las naves; que á la primera señal se embarcarían todos inmediatamente y que los habitantes de la costa acecharían por medio de vigías la aproximación del enemigo. De esta manera, aunque los cartagineses habían retrasado de intento la marcha de sus naves para llegar á Lilíbea antes de amanecer, no sorprendió su llegada, porque iluminaba mucho la luna y navegaban con las velas desplegadas. Inmediatamente dieron la señal los vigías, gritóse ¡á las armas! en la ciudad y se corrió á las naves. Una parte de los soldados quedaron en las murallas y en las puertas, y el resto pasó á la flota. Viendo los cartagineses que no podían contar con una sorpresa, se mantuvieron hasta que amaneció fuera del puerto, empleando el tiempo en plegar las velas y prepararse al combate. En cuanto amaneció, ganaron la mar, con objeto de tener más espacio para la batalla y para que la flota enemiga pudiese salir del puerto. No rehusaron el combate los romanos, animados á la vez por el recuerdo de la gloria conquistada en aquellos parajes y por el número y valor de sus soldados.

En cuanto se encontraron en alta mar los romanos, trataron de venir á las manos y pelear de cerca con el

enemigo: los cartagineses, por el contrario, evitaban la pelea, prefiriendo combatir por arte á combatir por fuerza, con las naves y no con los soldados y las armas: porque su flota, abundante en tripulación, estaba muy escasa en soldados, y en un abordaje hubiesen opuesto número muy inferior de combatientes. Reconocido esto, alentó á los romanos su mayor número y desalentó su debilidad á los cartagineses. En un momento quedaron envueltas siete naves enemigas, huyendo las demás. En las siete naves hicieron mil setecientos prisioneros, soldados y marineros, y entre ellos tres nobles cartagineses. La flota romana entró en el puerto sin otra avería que una nave perforada, que llevaron á remolque. Después de este combate y antes de que la noticia llegase á Mesina, arribó á esta ciudad el cónsul T. Sempronio. A su llegada al estrecho salió á recibirle el rey Hierón con una flota bien equipada, y pasando de su nave á la del cónsul, le felicitó por haber arribado sin contratiempo con su flota y su ejército, le deseó feliz travesía para la Sicilia, y después de exponerle el estado de la isla y las tentativas de los cartagineses, le prometió servir á los romanos en su ancianidad con tanto celo como mostró siendo joven, en la guerra anterior. Suministró gratuitamente trigo y ropas á las legiones del cónsul y á las tripulaciones, y advirtió además que Lilíbea y las demás ciudades marítimas estaban muy amenazadas y que algunos ánimos se inclinaban á un cambio. Ante esta noticia creyó el cónsul que era necesario navegar sin retraso hacia Lilíbea; el rey y su flota partieron con él, y en seguida supieron en el mar el combate de Lilíbea, la derrota del enemigo y la captura de sus naves.

En Lilíbea, habiendo despedido el cónsul á Hierón con la flota real y dejado un pretor para que defendiese la costa de Sicilia, se dirigió á la isla de Malta, ocupa-

da entonces por los cartagineses. A su llegada le entregaron á Hamílcar, hijo de Gisgón, que mandaba las tropas, con cerca de dos mil hombres, la plaza y toda la isla. Pocos días después, regresaron á Lilibea, y el cónsul, así como el pretor, vendió en subasta los cautivos, exceptuando los nobles. Cuando creyó el cónsul que había guarnecido suficientemente la Sicilia por aquel lado, se dirigió á la isla de Vulcano, habiendo corrido el rumor de que se encontraba allí la flota cartaginesa; pero no halló en aquellos parajes enemigo alguno, porque habían marchado á talar las costas de Italia, habiendo llevado ya la alarma á Roma la devastación del territorio de Vibona. Volvía á Sicilia el cónsul, cuando se enteró del desembarco del enemigo en el territorio de Vibona y recibió cartas del Senado, informándole de la entrada de Aníbal en Italia y mandándole que acudiese en el acto á socorrer á su colega. Vacilando entre tantas inquietudes, hizo primeramente embarcar á su ejército enviándole á Arminio por el mar superior; dió en seguida á su legado S. Pompinio veinticinco naves largas para que protegiese el territorio de Vibona por el lado de Italia, y dejó al pretor M. Emilio una flota de veinticinco naves. En cuanto colocó la Sicilia en buen estado, marchó á Rímíni, costeando la Italia. Desde allí se puso en marcha con su ejército hacia el Trevia y se reunió con su colega.

La reunión de los dos cónsules y de todas las fuerzas romanas contra Aníbal, decía elocuentemente que ó podría defenderse Roma con tales medios ó había que renunciar á toda esperanza. Uno de los cónsules, intimidado por su combate de caballería y por su herida, quería llevar despacio la guerra; el otro, poseído de ardimiento, y por tanto más atrevido, no admitía ninguna dilación. Todo el territorio que se extiende entre el Trevia y el Pó lo ocupaban entonces los galos, quie-

nes en aquella lucha de dos grandes pueblos; procuraban sin duda alguna por medio de ambigua conducta captarse la benevolencia del vencedor. Los romanos soportaban con paciencia aquella conducta, con tal de que permaneciesen tranquilos; pero Aníbal estaba muy irritado, diciendo que los mismos galos le habían instado para que fuese á libertarlos. Para satisfacer su cólera y para alimentar al ejército con el pillaje, envió dos mil infantes y mil caballos, casi todos nómadas, y con ellos algunos galos para que devastasen todo el territorio hasta el Pó. Desprovistos de medios de resistencia los galos, que hasta entonces habían permanecido indecisos, impulsados por los que les maltrataban, se volvieron hacia los que habían de vengarles, y enviaron legados al cónsul, para pedir los socorros de Roma en favor de un pueblo que era víctima de su fidelidad hacia ella. No encontraba Cornelio favorables el motivo ni las circunstancias para intentar un combate; los galos le eran sospechosos por sus numerosas traiciones, y especialmente, aunque el tiempo hubiese hecho olvidar todas las otras, por la reciente perfidia de los boyos. Sempronio, por el contrario, creía que la protección que se concediese á los primeros, que la necesitaban, sería el lazo más fuerte para mantener á los aliados en su deber. Vacilando todavía su colega, destacó su caballería con mil infantes, casi todos arqueros, y les hizo pasar al otro lado del Trevia para defender el territorio de los galos. Estas fuerzas, habiendo sorprendido de improviso á los soldados de Aníbal dispersos, en desorden, la mayor parte cargados de botín, difundió entre ellos el terror y la muerte, y les llevó huyendo hasta su campamento y á los primeros puestos: rechazadas un instante por una salida muy numerosa, gracias á algunos refuerzos, restablecieron el combate. La acción tuvo en seguida peripecias muy varias; pero aunque al fin que-

dase igual por ambas partes, se atribuyó la victoria á los romanos más que á los enemigos.

Por lo demás, este triunfo á nadie pareció tan importante y cierto como al cónsul; su regocijo era extremado al verse vencedor en un genero de combate en que había sido vencido su colega. «Había asegurado y levantado el ánimo de los soldados, decía; solamente su colega quería diferir la batalla; más enfermo de espíritu que de cuerpo, el recuerdo de su herida le inspiraba horror por las armas y el combate. Pero no debían quedar inactivos por un enfermo. ¿A qué diferir y perder más tiempo? ¿Se esperaba otro cónsul, otro ejército? Los cartagineses acampaban en Italia casi á la vista de Roma. Sus armas no querían reconquistar la Sicilia y la Cerdeña, arrebatadas á sus padres; tampoco pretendían la España de aquende el Ebro; intentaban arrojar á los romanos del suelo paterno, de la tierra natal. ¿Cuánto gemirían nuestros padres, ellos que llevaban la guerra bajo los muros de Cartago, si nos vieran á nosotros con dos cónsules y dos ejércitos consulares temblando en nuestro campamento, en medio de la Italia; si viesen á los cartagineses dueños de todo el país que se extiende entre los Alpes y el Apenino!» Tales eran los discursos que pronunciaba en forma de arenga junto al lecho de su colega y hasta en el pretorio. Impulsábale además la proximidad de los comicios, que podían encomendar la dirección de la guerra á otros cónsules, y el deseo de apropiarse toda la gloria del triunfo durante la enfermedad de su colega. En vano se oponía Cornelio; su compañero mandó á los soldados que estuviesen dispuestos para el combate. Considerando Aníbal lo que convenia más al enemigo, no se atrevía á contar con una imprudencia ó temeridad de los cónsules. Pero como la fama y la experiencia le habian demostrado que uno de ellos era fogoso y al-

tivo, y suponía que la altivez habría aumentado por el triunfo conseguido sobre sus merodeadores, no desesperaba de la ventaja de un combate próximo. Por esto cifró todos sus cuidados y toda su vigilancia en no dejar escapar la ocasión, mientras los soldados enemigos eran todavía bisonños, que el mejor de sus generales estaba reducido á la inacción por su herida, y cuando podía contar con el ardimiento de los galos, de cuyo mayor número sabía le seguirían con menos repugnancia á medida que les alejase de su patria. Como todos estos motivos le hacían esperar próximo combate que deseaba provocar en caso de que tardase, y como los espías galos, tanto más seguros para aquel oficio, cuanto que aquel pueblo servía en uno y otro ejército, le habian comunicado que el ejército romano se preparaba para la batalla, el cartaginés buscó en el terreno paraje apropiado para una emboscada.

Corría entre los dos ejércitos un arroyo cuyas altas orillas estaban cubiertas de hierbas pantanosas, de malezas y matorrales, como de ordinario lo están los terrenos incultos. Habiendo reconocido personalmente Aníbal aquel paraje y encontrándole bastante cubierto para ocultar hasta caballería: «He aquí tu puesto, dijo á su hermano Magón. Elige cien hombres de infantería y otros ciento de caballería y vas á buscarme con ellos en la primera vigilia. Ahora es necesario comer y descansar.» En seguida disolvió el consejo. Pronto se le presentó Magón con su tropa escogida: «Todos sois guerreros valientes, dijo Aníbal; mas para que seáis tan fuertes por el número como por el valor, que cada uno elija entre los jinetes y los infantes nueve compañeros tan valientes como él. Magón os enseñara el punto que habéis de ocupar. Combatiréis con un enemigo que no conoce estas astucias de guerra.» Después de despedir á Magón con mil infantes y mil caballos, al

amanecer mandó Anibal á la caballería nómida que pasase el Trevia, que se presentase en las puertas del campamento, que hostigasen las guardias avanzadas para atraer al enemigo al combate, y cuando estuviere trabada la acción, que se retirasen poco á poco para atraerles al lado acá del río. Tales fueron las instrucciones que dió á los nómidas; los demás jefes de infantería y caballería recibieron orden de hacer comer á sus tropas, que en seguida con las armas en la mano y ensillados los caballos, debían esperar la señal. A la primera alarma de los nómidas, impaciente Sempronio por pelear, manda avanzar primeramente á la caballería, de la que tan orgulloso estaba, después seis mil infantes y en seguida todas sus fuerzas, según su proyecto meditado de antemano. El tiempo era brumoso y estaba nevando, cosa bastante común en el país situado entre los Alpes y el Apenino, enfriado además por la proximidad de los ríos y de los pantanos. Además, los hombres y los caballos habían salido precipitadamente, sin haber comido y sin haber tomado precaución alguna contra el frío, por lo que se encontraban completamente desprovistos de calor, y cuanto más se acercaban al río, el frío era más intenso. Cuando penetraron en el agua, en persecución de los nómidas, aumentado el caudal por la lluvia de la noche anterior, les llegaba hasta el pecho, quedando de tal manera entumidos sus miembros al salir del río, que apenas podían sostener las armas; y más aún porque estando en ayunas á hora bastante avanzada del día, se encontraban extenuados por el hambre.

Entretanto los soldados de Anibal, habiendo encendido hogueras delante de sus tiendas, dado elasticidad á sus miembros frotándolos con aceite, distribuidos por manipulos y habiendo comido tranquilamente, á la noticia del paso del río por el enemigo, empuñan las armas,

con ánimo y cuerpo bien dispuestos y se forman en batalla. Anibal coloca al frente los baleares y sus tropas ligeras, formando en todo unos ocho mil hombres; en seguida su infantería, pesadamente armada, es decir, sus mejores soldados; en las alas coloca sus diez mil caballos, y delante de cada una de éstas forma los elefantes. Viendo el cónsul á sus jinetes que corren en persecución de los nómidas, rechazados de pronto por éstos que han vuelto caras, manda tocar retirada, los reúne y coloca en derredor de la infantería. Constaba su ejército de diez y ocho mil romanos; veinte mil, tanto aliados como del nombre latino, y un cuerpo auxiliar de cenomanos, único pueblo galo que había permanecido fiel. Con estas fuerzas libró la batalla. Comenzaron el combate los baleares; pero como las legiones les oponían resistencia demasiado fuerte, aquellas tropas ligeras marcharon en seguida á las alas, lo que hizo que la caballería romana se viese agobiada en el acto; porque cuatro mil hombres, fatigados ya, que apenas resistían á diez mil jinetes, en gran parte de tropas frescas, se encontraron además envueltos por la granizada de venablos que los baleares lanzaban sobre ellos. Además, rebasando los elefantes los extremos de las alas, asustaron especialmente á los caballos, á la vez por su aspecto y extraño olor, extendiendo á lo lejos la derrota. La lucha de las dos infanterías fué igual por el valor más bien que por la fuerza: los cartagineses habían ido al combate perfectamente alimentados, mientras que los romanos estaban debilitados por el hambre y el cansancio y paralizados por el frío. Sin embargo, hubiesen resistido solamente con su valor si no hubieran tenido que habérselas más que con infantería. Pero los baleares, después de dispersar á la caballería, acribillaban sus flancos con venablos y los elefantes se habían lanzado ya sobre el centro. En fin, Magón y sus nómidas,

en cuanto el ejército, que nada sospechaba, hubo rebasado su emboscada, le atacó por retaguardia, difundiendo en sus filas el espanto y el terror. En medio de tantos peligros, que por todas partes les estrechaban, los romanos resistieron durante algún tiempo, hasta contra los elefantes, lo cual no era de esperar. Vélites (1), colocados con este fin, lanzan sus venablos contra aquellos animales, les hacen volver grupas, y lanzándose en su persecución, les pinchan en la cola, en el sitio donde siendo más blanda la piel, es por lo mismo más vulnerable.

Dominados por el espanto iban á lanzarse ya sobre los mismos cartagineses, cuando Anibal mando llevarles del centro á los extremos y colocarles en el ala izquierda, enfrente de los galos auxiliares, cuya derrota fué rápida y evidente. El terror de los romanos aumentó al ver huir á sus auxiliares. Obligados á hacer frente por todos lados unos diez mil hombres, los únicos que no habían sido desbaratados, se abrieron sangriento paso á través del centro de los africanos reforzados por los galos, y como el río les cerraba el camino del campamento, y la lluvia les impedía ver adónde habían de acudir en socorro, marcharon derechamente á Placencia. La multitud buscó su salvación por uno y otro lado. Los que llegaron al río quedaron sepultados en sus aguas ó fueron sorprendidos por el enemigo en su vacilación. Los que se dispersaron por los campos, llegaron á Placencia siguiendo las huellas del ejército que se retiraba; otros, por temor de los enemigos, tuvieron valor para arrojarse al río y llegaron felizmente al campamento. Lluvia mezclada de nieve y el extraordinario rigor del frío hicieron perecer á muchos hombres

(1) Soldados armados con venablos á la manera de los vélites, que no existían aún y que fueron creados, algunos años después, en el sitio de Capua.

y bestias de carga y á casi todos los elefantes. El Trevia detuvo la persecución de los cartagineses, que regresaron á su campamento de tal manera dominados por el frío, que apenas experimentaban la alegría de la victoria. Así, pues, á la siguiente noche, cuando las guardias del campamento y los restos del ejército romano pasaron el Trevia sobre almadías, los cartagineses no lo observaron, á causa del ruido de la lluvia; ó bien imposibilitados de moverse por el cansancio y las heridas, fingieron no ver nada. No haciendo ningún movimiento el enemigo, Escipión llevó sus fuerzas en silenciosa marcha hasta Placencia, y desde allí, cruzando el Pó, pasó á Cremona para que la internada de dos ejércitos no pesase sobre una sola colonia.

Tan grande fué el terror que produjo en Roma esta derrota, que creían ver ya al pie de las murallas las enseñas enemigas, sin tener esperanza ni medios de rechazar el ataque. Habiendo sido vencido un cónsul cerca del Tesino y llamado el otro de Sicilia, y estando deshechos los dos ejércitos consulares, ¿qué generales, qué legiones podían llamar en su socorro? En medio de esta consternación llegó Sempronio: acababa de escapar de un gran peligro, habiendo pasado entre los jinetes enemigos, desparramados para saquear, por temeridad antes que por prudencia y esperando burlar al enemigo ó resistirle si se veía descubierto. Celebró los comicios consulares, que era lo que más deseaban en aquel momento, y regresó á sus cuarteles de invierno. Fueron nombrados cónsules Cn. Servilio y C. Flaminio. Los romanos no se encontraban tranquilos en sus cantones á causa de las continuas correrías de los jinetes nómadas, ó de los celtibéricos y lusitanos cuando el terreno detenía á los primeros. Por este medio les interceptaban todos los convoyes, exceptuando los que llegaban en barcas por el Pó. Había cerca de Placencia un mercado

fortificado cuidadosamente y defendido por fuerte guarnición. Esperando tomarlo, se dirigió á él Anibal con la caballería y las tropas ligeras, y como hacía consistir principalmente en el secreto el resultado de su empresa, atacó de noche, pero no pudo engañar á los centinelas. Los gritos de alarma fueron tan violentos que se oyeron en Placencia; así fué que, al amanecer, llegó el cónsul con la caballería, después de mandar á las legiones que le siguiesen formando el cuadro. Tratóse un combate de caballería, en el que, habiéndose retirado Anibal á consecuencia de una herida, se apoderó el terror de los enemigos y la guarnición se defendió valerosamente.

Después de algunos días de descanso y apenas curada la herida, se puso en marcha Anibal para sitiar á Victumvia. Este era un mercado que fortificaron los romanos durante la guerra con los galos: desde esta época se había establecido allí numerosa mezcla de gentes vecinas, y ahora el temor del pillaje había reunido en aquel punto á casi toda la población de los campos. Toda esta multitud, enardecida con el relato de la valerosa defensa del puesto inmediato á Placencia, empuñó las armas y salió al encuentro de Anibal. Bandas más bien que ejército se presentaron al combate en el camino; y como de una parte se encontraba una multitud desordenada y de la otra un general y soldados sostenidos por mutua confianza, cerca de treinta y cinco mil hombres fueron dispersados por muy pocos enemigos. Á la mañana siguiente se rindió la plaza y recibió guarnición. Después, cuando á la primera intimación entregaron las armas los vencidos, dióse la señal de saquear la ciudad como si la hubiesen tomado por asalto. No faltó allí ninguno de los horrores que abundan en los relatos de tales desastres; tanto se ensañaron contra los desgraciados vencidos la barba-

ria y arrogancia más feroces. Estas fueron las expediciones de Anibal durante el invierno.

Mientras fueron insoportables los fríos, dió descanso á los soldados; y á las primeras señales de primavera, aunque inciertas aún, dejando los cuarteles de invierno, llevó su ejército á la Etruria para atraerse este país, como había hecho con los galos y ligurios, por la fuerza ó de buen grado. Al pasar el Apenino le sorprendió tempestad tan furiosa, que sobrepujó todos los horrores de los Alpes. Lluvia y ventisca que les azotaba el rostro, les obligó primeramente á detenerse, so pena de dejar las armas ó de que les derribase y arrastrase el torbellino si se empeñaban en luchar con la tempestad. Como tenían cortada la respiración y hasta completamente detenida, se sentaron de espaldas al viento. De pronto resonaron formidables truenos y los relámpagos brillaban á través de aquel espantoso fragor. Impresionados al mismo tiempo los oídos y los ojos, los cartagineses estaban inmóviles, sobrecogidos de miedo. Al fin cesó la lluvia; pero redoblando la fuerza del viento, vieron obligados á acampar en el sitio mismo en que les había sorprendido la tempestad. Entonces comenzaron de nuevo sus fatigas; porque ó no podían desplegar y clavar las tiendas, ó no resistían las que desplegaban, rasgándolas y arrebatándolas el viento. Helada el agua en las cumbres y levantándola el aire, cayo como nieve tan apretada y espesa, que renunciando á todo, los hombres se dejaron caer al suelo sepultados más bien que abrigados bajo sus vestidos. Á la nieve siguió frío tan intenso, que cuando aquellos desgraciados, tanto hombres como animales, tendidos en el suelo, quisieron levantarse, ninguno pudo hacerlo en mucho tiempo, porque estando rígidos sus nervios, no podían mover las articulaciones. En fin, cuando á fuerza de agitarse recobraron el movimiento y el ánimo y hubieron encendido

hogueras de trecho en trecho, cada hombre, demasiado débil por sí mismo, tuvo que recurrir á su compañero. Dos días pasaron en aquel punto como sitiados, pereciendo muchos hombres, caballos y siete elefantes que habían sobrevivido á la batalla del Trevia (1).

Mientras en Italia ocurrían estos acontecimientos, Cn. Cornelio, enviado á España con una flota y un ejército, partió de las bocas del Ródano, rodeó los montes Pirineos y abordó á Emporias. Después, habiendo desembarcado allí sus tropas, y comenzando por los lacetanos, sometió á los romanos toda la costa hasta el Ebro, ajustando ó renovando alianzas. En poco tiempo conquistó tal reputación de clemencia que le alcanzó el favor no solamente de los pueblos marítimos, sino que también en el interior de las tierras y las montañas, en naciones mucho más independientes. Sapo ajustar con esta paz y alianza armada y obtuvo algunas cohortes auxiliares. Hannón mandaba aquende el Ebro, habiéndole dejado Aníbal la custodia de este país. Comprendiendo que era necesario detener al enemigo antes de que se atrajese toda la comarca, marchó á acampar al frente de los romanos y les presentó batalla. Escipión cuidó mucho de aceptarla, porque sabía que muy pronto tendría que habérselas con Hannón y Asdrúbal, y prefería combatirles separadamente que á los dos juntos. No se disputó seriamente la victoria. El enemigo perdió seis mil muertos y dos mil prisioneros y además la guardia de su campamento; porque el campamento cayó también en poder de los romanos y en él el general y algunos jefes principales. También se apoderó de Escissis, plaza inmediata, cuyo botín no tuvo mucha importancia; algunos muebles toscos y miserables es-

(1) Según Polibio, perecieron todos en la batalla del Trevia, exceptuando uno solo, en el que Aníbal pasó los pantanos de la Etruria.

clavos. Pero el campamento enriqueció al soldado, porque contenía casi todos los efectos preciosos del ejército vencido, y también del que hacía la guerra en Italia con Aníbal, que para que no le estorbasen en su marcha, les dejó al otro lado del Pirineo.

Antes de tener noticia cierta de esta derrota, Asdrúbal había pasado el Ebro con ocho mil infantes y mil caballos, con el propósito de salir al encuentro de los romanos á su llegada; pero cuando se enteró del desastre de Escissis y la captura del campamento, volvió hacia el mar. Habiendo encontrado cerca de Tarragona los marineros y soldados de la flota que suministraban los aliados, que corrían dispersos por los campos, por efecto de la negligencia que ordinariamente trae consigo el triunfo, lanzó contra ellos su caballería, que mató considerable número, llevando á los demás en desorden hasta sus naves. Sin embargo, no atreviéndose á permanecer más tiempo, por temor de que le sorprendiese Escipión, se retiró al otro lado del Ebro. Escipión por su parte, habiendo acelerado su marcha por el rumor de la presencia de aquel nuevo enemigo, castigó á algunos prefectos de la flota, dejó corta guarnición en Tarragona y regresó á Emporias con las naves. En cuanto se alejó, volvió á presentarse Asdrúbal, se apoderó de Hergetum, que había dado rehenes á Escipión, y con sus jóvenes devastó las tierras de los aliados que habían permanecido fieles al pueblo romano. Escipión había salido de sus cuarteles de invierno y evacuó de nuevo todo el territorio aquende el Ebro. Arrojándose en seguida con su ejército sobre los ilergetos abandonados por el autor de su defección y encerrándolos á todos en Athanagia, su capital, puso sitio á esta ciudad, y pocos días después se le rindió á discreción este pueblo, al que pidió más rehenes que la primera vez, imponiéndole además una contribución. Desde allí entró en el

territorio de los ausetanos, vecinos del Ebro, aliados de los cartagineses. Mientras sitiaba la ciudad, habiendo querido los lacetanos auxiliar á sus vecinos durante la noche, al penetrar en la plaza cayeron en una emboscada que les había preparado Escipión. Matáronles cerca de doce mil hombres, y los restantes, casi todos desarmados, llegaron á sus casas á la desbandada por medio de los campos. Los sitiados no tenían más defensa que el invierno que contrariaba á los sitiadores. El sitio duró treinta días, teniendo casi cuatro pies de nieve, que de tal manera había cubierto los cuarteles y máquinas de los romanos, que bastó para protegerles de los fuegos que algunas veces lanzaba el enemigo. Al fin, habiéndose refugiado su jefe Amúsito al lado de Asdrúbal, consiguieron capitulación mediante veinte talentos de plata. Los romanos invernaron en Tarragona.

Muchos prodigios ocurrieron en Roma y sus inmediaciones durante el invierno; ó al menos, como sucede siempre que los ánimos están inclinados á la superstición, se refirieron muchísimos en los que se creyó con harta ligereza. Un niño de seis meses, nacido de condición libre, había gritado triunfo en el Foro olitorio (1); en el Foro boario (2), un buey había subido espontáneamente hasta un piso tercero, desde donde se precipitó en seguida, asustado por los gritos de los habitantes de la casa; en el cielo habían brillado imágenes de naves. En el templo de la Esperanza, que está en el Foro olitorio, había caído un rayo. En Lanuvio se había agitado la lanza de Juno (3). Un cuervo había

(1) Mercado de las hierbas.

(2) Mercado de los bueyes.

(3) Créese que esta es la lanza de Juno Lanuviana ó Sospita.

En las medallas de la familia Proclia se representa á Juno con cuernos y lanza. Cicerón (*De natur. deor.*) coloca entre los atributos de Juno una piel de cabra, una lanza y un escudo pequeño.

bajado al templo de la diosa; posándose sobre el mismo altar. En el campo de Amiterno habianse visto desde lejos en diferentes puntos fantasmas humanos vestidos de blanco, á los que nadie había podido acercarse. Habían llovido piedras en el Picentino. En Cerea se habían apequeñado las suertes (1). En la Galia, un lobo había sacado de la vaina la espada de un centinela y se la había llevado. Los decenviros recibieron orden de consultar los libros sibilinos en cuanto á la mayor parte de estos prodigios. Por la lluvia de piedras del Picentino se decretaron nueve días de sacrificios. Además, toda la ciudad se ocupó de ceremonias expiatorias. Primeramente se celebraron lustraciones de todos los barrios de Roma y se sacrificaron víctimas mayores á los dioses que se designaron. Llevóse al templo de Juno, en Lanuvio, una ofrenda de cuatro libras de oro; las señoras romanas consagraron á esta diosa una estatua de bronce en la cumbre del Aventino. Se ordenó un lectisterno en Cerea, donde las suertes se habían apequeñado; rogativas públicas á la Fortuna en el mon-

(1) Estas suertes eran de ordinario piececitas de madera redondas, cuadradas ó cúbicas, en las que había trazados caracteres; mezclábanlas en una urna y las sacaba un niño. Toda disminución era mal agüero para los antiguos; y el efecto contrario ocasionaba presagio diferente. Por esta razón, las cuadrigas de arcilla, destinadas al templo de Júpiter Capitolino, habiéndose desarrollado mucho en el horno donde las preparaban, presagiaron á Roma dichosos destinos. Refiere Plinio que un pan que cocían para Perdiccas, cuando guardaba los rebaños del rey de Macedonia, habiendo crecido el doble en el horno, fué agüero de su reinado.

La ciudad de Cerea era muy venerada de los romanos desde la invasión de los galos; en ella se refugiaron el flamin Quirinal, los vestales, todo el sacerdocio, y el culto de Roma; sin embargo, nunca pudo conseguir ni el derecho de ciudad ni el de sufragio. Decíase en Roma de aquellos á quienes los censores privaban del derecho de emitir ó recibir sufragios, que quedaban inscritos en las tablas de los habitantes de Cerea.

te Alguido; en Roma se ordenó también un lectisterno á la Juventud, rogativas, especialmente en el templo de Hércules, y otras generales alrededor de todos los altares. Inmoláronse al genio de Roma cinco víctimas mayores, y el pretor C. Atilio Serrano recibió orden de hacer votos, para el caso en que durante diez años se mantuviese en el mismo estado la república. Estas expiaciones y estos votos, conformes con lo que mandaban los libros sibilinos, calmaron mucho los terrores religiosos.

Flaminio, uno de los cónsules designados, á quien tocaron en suerte las legiones acantonadas en Placencia, envió al cónsul una carta y un edicto, para que en los idus de Marzo se encontrase su ejército acampado en Arimino. Era su proyecto tomar posesión del consulado en esta provincia, porque recordaba las discusiones que había tenido con el Senado, siendo tribuno del pueblo (1), y después en su consulado, primeramente por la abrogación de su título de cónsul y después con ocasión de su triunfo. También le querían mal los senadores á causa de una nueva ley que Q. Claudio, tribuno del pueblo, había presentado contra el Senado, siendo Flaminio el único senador que la defendió; ley por la que se prohibía á todo senador ó padre de senador poseer una nave marítima de mayor cabida de tres-

(1) Siendo tribuno, presentó al pueblo, á pesar de la oposición del Senado, una proposición de ley para la distribución de las tierras de la Galia Cisalpina y del Piceno. Siendo cónsul, se puso en oposición con el senado por la abrogación de su consulado, y en seguida por su triunfo. Dice Plutarco, que habiendo declarado los augures irregular la creación de los cónsules, que habían partido ya contra los insubrios, el senado les envió inmediatamente cartas, llamándoles á Roma y mandándoles que dimitiesen el cargo, sin realizar ningún acto de autoridad de la que no estaban regularmente investidos. Flaminio derrotó primeramente á los enemigos y abrió después las cartas. Por esta razón se le negó el triunfo cuando regresó victorioso y cargado de inmenso botín.

cientas ánforas. Esta capacidad pareció bastante para transportar los frutos de los campos (1); considerándose indigna del senador toda especulación. Debatida acaloradamente la cuestión, promovió contra Flaminio, partidario de aquella ley, el odio de la nobleza, pero le atrajo el favor del pueblo y por consecuencia el segundo consulado. Por este motivo, persuadido de que recurrirían á los falsos auspicios (2), á las ferias latinas y otros entorpecimientos consulares para retenerle en Roma, pretextando un viaje, marchó furtivamente á su provincia, no siendo hasta entonces más que un particular. Cuando se divulgó el hecho aumentó considerablemente contra él la animosidad de los senadores, que ya estaban muy irritados. «No solamente al Senado, sino á los mismos dioses hacía la guerra Flaminio. Nombrado anteriormente cónsul bajo sospechosos auspicios, había desobedecido á los dioses y á los hombres que le llamaban del ejército. Y ahora, con plena conciencia de su impiedad, había huído del Capitolio (3) y de los votos solemnes, para no entrar el día de su instalación en el templo de Júpiter Óptimo Máxi-

(1) Después de la primera guerra púnica, los senadores habían comprado propiedades en Sicilia, Cerdeña y Córcega, y, so pretexto del transporte de los frutos que recogían, se dedicaban á operaciones de comercio, que Claudio consideraba indignas de su rango. Para evitar esto, presentó la ley *ne quis senator, etc.*, que Flaminio solo apoyó en el Senado.

(2) Los auspicios eran un arma política en manos de los patricios, de la que usaban y abusaban. No eran raros los casos de falsos auspicios, porque los escritores emplean con mucha frecuencia esta palabra.

(3) Al entrar en cargo, el cónsul recibía en su casa el *oficium*, es decir, el saludo del Senado y del pueblo, que en seguida le llevaban al Capitolio, á lo que se llamaba *processus consularis*. Allí pronunciaba los votos según los ritos, é inmolaba un buey á Júpiter. Después de tomar los auspicios de su dignidad en presencia del Senado reunido, le consultaba acerca de las cere-

mo, para no tener que consultar al Senado, al que era odioso y al que él solamente odiaba, para no presidir las ferias latinas, no ofrecer en el monte Albano el sacrificio á Júpiter Lacial, no subir al Capitolio con el reconocimiento de los auspicios, para pronunciar los votos solemnes y para no ir á su provincia revestido con el manto consular y seguido de los lictores. Como un criado, sin insignias ni lictores, había partido furtivamente, como si saliese de su país para el destierro. Sin duda sería más digno de la majestad del mando entrar en cargo en Arimino que en Roma y tomar la pretexto en una posada (*diversorio hospitali*) (1) que en medio de sus penates. En vista de esto, todos opinaron llamarle, obligarle á regresar y hacerle cumplir públicamente todos sus deberes para con los dioses y los hombres, antes de marchar al ejército y su provincia. Encargados de esta misión Q. Terencio y M. Antiscio (porque se creyó conveniente enviarle legados), no le decidieron, como no le habían decidido las cartas del Senado en la época de su primer consulado. Pocos días después tomó posesión de la magistratura, y la víctima que ofreció, habiéndose escapado después del primer golpe (2) de ma-

monias, de las ferias latinas y de los asuntos de la república: en seguida juraba observar las leyes. Terminadas todas estas cosas, celebraba las ferias latinas y hacía el sacrificio solemne á Júpiter Lacial.

(1) Llamábanse así las casas construidas al lado de los caminos, en las que se detenían los viajeros, ora perteneciesen á particulares que hospedaban á sus amigos, ora estuviesen destinadas á aposentar viajeros.

(2) La víctima la llevaban al altar ministros llamados *popae*, que marchaban con las ropas levantadas y estaban desnudos hasta la cintura. La cuerda con que sujetaban al animal debía ir floja, para que no pareciese que lo llevaban con violencia, lo cual habría sido de mal agüero. Por la misma razón se le dejaba libre delante del altar, considerándose siempre su fuga como si nuestro presagio.

nos de los sacrificadores, manchó de sangre á casi todos los espectadores. La fuga y el tumulto fueron grandísimos, especialmente entre los que ignoraban la causa del desorden; considerándose generalmente este lance como espantoso presagio. En seguida, habiendo recibido dos legiones de Sempronio, cónsul el año anterior, y otras dos del pretor C. Atilio, penetró en el sendero del Apennino, para llevar el ejército á Etruria.

FIN DEL LIBRO XXI.

vez
an sus
an los



LIBRO XXII.

SUMARIO.

Aníbal pierde un ojo en los pantanos de Etruria.—Derrota y muerte del cónsul Flaminio en el lago Trasimeno.—Perfidia de Aníbal con los que se entregan á Maharbal.—Consulta de los libros sibilinos.—Prudente conducta del dictador Q. Fabio Máximo con los cartagineses.—Acusación de M. Minucio contra Fabio, y decisión del pueblo.—Peligro del ejército de Minucio, del que le libra el dictador.—Agradecimiento de Minucio.—Aníbal encerrado entre los montes Casilino y Calicula.—Su estratagema para salir.—Su respeto á las tierras de Fabio, para hacerle sospechoso.—Funesta batalla de Cannas.—Resolución de abandonar la Italia.—Escipión contiene á los jóvenes y les obliga á jurar que jamás pensarán en abandonar Italia.—Alarmas y luto de Roma.—Triunfos conseguidos en España.—Condenación de las vestales Opimia y Floronia.—Armamento de los esclavos.—Negativa al rescate de los prisioneros.—Gracias á Varrón por no haber desesperado de la república.

Ya se acercaba la primavera cuando Aníbal dejó sus cuarteles de invierno, después de haberle detenido insoportables frios en su primera tentativa para cruzar el Apenino y experimentar graves temores y muchos peligros en su acantonamiento. Atraídos los galos por la esperanza del pillaje y del botín, viendo que en vez de saquear y devastar un territorio extranjero, eran sus campos el teatro de la guerra y que los hollaban los

cuarteles de invierno de dos ejércitos, tornaron todo su odio de los romanos á Anibal. Amenazado frecuentemente por las asechanzas de sus jefes, debió su salvación á sus mutuas traiciones, que denunciaban una trama con tanta ligereza como la urdían: el cambio de traje y de casco le preservó también, engañádoles. Estas alarmas le impulsaron á avanzar la apertura de la campaña. En la misma época tomó posesión del consulado en Roma Cn. Servilio, en los idus de Marzo, y la exposición que hizo de la situación de la república reveló el disgusto de los ánimos contra Flaminio. «Habíanse nombrado dos cónsules y solamente tenían uno. ¿Qué autoridad legítima, qué auspicio ha recibido? Los magistrados solamente se instituían en la misma Roma, en medio de los penates públicos y privados, después de haber celebrado ferias latinas, ofrecido un sacrificio sobre el monte Albano y pronunciado los votos solemnes en el Capitolio. Los auspicios no pertenecen á un particular, y cuando se había partido sin tomarlos, no podían conseguirse verdaderos y perfectos en suelo extranjero.» Aumentaba más y más el temor con los prodigios que referían de muchos puntos á la vez. En Sicilia, los venablos de algunos soldados se habían inflamado en sus manos, y de la misma manera en Cerdeña el bastón de un caballero que hacía la ronda en las murallas (1); en la playa habían brillado muchos fuegos; dos escudos habían sudado sangre; algunos soldados habían sido heridos por el rayo y había parecido que el disco del sol se apequeñaba. En Prenesto

(1) Este era el oficio especial de los caballeros. En los últimos tiempos nombraban los tribunos á los que habían de encargarse de esta vigilancia. Llamábaseles *circitores* ó *circitores*. El bastón que aquí se menciona, tal vez sería una insignia, que á ejemplo de los centuriones, llevaban los caballeros para hacerse reconocer en sus rondas nocturnas.

habían caído del cielo piedras abrasadoras; en Arpis habíanse visto escudos en el aire, y al sol luchando con la luna; en Capena habían aparecido dos lunas en pleno día; en Cerea habían arrastrado sangre las aguas, y en la fuente de Hércules habían aparecido manchas sangrientas; en Anzio habían caído espigas ensangrentadas en la cesta de un segador; en Faleria se había abierto en el cielo ancho desgarrón, por el que brotó intensa luz; las suertes se habían contraído por sí mismas, y había caído una con estas palabras: «Marte blande su lanza.» En el mismo tiempo habíanse visto en Roma, la estatua de Marte en la vía Apia, y la de los lobos, cubierta de sudor. En Capua, en fin, habíase visto el fenómeno del cielo ardiendo y la luna cayendo con la lluvia. En seguida se creyó en prodigios mucho menos graves: el pelo de algunas cabras se había trocado en lana, gallinas en gallos y gallos en gallinas. Habiéndose expuesto estos hechos, según se habían anunciado, é introducidos en el Senado los testigos, el cónsul abrió discusión acerca de la cuestión religiosa. Decretóse que estos prodigios se expiarían en parte con víctimas mayores y en parte con menores, y que delante de todos los altares se celebrarían, durante tres días, solemnes rogativas; que para lo demás, los decenviros consultarían los libros sagrados, y que se haría también lo que ordenasen los dioses por medio de los cantos de la Sibila. Por consejo de los decenviros decidióse que se ofrecería á Júpiter un rayo de oro de cinco libras de peso, y dones de plata á Juno y á Minerva; que se inmolarían víctimas mayores á Juno Reina, sobre el Aventino, y á Juno Sospita, en Lanuvio; que las señoras romanas, contribuyendo cada una según sus fuerzas, llevarían una ofrenda á Juno Reina, sobre el Aventino, y que se celebraría un lectisterno; en fin, que las mismas libertas reunirían medios para ofrecer un don á la diosa

Feronia (1). Después de estas expiaciones, los decenviros inmolaron víctimas mayores en el foro de Ardea. En el mes de diciembre anterior se había hecho un sacrificio en Roma; en el templo de Saturno habíase ordenado un lectisterno y dispuesto el lecho para los senadores; habíase celebrado un festín público; en fin, toda la ciudad había repetido durante un día y una noche el grito de las saturnales, y habíase decretado que el pueblo conservaría y celebraría en lo venidero este día festivo.

Mientras se ocupaba en Roma el cónsul del cuidado de aplacar á los dioses y apresurar las levas, Aníbal había partido de sus cuarteles de invierno, ante la noticia de que había llegado ya á Arrecio el cónsul Flaminio; y como le indicaban un camino fácil, pero largo, emprendió otro más corto á través de un terreno pantanoso, que el Arno algunos días antes había inundado más que de ordinario (2). Hizo caminar delante á los españoles y africanos que constituían el nervio de sus antiguas tropas, mezclando con ellos los bagajes, con objeto de que si se veían obligados á detenerse, no careciesen de los objetos necesarios; detrás de ellos formaban el centro los galos y la caballería á retaguardia. En fin, mandó á Magón que cerrase la marcha con los números, armados á la ligera y que vigilase especial-

(1) Cerca de Circeo se alzaba el templo de la diosa Feronia ó Faronia, fundado, según se dice, por los espartanos, que huyeron de la severidad de las leyes de Licurgo, y que desde allí pasaron al territorio de los sabinos, donde fundaron otro igual. Los esclavos libertos visitaban este templo. Aníbal lo saqueó, pero se encontró el tesoro, formado por los dones de los libertos, que los soldados de Aníbal respetaron.

(2) Según Strabón, al partir Aníbal de la Gallia Cisalpina para la Etruria, no eligió el fácil camino de la Umbría y Arimino porque sabía lo guardaba bien el enemigo, sino que siguió el más difícil que bordea el lago Trasimeno.

mente á los galos en el caso de que, cansados de las dificultades y longitud del camino, para cuyo trabajo esta nación carece de energía, se separasen ó detuviesen. Los primeros, precedidos solamente de los guías que les dirigían salvando los profundos torbellinos que forma el río, aunque hundidos en el lodo hasta la cintura, seguían sin embargo sus enseñas. Pero los galos no podían ni contenerse ni levantarse cuando se caían en alguna hondonada, no sabiendo mantener el cuerpo por medio del ánimo, ni el ánimo con la esperanza. Unos arrastraban penosamente sus fatigados miembros; otros, cediendo al desaliento, se dejaban caer y morían entre las bestias de carga tendidas aquí y allá. Pero lo que les abrumaba más eran las vigiliias que tuvieron que observar durante cuatro días y cuatro noches. Como las aguas cubrían el terreno y no quedaba un solo punto seco donde el soldado pudiese tender su fatigado cuerpo, se acostaban sobre los bagajes amontonados en el agua. Los cadáveres de los caballos amontonados en todo el camino, servían algunos momentos á aquellos infelices que solamente deseaban un pequeño espacio seco para descansar un poco. Aníbal, enfermo ya de los ojos por las variaciones de calor y frío que ocurren en primavera, aunque montado en el único elefante que le quedaba, con objeto de encontrarse siempre fuera del agua, se agravó por efecto de las vigiliias, la humedad de las noches y las nieblas del pantano; y como no estaba ni en paraje ni en ocasión de cuidarse, perdió un ojo (1).

Después de perder tantos hombres y caballos, Aníbal salió de aquel pantano y acampó en el primer paraje

(1) Aníbal no perdió completamente el uso del ojo, según dice Cornelio Népoles, pero en adelante no se sirvió bien del ojo derecho. Además, este accidente le ocurrió en el paso del Apennino y no al atravesar los pantanos de la Liguria y de la Etruria, como dicen Tito Livio y Polivio.

seco que encontró. Allí supo por medio de los exploradores que había enviado delante, que el ejército romano estaba bajo las murallas de Arrecio. En el acto se dedicó atentamente á informarse de los propósitos y carácter del cónsul, de las condiciones del terreno, de los caminos, de los medios de conseguir provisiones, y de todo lo que le importaba conocer. La Italia no tenía comarca más fértil que las llanuras etruscas que se extienden entre Fésulas y Arrecio, muy ricas en trigo, en ganados y en productos de toda clase. El cónsul estaba muy orgulloso de su primer consulado y no respetaba para nada la majestad de las leyes y del Senado, ni siquiera la de los dioses. Esta temeridad que le era natural, encontrábase sostenida por la fortuna que le había favorecido con brillantes triunfos en la guerra y en la ciudad. En vista de esto, evidente era que, sin consultar á los dioses ni á los hombres, obraría en todo con orgullo y precipitación. Para aumentar su propia locura, el cartaginés se dispone á hostigarle é irritarle, y dejando al enemigo á la izquierda, se dirige hacia Fésulas, marcha á devastar el centro de la Etruria y lo lleva todo á sangre y fuego, para mostrar desde lejos al cónsul terrible desolación. Flaminio, que no hubiese permanecido en reposo aunque el enemigo no se hubiera movido, viendo saqueadas las tierras de los aliados casi ante sus mismos ojos, consideró como deshonor para él que los cartagineses paseasen por medio de Italia y que marchasen, sin encontrar resistencia, á sitiar á Roma. Y cuando en el consejo todos le amonestaron para que adoptase el partido más prudente que brillante, que consistía en «esperar á su colega para obrar de acuerdo con él, después de reunir sus fuerzas, y contener entretanto con la caballería y tropas ligeras los audaces saqueos del enemigo,» lanzose indignado fuera del consejo y dió á la vez la señal de marcha y de com-

bate. «Si, continuemos tranquilos delante de las murallas de Arrecio, exclamó, aquí están la patria y nuestros dioses penates. Aníbal, escapando de nuestras manos, devastará la Italia y marchará hasta las puertas de Roma incendiándolo y saqueándolo todo. En cuanto á nosotros, no nos movamos de aquí, hasta que el Senado llame á Flaminio, de Arrecio, como en otro tiempo llamó de Veyas á Camilo.» En su irritación, mandó levantar las enseñas y saltó sobre su caballo; pero el animal cayó en el acto y le arrojó de cabeza al suelo. Todos los que le rodeaban quedaron aterrados por aquel accidente, considerándolo mal presagio al comenzar una expedición; al mismo tiempo vinieron á decir que un signifero no podía, á pesar de sus esfuerzos, arrancar su enseña del suelo. Volviéndose entonces hacia el mensajero, dijo: «¿No me traes también alguna carta del Senado prohibiéndome combatir? Marcha, que caven en derredor de la enseña si no pueden arrancarla brazos paralizados por el miedo.» En seguida se puso en marcha el ejército: los jefes principales, además de su oposición en el consejo, estaban alarmados por este doble prodigio; pero la audacia del cónsul animaba á los soldados, más atentos á su confianza que á los motivos que la inspiraban.

Aníbal devastó horrorosamente todo el territorio que se extiende entre Cortona y el lago Trasimeno, con objeto de inflamar la cólera del cónsul, y de excitarle á vengar las injurias de sus aliados. Los cartagineses habían llegado ya á un punto naturalmente dispuesto para una emboscada, allí donde el lago Trasimeno se prolonga hasta el pie de las montañas de Cortona, separándole estrecho sendero como preparado para pérfida asechanza. Al otro lado se extiende el terreno en pequeña llanura, levantándose después en colinas. Aníbal acampó en la parte descubierta con los africanos y españo-

les solamente; ocultó á los baleares y tropas ligeras detrás de las montañas y apostó la caballería en la abertura del desfiladero, oculto afortunadamente por eminencias; de suerte que, cuando entrasen los romanos, presentándose la caballería por la espalda, quedasen completamente encerrados por el lago y las montañas. Flaminio, habiendo llegado la víspera al ponerse el sol á las orillas del lago, franqueó el desfiladero al amanecer, con muy poca luz y sin reconocerle; solamente al comenzar á desenvolver su ejército en la llanura, vió al enemigo que tenía enfrente, pero sin sospechar la emboscada que tenía preparada á la espalda y en las alturas. Viendo Aníbal, según sus deseos, al enemigo encerrado entre las montañas y el lago y envuelto por sus tropas, dió la señal de ataque general. Cuando los cartagineses bajaron de las alturas, cada uno por el camino más corto, la sorpresa fué tanto más repentina é imprevista para los romanos, cuanto que la niebla, que se había levantado del lago, era más densa en la llanura que en las montañas, y los enemigos, pudiendo verse en muchas colinas, acudían más en conjunto. Los romanos reconocieron que estaban cercados, por el grito que resonó en todas partes, antes de que pudiesen distinguir nada; y ya combatían en el frente y las alas, cuando aún no habían podido formarse en batalla, preparar las armas y desenvainar las espadas.

En medio del espanto general, conservando el cónsul su valor cuanto es posible en una sorpresa, forma sus desordenados soldados, y volviéndose en todos sentidos á los gritos del enemigo, según se lo permitían el tiempo y el terreno, arenga en todos los puntos en que pudo presentarse y hacerse oír y manda resistir y pelear. «De aquel peligro no podían salir por ruegos y votos, sino por el esfuerzo y el valor. El hierro abre camino á través de las filas enemigas, y cuanto menos temor

se tiene, menos peligro se corre.» Pero el ruido y el tumulto no permitían oír palabras ni órdenes; y el soldado, lejos de poder reconocer sus enseñas, su fila y su puesto, apenas tenía bastante serenidad para empuñar las armas y usarlas, hasta el punto de que muchos fueron sorprendidos, más estorbados que defendidos por ellas. Además, en aquella profunda obscuridad, más utilizaban los oídos que los ojos. Al gemido de los heridos, al choque de los cuerpos y de las armas, á los gritos mezclados de furor y de miedo, volvían la cabeza á todos lados. Unos quedaban detenidos en su fuga por un pelotón de combatientes; otros, que volvían al combate, eran rechazados por un grupo de fugitivos. En fin, después de vanos esfuerzos por todos lados, como estaban encerrados en los flancos por el lago y las montañas, y en el frente y retaguardia por el enemigo, y vieron con claridad que solamente podían salvarles sus brazos y sus espadas, cada cual, para enardecerse y dirigirse se guió por sí mismo y comenzó nueva pelea. No fué aquel uno de esos combates regulares en los que se marcha por principes, hastatos y triarios: no se veía á los antesignarios pelear delante de las enseñas y los otros detrás, ni á los soldados alineados por legiones, cohortes y manipulos. La casualidad les reunía y cada cual, según su valor, peleaba delante ó detrás. En fin, tal fué el ardimiento del combate y de tal manera absorbió todo su ánimo, que ninguno sintió aquel terremoto que destruyó en parte muchas ciudades de Italia, hizo cambiar de cauce á ríos caudalosos, hizo penetrar el mar en los ríos y trastornó montañas en inmensos derrumbamientos.

Cerca de tres horas duró el combate y por todas partes muy encarnizado. En derredor del cónsul la lucha fué más empeñada y mortífera. Seguíanle los soldados más valientes y doquiera que veía á los suyos apura-

dos y maltrechos, acudía él mismo con intrepidez. Distinguiéndose por su armadura, los enemigos hacían grandes esfuerzos por alcanzarle y los suyos por defenderle. Al fin, un soldado insubrio, llamado Ducario, reconociéndole por sus facciones, dijo á sus compatriotas: «Ahí tenéis al cónsul que exterminó nuestras legiones, destruyó nuestros campos y nuestra ciudad. Víctima es que voy á inmolar á los manes de nuestros conciudadanos indignamente degollados»; y picando el caballo, lanzóse en las filas más apretadas del enemigo, mató al escudero que vino á detenerle y traspasó al cónsul con su lanza. En seguida quiso despojarle, pero lo impidieron los triarios oponiéndole los escudos. Entonces comenzó la derrota de gran parte del ejército: ni el lago ni las montañas detuvieron á los aterrados fugitivos, que corrían como ciegos por los senderos más estrechos y escarpados: hombres y armas rodaban mezclados á los precipicios. Muchos, al ver que les faltaba la tierra bajo los pies, avanzaron por las fangosas orillas del lago mientras pudieron conservar fuera del agua la cabeza y los hombros. Otros, impulsados por loco terror, intentaron huir á nado; pero quitándoles muy pronto toda esperanza la inmensidad de la travesía, faltábanles las fuerzas y desaparecían en el agua, ó bien, después de fatigarse en vano, miraban penosamente la orilla y caían bajo los golpes de los jinetes enemigos, que entraban en el lago. Cerca de seis mil hombres de la vanguardia, habiéndose abierto valerosamente paso á través del enemigo, ignorando lo que ocurría á su espalda, salieron del desfiladero. Deteniéndose entonces sobre una eminencia, oyeron los gritos y el ruido de las armas; pero no podían enterarse de la marcha del combate, ni juzgar por sus ojos á causa de la obscuridad de la niebla. Cuando la pelea tocaba á su fin, adquiriendo más fuerza el sol, disipó la niebla, derramando

claridad; iluminadas completamente entonces las montañas y la llanura, les mostraron la completa derrota y espantosa matanza del ejército romano. Temiendo que les viesen y lanzasen la caballería en su persecución, levantaron precipitadamente sus enseñas y se alejaron acelerando la marcha. A la mañana siguiente, aumentando el hambre sus otros males, Maharval, que les había perseguido durante la noche con toda la caballería, habiéndoles dado seguridades de que, si entregaban las armas, les dejaría marchar con sus vestidos, se rindieron. Pero Anibal cumplió esta promesa con fe púnica, haciéndoles aprisionar á todos.

Tal fué la famosa batalla de Trasimeno, célebre entre las pocas derrotas del pueblo romano. Quince mil romanos perecieron en el combate, y diez mil, habiéndose dispersado en su fuga por toda la Etruria, volvieron á Roma por diferentes caminos. Los enemigos perdieron mil quinientos hombres en la pelea. Muchos de ambos bandos murieron á consecuencia de las heridas; otros hacen subir mucho más el número de muertos de una y otra parte. Por mi parte, además de no gustar de vanas suposiciones, á las que se inclinan demasiado la mayor parte de los historiadores, sigo principalmente la autoridad de Fabio Pictor, analista contemporáneo de esta guerra. Habiendo Anibal puesto en libertad sin rescate á los prisioneros latinos y aprisionado á los romanos, hizo sacar de los montones de cadáveres enemigos los de sus soldados para sepultarlos; mandando también buscar con el mayor cuidado el cuerpo de Flaminio para tributarle los honores de la sepultura, pero no pudieron encontrarle. En Roma, á la primera noticia de esta derrota, poseído de terror el pueblo, se reunió tumultuosamente en el Foro. Las mujeres corrían por las calles preguntando á cuantos encontraban acerca del rumor que acababa de extenderse y de la suerte del

ejército. La multitud, tan numerosa como en una asamblea general, se había dirigido hacia el *comitium* y la curia llamando á los magistrados. En fin, poco antes de ponerse el sol presentóse el pretor M. Pomponio y dijo: «Hemos perdido una gran batalla.» Y aunque nada refirió con claridad, todos, haciéndose eco de los rumores que corrían, dijeron á sus familias «que el cónsul había sido muerto con una parte de sus tropas; que solamente se habían salvado unos pocos soldados dispersos por la fuga en la Etruria, ó hechos prisioneros por el vencedor.» Todas las desgracias que habían experimentado los vencidos eran motivo de inquietud para los parientes de los que servían bajo el cónsul Flaminio y que ignoraban la suerte de los suyos. Nadie sabía ni lo que podía esperar ni lo que tenía que temer. A la mañana siguiente y muchos días después, multitud, esencialmente de mujeres, estacionó en las puertas de la ciudad, esperando á algún pariente ó noticias de los suyos: agrupábanse en derredor de los que llegaban, preguntábanles, y si eran ciudadanos conocidos, no les dejaban hasta que habían referido detalladamente la catástrofe. Véase en seguida en el semblante de los que se alejaban expresiones muy diferentes según habían recibido buenas ó malas noticias, y regresaban á sus casas rodeados de amigos que les felicitaban ó consolaban. Las mujeres especialmente daban rienda suelta á su alegría ó su dolor. Habiendo visto una repentinamente á su hijo, dícese que murió en el acto, en la misma puerta. A otra, á quien falsamente se había dado noticia de la muerte del suyo, y que permanecía en su casa abrumada de dolor, al verle volver, la mató la intensidad de la alegría. Durante muchos días mantuvieron los pretores reunido el Senado desde la salida á la postura del sol, para deliberar acerca del general y las tropas que podrían oponer á los cartagineses victoriosos.

«Nada se había decidido aun cuando se anunció otra desgracia. Cuatro mil jinetes enviados por el cónsul Servilio en socorro de su colega, á las órdenes del pretor C. Centenio, habían sido sorprendidos por Aníbal en la Umbria, adonde se habían dirigido al tener noticia de la batalla de Trasimeno. Esta noticia produjo diversas impresiones: preocupados unos por inmensa aflicción, consideraban pequeña esta pérdida comparada con la anterior; otros no la consideraban en sí misma, pero así como en cuerpo condolido, el menor movimiento es mucho más sensible que otro grave en cuerpo robusto, así también pensaban que en la crisis en que se encontraba la república debían tenerse en cuenta todos los reverses, no por su propia importancia, sino por el agotamiento de las fuerzas públicas, incapaces de sostener todo lo que agravaría el mal. Por esta razón acudió la república á un remedio que desde mucho tiempo no había sido deseado ni empleado, el nombramiento de un dictador. Pero como el cónsul, que era el único que podía designarlo, se encontraba ausente, y estando toda la Italia ocupada por los cartagineses, no era fácil enviarle mensajeros ni cartas; como por otra parte el pueblo no tenía derecho para nombrar dictador, lo que no había ocurrido jamás, creóse prodictador á Q. Fabio Máximo y á M. Minucio Rufo jefe de los caballeros. Encargóles el Senado que fortificasen las murallas y torres de la ciudad, que colocasen fuerzas donde lo creyesen conveniente y que cortasen los puentes de todos los ríos. Indispensable era combatir por Roma, al lado de los penates, no habiendo podido defender la Italia.

Siguiendo camino derecho, Aníbal atravesó la Umbria y llegó á Spoleto; pero habiendo intentado apoderarse de esta ciudad, después de talar el campo, fué rechazado con graves pérdidas, y pudo juzgar, por aquella desgraciada tentativa sobre una colonia, cuánta re-

sistencia encontraría en Roma. Entonces se dirigió al Piceno, país fértil en toda clase de productos y rico además de un botín que sus soldados, ávidos y pobres, iban saqueando por todos lados. Allí acampó durante algunos días para dar descanso á sus tropas fatigadas por marchas de invierno, por la travesía de los pantanos y por una batalla más afortunada que fácilmente ganada. Cuando hubieron descansado bastante, teniendo el botín y el pillaje más atractivos para sus soldados que el descanso y la inacción, volvió á ponerse en marcha, y taló sucesivamente los territorios de Pretucia y de Adria, el país de los marsos, de los marrucinos y de los pelinos y toda la región de la Apulia inmediata á Arpi y Luceria. El cónsul M. Servilio, después de algunos ligeros combates con los galos, y luego de haberse apoderado de una plaza poco importante, tuvo noticia de la desgracia de su colega y de su ejército: temiendo por su patria, no queriendo faltarle en tan grave peligro, emprendió el camino de Roma. Q. Fabio Máximo, dictador por segunda vez, convocó el Senado el mismo día de su entrada en el cargo, y ocupándose primeramente de los dioses, hizo comprender á los senadores que más por negligencia de las ceremonias y de los auspicios que por ignorancia y temeridad había succumbido Flaminio, y que era necesario consultar á los mismos dioses acerca de las expiaciones que se les debían. Consiguió que los decenviros, por una disposición que solamente se toma cuando ocurren prodigios muy terribles, recibiesen orden de consultar los libros sibilinos, y éstos, después de examinar los libros, contestaron á los senadores: «Que no habiéndose cumplido convenientemente el voto hecho á Marte durante la guerra, debía serlo de nuevo con grande magnificencia; que era necesario ofrecer grandes juegos á Júpiter, templos á Venus Ericina y á la Prudencia, mandar rogati-

vas públicas y un lectisterno, y ofrecer á los dioses una primavera sagrada, si era feliz la guerra, y si la república se conservaba en la situación que tenía antes de la guerra.» Como Fabio iba á ocuparse completamente del cuidado de la guerra, el Senado, según el parecer del colegio de los pontífices, encargó al pretor M. Emilio que vigilase por el pronto cumplimiento de todos estos deberes.

Publicados estos senatus-consultos, el pontífice Máximo L. Cornelio Léntulo, consultado por el colegio de pretores, declaró que ante todo era necesario consultar al pueblo acerca de la primavera sagrada; porque sin orden del pueblo no podía hacerse ningún voto. En vista de esto, consultóse al pueblo en estas palabras: «¿Queréis y mandáis que esto se haga así? Si de aquí á cinco años la república y el pueblo romano de los caballeros sale felizmente, como deseo, de la guerra que tiene que sostener con los cartagineses y con los galos de aquende los Alpes, que el pueblo romano de los caballeros haga una ofrenda á Júpiter de todo cuanto en la primavera nazca de puercos, ovejas, cabras y bueyes, y que no se encuentre ya consagrado, á contar desde el día que señalen el pueblo y el Senado. Que el que haga este sacrificio lo realice cuando y como quiera, y que sea legítimo de cualquier manera que lo ofrezca. Si muere el animal que debía ser sacrificado, quede como profano y que no se considere su muerte como impiedad; si alguno lo estropea ó mata sin querer, que no se le impute como crimen: si es robado, que el robo no recaiga sobre el pueblo ni sobre el que lo sufra. Si por ignorancia se verifica el sacrificio en día nefasto, sea tenido por legítimo; legítimo será también célèbrese de día ó de noche, por esclavo ó por hombre libre. Si tiene lugar antes del término fijado por el Senado y el pueblo, que el pueblo no sea en manera alguna respon-

sable. Con el mismo objeto, se votó dedicar á los grandes juegos trescientas treinta y tres y libras y un tercio de cobre (1); inmolar á Júpiter tres hecatombes, y á otros muchos dioses bueyes blancos y otras víctimas. Habiéndose formulado legalmente los votos, ordenáronse rogativas públicas, uniéndose á ellas, no solamente los vecinos de la ciudad con sus esposas é hijos, sino también los de la campiña, cuya fortuna privada estaba unida en gran parte á la pública. En seguida se celebró durante tres días el lectisterno, bajo la vigilancia de los decenviros de los sacrificios. Expusiéronse seis altares, uno para Júpiter y Juno, el segundo para Neptuno y Minerva, el tercero para Marte y Venus, el cuarto para Apolo y Diana, el quinto para Vulcano y Vesta, y el sexto para Mercurio y Ceres. En fin, se votaron los dos templos; el de Venus Ericina por el dictador Fabio Máximo, habiendo indicado los libros sagrados para este oficio el primer magistrado de la república; y el de la Prudencia por el pretor T. Otacilio.

Arregladas así las cosas divinas, el dictador informó acerca de la guerra, los recursos públicos, la elección y el número de legiones que el Senado creía deber enviar contra el enemigo victorioso; y se decretó que tomaría el ejército del cónsul Cn. Servilio; que alistaría además en la ciudad y entre los aliados el número de jinetes y peones que creyese necesario; y que en todo lo demás obrase y dispusiese según creyera útil á la república. Fabio declaró que añadiría dos legiones al ejército de Servilio. Habiendo sido alistadas estas legiones por el jefe de los caballeros, les señaló día para reunirse en Tibur: publicó un edicto para que todo el que poseyese plazas ó castillos indefensos, se retirase á los pun-

(1) En los votos solemnes dominaba como sagrado el número tres.

tos fortificados, y para que todos los habitantes del campo abandonasen el terreno por donde debía pasar Aníbal, después de quemar sus casas y destruir las cosechas para que no encontrase ningún recurso; y al fin partió por la vía Flaminia para salir al encuentro del cónsul y de su ejército. Cuando desde lejos vió el ejército en la orilla del Tíber, cerca de Oriculo, y el cónsul, dirigiéndose á él con la caballería, envió un viator á decirle que se presentase sin lictores ante el dictador. La obediencia del cónsul y la entrevista de aquellos dos magistrados dieron alta idea de la dictadura á los romanos y á los aliados, en quienes el tiempo había casi borrado el recuerdo de esta dignidad. En el mismo momento, una carta de Roma hizo saber que las naves de carga que llevaban provisiones de Ostia á España, habían caído en poder de la flota cartaginesa cerca del puerto de Cossa. El cónsul recibió orden de marchar á Ostia, de apoderarse de cuantas naves se encontrasen en aquel puerto ó cerca de Roma, llenarlas de soldados y marineros, perseguir la flota enemiga y proteger las costas de Italia. En Roma habíanse hecho alistamientos considerables: hasta los libertos que tenían hijos y la edad militar habían sido admitidos á prestar juramento. De este ejército urbano se embarcó á los menores de treinta y cinco años, quedando los demás para la defensa de Roma.

El dictador, habiendo recibido el ejército del cónsul de manos del legado Fulvio Flaco, marchó á Tibur, por el territorio sabino, el día señalado para la reunión de los nuevos soldados. De allí pasó á Prenesto, y por caminos de travesía tomó la vía Latina, desde donde, haciendo reconocer cuidadosamente los caminos, marchó hacia el enemigo, muy decidido á no intentar fortuna en ninguna parte, mientras la necesidad no le obligase á ello. El primer día que acampó cerca de

Arpi, en presencia del enemigo, Aníbal desplegó en el acto su ejército y presentó batalla; pero en cuanto vió que todo permanecía tranquilo entre los romanos, y que su campamento continuaba en completa inmovilidad, exclamó orgullosamente que al fin estaba abatido el ánimo marcial de los romanos, que la guerra estaba terminada, que claramente le habían cedido el premio del valor, y de la gloria y se retiró á su campamento. Sin embargo, interiormente experimentaba profunda inquietud porque tenía que habérselas con un general que en nada se parecía á Flaminio y á Sempronio, y porque los romanos, afeccionados por la desgracia, habían elegido al fin un jefe digno de Aníbal. En el primer momento temió la prudencia si no la energía del dictador. No habiendo puesto á prueba todavía su constancia, procuró tentarle é impacientarle, decampando frecuentemente y talando ante sus ojos los terrenos de los aliados. En tanto desaparecía rápidamente, en tanto se paraba de repente en algún recodo que le ocultaba, para ver si podía sorprenderle en campo raso. Fabio mantenía su ejército en las alturas, á corta distancia del enemigo, de manera que no pudiese escapar ni verse tampoco obligado á combatir. Los soldados estaban retenidos en el campamento á menos de absoluta necesidad; no salían á forrajear y recoger leña ni en corto número ni en desorden. Una fuerza de caballería y de tropas ligeras, organizada y equipada para las alarmas repentinas, cuidaba de la seguridad de los suyos y castigaba á los merodeadores enemigos que se atrevían á separarse. El dictador no quería arriesgar un combate general, sino que con ligeras escaramuzas trabadas sobre seguro y siempre al alcance de buena retirada, enseñaba á sus soldados, asustados por las recientes derrotas, á desconfiar menos de su valor y fortuna. No era Aníbal obstáculo más grave

para estas prudentes medidas, que el jefe de los caballeros, á quien solamente su dependencia impedía precipitar á la república á su perdición; presuntuoso, inflexivo en los consejos, sin mesura en sus palabras, acusaba al general, al principio delante de pocos testigos, después públicamente delante del ejército, llamando inercia á su circunspección, cobardía á su prudencia, atribuyéndole los defectos más próximos á sus virtudes, y realizándose así por el arte perverso de rebajar á sus superiores, perfeccionado en demasía por frecuentes y afortunados éxitos.

Del país de los hirpinos, pasó Aníbal al Samnio, taló el territorio de Benevento y tomó á Telenia; de intento irrita á Fabio, tratando de encender su cólera con las indignas vejaciones á que somete á los aliados, con objeto de atraerle á una batalla campal. En la multitud de aliados italianos que Aníbal había cogido en la batalla de Trasimeno y que había dejado en libertad, encontrábanse tres caballeros campanios, á quienes, por medio de dones y promesas, decidió á que le granjearan el ánimo de sus conciudadanos. Habiéndole dicho éstos que si llevaba su ejército á la Campania, fácilmente se apoderaría de Capua, como la empresa era muy superior á la garantía, permaneció por algún tiempo incierto, vacilando entre la confianza y la desconfianza; decidiéndose al fin á pasar del Samnio á la Campania. Habiendo recomendado á sus nuevos confidentes confirmar más y más las promesas con los efectos y que volviesen con algunos de los suyos y algunos jefes, les despidió. En seguida mandó á su guía le llevase al territorio de Casino (1), habiendo sabido por gentes conocedoras del país que si podía ocupar aquel

(1) Situado en el extremo del país de los volscos, en la parte septentrional del Lacio. Casilino se encuentra en el centro de la Campania, sobre el Vulturno.

desfiladero imposibilitaría á los romanos de socorrer á sus aliados. Pero diferenciándose mucho la pronunciación cartaginesa de la latina, el guía entendió Casilino por Casino; y Anibal, equivocando el camino, bajó por el territorio de Alifa, de Calacio y de Caleno á las llanuras de Stela. Viendo allí un país rodeado de ríos y de montañas, llama al guía y le pregunta dónde se encuentra: habiéndole contestado éste que aquel mismo día llegarían á Casilino, reconoció el error y que Casino estaba muy lejos de allí, en otra dirección. En el acto mandó azotar y crucificar al guía, para aterrar á los otros, se fortificó y envió á Maharbal con la caballería al territorio de Falerno para saquearlo. Esta correría se prolongó hasta Sinuesa: el estrago fué considerable; pero el terror y la fuga se propagaron mucho más lejos delante de los númidas. Sin embargo, ni aquel terror, cuando todo estaba abrasado por el fuego de la guerra, quebrantó la fidelidad de los aliados, y era porque estaban gobernados por un poder justo y moderado y porque la superioridad de sus dominadores, que es la mejor prenda de sumisión, les hacia fácil la obediencia.

Cuando el ejército romano acampó cerca del Culturino, y vieron devastada por el fuego la comarca más hermosa de Italia, brotando el humo del incendio aquí y allá de las casas de campo, mientras permanecía Fabio en las alturas del Másico, comenzaron á circular murmullos sediciosos. Durante algunos días habian calmado, porque habiendo sido la marcha más rápida que de ordinario, habíase creído que el dictador se apresuraba para evitar la devastación de la Campania. Pero cuando llegaron al extremo de la cresta del Másico y vieron al pie de las montañas al enemigo incendiando el territorio de Falerno y de la colonia de Sinuesa, sin que se tratase de combatir, exclamó Minucio: «Hemos venido aquí para contemplar la matanza y el in-

endio de nuestros aliados? Y si los extranjeros no nos conmueven, ¿careceremos de compasión para los conciudadanos que nuestros padres enviaron en colonia á Sinuesa, para proteger contra los samnitas este terreno saqueado ahora, no por nuestros vecinos los samnitas, sino por extranjeros que, desde el extremo del mundo han penetrado hasta aquí, gracias á nuestra lentitud y á nuestra cobardía? Por desgracia, tanto hemos degenerado de nuestros antepasados, que estas orillas á las que no hubiesen permitido acercarse una flota cartaginesa, sin tenerse por deshonrados, las vemos hoy cubiertas de moros y númidas. Nosotros que, en otro tiempo, indignados por el sitio de Sagunto, invocábamos los hombres, los tratados y los dioses, contemplamos tranquilamente á Anibal escalando los muros de una colonia romana. El humo de las casas y campos incendiados obscurece nuestra vista. En nuestros oídos resuenan los gritos de nuestros desgraciados aliados que invocan nuestro auxilio con más frecuencia que el de los dioses; y nosotros, como rebaños que en verano se llevan á los bosques y pastos apartados, permanecemos aquí, ocultos en las nubes y en las selvas. Si M. Furio se hubiese propuesto arrojar los galos de Roma por los medios de que se sirve este nuevo Camilo, este único dictador encontrado en nuestros peligros para libertar la Italia de las armas de Anibal, Roma estaría en poder de los galos; y nuestra lentitud me hace temer que nuestros padres no la han salvado tantas veces más que para Anibal y sus númidas. Aquel héroe, aquel verdadero romano, en cuanto supo que el Senado y el pueblo de común acuerdo le habían nombrado dictador, aunque el Janículo era bastante alto, para que pudiese desde su cumbre contemplar tranquilamente al enemigo, bajó á la llanura, y aquel mismo día, en medio de la ciudad, donde ahora se encuentran las tumbas de los

galos, y á la mañana siguiente, más allá de Gabias, destrozó las legiones galas. ¿Qué más? Mucho tiempo después, cuando los samnitas nos hicieron pasar bajo el yugo en las Horcas Caudinas, ¿acaso paseando por las montañas del Samnio, ó bien estrechando, asediando Luceria y persiguiendo al enemigo victorioso, fué como Papirio Cursor impuso al orgulloso samnita el yugo que quitó de las cervices romanas? Y más recientemente, ¿á qué debió C. Lutacio la victoria sino á su celeridad, si no es á que, habiendo visto la víspera la flota enemiga cargada de víveres, impedida por su armamento y todo su aparato, le estrechó al día siguiente? Locura es creer que puede terminarse la guerra por medio de la inacción y con votos religiosos: es necesario armar las tropas, bajarlas á la llanura, para que puedan alcanzar al enemigo cuerpo á cuerpo. Por el valor y la acción se ha levantado Roma, y no por esta muelle conducta que los tímidos llaman prudente.» Durante esta especie de arenga rodeaban á Minucio tribunos y caballeros; sus arrogantes palabras llegaban á los oídos de los soldados, y si el caso hubiese dependido del voto militar, toda aquella multitud daba á entender claramente que hubiese preferido Minucio á Fabio.

Tan firme Fabio con los suyos como contra el enemigo, se mostró inflexible en cuanto á los primeros. Aunque sabía perfectamente que se censuraba su lentitud, no solamente en el campamento, sino que también en Roma, siguió su primer plan con inquebrantable constancia durante el resto de la campaña; de manera que, desesperando al fin Aníbal de atraerle á la batalla que tanto deseaba, se dedicó á buscar terreno cómodo para la internada, no ofreciéndole el país, donde se encontraba más que recursos momentáneos y no permanentes, estando plantado de árboles frutales, de viñedos y cul-

tivado más para el recreo que para las necesidades de la vida. Fabio quedó enterado de esto por sus exploradores. Ahora bien: como estaba seguro de que Aníbal retrocedería por el desfiladero que le había llevado al territorio de Falerno, hizo ocupar por fuerzas poco numerosas el monte Calicula y el pueblecillo de Casilino, que, dividido por el Ezeturno, separa el Falerno de la Campania. En cuanto á él, llevó el ejército por las mismas alturas, enviando sin embargo á la descubierta á L. Hostilio Mancino con cuatrocientos caballos de los aliados. Este jefe era de los jóvenes á quienes agradaba escuchar los arrogantes discursos del jefe de la caballería. Al principio avanzó como para un reconocimiento, de manera que observase al enemigo sin exponerse. Pero en cuanto vió á los númidas, desparramados aquí y allá en los caseríos, mató algunos por casualidad, y muy pronto, enardecido su ánimo por la idea del combate olvidó las instrucciones del dictador, que le había mandado no avanzase sino con la mayor precaución y que se retirase antes de que le viese el enemigo. Los númidas, atacándole y huyendo sucesivamente, le llevaron hasta cerca de su campamento, cansando mucho á un sus hombres y caballos. Entonces Carthalon, jefe de la caballería enemiga, lanzándose á rienda suelta, antes de encontrarse á tiro de venablo, hizo volver la espalda á los romanos, y les persiguió sin descanso por espacio de más de cinco millas. Viendo Minucio que el enemigo se obstinaba en perseguirle, y que no tenía esperanza alguna de escapar, arengó á los suyos, y volvió al combate con fuerzas muy inferiores en todos sentidos. Envuelto, pereció con la flor de sus jinetes. Huyendo los otros á toda brida, llegaron primeramente á Cales, y desde allí, por senderos casi impracticables, hasta el campamento del dictador. Por casualidad aquel día Minucio se había reunido con Fabio, después

de colocar un destacamento en un desfiladero que, entre gargantas muy estrechas, dominaba el mar por encima de Terracina. Encontrándose indefensa la vía Apia, tratábase de impedir que Aníbal entrase por ella en el campo romano. Habiendo verificado su unión, el dictador y el jefe de los caballeros trasladaron su campamento al camino por donde había de pasar Aníbal. Dos millas solamente distaba el enemigo.

A la mañana siguiente los cartagineses ocuparon con sus fuerzas todo el espacio que mediaba entre los dos campamentos. Aunque los romanos se habían colocado delante de sus fortificaciones, donde evidentemente tenían la ventaja del terreno, no dejó Aníbal de acercarse con su caballería ligera, que para provocar al enemigo, le hostigaba aquí y allá, atacando y huyendo sucesivamente. El ejército romano permaneció firme en su puesto y el combate fué calmado por voluntad del dictador más que por la de Aníbal. Los romanos perdieron doscientos hombres y los cartagineses ochocientos. Entonces se encontró Aníbal completamente encerrado, á consecuencia de la ocupación del camino de Casilino. Mientras que Capua, el Samnio y todas las demás ricas aliadas llevaban por la espalda víveres á los romanos, veíase obligado á pasar el invierno entre las rocas de Formio por un lado, y por otro los arenales y espantosos pantanos de Linterno. Comprendió que le atacaban con sus propias armas, y no pudiendo escapar por Casilino, y viéndose obligado á ganar las montañas y á cruzar las cumbres de Calícula, por temor de que los romanos atacasen á su ejército encerrado en aquellos valles, imaginó, para engañar al enemigo, un aparato terrible para sus ojos, y decidió acercarse furtivamente á las montañas al comenzar la noche, ejecutando de esta manera su estratagema. Á los cuernos de los bueyes bravos ó domados que llevaba entre el botín y que

ascendían á más de dos mil, ató antorchas recogidas en todas partes en la campaña y hacecillos de leña menuda. Asdrúbal recibió el encargo de lanzar todos aquellos animales con los cuernos encendidos en la oscuridad de la noche y dirigirlos, si podía, sobre los desfiladeros ocupados por el enemigo.

Al cerrar la noche, levantó silenciosamente el campamento, marchando los bueyes algo delante de las enseñas. En cuanto llegaron al pie de las montañas, á la entrada de los desfiladeros, se dió la señal para prender fuego á los cuernos de los bueyes y hostigarles hacia las montañas opuestas. El espanto que les produjo las llamas brillando sobre sus cabezas y el calor que les penetraba hasta el vivo en la raíz de los cuernos, les aguijoneó hasta el furor. En su rápida carrera, los arbustos se incendiaron por todas partes, como si estuviesen ardiendo las selvas y las montañas; y todas aquellas cabezas, agitándose en vano y excitando por este medio la llama, ofrecían el aspecto de hombres corriendo aquí y allá. Aquellos á quienes estaba encargada la custodia del desfiladero, viendo el fuego en las montañas y encima de sus cabezas, se creyeron envueltos y abandonaron el puesto. Pero al querer ganar las cumbres, donde el fuego era más raro y parecía retirada más segura, encontraron algunos bueyes separados de los demás. De lejos y al principio creyeron ver monstruos vomitando llamas y se detuvieron asombrados; en seguida, en cuanto reconocieron una astucia completamente humana, persuadidos de que era una emboscada, comenzaron á huir con mayor espanto aún y fueron á chocar con las tropas ligeras del enemigo. Por lo demás, manteniendo la noche á los dos bandos en igual temor, les impidió comenzar el combate hasta el amanecer. No por esto dejó Aníbal de sacar todo su ejército del desfiladero, en el que hasta mató algunos

enemigos, y marchó á acampar en el territorio de Alifa.

Fabio vió todos aquellos movimientos; mas persuadido también de que era un lazo, y temiendo sobre todo un combate nocturno, contuvo á sus tropas en las fortificaciones. Al apuntar el día trabóse un combate en la cumbre de las montañas, y los romanos, superiores en número, hubiesen destrozado fácilmente las tropas ligeras de Anibal, que se encontraban cercadas, si una cohorte de españoles, enviada para socorrerlas, no hubiese llegado oportunamente. Estos soldados, acostumbrados á las montañas y muy hábiles para saltar de roca á roca, gracias á la agilidad de su cuerpo y á la clase de sus armas, lucharon fácilmente con su enemigo pesadamente armado, dispuesto para las llanuras y los combates á pie firme. Después de aquella desigual lucha, los españoles y los romanos volvieron á sus campamentos, aquéllos casi ilesos y éstos con algunas pérdidas. Fabio decampó en seguida, y atravesando las gargantas por encima de Alifa, fué á ocupar una posición fuerte y elevada. Entonces, fingiendo marchar hacia Roma por el Samnio, Anibal volvió al territorio de los peliños, devastándolo todo á su paso. Fabio llevaba su ejército por las alturas, manteniéndose entre Roma y el enemigo, sin alejarse ni combatir. Desde Peliño retrocedió Anibal, y entrando en la Apulia, vino á Geronio, cuyos habitantes, viendo arruinadas sus murallas, huyeron aterrados. El dictador se fortificó en el territorio de Larina. Llamado en seguida á Roma para las ceremonias religiosas, empleó su autoridad, consejos y casi ruegos para recomendar al jefe de los caballeros que confiase más en la prudencia que en la fortuna; que le imitase más que á Sempronio y á Flaminio, y que no considerase como resultado nulo haber burlado los esfuerzos del enemigo durante toda la campaña. Los médicos consiguen á veces más por el reposo que por la agita-

ción y las sacudidas. No era poco haber cesado de ser vencidos por un enemigo tantas veces vencedor, y haber podido resistir después de tantas derrotas sucesivas. Después de estas prudentes advertencias, hechas en vano al jefe de los caballeros, marchó á Roma.

Al comenzar la campaña que acabamos de describir, empezó también la guerra por mar y tierra en España. Asdrúbal añadió diez naves á las que había recibido de su hermano armadas y equipadas; dió cuarenta á Hamilcon y partió de Cartagena, las naves costeano y él llevando el ejército por la orilla del mar, con el propósito de atacar al enemigo donde primero le encontrase. Enterado Cn. Escipión del movimiento de los cartagineses, formó desde luego igual propósito. Por lo mucho que se hablaba de los refuerzos que había recibido el enemigo, haciéndole temer una batalla en tierra, embarcó la flor de sus tropas y marchó en busca del enemigo con una flota de treinta y cinco naves. El segundo día después de su salida de Tarragona, abordó á una estación situada á diez millas de la desembocadura del Ebro. Desde allí envió á la descubierta diez naves ligeras de Marsella, que le trajeron la noticia de que la flota enemiga estaba en la desembocadura del río y que habían establecido un campamento en la costa. Para sorprenderle de improviso y abrumarle por el terror extendiéndose en todos los puestos á la vez, levó anclas y marchó al enemigo. En España hay muchas torres construidas en las alturas, que sirven de atalayas y defensas contra los piratas: desde éstas descubrieron primeramente las naves de los romanos, advirtiéndolo á Asdrúbal por una señal. Agitábanse ya en tierra y en el ejército cuando todo continuaba tranquilo todavía en la orilla y á bordo de las naves, porque no se oían ni el ruido de los remos ni los gritos de los marineros y porque la flota enemiga estaba oculta detrás de los pro-

montorios. De pronto muchos jinetes despachados uno tras otro por Asdrúbal llegan mandando á todos aquellos soldados diseminados por la playa, ó descansando bajo las tiendas, y que nada podían esperar menos que ser atados aquel día, que se embarquen inmediatamente y tomen las armas, porque la flota romana se acerca al puerto. Mientras los jinetes llevaban la orden por todos lados, el mismo Asdrúbal llega con todo el ejército. En aquel momento prodújose universal tumulto: marineros y soldados se precipitaban mezclados en las naves y antes parecía que huían de la tierra que disponerse al combate. Apenas se habían embarcado todos, cuando los unos se cogen al cable para levar el ancla y otros cortan las amarras, haciéndolo todo con extraordinaria precipitación, estorbando los preparativos de los soldados las maniobras de los marineros é impidiendo la agitación de éstos que los soldados tomasen las armas y las preparasen. Ya se acercaban los romanos y habían formado el orden de batalla. Los cartagineses, menos turbados por el enemigo y el combate que por su propio desorden, después de intentar más bien que de trabar batalla, emprendieron prontamente la fuga; y como la desembocadura del río no era bastante ancha para recibir tantas naves que venían á la vez en ancha fila, arrojáronse aquí y allí sobre la orilla, encallando unas en los bajos y otras en la arena. Las tripulaciones, en parte armadas y en parte desarmadas, se refugiaron en el ejército formado en la orilla del mar. En el primer choque habían sido capturadas dos naves cartaginesas y cuatro echadas á pique.

Aunque ocupaban el terreno los enemigos, extendiéndose el ejército por la playa, no vacilaron los romanos en perseguir la derrotada flota; y todas las naves que no se habían destrozado la proa en la costa ó no habían encallado en los bajos, las llevaron á remolque á alta

mar, apoderándose de veinticinco de esta manera. Pero la mayor ventaja de su victoria fué, que mediante ligero combate, se habían hecho dueños del mar en todos aquellos pasos. Dirigiéndose entonces á Honosca, desembarcaron, se apoderaron de la ciudad y la saquearon. Desde allí pusieron el rumbo á Cartagena, talaron los campos inmediatos y quemaron las casas adosadas á las murallas y puertas de la ciudad. Cargada de botín la flota, marchó á Longuntica, donde Asdrúbal había reunido considerable cantidad de cordajes para el uso de su marina: tomaron de ellos todo lo que creyeron necesario y quemaron el resto. Y no solamente recorrieron los romanos la costa en toda su extensión, sino que pasaron también á la isla de Ebusa, cuya capital atacaron vigorosamente durante dos días. Viendo que perdían el tiempo en inútiles esfuerzos, se ocuparon en el saqueo de la campiña, y después de saquear é incendiar algunos caseríos, se embarcaron de nuevo con botín más rico que el que habían recogido en el continente. En aquel momento llegaron legados de las islas Baleares á pedir la paz á Escipión. Retrocediendo la flota, ganó la costa inferior de la provincia, donde se reunieron los legados de todos los pueblos que habitan las orillas del Ebro y hasta de las comarcas más apartadas de España. De ciento veinte pasó el número de los que se sometieron realmente al imperio romano dando rehenes. Más confiado desde entonces en sus fuerzas terrestres, avanzó Escipión hasta el desfiladero de Castulón, retirándose Asdrúbal á la Lusitania, hacia las orillas del Océano.

Parecía que el resto de la campaña debía ser tranquilo, y lo hubiese sido por parte de los cartagineses; pero además de que los españoles tienen ánimo inquieto y ávido de aventuras, Mandonio é Indibilis, que había sido anteriormente rey de los ilergetos, viendo que los ro-

manos abandonaban el desfiladero para marchar á la costa, sublevaron á sus compatriotas y marcharon á talar el pacífico territorio de los aliados de Roma. Un tribuno militar que envió contra ellos Escipión con algunas tropas ligeras, destruyó fácilmente aquella banda de merodeadores, matando ó cogiendo una parte de ellos y arrojando las armas los demás. Sin embargo, este movimiento trajo aquende el Ebro, para defender á los aliados, á Asdrúbal, que se dirigía hacia el Océano. Los cartagineses estaban acampados en el territorio de los ilercoanios y los romanos cerca de la nueva flota, cuando repentina alarma llevó la guerra á otro lado. Los celtibéricos, que fueron los primeros de su país que enviaron legados y dieron rehenes á los romanos, excitados por un mensajero de Escipión, toman las armas, penetran con fuerte ejército en la provincia de los cartagineses, toman tres ciudades por asalto, combaten en seguida con el mismo Asdrúbal con grandísimo valor, le matan quince mil hombres y le cogen cuatro mil con muchas enseñas.

Este era el estado de las cosas cuando llegó á España P. Escipión, investido por el Senado con mando prorrogado después de su consulado, con treinta naves largas, ocho mil soldados y un convoy considerable que le seguía. Esta flota, á la que daba formidable aspecto su largo cortejo de naves de transporte, entró en el puerto de Tarragona, en medio del regocijo de los romanos y aliados. Desembarcando allí sus tropas, P. Escipión marchó á reunirse con su hermano, y desde entonces dirigieron la guerra en completa armonía de pensamiento y acción. Mientras se ocupaban los cartagineses de la guerra celtibérica, pasan el Ebro sin vacilar, y no viendo al enemigo, marchan derechamente á Sagunto, donde se decía que Asdrúbal había depositado los rehenes de toda España, guardándolos en la fortaleza escasa guar-

nición. Esta prenda era la única que retenía á los pueblos de España, inclinados de corazón á la alianza con los romanos, temiendo pagar su defección con la sangre de sus hijos. Un hombre solo rompió este lazo de un modo más hábil que leal: siendo este hombre Abelux, noble español, que se encontraba entonces en Sagunto; adicto en otro tiempo á los cartagineses, como suelen hacer los bárbaros, había cambiado con la fortuna. Convencido además de que el desertor que pasa al enemigo sin realizar una traición importante, sólo era objeto de desprecio, procuraba ser adquisición muy útil para sus nuevos aliados. Después de examinar todo lo que la fortuna le permitía hacer, se fijó preferentemente en el proyecto de dar libertad á los rehenes, persuadido de que este era el único medio de llevar á los romanos la amistad de los jefes españoles; pero como sabía muy bien que los guardianes de los rehenes nada harían sin orden de Bostar, jefe de la plaza, atacó con astucia al mismo Bostar. Este jefe tenía su campamento fuera de la ciudad, en la misma playa, para cerrar la entrada del puerto á los romanos. Abelux marchó allá, y hablándole reservadamente, le expuso, como cosa que el otro ignorase, el verdadero estado de las cosas. «Hasta entonces el temor había contenido á los españoles porque los romanos estaban lejos; ahora que su campamento se encuentra á este lado del Ebro, es asilo y fortaleza para todos los descontentos: era, pues, necesario atraerse por un beneficio y la gratitud á los que por temor no podía contenerse ya.» Asombrado Bostar y preguntándole qué beneficio podía ser capaz de realizar de pronto aquel gran resultado, «Devuelve, le dijo, los rehenes á las ciudades; de esta manera les obligarás á todos á la vez, á las familias que gozan de mayor consideración en el país y á los pueblos en general. Todos quieren que se confíe en ellos, y la confianza espontánea encadena or-

dinariamente la fe. Por mi parte me encargo de llevar los rehenes á sus casas con objeto de sostener mi proyecto por todos los medios y ensalzar todo lo posible la importancia de un favor tan agradable en sí mismo.» Habiendo persuadido de esta manera á aquel jefe, que no gozaba de la perspicacia de los de su nación, avanzó furtivamente durante la noche hasta las avanzadas enemigas, habló con algunos auxiliares españoles y llevándole estos ante Escipión, le expuso sus propósitos. Empeñada la palabra por uno y otro lado, fijados el momento y el lugar para la entrega de los rehenes, regresó á Sagunto. El siguiente día lo empleó con Bostar en recibir todas las instrucciones necesarias. Cuando se despidió de él, como se había decidido que partiría de noche, para burlar la vigilancia del enemigo, á la hora convenida con los romanos marchó á despertar la guardia de los rehenes y partió para conducirlos, como sin propósito premeditado, hacia la emboscada preparada por su perfidia. Los rehenes fueron llevados al campamento romano; su restitución se ejecutó, según se había convenido con Bostar, exactamente como si se realizase en nombre de los cartagineses. Este beneficio valió á los romanos gratitud mucho mayor que la que se hubiese experimentado por los cartagineses; porque habiéndose mostrado éstos duros y soberbios en la prosperidad, podían parecer amansados por la adversidad y el temor; mientras que los romanos desde su llegada, enteramente desconocidos hasta entonces, comenzaban por un acto de elemencia y generosidad. Además, Abelux, hombre tan prudente, á los ojos de los aliados, no había cambiado de partido sin razón. Todos, pues, con unánime acuerdo, estaban dispuestos á la defección, y en el acto hubiese estallado el movimiento, á no sobrevenir el invierno, obligando á los romanos, lo mismo que á los cartagineses, á retirarse á sus acantonamientos.

Esto ocurrió en España durante el segundo año de la guerra púnica, mientras que en Italia, la prudente lentitud de Fabio daba algún descanso á los desastres de los romanos. Pero tanto como inquietaba esta lentitud á Aníbal, que veía que al fin habían elegido los romanos un general que hacía la guerra con prudencia y no á la casualidad, otro tanto era despreciada entre los romanos mismos, tanto ciudadanos como soldados, sobre todo desde que, en ausencia del dictador, la temeridad del jefe de los caballeros había conseguido un triunfo más brillante que ventajoso. Otros dos motivos habían aumentado el descontento general contra Fabio. Procedía el uno de la astucia de Aníbal, quien, habiéndole señalado algunos desertores un terreno del dictador, taló todos los que le rodeaban y preservó solamente del hierro y el fuego aquel campo, con objeto de que creyesen aquella excepción precio de algún pacto secreto. El segundo fué un acto de Fabio, que al principio pudo parecer sospechoso, porque no había esperado la autorización del Senado, pero que concluyó por redundar claramente en gloria suya. Este acto, relativo al canjeo de prisioneros, consistió en lo siguiente: De la misma manera que en la primera guerra púnica, habiase convenido entre los dos generales romano y cartaginés que el que recibiese más que diese pagaría dos libras y media de plata por soldado; ahora bien: Fabio había recibido doscientos cuarenta y siete más que los cartagineses, y el pago de esta deuda, prolijamente discutido en el Senado porque no había sido consultado, se demoraba siempre. Envió, pues, á su hijo Quinto á Roma para que vendiese aquel campo que el enemigo había respetado, y puso á cubierto la fe pública con sus propios bienes. Aníbal tenía su campamento delante de aquella ciudad de Geronio, que había tomado y quemado y de la que había conservado algunas casas para que

le sirviesen de graneros. Desde allí enviaba las dos terceras partes de su ejército á hacer provisiones de trigo, conservando con él la otra tercera parte para la defensa del campamento y para evitar que fuesen sorprendidos sus forrajeros.

Encontrábase entonces el ejército romano en el territorio de Larino, bajo el mando de Minucio, habiendo marchado á Roma el dictador, según se ha dicho. El campamento, establecido al principio en punto elevado y seguro, había descendido ya á la llanura; y se agitaban los proyectos más atrevidos, en conformidad al carácter del jefe, como el de caer sobre los merodeadores dispersos, ó sobre el campamento custodiado solamente por débil reserva. Aníbal observó en seguida que el plan de guerra había cambiado con el general, y que sus enemigos iban á obrar con más audacia que prudencia. Por su parte, cosa casi increíble en él, á pesar de la proximidad del enemigo, envió la tercera parte de su ejército á recoger provisiones, conservando el resto en el campamento; en seguida se acercó á los romanos, y acampó á dos millas de Geronio, en una altura á la vista del enemigo, con objeto de que comprendiese que estaba dispuesto, en caso de ataque, á socorrer á sus merodeadores. Desde allí descubrió otra altura más inmediata á los romanos y que dominaba su campamento. Como era evidente que si trataba de ocuparla en pleno día, el enemigo se le adelantaría por camino más corto, destacó durante la noche algunos númidas que se apoderaron de ella. Pero los romanos, despreciando su corto número, los desalojaron por la mañana y se establecieron allí. Pequeño espacio, casi completamente ocupado por los romanos, separaba á los dos ejércitos: la caballería romana con las tropas ligeras, saliendo por la espalda del campamento, cayó sobre los merodeadores dispersos, matando ó poniendo en fuga á la mayor

parte. Sin embargo, Aníbal no se atrevió á intentar la batalla, teniendo apenas bastante gente para defender el campamento si le atacaban. Estando ausente una parte de su ejército, limitábase á hacer la guerra á la manera de Fabio, y, manteniéndose en inacción casi completa, habíase retirado al campamento que antes estableció al pie de las murallas de Geronio. Algunos historiadores pretenden que se dió allí también una batalla campal, en la cual los cartagineses, rechazados en el primer choque hasta su campamento, con brusca salida produjeron terror en las filas romanas; pero que el combate se restableció por la inesperada llegada del samnita Numerio Décimo; que este varón, el más distinguido por su nacimiento y riquezas, no solamente del Boviano, de donde era natural, sino que también de todo el Samnio, llevando por orden del dictador ocho mil infantes y quinientos jinetes al campamento romano, en el momento en que se presentó á retaguardia de Aníbal, había hecho creer á los dos bandos que llegaba de Roma un refuerzo con Q. Fabio; que Aníbal, temiendo algún lazo, se había retirado á sus parapetos; que los romanos, secundados por los samnitas, le persiguieron, tomándole aquel día dos fortificaciones; que el enemigo perdió seis mil hombres y los romanos cerca de cinco mil; y que á pesar de pérdidas tan equilibradas, se llevó á Roma la noticia de brillante victoria, con una carta jactanciosa del jefe de los caballeros.

Tratábase repetidas veces de este asunto en las asambleas del Senado y del pueblo. Como en medio del regocijo general, solamente el dictador rehusaba creer el rumor público y las cartas de Minucio, diciendo que á pesar de que los hechos fuesen ciertos, temía más una victoria que reveses, Metilio, tribuno del pueblo, exclamó «que no podía soportarse aquella conducta; que no contento el dictador con haber impedido con su

presencia el triunfo de las armas romanas, hasta ausente, se oponía á los que se habian conseguido; que cuidaba de prolongar la guerra, para ocupar más tiempo el cargo, y mandar solo en Roma y en el ejército; por que uno de los cónsules habia perecido en el campo de batalla; el otro, so pretexto de perseguir una flota cartaginesa, se encontraba relegado lejos de Italia; en cuanto á los dos pretores, estaban ocupados en la Sicilia y la Cerdeña, no necesitando pretor ninguna de las dos en aquel momento; que M. Minucio, para que no viese al enemigo, para que no pudiese emprender nada, casi habia sido aprisionado; que de esta manera, ¡por Hércules! no solamente el Samnio, abandonado á los cartagineses, como la España allende el Ebro, sino que también la Campania, el Caleno y el Falerno, habian sido devastados á la vista del dictador, inmóvil en Casilino, y protegiendo sus tierras con las legiones del pueblo romano; que su ejército, ávido por combatir, habia permanecido encerrado en las fortificaciones con el jefe de los caballeros; que se les habia desarmado como á enemigos cautivos; que al fin, viéndose como libertados de un sitio por la marcha del dictador, se habian lanzado al campo para batir y derrotar al enemigo; que en consecuencia de esto, si el pueblo romano hubiese conservado su antiguo valor, no habria temido proponer la abrogación del poder de Fabio; que se limitaría á proponer igual participación en el mando entre el jefe de los caballeros y el dictador; y que Fabio no debía ser enviado de nuevo al ejército, antes de que subrogase un cónsul en el puesto de Flaminio.» El dictador no acudió á las asambleas del pueblo, no siendo el debate en manera alguna popular. En el mismo Senado tampoco se le escuchaba favorablemente: cuando ensalzaba al enemigo, atribuía á la temeridad é ignorancia de los generales los fracasos experimentados en dos años, y decia «que

el jefe de los caballeros tendria que darle cuentas por haber combatido contra su orden; que si conservaba el mando y la dirección de la guerra, demostraria muy pronto que para un buen general la fortuna era poca cosa, que el talento y la prudencia lo dominaban todo; que en aquel momento era más glorioso para él haber salvado el honor del ejército, que haber dado muerte á millares de enemigos.» Después de pronunciar en vano algunos discursos de este género, nombró cónsul á M. Atilio Régulo, y por no tener que discutir su propia autoridad, la vispera misma del día en que habia de presentarse la proposición partió de noche para el ejército. Al amanecer se reunió el pueblo; pero á pesar de que estaban dominados los ánimos por secreta indignación contra el dictador y experimentaban grande benevolencia por el jefe de los caballeros, nadie se atrevia aún á defender públicamente lo que deseaba la multitud, y á pesar de la indignación general, la proposición carecía de defensor. Uno sólo se atrevió á defenderla, C. Terencio Varrón, pretor el año anterior, cuyo nacimiento era no solamente obscuro, sino innoble. Dícese que su padre fué carnicero, vendedor de su misma mercancía, y que habia empleado á su hijo en los serviles detalles de su oficio.

Gracias al caudal que le dejó su padre mediante su tráfico, el joven Varrón, habiendo concebido la esperanza de una posición más honrosa, adoptó la toga y el Foro, y hablando en favor de hombres viles y causas sórdidas en contra de los bienes y fama de personas honradas, consiguió primeramente cierta popularidad y más adelante los honores. Después de desempeñar la cuestura, las dos edilidades, plebeya y curul, y al fin la pretura, como ahora elevaba sus aspiraciones al consulado, consultó con habilidad la corriente del favor popular, declarándose contra el dictador, y él sólo recogió

el mérito del plebiscito. Tanto en Roma como en el ejército, amigos y enemigos, consideraron esta decisión como una afrenta para la dictadura, exceptuando el dictador; quien, con tanta dignidad como había opuesto á la acusación de sus enemigos delante de la multitud, soportó el injusto rigor del pueblo. En el camino recibió el *senatus-consulto* relativo á la división del poder; pero sabiendo bien que no habían igualado el talento como la autoridad, se reunió al ejército con firmeza igualmente invencible para sus conciudadanos como para el enemigo. En cuanto á Minucio, á quien el triunfo y el favor popular hacían completamente insupportable, prescindiendo ahora de toda moderación y mesura, no se mostraba menos orgulloso por haber vencido á Fabio que á Aníbal. «Ved aquí, decía, á ese hombre, el único recurso de Roma en peligro, el único campeón digno de Aníbal: vedlo ahí, cosa sin ejemplo en nuestros anales, igualado con su inferior, con su jefe de los caballeros, por un decreto del pueblo, en esa misma ciudad donde los jefes de los caballeros temblaban ante las varas y el hacha del dictador. En esto consistía el brillante efecto de su fortuna y valor; seguiría, pues, su fortuna, si el dictador se obstinaba en aquella molicie y vacilación, condenadas á la vez por los hombres y los dioses.» Así, pues, el primer día que se encontró en presencia de Fabio, le dijo: «Que era necesario arreglar ante todo el uso que harían del poder repartido entre ellos. Que por su parte pensaba que lo mejor sería tomar alternativamente el mando en jefe, en días alternos ó á plazo más largo, si así lo prefería, con objeto de encontrarse siempre iguales al enemigo en poder y fuerzas, si se presentaba buena ocasión para atacarle.» No convino á Fabio este arreglo, pensando que «todo lo que se entregase á la temeridad de su colega, quedaría á merced de la fortuna; que les habían

dado el poder en común, pero que no se le había despojado completamente de él. No renunciaría jamás á su parte de autoridad en la dirección de la guerra; no compartiría con su colega la duración y los días de mando sino el ejército; con objeto de salvar con su prudencia, si no todo, porque se lo impedirían, al menos lo que pudiese.» Así, pues, consiguió que repartiesen entre ellos las legiones, como los cónsules: la primera y la cuarta tocaron á Minucio; la segunda y la tercera á Fabio. De la misma manera y en número igual repartieron la caballería y los auxiliares, tanto aliados como latinos: el jefe de los caballeros quiso también tener un campamento separado.

Doble regocijo produjo esto á Aníbal, porque no ignoraba nada de lo que pasaba entre sus enemigos, gracias á las noticias de los desertores y de sus espías. Lisonjébase, en efecto, de coger en sus redes la temeridad, libre ahora de Minucio; y en cuanto á la habilidad de Fabio, la veía privada de la mitad de sus fuerzas. Entre el campamento de Minucio y el de los cartagineses alzábase una eminencia que evidentemente debía asegurar al bando que la ocupase gran ventaja de posición. Menos deseoso estaba Aníbal de ocuparla sin combate, aunque la ventaja lo merecía, que de aprovechar la ocasión de venir á las manos con Minucio, de quien estaba seguro acudiría á su encuentro. Al primer aspecto, el terreno intermediario no ofrecía facilidad alguna para una emboscada, porque por ninguna parte había bosques ni matorrales; pero era tanto más á propósito para ocultar una emboscada, cuanto que en un valle completamente descubierto, había desigualdades y cuevas capaces algunas de ocultar doscientos hombres armados. En estas cavernas se escondieron cinco mil hombres de infantería y caballería, distribuidos según los que cada una podía contener. Por temor de que algún movimiento

imprudente ó el ruido de las armas revelasen la astucia en aquel valle descubierta, al amanecer envió un destacamento para que se apoderase de la mencionada altura, distraiendo así la atención del enemigo. En el primer momento despreciaron aquel grupo de soldados, y cada cual pedía el favor de arrojarles y ocupar su puesto. El mismo general, en medio de los más atrevidos y más presuntuosos, gritó ¡a las armas!, lanzando contra el enemigo ridículas bravatas y vanas amenazas. Al principio destacó sus tropas ligeras y en seguida su caballería en columna cerrada; viendo al fin que el enemigo recibía también refuerzos, avanzó él mismo con sus legiones formadas en batalla. Aníbal, por su parte, enviando sin cesar en socorro de los suyos, á medida que el combate se empeñaba, nuevos cuerpos de infantería y caballería, había completado su ejército; de manera que por una y otra parte se combatía con todas las fuerzas. La infantería ligera de los romanos que escalaba una altura cuya parte superior ocupaba el enemigo, fué rechazada y derribada sobre la caballería, que subía detrás y se refugió bajo las enseñas de las legiones. Estas solamente permanecían inquebrantables en medio del desorden; y parecía que si el combate era regular y leal, no cederían la victoria: tanto excitaba su valor el triunfo conseguido pocos días antes. Pero saliendo de pronto el enemigo de su emboscada, y atacando á la vez los flancos y la retaguardia de los romanos, produjeron en sus filas tanta confusión y espanto, que ninguno conservó ni valor para defenderse ni esperanza de huir.

Entonces Fabio, á los primeros gritos de espanto que oyó y al contemplar el ejército en derrota, dijo: «He ahí lo que había previsto; la fortuna ha sorprendido la temeridad, pero no tan de prisa como temía. El hombre que han igualado con Fabio, ha encontrado en Aníbal un maestro afortunado y valiente. Pero no es este mo-

mento de quejas y reconvenções: soldados, salid de las fortificaciones arranquemos la victoria al enemigo y á nuestros conciudadanos la confesión de su falta.» Mientras las gentes de Minucio sucumbían en gran número, ó no pensaban más que en huir, apareció de pronto Fabio, como llegando del cielo para socorrerlos. Antes de que se encontrase á tiro de venablo y pudiese trabar combate, detuvo la precipitada fuga de los romanos y el encarnizamiento del enemigo. Los que huían á la desbandada se reunieron al ejército que marchaba en buen orden: los que se retiraban en grupos, volvieron caras, y formándose en círculo, comenzaron en tanto á retroceder lentamente, en tanto á detenerse, haciendo frente por todos lados. Las tropas vencidas y las de refresco no formaban ya más que un solo cuerpo y se dirigían juntas hacia el enemigo, cuando Aníbal mandó tocar retirada, proclamando en voz alta que había vencido á Minucio y que Fabio le había vencido. Estas vicisitudes de la fortuna ocuparon la mayor parte del día. Cuando volvieron al campamento, reuniendo Minucio á sus soldados, dijo: «Soldados, frecuentemente he oído decir que es el hombre más hábil el que sabe adoptar el partido más conveniente; que el segundo grado del mérito consiste en seguir los buenos consejos; pero que el que no sabe ni obrar por sí mismo ni obedecer á otro, era talento ínfimo. Puesto que la suerte me ha negado el primer puesto en talento y en genio, sepa yo al menos conservar el segundo; y mientras aprendo á mandar, me resigno á obedecer á otro más prudente que yo. Reunamos nuestro campamento con el de Fabio; llevemos nuestras enseñas delante de su tienda. Allí, cuando le haya llamado padre, título que tanto merece por sus beneficios y su dignidad, vosotros, soldados, saludad con el nombre de patronos á aquellos valientes cuyos brazos y cuyas armas acaban

de salvaros. Y que á falta de otra gloria, que este día nos asegure al menos la de la gratitud.»

Dada la señal, mándase recoger los bagajes, partiendo en seguida y caminando en buen orden hacia el campamento del dictador, llenando de estupor á Fabio y á cuantos le rodeaban. En cuanto fueron colocadas las enseñas delante del tribunal, saliendo de las filas el jefe de los caballeros, llamó padre á Fabio y los soldados saludaron con el nombre de patronos á los del dictador formados en derredor de su jefe. En seguida dijo: «Fabio, mis padres, á quienes acabo de igualarte dándote el mismo nombre, que al menos me permite hablarte como hijo, no me dieron más que la vida: á ti te debo mi salvación y la de estos valientes. Por esta razón rechazo y abrogo espontáneamente ese plebiscito que ha sido para mí antes carga que honor. ¡Y ojalá que mi resolución sea tan dichosa para ti como para mí, para el ejército salvado como para el ejército libertador! Vuelvo bajo tu mando y bajo tus auspicios, y te restituyo esas enseñas y esas legiones. Ruégote que perdones y mantengas al jefe de los caballeros y á sus compañeros cada uno en su grado.» Estrecháronse por ambas partes las manos, y habiendo disuelto la reunión, los soldados de Fabio invitaron á los de Minucio, conocidos y desconocidos, tratándoles con generosa hospitalidad, de suerte que aquel día, antes tan triste y casi nefasto, concluyó por ser de regocijo. En cuanto llegó la noticia á Roma, confirmada doblemente por las cartas de los generales y de los soldados de los dos ejércitos, todos ensalzaron á Máximo. Iguales alabanzas le tributaban Anibal y los cartagineses, que comprendían al fin que tenían que hacer la guerra con los romanos y en Italia. Porque durante los dos años anteriores habían concebido tanto desprecio por los generales y soldados romanos, que apenas creían tener que habérselas con aquella misma

nación de la que tan terrible idea le habían dejado sus padres. Refiérese también que dijo Anibal, al volver del combate, «que aquella nube que por tanto tiempo había permanecido sobre las montañas, acababa al fin de formar la tempestad.»

Mientras tenían lugar en Italia estos sucesos, el cónsul Cn. Servilio Gemino, después de costear con una flota de ciento veinte naves las islas de Cerdeña y de Córcega, y de haber recogido rehenes, se dirigió á Africa. Pero antes de intentar ningún desembarque en el continente, devastó la isla Menix é hizo que los habitantes de Cercina le diesen diez talentos de plata por no entregar sus tierras al incendio y saqueo. En seguida abordó á las costas de Africa, donde desembarcó sus tropas. Habiéndose desparramado aquí y allá soldados y marineros para saquear, como si se encontrasen en islas desiertas, dieron ciegamente en una emboscada: dispersos y sin conocer el terreno, en un momento quedaron envueltos por numerosos enemigos conedores del país, que les llevaron vergonzosamente hacia sus naves, matándoles más de mil gente. Cerca de mil hombres sucumbieron, entre los que se encontraba el cuestor Sempronio Bleso. La flota se alejó precipitadamente de aquella orilla poblada de enemigos, dirigióse á Sicilia y fué entregada en Lilibeá al pretor T. Otacilio, para que su legado P. Sura la llevase á Roma. El mismo cónsul, atravesando por tierra la Sicilia, pasó á Italia por el estrecho, en virtud de una carta de Fabio que le llamaba, como también á su colega M. Atilio, para entregarles el ejército, estando para terminar los seis meses de su dictadura. Casi todos los anales dan á Fabio el título de dictador en la guerra contra Anibal. Celio dice además que fué el primer dictador creado por el pueblo. Pero Celio y los demás olvidan que el cónsul Cn. Servilio, que se encontraba entonces en la provincia de la Caria,

era el único que tenía derecho para nombrar dictador, y que la ciudad, demasiado aterrada por la última derrota para resignarse á largo retraso, recurrió á la creación de un prodictador por el pueblo. Después, las hermosas hazañas, la brillante gloria de aquel hombre y la posteridad que enalteció su nombre con título más honroso, han hecho prevalecer fácilmente el nombre de dictador.

Los cónsules M. Atilio y Geminio Servilio, habiendo tomado el primero el ejército de Fabio y el segundo el de Minucio, se fortificaron desde muy temprano en sus cuarteles de invierno (encontrábanse en fines de otoño) é hicieron constantemente la guerra con perfecto acuerdo, según el sistema de Fabio. Cuando Aníbal marchaba á hacer provisiones, presentábanse oportunamente en varios puntos para hostigar su marcha y sorprender á los que se separaban, evitando cuidadosamente un combate general que el enemigo buscaba por todos los medios posibles. De esta manera quedó reducido Aníbal á tal escasez que, si no hubiese temido que su retirada pareciese fuga, habría retrocedido á la Galia, teniendo perdida la esperanza de alimentar sus tropas en aquel país, si los cónsules continuaban haciendo la guerra de la misma manera. Mientras el invierno tenía suspendida la guerra cerca de Geronio, llegaron á Roma legados de Nápoles, presentando al Senado cuarenta copas de oro de considerable peso, y expresándose, sobre poco más ó menos, en estos términos: «Sabían que la guerra agotaba el tesoro del pueblo romano, y como esta guerra se hacía tanto por las ciudades y las tierras de los aliados como por Roma y el imperio, había parecido justo á los napolitanos sacrificar todo el oro que les habían dejado sus antepasados, bien para adorno de los templos, bien como recurso permanente, para ayudar al pueblo romano. También ofrecían sus

personas si las creían de alguna utilidad. El Senado y el pueblo romano les favorecerían mucho si se dignaban considerar como suyo todo lo que poseían los napolitanos, y si aceptaban un don que tenía más mérito por la buena voluntad de los que lo ofrecían que por su propio valor.» Dióse gracias á los legados por su generosidad y cuidado, y solamente se aceptó la copa más ligera.

En estos mismos días se descubrió en Roma un espía cartaginés, que había estado oculto allí dos años, y cortándole las manos, lo expulsaron. Por haber conspirado en el campo de Marte, fueron crucificados veinticinco esclavos: el denunciador recibió la libertad y veinte mil ases. Enviáronse legados á Filipo, rey de Macedonia, para reclamar á Demetrio de Faros (1), que después de su derrota se había refugiado en los estados de este príncipe; otros á los ligurios, para pedirles cuenta de los socorros que habían suministrado á los cartagineses en hombres y en provisiones, y al mismo tiempo para observar de cerca lo que pasaba entre los boyos é insubrios. Envióse también otra legación á Pineo, rey de Iliria (2), para reclamar el pago del tributo, cuyo plazo

(1) Demetrio de Faros, gobernador de Corcira y jefe de las tropas de Tenta, esposa de Agrón, rey de Iliria, después de cuya muerte gobernó en calidad de tutora de Pineo, hijo de Agrón é hijastro suyo. Durante la guerra que los romanos hicieron á Teuta, Demetrio abandonó el partido de ésta por el de los romanos, á quienes abandonó en seguida por Tenta. Cuando abdicó ésta, tomó la tutela de Pineo y gobernó la Iliria en unión de Scerdilaídas, hermano de Agrón y tío del rey menor. Habiéndole declarado la guerra los romanos, fué vencido por L. Emilio Paulo, y se refugió al lado de Filipo de Macedonia, hijo de Demetrio, nieto de Antigono Gonatas y padre de Perseo.

(2) Pineo, rey de Iliria, hijastro de Tenta, hijo de Agrón y nieto de Pleurato. El tributo de que aquí se habla es el que se impuso á Teuta, entre las condiciones de la paz que le concedieron los romanos. Además de este tributo anual, abandonó

había vencido, ó si quería aplazamiento, tomar rehenes de esta manera los romanos, hasta en medio de la formidable guerra que tenían á sus puertas, sabían atender á los negocios de todos los países, hasta los más lejanos. Experimentóse también cierto escrúpulo religioso porque no se había adjudicado aún un templo que el pretor L. Manlio había ofrecido elevar á la Concordia, en una sedición militar ocurrida en la Galia dos años antes. En consecuencia de esto, los decenviros creados por el pretor M. Emilio, Cn. Pupio y K. Quincio Flaminio, encargaron á contratistas que construyesen aquel templo en la fortaleza. El mismo pretor, en conformidad con un senatus-consulta, escribió á los cónsules que si lo creían oportuno viniese á Roma uno de ellos para la creación de cónsules, y que convocaría los comicios para el día que designasen. A este aviso contestaron los cónsules «que no podían alejarse del enemigo sin peligro para la república; que era necesario por tanto, celebrase los comicios un inter-rey, más bien que llamar á uno de ellos.» A los senadores pareció más conveniente hacer que un cónsul nombrase para estas funciones un dictador, siendo nombrado L. Veturio Filo, que eligió para jefe de los caballeros á Manio Pomponio Matho; pero considerándose irregulares estas elecciones, los nombrados tuvieron que abdicar á los catorce días y se volvió á los interregnos.

Prorrogóse por un año la autoridad de los cónsules, y los inter-reyes que nombró el Senado fueron C. Claudio Centho, hijo de Apio, y después P. Cornelio Asina. Bajo el interregno de este último, se celebraron los comicios, siendo muy agitados con violentos debates entre el Se-

á los romanos la mayor parte de la Iliria, y no podía navegar más allá de Lisso con más de dos naves pequeñas y desarmadas.

nado y el pueblo. C. Terencio Varrón, á quien se empeñaba el pueblo en elevar al consulado, porque pertenecía á su orden, había ganado el favor de la multitud por sus ataques contra los grandes y sus intrigas populares y cuyo odio habían revelado los golpes lanzados en otro tiempo contra el poder y la dictadura de Fabio, era vigorosamente rechazado por los senadores, que temían se acostumbraesen hombres oscuros á elevarse hasta ellos atacando su orden. Q. Bebio Herenio, tribuno del pueblo, pariente de C. Terencio, acusaba no solamente al Senado, sino también á los augures, de haber impedido al dictador celebrar los comicios; y por la ira que concitaba contra ellos, captaba para su candidato el favor público. «Los nobles, que desde muchos años buscaban una guerra, habían atraído á Aníbal á Italia; y ahora prolongaban pérfidamente esta guerra que les era fácil terminar. Claramente se había visto que podían librar batalla con las cuatro legiones romanas reunidas, por el triunfo que consiguió Minucio en ausencia del dictador. Dos legiones habían sido entregadas á la espada del enemigo y salvadas en seguida de la matanza, para dar el título de padre y patrón al que había impedido á los romanos que venciesen antes de libertarles de la derrota. Los cónsules en seguida, cuando podían combatir, habían prolongado la guerra por las maquinaciones de Fabio. Esto era un pacto celebrado entre todos los nobles, y la guerra no concluiría hasta que se eligiese un cónsul verdaderamente plebeyo, es decir, un hombre nuevo; porque los plebeyos ennoblecidos estaban iniciados en los mismos misterios, y despreciaban á la plebe, desde que no les despreciaban los senadores. ¿Quién no veía que por sus movimientos é intrigas habían traído un interregno, para poner los comicios á discreción del Senado? Esto era lo que habían buscado los cónsules permaneciendo los dos en el ejército. Y

como á pesar suyo se había nombrado un dictador para los comicios, habían arrancado una declaración de los augures contra la regularidad de aquel nombramiento. Habían logrado, por consiguiente, un interregno. Pero el pueblo era al menos dueño de un consulado, y sabría disponer libremente de él y concederlo á un ciudadano más celoso de vencer francamente que de conservar por mucho tiempo el poder.

Como estos discursos habían enardecido al pueblo, á pesar de la concurrencia de tres patricios, P. Cornelio Merenda, L. Manlio Vulso, M. Emilio Lépido, y de dos nobles de familia plebeya, C. Atilio Serrano y E. Elío Peto, de los que el uno era pontífice y el otro augur, nombróse cónsul solamente á C. Terencio con objeto de que tuviese en su mano los comicios que debían celebrarse para la creación de su colega. Habiendo experimentado la nobleza la poca influencia de sus candidatos, decidió á L. Paulo Emilio á que se presentase, después de prolongada resistencia de su parte; porque este noble ciudadano, que había sido cónsul con M. Livio, había conservado profundo resentimiento por la condenación de su colega y por el peligro que él mismo había corrido (1). En los comicios siguientes, habiendo desistido los competidores, de Varrón dióse éste por antagonista al cónsul, más bien que por colega. Procedióse en seguida al nombramiento de pretores, siendo elegidos Manio Pomponio Matho y P. Furio Filo. La suerte dió á Pomponio la jurisdicción de los ciudadanos roma-

(1) Este colega fué M. Livio Salinátor, quien, después de su consulado, fué condenado por el pueblo por no haber repartido por igual el botín entre los soldados. Parece que Paulo Emilio fué comprendido en la misma acusación y que le costó mucho trabajo escapar de la pena (*ambustus evaserat*). Decíase *ambustus* del herido por el rayo, y los antiguos llamaban á la condenación ó destierro *fulmen*, rayo.

nos (1), y la de los extranjeros á Furio Filo. Creáronse

(1) Al principio fué general el nombre de pretor para todos los magistrados, *is qui pravit jure et exercitu*. Por esta razón se llamaba al dictador *prator maximus*. Pero como ocupados los cónsules en guerras continuas no podían acudir á la administración de justicia, hizo de esta función una magistratura distinta, el año de Roma 389, tomando especialmente el título de pretor aquel á quien se confiaba. Al principio se reservaron los patricios esta magistratura, como recompensa de la admisión de los plebeyos al consulado; pero en el año 418 tuvieron que admitir también para ella á los plebeyos.

Un pretor solo no podía atender á los numerosos negocios ocasionados por la multitud de extranjeros que de todas partes afluan á Roma, por lo que, hacia el año 310 se le dió un colega, *qui inter cives romanos et peregrinos jus diceret*; frase que ordinariamente se entiende en el sentido de que las funciones de este pretor eran aplicables cuando una de las partes era un romano y la otra un extranjero: entendiéndose otros que significa que el pretor administraba justicia, fuesen ó no romanos los contendientes. Decidíase por sorteo la jurisdicción asignada á cada uno de los pretores elegidos. Llamábase *prator peregrinus* al que administraba justicia á los extranjeros, y por oposición se dió al otro el nombre de *prator urbanus*. Teníanse por más nobles las funciones de éste, y de aquí la frase *prator honoratus*. Sabido es que el pretor urbano, al entrar en funciones publicaba un edicto ó exposición de las reglas que se proponía observar en la administración de justicia durante el año, y que de aquí nació aquel derecho honorario, *jus honorarium*, que tanta influencia tuvo en la legislación romana. Creen algunos que las funciones del pretor urbano consistían en publicar un edicto anual y que el *prator peregrinus* administraba justicia, en tanto en conformidad con el edicto, en tanto según las leyes de la nación extranjera á que pertenecían las partes y hasta según el derecho natural; pero los autores hablan también de edictos del *prator peregrinus*, y parece que en ciertos casos se podía apelar á su tribunal de las disposiciones del pretor urbano. Sin embargo, parece también que no tenía lo que se llamaba las acciones de la ley, *legis actiones*, que no se podía pedir en justicia ante él legalmente y en conformidad con el derecho civil. Entre los dos pretores existía otra diferencia; la de que los extranjeros no podían demandar en justicia ante el pretor urbano, teniendo este derecho los ciudadanos solamente.

otros dos pretores (1), M. Claudio Marcelo para la Sicilia y L. Postumio Albino para la Galia. Todos estaban ausentes al ser nombrados; y exceptuando Terencio, habíanse concedido las dignidades á hombres que ya las habían tenido y hasta se había apartado á algunos ciudadanos valerosos y enérgicos, porque en aquellas circunstancias no se creía que debían nombrarse magistrados inexpertos.

Aumentáronse también los ejércitos. En cuanto al número del aumento en peones y jinetes, los autores varían de tal manera en cuanto á la cantidad y género de tropas, que nada podría asegurar positivamente. Dicen unos que se reclutaron diez mil soldados para refuerzo; otros, cuatro legiones nuevas, para que los cónsules tuviesen ocho legiones á sus órdenes; según algunos, aumentáronse también las legiones con mil peones y cien jinetes cada una, elevándolas de este modo á cinco mil hombres de á pie y trescientos caballos. Los aliados tuvieron que suministrar el doble de caballos é igual número de infantes; de manera que los romanos debieron tener ochenta y siete mil doscientos combatientes en la batalla de Cannas. Lo que se reconoce unánimemente es que se desplegaron más celo y mayores esfuerzos que en los años anteriores, habiendo dado el dictador la esperanza de vencer al enemigo. Por lo demás, antes de que las legiones nuevas saliesen de Roma, recibieron orden los decenviros de consultar los libros

(1) Mientras el imperio romano estuvo reducido á Italia, solamente hubo dos pretores. Después se crearon otros dos para gobernar la Sicilia y la Cerdeña, cuando estas dos islas pasaron á ser provincias romanas, en el año de Roma 506. Algo más adelante, la conquista de las Españas, ulterior y citerior, hizo crear otros pretores. De estos seis magistrados, solamente dos permanecían en Roma; los otros, inmediatamente que eran reconocidos, marchaban á sus provincias, que se repartían, lo mismo que los cónsules, por sorteo ó voluntariamente.

sagrados, á causa de nuevos prodigios que aterraban á la multitud. Decíase que en Roma, sobre el Aventino y en la villa de Aricia, habían llovido piedras casi al mismo tiempo: en el país de los sabinos se vió sudar sangre las estatuas y brotar agua caliente de una fuente. Otro accidente muy repetido alarmaba todavía más. En la calle Fornicata habían caído muertas algunas personas por el rayo. Expiáronse estos prodigios según las prescripciones de los libros sagrados. Legados de Pestum llevaron á Roma copas de oro: dióseles gracias como á los napolitanos, pero se rehusó el oro.

Por aquellos mismos días entró en el puerto de Ostia una flota del rey Hierón cargada de provisiones. Los legados siracusanos, presentados en el Senado, dijeron: «Que la noticia de la muerte del cónsul Flaminio y el desastre de su ejército habían causado más profunda pena á Hierón que si le hubiese ocurrido una desgracia en su propia persona ó á su reino. Así, pues, aunque sabía muy bien que la grandeza de ánimo del pueblo romano era más admirable en la adversa fortuna que en la favorable, le enviaba sin embargo todos los recursos que pueden prestar en la guerra buenos y fieles aliados, y suplicaba á los padres conscriptos que no los rechazasen. En primer lugar traían, como presente de buen agüero, una Victoria de oro de trescientas veinte libras de peso, con la súplica de que la aceptasen y la conservasen perpetuamente. Sus naves habían traído además cien mil modios de trigo y doscientos mil de cebada para que no careciesen de víveres, y llevarían tanto como necesitase al punto que les designaran. Sabía Hierón que el pueblo romano no admitía en su caballería é infantería más que romanos y latinos; pero había visto en sus campamentos tropas ligeras compuestas de extranjeros. Por esta razón enviaba mil sagitarios y honderos, excelentes para oponerles á los baleares, á los moros y á los

demás combatientes que pelean de lejos.» A estos dones añadía el consejo «de enviar al Africa con una flota al pretor á quien tocase en suerte la Sicilia, con objeto de que el enemigo, teniendo también la guerra en su territorio, experimentase más dificultad para enviar socorros á Anibal.» El Senado contestó que «Hierón era generoso y noble aliado; que desde que ajustó amistad con el pueblo romano, había permanecido constantemente fiel y en todo tiempo y lugar había ayudado á la república espléndidamente. El pueblo romano le tributaba todo el agradecimiento que debía tributarle; que otras ciudades le habían ofrecido oro; que había agradecido el ofrecimiento, pero rechazado el donativo. Que aceptarían la Victoria y el presagio: que colocarían aquella diosa en el Capitolio, en el templo de Júpiter Óptimo Máximo: instalada en aquella fortaleza sagrada, allí sería sin duda favorable á todos y propicia al pueblo romano.» Entregáronse á los cónsules los sagitarios, honderos y el trigo: añadiéronse veinticinco quinqueremes á la flota que el propretor T. Otacilio mandaba en Sicilia, y se le permitió pasar al Africa, si le parecía conveniente para la república.

Hechas las levas, los cónsules esperaron durante algunos días la llegada de los auxiliares latinos. Entonces los tribunos militares, cosa que no se había exigido nunca hicieron jurar á los soldados que acudirían á las órdenes de los cónsules y que no se alejarían jamás sin licencia. Antes solamente existía compromiso solemne; cuando formaban por decurias ó centurias, los jinetes y los infantes en sus decurias ó centurias juraban juntos y espontáneamente no huir ni temer y no abandonar su puesto sino para tomar ó recoger un arma, herir á un enemigo ó salvar un ciudadano: este pacto voluntario se convirtió en juramento legal, prestado en manos de los tribunos. Antes de salir de Roma,

pronunció Varrón delante del pueblo muchas arengas arrogantes, en las que decía muy alto «que los nobles habían atraído la guerra á Italia, que permanecería adherida á las entrañas de la república, si se tenían generales de la condición de Fabio; pero que él la pondría fin el primer día que viese al enemigo.» Su colega Paulo Emilio solamente habló una vez, la víspera de su marcha, siendo su oración más sincera que agradable al pueblo. Sin embargo, sin pronunciar ni una palabra hostil contra Varrón, solamente mostró extrañeza de «que un general, antes de conocer su ejército, el del enemigo, la situación del terreno, la naturaleza del país, pudiese saber en el Foro lo que haría en el ejército, y hasta predecir el día en que libraría la batalla. Por su parte, sabiendo que las circunstancias imperan en los destinos de los hombres más que los hombres en las circunstancias, no tomaría de antemano ninguna resolución. Mucho deseaba que las operaciones, dirigidas con prudencia y tino, consiguieran buen éxito; pero que la temeridad, además de ser insensata, había sido desgraciada hasta entonces.» Esto demostraba que Paulo Emilio estaba decidido á seguir los partidos seguros con preferencia á los rápidos. Sin embargo, para fortalecerle en sus buenos propósitos, Q. Fabio, en el momento de su partida, según se dice, le dirigió este discurso:

«Si tu colega, como yo desearía, se te pareciese, Paulo Emilio, ó tú fueses semejante á él, ociosas serían mis palabras; porque sin mis consejos, dos buenos cónsules servirían los intereses de la república con pleno conocimiento, y dos malos cerrarían los oídos y sus inteligencias á mis discursos. Pero viendo lo que es tu colega y lo que tú eres, me dirigiré á ti porque preveo que tu mérito y patriotismo serán inútiles, si por otro lado se compromete á la república. Los buenos y malos propó-

sitos tendrán iguales derechos y el mismo poder. Mucho te engañarías, Paulo Emilio, si creyeras que has de tener que luchar menos contra Varrón que contra Anibal: ni siquiera sé si tu antagonista no será más temible para ti que el enemigo. Con éste solamente tendrás que habértelas en el campo de batalla; con aquél, en todo tiempo y lugar. Contra Anibal y sus legiones tendrás tu infantería y tu caballería; Varrón te atacará con tus propios soldados. No busco un presagio en el recuerdo de Flamínio; sin embargo, hasta después de haber sido nombrado cónsul no mostró su extravagancia en las provincias y el ejército, y éste antes de pedir el consulado, al pedirlo y ahora que es cónsul, antes de ir al enemigo y de ver el campamento, hace locuras. Ahora bien: ese hombre que tantas tempestades promueve entre los ciudadanos, hablando muy recio de combates y batallas, ¿qué no hará en medio de una juventud armada, allí donde el efecto sigue inmediatamente á la palabra? Pues bien: si como dice, viene á las manos en el acto, ó no conozco el arte militar, la naturaleza de esta guerra y al enemigo, ó muy pronto habrá otro paraje más célebre que Trasimeno por nuestras desgracias. No debo yo gloriarme delante de ti solo, y además, he mostrado más desprecio que entusiasmo por la gloria. Pero el caso es así: el único método de hacer la guerra contra Anibal es el que yo he seguido. Y esto no lo demuestran solamente los resultados (maestros de las gentes poco inteligentes), sino que también la razón, que fué y será siempre inmutable, mientras que no cambien las cosas. Hacemos la guerra en Italia, en nuestro suelo, en nuestros hogares; estamos rodeados de conciudadanos y de aliados que nos ayudan y ayudarán con armas, hombres, caballos y víveres, prenda de fidelidad que nos han dado ya en nuestros reveses. Cada día nos hace mejores, más prudentes y más fuer-

tes. Anibal, por el contrario, se encuentra en territorio extranjero, enemigo, donde todo está armado, conjurado contra él; lejos de sus hogares, de su patria, no goza de paz en tierra ni en el mar. No tiene una ciudad, una fortaleza donde albergarse. En ninguna parte ve nada que le pertenezca y vive del pillaje diario. Apenas le queda la tercera parte del ejército con que pasó el Ebro. El hambre le ha matado más soldados que el hierro, y ya no puede alimentar los pocos que le quedan. ¿Dudas que, ganando tiempo, no terminemos con un enemigo que se debilita de día en día y que no tiene convoyes ni refuerzos ni dinero? ¿Cuánto tiempo está ya detenido delante de Geronio, miserable castillo de la Apulia, como si se encontrase delante de las murallas de Cartago? Pero no quiero vanagloriarme delante de ti. Considera cómo los últimos cónsules Cn. Seryilio y Atilio se han burlado de él. Ese es el único camino de salvación, Paulo Emilio; pero tus conciudadanos te lo harán más difícil y más escabroso que tus enemigos. Porque tus soldados querrán lo mismo que los soldados enemigos, y Varrón no deseará otra cosa que Anibal, el general cartaginés. Tú solo tendrás que resistir á dos generales, y les resistirás, si permaneces inquebrantable ante la opinión y rumores de la multitud, si no te domina ni la vanagloria de tu colega ni tu pretendida deshonra. Dícese que frecuentemente se somete á dura prueba la verdad, pero jamás se extingue. El desprecio de la gloria hace conseguir la verdadera. Deja que califiquen de timidez tu prudencia, de lentitud tu circunspección, de cobardía tu habilidad; más vale el temor de un enemigo sabio que el elogio de ciudadanos insensatos. Si eres audaz, Anibal te despreciará; pero te tendrá miedo si no eres temerario. No te aconsejo yo la inacción, pero quiero que en tus empresas te guíes por la razón y no por la fortuna. Muéstrate siempre dueño de

los acontecimientos; permanece armado, vigilante; no pierdas ocasión, no dejes ninguna al enemigo. No precipites nada; todo se presentará claro y seguro; la precipitación es imprevisora y ciega.»

La contestación del cónsul no fué tranquilizadora, porque creía prudentes los consejos de Fabio, pero muy difíciles de seguir. «Si un dictador había encontrado tanta oposición en un jefe de los caballeros, ¿qué autoridad, qué fuerza tendría un cónsul contra un colega temerario y sedicioso? Semiquemado había podido escapar de un incendio popular en su primer consulado. Deseaba que la campaña tuviese feliz resultado; pero si ocurría alguna desgracia, prefería entregar la cabeza á los golpes del enemigo que á los votos de una multitud irritada.» Dícese que, después de esta conversación, Paulo Emilio partió, acompañado hasta las puertas de la ciudad por los senadores más distinguidos. Al cónsul plebeyo le acompañó la multitud de sus adictos, cortejo más numeroso que distinguido. Cuando llegaron al campamento, después de reunir los ejércitos antiguo y moderno, y de formar dos campamentos, de modo que el nuevo, que era más pequeño, se encontrase más inmediato á Aníbal, encerrando el antiguo la parte del ejército mejor y más fuerte, enviaron á Roma á M. Atilio, cónsul del año anterior, que se excusó por su avanzada edad y pusieron á su colega, Gemino Servilio, en el campamento pequeño, á la cabeza de una legión romana y de dos mil hombres de tropas aliadas de infantería y caballería. Aunque Aníbal vió aumentadas las tropas romanas en una mitad, no por esto dejó de alegrarle mucho la llegada de los cónsules; porque no solamente había agotado todas las provisiones que saqueaba diariamente, sino que carecía de medio de revituallarse, porque desde que los campos no estaban seguros, habían transportado el trigo á las plazas fuer-

tes, de manera que apenas le quedaba grano para diez días, como se supo después, y la penuria iba á producir la desertión de los españoles, si hubiesen dejado madurar las circunstancias.

Por lo demás, la fortuna hostigó la temeridad de Varrón y su impetuosa fogosidad, por consecuencia de un combate tumultuoso con los merodeadores de Aníbal, trabado más bien por el arrebato de sus soldados que por premeditado designio ó por orden de los generales, y en el que los cartagineses tuvieron considerable desventaja, porque les mataron cerca de mil setecientos hombres, mientras que los romanos y sus aliados no perdieron más que ciento. Pero como los vencedores se entregaban desordenadamente á la persecución del enemigo, Paulo Emilio, que mandaba aquel día (porque lo hacían alternativamente) les contuvo, por temor á las emboscadas, con profundo despecho de Varrón, que gritaba se dejaba escapar al enemigo de sus manos, y que se hubiese podido terminar la guerra de haber continuado. No impresionó mucho á Aníbal este descalabro, considerándolo más bien como cebo para la temeridad de Varrón y de sus soldados, cuya mayor parte eran bisoños, porque conocía los asuntos del enemigo como los suyos propios. Sabía que era muy diferente el carácter de los dos cónsules, que discutían siempre y que las dos terceras partes del ejército las formaban los bisoños. Creyendo, pues, haber encontrado momento y terreno favorable para una emboscada, parte con sus soldados, que solamente llevaban las armas, abandonando en el campamento todos los bienes del ejército y del soldado, y les oculta detrás de las montañas inmediatas, la infantería á la izquierda, la caballería á la derecha y hace marchar los bagajes por el valle que se encontraba en medio, con objeto de abrumar al enemigo, mientras estuviese ocupado y embarazado

con el saqueo del campamento que parecería abandonado por sus aterrados dueños. Dejó sin embargo muchas hogueras, para hacer creer que había querido retener á los cónsules en su posición, mientras conseguía alejarse por medio de aquel simulacro de campamento, que el año anterior engañó á Fabio.

En cuanto amaneció, los romanos quedaron muy asombrados, primeramente por la falta de guardias, y en seguida, acercándose más, por el profundo silencio que reinaba en todas partes. Quedando entonces reconocido el abandono del campamento, corrieron á los pretorios de los cónsules para anunciarles que los enemigos habían huído con tanta precipitación, que habían dejado clavadas las tiendas y muchas hogueras encendidas para ocultar su fuga. Alzóse en seguida un grito general; los soldados quieren que se dé la señal de marcha, que les lleven en persecución del enemigo, y ante todo al saqueo del campamento. Varrón se agitaba como el último de los soldados: Paulo Emilio repetía sin cesar que era indispensable tener prudencia y mantenerse alerta; pero no pudiendo al fin hacer frente á la sedición y á su jefe, mandó á la descubierta al prefecto Mario Statilio con una turma de lucanos. Llegando éste á las puertas del campamento, detuvo sus tropas en el exterior, penetró él mismo en el recinto con dos jinetes, y después de reconocerlo todo cuidadosamente, marchó diciendo que sin duda alguna les tendían un lazo: que las hogueras las habían dejado en la parte del campamento que miraba al enemigo; que las tiendas estaban abiertas, todos los objetos preciosos puestos á la vista, que había encontrado plata sembrada en algunos trechos del camino, como cebo para el pillaje. Estas noticias, dadas para contener la avidez, no hicieron otra cosa que aumentarla; y habiendo comenzado á gritar los soldados «que si no daban la señal, marcharían sin

jefes», no les faltó jefe, porque en el acto mandó dar Varrón la señal de marcha. Pero habiendo confirmado la oposición de Paulo Emilio el auspicio de las gallinas sagradas, lo hizo anunciar á su colega en el momento en que las enseñas salían del campamento. Aunque contrarió esto mucho á Varrón, el reciente desastre de Flamínio y la derrota naval del cónsul Claudio (1) en la primera guerra púnica, despertaron escrúpulos en su ánimo. Parece que los mismos dioses suspendieron aquel día, más bien que disiparon la desgracia que amenazaba al pueblo romano, porque en el momento mismo que los soldados se negaban á obedecer al cónsul, que les mandaba volver las enseñas al campamento, dos esclavos pertenecientes, el uno á un caballero romano y el otro á un sidicino, y que bajo el consulado de Servilio y Atilio habían caído en manos de los númidas, entre los merodeadores, se presentaron á reunirse con sus amos. Llevados en seguida ante los cónsules, les dijeron que el ejército de Aníbal estaba emboscado detrás de las montañas inmediatas; noticia que llegó con mucha oportunidad para levantar la autoridad de los cónsules, habiendo empezado uno de ellos por comprometer su dignidad con su ambición y deplorable indulgencia.

Viendo Aníbal que los romanos habían hecho un movimiento aventurado sin llegar al último extremo, y que estaba descubierta su astucia, volvió á su campamento sin haber conseguido nada. Pero la falta de trigo no le permitía permanecer en el mucho tiempo, y diariamente formaban nuevos proyectos, no solamente los

(1) El cónsul P. Claudio Pulquer, quien, habiéndole anunciado que las gallinas sagradas no querían comer, mandó que las arrojasen al mar, diciendo: "puesto que no quieren comer, que beban.", Asdrúbal le venció cerca de Drepanum y perdió una flota de más de cien naves.

soldados, confusa reunión de todas las naciones, sino que también el mismo general. Porque cuando el ejército pasó de los murmullos á los gritos, reclamando el sueldo atrasado, y para quejarse primeramente de las raciones y después del hambre, y corrió el rumor de que los mercenarios, especialmente los españoles, habían formado el proyecto de pasar al enemigo, dícese que el mismo Aníbal pensó más de una vez huir á la Galia con la caballería, abandonando toda la infantería. Estos designios, esta disposición de los ánimos, le impulsaron á decampar y retirarse á la Apulia, cuyo clima más cálido era por lo mismo más precoz para las cosechas; además, cuanto más lejos se encontrase del enemigo, más difícil sería la deserción para aquellas gentes movedizas. Partió de noche y dejó hogueras como antes, y algunas tiendas levantadas para engañar los ojos, con objeto de retener otra vez á los romanos por temor de alguna emboscada. Pero habiendo comunicado el lucano Statilio, después de reconocer todos los parajes más allá del campamento y de las montañas, que se veía á lo lejos el ejército enemigo, agitóse en el acto el proyecto de perseguirle. Como cada cónsul conservaba su primera opinión, y Varrón tenía de su parte todo el ejército, mientras que á Paulo Emilio solamente le sostenía Servilio, cónsul del año anterior, queriéndolo la mayoría, partieron, impulsados por el destino, para hacer famosa á Cannas con una sangrienta derrota. Aníbal había acampado cerca de este pueblo, dando la espalda al viento llamado Vulturno, que en aquellos campos, abrasados por la sequía, levanta incesantemente nubes de polvo. Esta posición, muy ventajosa para el campamento, debía serlo mucho más en la batalla, puesto que el viento, que tendía solamente por la espalda, arrojaría sobre el enemigo una polvareda que le cegaría.

Los cónsules siguieron al cartaginés cuidando de reconocer el camino, y cuando llegaron á Cannas, á la vista del enemigo, establecieron dos campamentos, separados como los de Geronio, en los que distribuyeron las tropas. Corriendo el Aufido entre los dos campamentos, permitía á los romanos proveerse de agua con toda comodidad, pero no sin combatir. En el campamento pequeño, que estaba al otro lado del río, se tomaba el agua con más libertad, no teniendo el enemigo fuerzas en la otra orilla. Esperando Aníbal que los cónsules le darian al fin batalla en terreno conveniente para la caballería, que era su fuerza invencible, tomó sus disposiciones y hostigó al enemigo con sus núbidas para provocarle. Entonces la sedición de los soldados y las discordias de los cónsules agitaron de nuevo el campamento. Paulo Emilio recordaba á Varrón la temeridad de Sempronio y Flamínio, y Varrón acusaba á Paulo Emilio de seguir el ejemplo de Fabio, tan cómodo para los generales cobardes y holgazanes; y tomando á los dioses por testigos decía «que no era culpa suya si Aníbal tenía ya como el usufructo de Italia; que se encontraba encadenado por su colega; que se arrancaba el hierro y las armas á los soldados impacientes por combatir.» Paulo Emilio aseguraba por su parte «que si se exponía y entregaba las legiones á una batalla irreflexiva é imprudente, se eximía de toda responsabilidad; pero que en todo caso desempeñaría su parte; que por lo demás, su colega haría bien en examinar si aquellos que tenían tan ligera y temeraria la lengua, tendrían igualmente valientes las manos en el combate.»

Mientras pasaban el tiempo en altercados más bien que en discusiones, Aníbal, que había tenido sus tropas formadas en batalla la mayor parte del día, las volvió al campamento; pero envió los núbidas al otro lado del río para sorprender á los romanos del campamento

pequeño, que acudían á proveerse de agua. Apenas bajaron á la orilla, los bárbaros ponen en fuga con sus gritos y tumultuosa carrera aquella gente en desorden y se apoderaron de un punto delante de las fortificaciones y casi en las mismas puertas del campamento. Tanto indignó á los romanos ver una banda desordenada infundir terror en su campamento, que lo único que les impidió pasar el río y trabar en el acto la batalla, fué que aquel día mandaba Paulo Emilio. Así fué que, á la mañana siguiente, Varrón, que mandaba á su vez, sin consultar á su colega, dió la señal de combate é hizo pasar el río al ejército. Paulo Emilio le siguió, porque le era más fácil desaprobar que no secundar la empresa. Pasado el río, las tropas del campamento pequeño se unieron al ejército, que fué colocado en el orden siguiente: en el ala derecha, que se apoyaba en el río, la caballería romana, después la infantería; la caballería de los aliados se colocó en el extremo del ala izquierda y más cerca la infantería unida á las legiones romanas, que formaban el centro: los que combatían con armas arrojadas y los auxiliares armados á la ligera formaron la vanguardia. Los cónsules mandaban las alas, Terencio la izquierda y Emilio la derecha. Gemino Servilio mandaba el centro.

Anibal, que desde el amanecer había hecho avanzar á los baleares y demás tropas ligeras, pasó el río, formando los demás cuerpos de ejército á medida que llegaban. En el ala izquierda, que tocaba al río, opuso la caballería española y la gala á la romana, dió el ala derecha á los números y dispuso en el centro la infantería, de manera que los dos extremos los ocupasen los africanos y el centro los galos y españoles. Los africanos se parecían mucho al ejército romano, por las armas que cogieron en otro tiempo en las orillas del Tretia y especialmente en el desastre del Trasimeno. Los

galos y españoles llevaban escudos casi de la misma forma; pero sus espadas eran muy diferentes; las de los galos eran largas y sin punta, mientras que las de los españoles, más acostumbrados á herir de punta que de filo, las usaban cortas y agudas. Los guerreros de estas dos naciones eran igualmente terribles por su estatura gigantesca y rostros feroces. Los galos iban desnudos hasta la cintura y los españoles vestidos con túnicas de lino extraordinariamente blancas, bordadas de púrpura. La infantería se elevaba á cuarenta mil hombres y la caballería á diez mil. Asdrúbal mandaba el ala izquierda, Maharbal la derecha y Anibal se había reservado el centro, con su hermano Magón. El sol, bien por disposición hábil, bien por casualidad daba de soslayo á los dos ejércitos, lo cual era favorable á unos y á otros: los romanos miraban al mediodía, los cartagineses al norte; pero el viento que los habitantes del país llaman Vulturno, azotando el rostro á los romanos, les cubría con nubes de polvo que les impedían ver.

Lanzado el grito, avanzan los auxiliares y traban el combate las tropas ligeras. En seguida la caballería de los galos y de los españoles, que formaban el ala izquierda, ataca la derecha de los romanos; pero este encuentro en nada parecía combate de caballería, porque tenían que pelear frente contra frente, careciendo de espacio para extenderse y viéndose estrechados, de una parte por el río y de la otra por la infantería y obligados á dirigir todos los esfuerzos al frente. Los caballos permanecían inmóviles y aglomerados; los jinetes se cogían por el cuerpo para arrojarse al suelo y el combate se había transformado casi por completo en lucha de infantería. La pelea fué más empeñada que larga: rechazados los romanos, volvieron grupas. En el momento en que terminaba este empeño, comenzaba el de

la infantería. Al principio los galos y los españoles resistieron con igual valor y energía. Pero los romanos, después de largos y continuos esfuerzos, y gracias á sus líneas iguales y profundas, rompieron al fin el frente enemigo, poco profundo y por consiguiente endeble y que avanzaba en cuña fuera de la línea de batalla. En cuanto les vieron ceder y replegarse, atacaron con más brío, y siguiendo el impulso detrás de aquella tropa que huía con precipitación y en desorden, hasta su primera posición en el centro del ejército. Llegaron al fin, sin resistencia, hasta la reserva de los africanos, que se había formado por ambos lados en alas curvas, mientras que los galos y los españoles habían avanzado desde el centro que ocupaban. Mientras este cuerpo destacado retrocedía á la línea de batalla y se replegaba en el centro ante enemigos encarnizados, los africanos habían formado la media luna: los romanos habían penetrado ciegamente en ella, aquellos acercaron sus alas, extendiéndolas y encerraron al enemigo por retaguardia. Los romanos entonces, abandonando un combate inútil, dejan los españoles y galos, cuya retaguardia habían destrozado, y comienzan con los africanos un combate nuevo, doblemente desventajoso, porque se encontraban encerrados y reducidos á hacer frente por todas partes, y porque, fatigados ya, tenían que luchar con tropas frescas y vigorosas.

Ya había comenzado el combate, aunque con poca energía, en el ala izquierda de los romanos, donde la caballería de los aliados se oponía á los númidas. Pero muy pronto se hizo notable por una perfidia verdaderamente púnica. Cerca de quinientos númidas, llevando además de sus armas ordinarias espadas ocultas debajo de la coraza, avanzan hacia los romanos, como desertores, con el escudo á la espalda, saltan de los caballos y arrojan los escudos y venablos á los pies de sus

enemigos, que les reciben en sus filas y les llevan á retaguardia con orden de permanecer inmóviles. Mientras el combate se generaliza en todos los puntos, permanecieron tranquilos; pero en cuanto vieron todos los ánimos y todos los ojos ocupados en aquella gran pelea, cogiendo escudos arrojados aquí y allá entre los cadáveres, caen sobre los romanos, que les volvían la espalda, é hiriéndoles ó cortándoles los jarretes, hacen gran carnicería y difunden entre ellos terror más grande aún. Como por un lado aparecían el terror y la derrota y por otro se sostenía el combate con obstinación y sin esperanza, Asdrúbal, que se encontraba en este último punto, manda retirar los númidas, que combatían blandamente, y les envía en persecución de los fugitivos, para sostener con la infantería española y gala á los africanos, cansados ya de matar, más bien que de combatir.

En otro punto, Paulo Emilio, aunque herido gravemente de una pedrada desde el principio de la acción, se lanzó frecuentemente á lo más recio de la pelea delante de Aníbal, y restableció el combate en diferentes sitios, sostenido por los jinetes romanos, que al fin echaron pie á tierra, cuando el cónsul no tuvo ya fuerzas bastantes para regir su caballo. Habiendo dicho en seguida á Aníbal que el cónsul acababa de desmontar á sus jinetes, refiérese que exclamó: «Tanto valía entregármelos atados de pies y manos.» Este combate de jinetes á pie fué como debía ser cuando ya no era dudosa la victoria del enemigo: los vencidos preferían morir en su puesto á huir; los vencedores, irritados por lo que demoraban la victoria, mataban á aquellos hombres que no podían rechazar, ahuyentando solamente algunos extenuados por la fatiga y las heridas. Entonces fué general la derrota, y todos los que pudieron hacerlo, montaron en sus caballos para huir. Cn. Léntulo, tribuno de los soldados, al pasar cerca del cónsul, que estaba sen-

tado en una piedra y cubierto de sangre, le dijo: «Paulo Emilio, único inocente de la tremenda falta de esta jornada, tú mereces la protección de los dioses; toma este caballo, mientras te quedan algunas fuerzas; yo puedo llevarte y defenderte. No hagas más siniestra aún esta jornada con la muerte de un cónsul; sin ella, habrá demasiado luto y lágrimas.» El cónsul contestó: «Valor, Cornelio, pero no pierdas por vana compasión el poco tiempo que te queda para escapar al enemigo. Parte, ve á decir al Senado que fortifique á Roma, que la provea de defensores, antes de la llegada del enemigo victorioso. Dí en particular á Fabio que Paulo Emilio ha vivido y muerto fiel á sus preceptos. Pero déjame sucumbir en medio de mis soldados, para no verme acusado de nuevo al terminar mi consulado, ó para no ser acusador de mi colega, para salvar mi honor á expensas del suyo.» En este momento llegó un grupo de fugitivos, después otro más numeroso de enemigos, que cubrieron al cónsul de venablos sin conocerle. Lentulo se vió arrebatado por su caballo en medio del tumulto, y desde entonces aquello fué una fuga á la desbandada. Siete mil hombres se refugiaron en el campamento pequeño, diez mil en el grande y cerca de dos mil en el pueblecillo de Cannas, donde en el acto les envolvió la caballería de Carthalón, no teniendo el pueblo defensa alguna. El otro cónsul, por casualidad ó deliberadamente, no siguió á ninguno de estos cuerpos y llegó á Venusia con unos setenta jinetes. Dicese que Roma perdió cuarenta y cinco mil infantes y dos mil setecientos caballeros, en partes casi iguales de ciudadanos y aliados. Contáronse entre los muertos los dos cuestores de los cónsules, L. Atilio y L. Furio Bibaculo; veintiún tribunos militares, muchos consulares, pretorianos ó edilicios, entre ellos Cn. Servilio Gemino y M. Minucio, jefe de los caballeros el año anterior y cónsul algunos

años antes; además, ochenta senadores ó antiguos magistrados á quienes su cargo debía dar ingreso en el Senado (1) y que se habian alistado voluntariamente en las legiones. Dicese que el enemigo se apoderó también de tres mil infantes y trescientos jinetes.

Tal fué la batalla de Cannas, tan famosa como la de Alia, pero menos grave en verdad en cuanto á sus consecuencias, porque el enemigo se detuvo, pero más terrible y funesta por la matanza que se hizo en las legiones romanas. La derrota de Alia entregó á Roma y salvó al ejército; pero en la de Cannas, al cónsul que escapó apenas le siguieron setenta hombres; y el otro pereció con casi todo el ejército. Como la multitud refugiada en los dos campamentos se encontraba sin jefes y casi sin armas, los del campamento grande enviaron «á invitar á los del pequeño á que se reuniesen con ellos, mientras que el enemigo, cansado del combate y de la alegría de los festines, se entregaba al reposo de la noche para marchar juntos á Canusia.» Unos rechazaban en absoluto la proposición. «¿Por qué los que les llamaban no acudían ellos mismos, puesto que allí también podía verificarse la unión? Sin duda porque el espacio que separaba los dos campamentos estaba lleno de enemigos y preferían exponer la vida de los otros á la propia á peligro tan grave.» Los otros hubiesen aceptado gustosos el consejo, pero les faltaba el valor. Entonces P. Sempronio Tuditano, tribuno de los soldados, les dirigió estas palabras: «¿Preferiréis acaso que se apodere de vosotros un ene-

(1) Para reemplazar á los senadores muertos ó arrojados del Senado por los censores, se elegia en primer lugar á los que habian ejercido magistraturas curules, siguiendo ordinariamente el orden de nombramiento; en seguida se pasaba á los que ejercían ó habian ejercido magistraturas menores. Antes de que les nombrasen los censores y de pertenecer al número de los senadores, entraban en el Senado con voz consultiva.

migo avaro y cruel, ver puestas á precio vuestras cabezas, exigidos rescates por un vencedor insolente, que os preguntará si sois ciudadanos romanos ó aliados latinos, y hará de vuestras miserias y baldones honor para otro? ¡No! contestaréis, si sois dignos conciudadanos de Paulo Emilio, que ha preferido morir con honra á vivir en la vergüenza, y de tantos valerosos soldados que han caído en derredor suyo. Antes de que nos sorprenda el día y que acudan en mayor número los enemigos para cerrarnos el paso, abrámonos camino á través de los que, confundidos y desordenados, se agitan con tanto tumulto en nuestras puertas. El hierro y la audacia se abren paso á través de las filas más apretadas; formados en columna, pasaremos sin obstáculo en medio de esa tropa desbandada. Que me sigan, pues, los que quieren salvarse y salvar á la república.» Dicho esto, empuñó la espada y pasó en columna cerrada á través del enemigo; y como su flanco derecho se encontraba descubierto y á merced de los venablos de los númeridas, pasaron el escudo al brazo derecho. En número de seiscientos próximamente, llegaron al otro campamento; y desde allí, reunidos con número más considerable, llegaron sanos y salvos á la ciudad de Canusia. En todo esto, los vencidos obraban por el impulso que daba á cada uno su carácter ó la casualidad, más bien que por determinación común ó por orden de alguno.

Cuando Aníbal vencedor se encontraba rodeado de jefes que le felicitaban y aconsejaban dedicase el resto del día y la noche siguiente al descanso, tanto para él como para su fatigado ejército, Maharbal, prefecto de la caballería, convencido de que no debía perderse ni un solo momento, le dijo: «Para que sepáis cuáles son las consecuencias de esta batalla, dentro de cinco días cenaréis en el Capitolio. Seguidme, yo os precederé con la caballería, para que el enemigo se entere de mi lle-

gada antes que de mi partida.» Este proyecto pareció á Aníbal demasiado hermoso y demasiado grande para adoptarlo en el acto. Así, pues, contestó: «que alababa el celo de Maharbal, pero que se necesitaba tiempo para meditar aquel consejo.» Entonces dijo Maharbal: «Veo que no lo han dado todo los dioses á un mismo hombre: tú sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovechar la victoria.» Generalmente se cree que aquel retraso salvó á Roma y al imperio. Al amanecer el día siguiente, los cartagineses se ocuparon en recoger los despojos y visitar el campo de exterminio, horrible hasta para enemigos. Millares de romanos cubrían el suelo, jinetes y peones confundidos aquí y allá, según les reunieron las peripecias del combate ó de la fuga. Algunos hombres que se levantaban ensangrentados de entre los muertos, agitados por sus heridas, que el frío de la mañana había irritado, fueron exterminados por el enemigo. Encontraron también algunos vivos aún, con los jarretes ó los muslos cortados, y estos, descubriendo el cuello y la garganta, pedían que derramasen el resto de su sangre; otros tenían la cabeza sepultada en el suelo, que ellos mismos habían horadado, como claramente se veía, amontonando sobre su cabeza la tierra removida para asfixiarse. Pero lo que atrajo todas las miradas, fué el espectáculo de un romano vivo, tendido sobre un númerida muerto, con la nariz y las orejas desgarradas; su enemigo, no pudiendo empuñar un arma, en su acceso de rabia, le había mutilado con los dientes al expirar.

Habiéndose dedicado la mayor parte del día á recoger los despojos, marchó Aníbal para atacar el campamento pequeño; estableciendo primeramente una línea para quitar á los romanos el recurso del río. Por lo demás, como se encontraban extenuados por las fatigas, las vigiliias y las heridas, se rindieron antes de lo que esperaba, con condiciones que les obligaban á entre-

gar armas y caballos, á pagar trescientos cuadrigatos (1) por cada romano, doscientos por aliado, ciento por un esclavo, y que les aseguraban la libertad de marcharse con los vestidos después de pagado el rescate; en seguida abrieron el campamento al enemigo, que les puso á todos bajo buena guardia, los romanos en un sitio y los aliados á otro. Mientras se perdía el tiempo por este lado, los del campamento grande que se encontraron con bastantes fuerzas y valor, en número de cuatro mil hombres de á pie y de doscientos caballos, unos agrupados y otros dispersos por los campos, lo que no era menos seguro, se refugiaron en Canusia, y el campamento lo entregaron al enemigo, con iguales condiciones que el otro, los heridos y cobardes que habían permanecido en él. El botín fué inmenso, y exceptuando los caballos, hombres y plata, que se encontraba principalmente en los arneses de los caballos, porque los romanos tenían muy poca vajilla de plata en la guerra (2), todo lo demás fué abandonado al pillaje. Entonces mandó Aníbal reunir todos sus muertos para enterrarlos. Dícese que tuvo ocho mil, y de sus mejores tropas. Algunos añaden también que hizo buscar al cónsul romano y le dió sepultura. Los que se refugiaron en Canusia no habían recibido de los habitantes

(1) Monedas que tenían en el reverso la imagen de un carro.

(2) Dice Tito Livio que en esta época había poca vajilla de plata en los campamentos; pero según parece, en tiempos del segundo Africano había comenzado á introducirse este lujo en los ejércitos romanos, hasta el punto de que fué necesario reprimirlo. En efecto, en el sitio de Numancia Escipión prohibió á sus soldados los vasos y copas de plata grandes; Pasenio hizo la misma prohibición en su campamento y mandó además á los soldados que usasen escudillas de madera. Plinio reconviene á los romanos por el lujo que reinaba en sus campamentos, citándoles el ejemplo de Spartaco que prohibió el oro y la plata á los esclavos que mandaba.

más que asilo y alojamiento; pero una noble y rica apuliana, llamada Busa, les dió trigo, ropas y hasta dinero; en recompensa de esta generosidad, el Senado, terminada la guerra, le concedió honores.

En último caso, como entre estas tropas había cuatro tribunos militares, Fabio Máximo, de la primera legión, cuyo padre había sido dictador el año anterior; L. Publilio Bíbulo y P. Cornelio Escipión, de la segunda, y de la tercera Apio Claudio Pulquer, que recientemente había sido edil, por consentimiento unánime se dió el mando á P. Escipión, muy joven aún, y á Ap. Claudio. En el momento en que deliberaban en corto número acerca de su situación, P. Furio Filo, hijo de un consular, se presentó á decirles: «Que en vano querrán restablecer una esperanza destruida; que la república está irremisiblemente perdida; que muchos jóvenes nobles, á cuyo frente se encuentra L. Cecilio Metelo, buscaban naves para abandonar la Italia y refugiarse en territorio de cualquier rey.» Este acontecimiento, deplorable por sí mismo, y sobre todo nuevo, hasta después de tantos desastres, les colmó de sorpresa y estupor, y los que se encontraban presentes, proponían deliberar acerca de ello. Pero el joven Escipión, el jefe que los destinos reservaban para esta guerra, replicó que el consejo nada tenía que ver en aquel asunto; «que en una calamidad tan apremiante, se necesitaba obrar y no discutir; que los que quisieran salvar la república no tenían otra cosa que hacer sino tomar las armas y seguirle; que los enemigos estaban verdaderamente allí donde se tramaban tales propósitos.» En seguida, acompañado por corto número, marchó al alojamiento de Metelo, y encontrando allí aquel conciliábulo de jóvenes de quienes le habían hablado, sacó la espada, y levantándola sobre su cabeza, dijo: «Estoy firmemente decidido á no abandonar la república romana y á no consentir

que otro la abandone. Si faltó á este juramento, que Júpiter Óptimo Máximo castigue á mi familia y á mi con la muerte más cruel. Cecilio y todos los que aquí estáis, jurad por estas palabras, yo lo exijo: el que no jure, perecerá al filo de esta espada.» Temblando como si hubiesen visto al mismo Anibal, todos juraron y se entregaron á la guarda de Escipión.

Mientras ocurrían en Canusia estos acontecimientos, cerca de cuatro mil hombres, entre infantes y jinetes, que la fuga había dispersado en los campos, se reunieron al cónsul en Venusia. Habiéndoles distribuido en sus casas los habitantes de esta ciudad para cuidarles, dieron á los caballeros togas, túnicas y veinticinco caudrigatos, diez piezas de la misma moneda á cada peón y armas á los que no las tenían, recibiendo, en fin, tanto pública como particularmente, generosa hospitalidad. Deseábase que una mujer de Canusia no fuese superior en munificencia al pueblo de Venusia; pero el considerable número de sus huéspedes imponía á Busa carga mucho más pesada, porque en Canusia se habían reunido ya diez mil hombres. Cuando Apio y Escipión supieron que vivía uno de los dos cónsules, le enviaron en el acto un emisario, para enterarle de las fuerzas de caballería é infantería que tenían con ellos y para preguntarle si debían llevárselas ó permanecer en Canusia. Varrón acudió á reunirse con ellos, y de esta manera tuvieron ya aspecto de ejército consular, y parecía que se encontraban en estado de defenderse, si no en campo abierto, al menos detrás de fortificaciones. Ignorábase en Roma la existencia de estos restos, y hasta había corrido el rumor de que los cónsules habían perecido con los dos ejércitos, no escapando nadie á la matanza. Nunca se había visto, encontrándose libre la ciudad, tanto terror y tumulto en sus murallas; describirlo, sería empresa superior á mis fuerzas, y no trataré de

referir hechos que mi relato debilitaría. Después de un cónsul y un ejército perdidos el año anterior, en el Trasimeno, no era esto ya una herida sobre otra herida; era más bien como muchas derrotas en una derrota: decíase que dos ejércitos consulares habían sido exterminados con los cónsules; no quedaban ya ni campamento, ni jefe, ni soldados; y que Anibal era dueño de la Apulia, del Samnio y de casi toda Italia. Cualquiera otra nación habría quedado sin duda agobiada ante tamaño desastre. ¿Podrían comparársele la derrota naval de los cartagineses, cerca de las islas Egatas, que á tal punto les abatió que abandonaron la Sicilia y la Cerdeña y consintieron en ser tributarios, ó bien aquella famosa batalla de Africa que el mismo Anibal perdió más adelante? Nada son en comparación de ésta, como no se tenga en cuenta que fueron sostenidas con mucha menos firmeza.

Los pretores P. Furio Filo y Manio Pompenio convocaron al Senado en la curia Hostilia, á fin de concertar las medidas necesarias para la defensa de la ciudad; porque no dudaban que después de destruir los ejércitos, el enemigo viniese á sitiar á Roma, puesto que era lo único que le quedaba por hacer. Como en una desgracia tan grande y desconocida aún, era difícil tomar una resolución: como los gritos y lamentos de las mujeres resonaban en las puertas del Senado, y como en la ignorancia en que se encontraban, todas las casas lloraban á la vez los muertos y los vivos, Q. Fabio Máximo dijo «que era necesario enviar por la vía Apia y por la vía Latina jinetes armados á la ligera, para interrogar á los que encontrasen (porque de seguro algunos se habrían dispersado en la derrota) y saber por ellos cuál era la suerte de los cónsules y los ejércitos; si los dioses inmortales, compadecidos de las desgracias del imperio, habían conservado algunos restos de las legio-

nes, dónde se encontraban, dónde había marchado Aníbal después del combate, qué proyectaba, qué hacía y qué iba á hacer. Esta comisión debían desempeñarla jóvenes muy activos. Los senadores debían encargarse, á falta de magistrados muy poco numerosos, de contener en la ciudad la turbación y el espanto, de impedir la presencia de las mujeres en los parajes públicos y obligarlas á que permaneciesen en sus casas, de reprimir las lamentaciones de las familias, de mantener el silencio en Roma, de enterar á los pretores de todas las noticias, de velar para que cada cual esperase en su casa las que le fuesen personales, de colocar en fin guardias en las puertas, para impedir á todos la salida y para obligar á cada ciudadano á no esperar salvación sino de la salvación de la ciudad. Cuando el tumulto estuviere calmado, podrían convocar de nuevo al Senado y deliberar acerca de los medios de defensa.»

Habiendo aprobado todos esta opinión, los magistrados disolvieron en el Foro la muchedumbre y los senadores se distribuyeron por diferentes puntos para calmar la agitación. Entonces llegó por fin una carta del senador Terencio, en la que anunciaba «que el cónsul Paulo Emilio había perecido con el ejército; que él se encontraba actualmente en Canusia, donde recogía los restos del inmenso naufragio; que tenía próximamente diez mil hombres sin organización y desordenados; que Aníbal continuaba en Cannas ocupándose del rescate de los prisioneros y del resto del botín, sin mostrar en nada carácter de vencedor, ni conducta de gran capitán.» Entonces supieron también las familias sus pérdidas particulares y tantas personas vistieron luto, que se interrumpieron las fiestas anuales de Ceres (1), no

(1) No podían celebrarse las fiestas de Ceres durante un luto público, porque entonces vestían de negro las señoras ro-

pudiendo celebrarlas los que están de duelo, y no existiendo por otra parte en aquella ocasión ninguna madre de familia que no hubiese experimentado alguna pérdida. Por esta razón y para que la misma causa no impidiese también los demás sacrificios públicos ó particulares, se limitó el luto á treinta días por un *senatus-consulto*. Por lo demás, cuando una vez calmado el tumulto, se reunieron de nuevo los senadores, otra carta enviada desde Sicilia por el pretor T. Otacilio, les enteró de que «una flota cartaginesa devastaba los estados de Hierón; que en el momento en que se disponía á socorrer á este rey, cediendo á sus instancias, habíanle anunciado que se encontraba otra flota cerca de las islas Egatas, equipada y dispuesta para lanzarse sobre Lilibea ú otra provincia romana, en cuanto le viese partir en socorro de las costas de Siracusa; que se necesitaba por tanto otra flota si quería defender un príncipe aliado y la Sicilia.»

Quando se enteraron de las cartas del cónsul y del pretor, decidióse enviar al ejército de Canusia á M. Claudio, que mandaba la flota en la estación de Ostia, y llamar el cónsul á Roma en cuanto entregase el ejército al pretor, si lo consentían las necesidades de la república. Diferentes prodigios perturbaron los ánimos después de aquel inmenso desastre, especialmente porque aquel año dos vestales, Opinia y Flornia, habían quedado manas, mientras que para la celebración de estas fiestas debían llevar trajes blancos.

Introdujéronse en Roma las fiestas de Ceres bajo la edilidad de Memmio. Comenzaban el 15 de los idus de Abril, duraban ocho días y las celebraban en el circo las señoras romanas, vestidas de blanco, así como los hombres, que eran simples espectadores. Las señoras desfilaban con antorchas en recuerdo de los viajes que hizo Ceres en busca de Proserpina, con una antorcha encendida en el monte Etna. Durante estas fiestas, las señoras estaban obligadas á completa castidad.

convictas de estupro; una, según costumbre, había sido enterrada viva cerca de la puerta Colina, la otra se dió la muerte. L. Cantilio, escribiente de los pontífices menores, que habían seducido á Flordia, fué azotado con varas por el pontífice máximo, en el comicio, hasta que expiró bajo los golpes. Habiendo sido transformado este crimen en prodigio, como sucede en las grandes desgracias, recibieron orden los decenviros de consultar los libros sibilinos, y Q. Fabio Pictor fué enviado á Delfos para preguntar al oráculo por qué plegarias y sacrificios podría aplacarse á los dioses y cuál sería el término de tantas calamidades. Entretanto, según las prescripciones de los libros sagrados, se celebraron algunos sacrificios; entre otros un galo y una gala, un griego y una griega fueron enterrados vivos en el Foro boario, en un paraje cerrado por piedras enormes y ensangrentado ya por víctimas humanas, sacrificio indigno del nombre romano. Creyendo el pueblo satisfechos á los dioses, M. Claudio Marcelo envió á Roma para que la defendiesen mil quinientos soldados alistados para la flota de Ostia. El mismo, habiendo enviado la tercera legión, que se encontraba en la flota, á Teano Sidicino, con los tribunos militares, y entregado la flota á P. Furio Filo, su colega, partió pocos días después, á marchas forzadas, á Cannusia. M. Junio, creado dictador por autoridad del Senado, y T. Sempronio, jefe de los caballeros, alistaron los jóvenes, desde la edad de diez y siete años, y hasta algunos que no habían vestido la pretexto. Esta leva se elevó á cuatro legiones y mil caballos. También pidieron soldados, según los tratados, á los aliados y pueblos latinos, y mandaron que se aprestasen armas, venablos y todo lo demás. Recógense de los templos y de los pórticos los antiguos despojos de los enemigos, y se dispuso una leva de nueva especie, impuesta por la necesidad y la carencia de ciudadanos. Ocho mil esclavos de los

más vigorosos, á quienes primeramente se preguntó si querían servir, fueron comprados y armados á expensas del censo público. Aunque á menos coste podía rescatarse los prisioneros, prefirióse tener estos soldados. Aníbal, después del espléndido triunfo de Cannas, entregándose más á la embriaguez de la victoria que á los cuidados de la guerra, hizo desfilar á su presencia los prisioneros, y separando á los aliados, les habló bondadosamente, como en Trevia y Trasimeno, y los despidió sin rescate. En seguida llamó también á los romanos, cosa que no había hecho todavía, y les dijo con bastante afabilidad: «que no hacía á los romanos guerra de exterminio; que combatía solamente por el honor y el imperio; que sus abuelos habían cedido al valor romano, y que quería que los romanos á su vez cediesen á su fortuna y valor: que les ofrecía, por tanto, la libertad de rescatarse; que el rescate sería de quinientos cuadríngatos por caballero, trescientos por infante y ciento por esclavo.» Aunque ahora aumentaba la cantidad que los caballeros habían estipulado en la capitulación, aceptaron, sin embargo, con alegría estas condiciones de libertad. Eligieron diez compañeros suyos para que marchasen á Roma á hablar al Senado, sin que se exigiese otra prenda que su honor y juramento de regreso. Envióse con ellos á Carthalón, noble cartaginés, encargado, en el caso de que los romanos estuviesen dispuestos á la paz, de proponer las condiciones. Cuando salieron del campamento, uno de ellos, que tenía muy poco del carácter romano, fingiendo que había olvidado algo, volvió al campamento para libertarse del juramento, y se reunió con sus compañeros antes de obscurecer. Cuando se supo en Roma que se acercaban, envióse un lieter á recibir á Carthalón, para mandarle, de parte del dictador, que saliese antes de amanecer del territorio de la república.

El dictador recibió en audiencia en el Senado á los legados de los prisioneros, cuyo jefe, M. Junio, habló de esta manera: «Padres conscriptos, ninguno de nosotros ignora que jamás pueblo alguno atendió menos á los prisioneros que el pueblo romano. Sin embargo, á menos que nuestra causa no nos perjudique mucho, jamás hubo prisioneros menos dignos de desprecio que nosotros. No hemos entregado las armas por cobardía en medio del combate; pero después de haber peleado hasta cerca de la noche en medio de montones de cadáveres, volvimos á nuestro campamento. En el resto del día y la noche siguiente, á pesar del cansancio y de nuestras heridas, aumentamos nuestras fortificaciones. Á la mañana siguiente, atacados por un ejército victorioso que nos quitaba el recurso del agua, no viendo esperanza alguna de abrirnos paso entre las apretadas filas del enemigo, pensando que después de la matanza de cincuenta mil hombres, algunos romanos podían sobrevivir sin deshonra á la batalla de Cannas, tratamos al fin de nuestro rescate, y rendimos al enemigo las armas que de nada podían servirnos. Sabíamos que nuestros antepasados se rescataron también por dinero de manos de los galos; y que vuestros padres, aquellos varones tan severos para las condiciones de paz, enviaron sin embargo legados á Tarento para el rescate de los cautivos. Ahora bien: el combate de Alia contra los galos y el de Heraclea contra Pirro fueron menos deplorables por las pérdidas experimentadas en ellos que por el temor y la derrota. Los campos de Cannas están sembrados de romanos, y nosotros solamente hemos escapado á la muerte porque han faltado al enemigo hierro y fuerzas para exterminarnos. Algunos de nosotros ni siquiera se han separado del campo de batalla; quedando para guardar el campamento, cayeron con él en poder del enemigo. No envidio la fortuna ni la condición de nin-

guno de mis conciudadanos, ni quiero alzarme á expensas de otros. Pero á menos que la agilidad de pies y la carrera no sean un mérito, los que hoyeron sin armas del campo de batalla, sin detenerse hasta Venusia ó Cannusia, no pueden seguramente considerarse superiores á nosotros, ni gloriarse de ser más útiles que nosotros á la república. Sin duda encontraréis en ellos buenos y valientes soldados; pero nosotros seremos todavía más adictos á nuestra patria, porque habremos sido rescatados y devueltos á ella por vuestro beneficio. Estáis haciendo una leva de todas las edades y condiciones; hanme dicho que armáis ocho mil esclavos. No es menor, nuestro número y nuestro rescate no costará más que la compra de estos últimos: por lo demás, si los comparase con nosotros, injuriaría el nombre romano. Creo también que en este asunto debéis considerar, padres conscriptos (si os inclináis á un rigor que no hemos merecido en manera alguna), á qué enemigo vais á entregarnos. ¿Será á un Pirro, que tratará á los prisioneros romanos como huéspedes, ó á un bárbaro, á un cartaginés cuya crueldad corre parejas con la avaricia? Si vieseis las cadenas, la suciedad, el desmejoramiento de vuestros conciudadanos, no os afectaría menos este espectáculo, que si por otra parte tuvieseis á la vista vuestras legiones tendidas en los campos de Cannas. Podéis contemplar la inquietud y las lágrimas de nuestros padres, que se encuentran en las puertas del Senado esperando vuestra respuesta. Pues bien: cuando estos esperan con tan profunda inquietud por nosotros y los ausentes, ¿cuál creéis que es la ansiedad de aquellos de cuya vida y libertad se trata aquí? Juro por los dioses que si el mismo Aníbal, contra su carácter, quisiera mostrarse humano con nosotros, no querríamos la vida después que vosotros nos hubieseis considerado indignos del rescate. En otro tiempo los prisioneros de

Pirro regresaron á Roma despedidos sin rescate, pero regresaron con los ciudadanos más notables enviados para rescatarlos. ¿Regresaré á mi patria, yo que soy ciudadano, apreciado en menos de trescientos dineros? Cada cual piensa á su manera, padres conscriptos. Sé que mi libertad y mi vida están en peligro; pero el riesgo de mi honra me afecta más, si se decide que debemos marchar condenados y rechazados por vosotros, porque jamás se creará que os deciden razones de economía.»

En cuanto terminó de hablar, la multitud que ocupaba el Comicio comenzó á lanzar sollozos y gritos y con las manos tendidas hacia el Senado, les devolviesen hijos, hermanos, parientes. El temor y el interés había llevado á las mujeres también á la plaza pública en medio de aquella multitud de hombres; pero el Senado mandó retirar á la multitud y comenzó la deliberación. Como se dividieron las opiniones, proponiendo unos que se rescatase á los prisioneros á expensas del Tesoro público, y otros que no se hiciese ningún gasto por el Estado, sino que se permitise á cada cual rescatarse de sus propios recursos, y si algunos carecían en el momento de dinero, prestárselo del Tesoro público, exigiéndoles cauciones é hipotecas, T. Manlio Torcuato, varón rígido á la antigua y hasta el exceso en el concepto de muchos, invitado á dar su opinión, dícese que se expresó en estos términos: «Si los legados se hubiesen atenido á pedir el rescate de los que se encuentran en poder del enemigo, hubiese expuesto mi opinión en pocas palabras, sin atacarles en nada. ¿Qué otra cosa, en efecto, os hubiese dicho sino que era necesario mantener, con un ejemplo necesario, la disciplina militar, las costumbres transmitidas por vuestros antepasados? Pero ya que casi se han gloriado de haberse rendido al enemigo, y que les parece justo preferirse no solamente

á los que no fueron cogidos en el combate, sino que también á los que se han refugiado en Venusia y Canuscia, y hasta al mismo cónsul Terencio, no debo, padres conscriptos, dejaros ignorar nada de lo que ha ocurrido. Y pluguiese á los dioses que lo que voy á deciros se dijese en Canuscia, delante del ejército mismo, que es el mejor testigo del valor y de la cobardía de cada uno, ó al menos que estuviese aquí P. Sempronio, cuyo valor debieron imitar los que os imploran, porque hoy se encontrarían en el campamento de los romanos, y no prisioneros en el de los enemigos. Pero encontrándose fatigados del combate los cartagineses y en la embriaguez de la victoria, habiendo regresado la mayor parte á su campamento cuando tenían toda la noche para escapar, cuando siete mil hombres armados podían abrirse paso hasta á través de las filas más apretadas, no se atrevieron, ni á intentar por sí mismos un esfuerzo, ni á seguir el ejemplo de otro. Durante casi toda la noche no cesó Sempronio Tuditano de aconsejarles, de instarles, mientras los enemigos que se encontraron en derredor del campamento eran pocos, mientras todo estaba sumido en el silencio y el reposo, mientras la obscuridad favorecía la empresa, que marchasen con él; antes de amanecer podían llegar á terreno seguro, á ciudades aliadas. Citó el ejemplo de nuestros mayores, el de Decio, tribuno de los soldados en el Samnio; y del tiempo de nuestra juventud en la primera guerra púnica, el de Calpurnio Flamma, que, marchando con trescientos voluntarios, para apoderarse de una altura situada en medio de los enemigos, les dijo: «Muramos, soldados, y con nuestra muerte, libremos á nuestras regiones rodeadas.» Si Sempronio os hubiese dirigido estas palabras y ninguno hubiera contestado á tan noble valor, no os habría considerado como hombres ni como romanos. Pero os muestra á la vez el camino

de la salvación y de la gloria; os devuelve á vuestra patria, á vuestros padres, á vuestras esposas, á vuestros hijos, y ¡os falta valor para salvaros! ¿Qué hariais, pues, si fuese necesario morir por la patria? Cuenta mil ciudadanos ó aliados han caído en derredor vuestro en esa batalla; si tantos ejemplos de valor no os impresionan, nada os impresionará jamás; si tantas muertes no os han inspirado el desprecio de la vida, nada os lo inspirará. Siendo libres, gozando de todos los derechos, se puede echar de menos á la patria; puede echarse de menos mientras la patria existe, mientras se es ciudadano; pero vosotros la echáis de menos demasiado tarde, habiendo experimentado la muerte civil (1), estando extrañados del derecho de los ciudada-

(1) Según Justiniano, la *diminutio capitis* es cambio de estado, definición que solamente es exacta dando á estado el sentido de familia. Porque la *diminutio capitis* no producía siempre cambio de estado; por ejemplo, el adoptado quedaba *capite minutus*, como el emancipado, y sin embargo, el adoptado no era *sui juris*, sino que continuaba hijo de familia; es decir, que cambiaba de familia sin cambiar de estado. Pero en todos los casos de *capitis diminutio* había por lo menos cambio de familia: *familia tantam mutatur*, dice el juriconsulto Paulo hablando de la *minima capitis diminutio*.

Todo ciudadano romano era considerado cabeza, *caput*, en la ciudad, en la familia á que pertenecía y en la que tenía su puesto, su estado. En este sentido fácil es comprender cómo la pérdida de este puesto venía á producir *capitis diminutio*, cambio de estado, cambio de familia. Cuando se cambiaba de familia se trasladaba una persona, una cabeza *in familiam et domum officinam*. La familia que se dejaba contaba un agnato, *agnatus*, una cabeza de menos; había, pues, *diminutio capitis*. De la misma manera, el deportado, por ejemplo, *tollitur e numero civium romanorum*: la ciudad contaba por consiguiente con un ciudadano, una cabeza menos, y la misma disminución resultaba en el número de las personas libres cuando alguna de ellas quedaba reducida á la esclavitud. Hablando con propiedad, la ciudad, la familia son las que disminuyen en una cabeza; pero por inversión, se llama *capite minutus* al individuo por quien se verifica

nos y hechos esclavos de los cartagineses. ¿Os devolverá jamás el dinero lo que habéis perdido por bajeza y cobardía? No escuchasteis á Sempronio, vuestro conciudadano, cuando os mandaba empuñar las armas y seguirle; pero muy poco después escuchasteis á Aníbal, mandándoos entregar las armas y el campamento. Y solamente acuso de cobardía á esos hombres cuando podría acusarles de crimen. No solamente se negaron á seguir al que les daba un buen consejo, sino que intentaron detenerle; pero los cobardes se apartaron ante la espada de los valientes. Por esta razón tuvo Sempronio que abrirse paso entre sus conciudadanos antes de penetrar entre los cartagineses. ¿Y echaría de menos la patria tales ciudadanos? Si los otros se les hubiesen parecido, no conservaría hoy ni uno solo de los que combatieron en Cannas. Entre siete mil hombres, hubo seiscientos que tuvieron valor para pasar entre los cartagineses y volver á su patria libres y armados; cuarenta mil enemigos no pudieron detenerles. ¿Cuánto más fácil hubiese sido el camino para dos legiones casi enteras! ¿Hoy tendríais en Canusia, padres conscriptos, veinte mil

la disminución. El que de esta manera es *capite minutus* pierde el rango que ocupaba, y por consiguiente los derechos que le resultaban de su asociación á la ciudad y la familia.

En la *diminutio capitis* se consideraban tres grados, máxima, media y mínima: por la máxima, el individuo perdía á la vez sus derechos de libertad, de ciudadanía y de familia; como ocurría al cautivo, aunque debe decirse que, en cuanto á este, sus derechos no estaban más que suspendidos, porque siempre gozaban del derecho de *post liminibus*, que le restablecía en su estado, en el caso de que regresara.

El que perdiendo los derechos de ciudadanía conservaba la libertad, experimentaba una *diminutio capitis* mucho menor, quedando en el punto medio entre la precedente y aquella en que, permaneciendo libre el ciudadano, cambiaba sencillamente de familia. En este último caso la *diminutio capitis* era mínima, la más pequeña de todas.

combatientes animosos y fieles! Pero ¿cómo serían estos buenos y fieles ciudadanos, (porque valientes ni ellos mismos lo han dicho) á menos que se suponga que lo fueron al oponerse á la salida de los compañeros de Sempronio, ó que no envidiaran la libertad y la gloria que estos últimos han conquistado con su valor, cuando tienen el convencimiento de que su miedo y cobardía son la causa de su ignominiosa esclavitud? Prefirieron esperar, ocultos en sus tiendas, al sol y al enemigo, cuando el silencio de la noche les ofrecía ocasión de escapar. Pero tal vez solamente les faltó valor para salir del campamento y lo tuvieron para defenderse; tal vez sitiados durante muchos días y muchas noches, defendieron sus fortificaciones con las armas y sus personas con las fortificaciones; quizá, en fin, después de los últimos esfuerzos de valor y de paciencia, cuando les faltaron todos los recursos de la vida, y sus fuerzas, debilitadas por el hambre, no les permitían sostener las armas, les venció la necesidad más bien que el hierro! Al salir el sol, el enemigo se acerca á sus líneas; y antes de la segunda hora, sin haber intentado las probabilidades del combate, se entregaron con sus armas. Ved aquí cuáles fueron sus actos durante dos días; cuando debían permanecer y combatir en el campo de batalla, huyen á su campamento; cuando era necesario pelear para defenderlo, lo entregaron; siendo tan cobardes detrás de las fortificaciones como en el campo de batalla. ¡Y yo he de rescataros! Cuando se necesita salir del campamento, vaciláis y os quedáis en él; cuando precisa permanecer y defenderlo con las armas, entregáis al enemigo el campamento, las armas y vuestras personas! Mi opinión, padres conscriptos, es que no debemos rescatar esos prisioneros, como no debemos entregar á Anibal los valientes que escaparon de su campamento á través del enemigo y con valor heroico volvieron á su patria.

Después de hablar Manlio, aunque la mayor parte de los senadores estaban unidos á los prisioneros con los lazos de la sangre, quedaron influidos por los recuerdos de la antigua severidad de Roma con relación á los prisioneros, y especialmente por la cuestión de dinero; porque habiéndose dispuesto ya de una cantidad considerable para la compra y armamento de los esclavos, no querían agotar el tesoro ni procurar á Anibal el recurso que, según sabían, le era más necesario. Cuando se conoció la triste decisión de que los prisioneros no serían rescatados, y aumentó el duelo por esta nueva pérdida de tantos ciudadanos, el pueblo acompañó con lágrimas y sollozos hasta las puertas de la ciudad á los legados. Uno sólo de estos se retiró á su casa, como si con fingido regreso al campamento estuviese libre del compromiso jurado. Descubierto el caso y denunciado al Senado, todos los senadores opinaron prenderle y llevarle al campamento de Anibal con guardias, elegidos para ello. Otro relato existe acerca de los prisioneros, según el cual llegaron primeramente diez legados, y como vacilaba el Senado acerca de si debía ó no recibirles en la ciudad, les admitieron, pero sin darles audiencia en el Senado. Estos, habiendo estado ausentes más tiempo del que querían sus compañeros de cautiverio, llegaron otros tres, L. Escribonio, C. Calpurnio y L. Manlio. Entonces, en fin, un tribuno del pueblo, pariente de Escribonio, propuso el rescate de los prisioneros y el Senado rechazó la proposición. Los tres legados nuevos volvieron á Anibal, quedándose los diez anteriores, porque habiendo regresado al campamento, so pretexto de tomar los nombres de los prisioneros, se creían desligados del juramento: el Senado discutió vivamente su devoción, triunfando la negativa por corto número de votos; por lo demás, bajo los censores siguientes, fueron objeto de tantas marcas infamantes, que unos se

dieron la muerte, y otros no se presentaron en el resto de su vida, no solamente en el Foro, sino que ni siquiera en público y en pleno día. Mucho sorprende esta oposición entre los analistas, que no permite descubrir fácilmente la verdad. Lo que en último caso demuestra cuánto más importante fué esta derrota que las anteriores, es que aquellos aliados, que hasta aquel día permanecieron fieles, comenzaron entonces á vacilar solamente por la razón de que desesperaban del imperio. Los pueblos que pasaron á los cartagineses fueron los atelanos, calatinos, hirpinios, una parte de los apulianos, los samnitas, exceptuando los pentrinos, todos los brutinos, y los lucanos; además los currentinos, y casi todo el litoral griego, los tarentinos, los metapontinos, los crotoniatos, los locrinos y todos los galos cisalpinos. Sin embargo, tantas defecciones agravadas por la de los aliados, no pudieron reducir á Roma á hablar de la paz, ni antes de la llegada del cónsul á la ciudad, ni cuando se presentó y renovó el recuerdo de la última derrota. Y hasta en esta ocasión mostró Roma tanta grandeza de ánimo, que al regreso del cónsul, causa principal del desastre, todos los órdenes se apresuraron á recibirle dándole gracias porque no había desesperado de la república: si hubiese sido general de los cartagineses no le habrían perdonado ningún suplicio.

FIN DEL LIBRO XXII Y DEL TOMO III.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

LIBRO OCTAVO.

Defección de los latinos y campanios.—Muerte del pretor latino Annio.—El cónsul T. Manlio manda decapitar á su hijo.—Sacrificio de P. Decio.—Sumisión de los latinos.—Regreso de T. Manlio á Roma.—Condenación de la vestal Minucia.—Derrota de los ausonios.—Toma de Cales y establecimiento de una colonia.—Enviase otra colonia á Fregelas.—Señoras romanas envenenadoras.—Ley contra el envenenamiento.—Sublevación de los privernatos.—Rendición de los paleopolitanos.—Triunfo de Q. Publilio.—Derechos de los acreedores.—Ocasión de la reforma de estos derechos.—Dictadura de L. Papirio Cursor.—Victoria de Q. Fabio.—Cuestiones con el dictador Papirio.—Diferentes triunfos de los romanos contra los samnitas. **Página 5.**

LIBRO NOVENO.

Los cónsules T. Veturio y Sp. Postumio comprometen el ejército en las Horeas Caudinas.—Pasa el ejército romano bajo el yugo de los samnitas.—Proposición de Sp. Postumio al Senado.—Entrega á los samnitas de todos los firmantes del tratado de paz.—Negativa de los samnitas á recibirlos.—Papirio Cursor derrota y hace pasar bajo el yugo á los samnitas.—Creación de las tribus Uentina y Valerina.—Colonias enviadas á Suesa y Ponticia.—Censura de Ap. Claudio.—Triunfos de los romanos contra los apulios, etruscos, umbrios, marsos, pelignos, equos y samnitas.—Edilidad curul de Flavio.—Turbulencias en los comicios y asambleas del Campo de Marte.—Censura de Q. Fabio; recibe el epíteto de Máximo.—Mención de Alejandro.—Paralelo de su poder con el de los romanos. **Página 73.**

LIBRO DÉCIMO.

Envío de colonias á Sora, Alba y Carsaeolis.—Aumento del colegio de los augures.—Ley de apelación al puebl.—Añádense

dos tribus á las anteriores, la Aniense y la Terentina. —Guerra con los samnitas. —Expediciones de los generales P. Decio y Q. Fabio contra los etruscos, umbrios, samnitas y galos. —Grave peligro del ejército romano. —P. Decio se sacrifica por el ejército. —Papirio Cursor derrota á los samnitas. —Censo de los ciudadanos y clausura del lustro. —Laguna que comprende toda la primera guerra púnica. **Página 159.**

LAGUNA.

LIBRO XI.	Página 240.
LIBROS XII y XIII.	Id. 241.
LIBRO XIV.	Id. 242.
LIBROS XV y XVI.	Id. 243.
LIBRO XVII.	Id. 244.
LIBRO XVIII.	Id. 245.
LIBRO XIX.	Id. 246.
LIBRO XX.	Id. 247.

LIBRO XXI.

Origen de la segunda guerra púnica. —Ataque y toma de Sagunto por Anibal. —Roma declara la guerra á los cartagineses. —Anibal atraviesa los Pirineos, derrota á los galos y cruza los Alpes. —Pasa á Italia, derrota á los romanos en el Tesino. —Victoria de Anibal en Trevia. —Trabajos de su ejército al cruzar el Apenino. —Triunfos de Cn. Cornelio Escipión en España sobre los cartagineses y prisión de su jefe. **Página 249.**

LIBRO XXII.

Anibal pierde un ojo en los pantanos de Etruria. —Derrota y muerte del cónsul Flamínio en el lago Trasimeno. —Perfidia de Anibal con los que se entregan á Maharbal. —Consulta de los libros sibilinos. —Prudente conducta del dictador Q. Fabio Máximo con los cartagineses. —Acusación de M. Minucio contra Fabio, y decisión del pueblo. —Peligro del ejército de Minucio, del que le libra el dictador. —Agradecimiento de Minucio. —Anibal encerrado entre los montes Casilino y Calicula. —Su estratagema para salir. —Su respeto á las tierras de Fabio, para hacerle sospechoso. —Funesta batalla de Cannas. —Resolución de abandonar la Italia. —Escipión contiene á los jóvenes y les obliga á jurar que jamás pensarán en abandonar á Italia. —Alarmas y luto de Roma. —Triunfos conseguidos en España. —Condenación de las Vestales Opinia y Flronia. —Armamento de los esclavos. —Negativa al rescate de los prisioneros. —Gracias á Varrón por no haber desesperado de la república. **Página 329.**

